el

tipo perfecto

un thriller de suspense psicológico con jessie hunt—libro dos

BLAKE PIERCE

el tipo perfecto

un thriller de suspense psicológico con jessie hunt—libro dos

BLAKE PIERCE

el tipo perfecto

un thriller de suspense psicológico con jessie hunt—libro dos

BLAKE PIERCE

e l t i p o p e r f e c t o

(un thriller de suspense psicológico con jessie hunt—libro 2)

b l a k e p i e r c e

Traducido al español por Asunción Henares

Blake Pierce

Blake Pierce es el autor de la serie exitosa de misterio RILEY PAIGE que cuenta con trece libros hasta los momentos. Blake Pierce también es el autor de la serie de misterio de MACKENZIE WHITE (que cuenta con nueve libros), de la serie de misterio de AVERY BLACK (que cuenta con seis libros), de la serie de misterio de KERI LOCKE (que cuenta con cinco libros), de la serie de misterio LAS VIVENCIAS DE RILEY PAIGE (que cuenta con tres libros), de la serie de misterio de KATE WISE (que cuenta con dos libros), de la serie de misterio psicológico de CHLOE FINE (que cuenta con dos libros) y de la serie de misterio psicológico de JESSE HUNT (que cuenta con tres libros).

Blake Pierce es un ávido lector y fan de toda la vida de los géneros de misterio y los thriller. A Blake le encanta comunicarse con sus lectores, así que por favor no dudes en visitar su sitio web www.blakepierceauthor.com para saber más y mantenerte en contacto.

Copyright © 2016 por Blake Pierce. Todos los derechos reservados. Excepto por lo que permite la Ley de Copyright de los Estados Unidos de 1976, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, o almacenada en una base de datos o sistema de recuperación sin el permiso previo del autor. Este libro electrónico tiene licencia para su disfrute personal solamente. Este libro electrónico no puede volver a ser vendido o regalado a otras personas. Si desea compartir este libro con otra persona, por favor, compre una copia adicional para cada destinatario. Si está leyendo este libro y no lo compró, o no lo compró solamente para su uso, entonces por favor devuélvalo y compre su propia copia. Gracias por respetar el duro trabajo de este autor. Esta es una obra de ficción. Los nombres, los personajes, las empresas, las organizaciones, los lugares, los acontecimientos y los incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia. Imagen de portada Copyright lassedesignen, utilizada con licencia de Shutterstock.com.

LIBROS ESCRITOS POR BLAKE PIERCE

SERIE DE MISTERIO PSICOLÓGICO DE SUSPENSO DE JESSE HUNT

EL ESPOSA PERFECTA (Libro #1)

EL TIPO PERFECTO (Libro #2)

LA CASA PERFECTA (Libro #3)

SERIE DE MISTERIO PSICOLÓGICO DE SUSPENSO DE CHLOE FINE

AL LADO (Libro #1)

LA MENTIRA DEL VECINO (Libro #2)

CALLEJÓN SIN SALIDA (Libro #3)

SERIE DE MISTERIO DE KATE WISE

SI ELLA SUPIERA (Libro #1)

SI ELLA VIERA (Libro #2)

SERIE LAS VIVENCIAS DE RILEY PAIGE

VIGILANDO (Libro #1)

ESPERANDO (Libro #2)

ATRAYENDO (Libro #3)

SERIE DE MISTERIO DE RILEY PAIGE

UNA VEZ DESAPARECIDO (Libro #1)

UNA VEZ TOMADO (Libro #2)

UNA VEZ ANHELADO (Libro #3)

UNA VEZ ATRAÍDO (Libro #4)

UNA VEZ CAZADO (Libro #5)

UNA VEZ AÑORADO (Libro #6)

UNA VEZ ABANDONADO (Libro #7)

UNA VEZ ENFRIADO (Libro #8)

UNA VEZ ACECHADO (Libro #9)

UNA VEZ PERDIDO (Libro #10)

UNA VEZ ENTERRADO (Libro #11)

UNA VEZ ATADO (Libro #12)

UNA VEZ ATRAPADO (Libro #13)

SERIE DE MISTERIO DE MACKENZIE WHITE

ANTES DE QUE MATE (Libro #1)

ANTES DE QUE VEA (Libro #2)

ANTES DE QUE CODICIE (Libro #3)

ANTES DE QUE SE LLEVE (Libro #4)

SERIE DE MISTERIO DE AVERY BLACK

CAUSA PARA MATAR (Libro #1)

UNA RAZÓN PARA HUIR (Libro #2)

UNA RAZÓN PARA ESCONDERSE (Libro #3)

UNA RAZÓN PARA TEMER (Libro #4)

UNA RAZÓN PARA RESCATAR (Libro #5)

UNA RAZÓN PARA ATERRARSE (Libro #6)

SERIE DE MISTERIO DE KERI LOCKE

UN RASTRO DE MUERTE (Libro #1)

UN RASTRO DE ASESINATO (Libro #2)

UN RASTRO DE VICIO (Libro #3)

UN RASTRO DE CRIMEN (Libro #4)

UN RASTRO DE ESPERANZA (Libro #5)

Resumen del Libro 1 de la serie Jessie Hunt

En “La Esposa Perfecta,” la aspirante al master de psicología forense Jessie Hunt y su marido empleado en la banca de inversiones, Kyle Voss, dejan su apartamento en el centro de Los Ángeles para vivir en una ostentosa mansión de esas producidas en masa en la comunidad de Westport Beach en Orange County cuando a él le dan un ascenso y un traslado.

Mientras que Kyle está encantado con su nueva vida, Jessie tiene sus dudas y se siente incómoda entre la élite privilegiada. A pesar de ello, trata de adaptarse a su nueva vida, haciendo amigas en el vecindario y uniéndose al club de yates local con sus rituales secretos, y aparentemente siniestros.

En clase, Jessie impresiona al detective del L.A.P.D. Ryan Hernández, que viene como ponente invitado, al resolver un complicado caso práctico que les plantea. Para completar su trabajo de campo, se las arregla para que le asignen a un hospital mental estatal cercano donde está encarcelado el célebre asesino en serie Bolton Crutchfield.

Los crímenes de Crutchfield le recuerdan a un hombre llamado el Ejecutador de los Ozarks, que secuestró y asesinó a docenas de personas cuando ella era una niña en Missouri. Entre los secuestrados estuvieron Jessie y su madre, que fue asesinada delante de ella. Jessie visita con regularidad a la doctora Janice Lemmon para tratar el trauma.

En entrevistas, Crutchfield revela que es un admirador del Ejecutador de los Ozarks, que nunca ha sido atrapado, y que se han comunicado de alguna manera. También sugiere, basándose meramente en la observación y en sus charlas con Jessie, que sus sospechas respecto a su nuevo estilo adinerado de vida son legítimas.

A medida que sus habilidades como criminóloga mejoran, la ahora embarazada Jessie descubre que el club de yates sirve como fachada para una red de prostitución de lujo. También desvela la verdad oculta sobre su marido: Kyle es un sociópata que ha matado a una empleada del club con la que se ha estado acostando y ha tratado de inculpar a Jessie por ello. Jessie pierde su bebé, como resultado de las drogas que le da Kyle sin su conocimiento. Gracias a la rapidez mental de Jessie, Kyle no consigue matarla ni a ella ni a sus dos vecinos. Resulta herida, pero arrestan a Kyle.

Jessie regresa a su viejo vecindario en el centro de Los Ángeles para reconstruir su vida. Poco tiempo después, la jefa de seguridad del hospital mental, Kat Gentry, visita a Jessie y le transmite un mensaje de Crutchfield: El Ejecutador de los Ozarks la está buscando. Jessie revela a Kat su secreto más guardado: la razón de que El Ejecutador de los Ozarks le esté buscando es porque es su padre.

Jessie Hunt es una aspirante a criminóloga a punto de divorciarse.

Kyle Voss es el que fuera su marido, y sociópata, ahora en la cárcel.

Bolton Crutchfield es un asesino en serie muy inteligente que idolatra al padre asesino de Jessie.

Kat Gentry es la jefa de seguridad del hospital mental donde está encarcelado Crutchfield.

La doctora Janice Lemmon es la psiquiatra de Jessie, también antigua criminóloga.

Lacy Cartwright es la compañera de universidad de Jessie, con quien está viviendo por el momento.

Ryan Hernández es el detective del L.A.P.D. que dio una clase a Jessie.

El Ejecutador de los Ozarks es un célebre asesino, al que no han atrapado jamás—y el padre de Jessie.

CONTENIDOS

CAPÍTULO UNO

CAPÍTULO DOS

CAPÍTULO TRES

CAPÍTULO CUATRO

CAPÍTULO CINCO

CAPÍTULO SEIS

CAPÍTULO SIETE

CAPÍTULO OCHO

CAPÍTULO NUEVE

CAPÍTULO DIEZ

CAPÍTULO ONCE

CAPÍTULO DOCE

CAPÍTULO TRECE

CAPÍTULO CATORCE

CAPÍTULO QUINCE

CAPÍTULO DIECISÉIS

CAPÍTULO DIECISIETE

CAPÍTULO DIECIOCHO

CAPÍTULO DIECINUEVE

CAPÍTULO VEINTE

CAPÍTULO VEINTIUNO

CAPÍTULO VEINTIDÓS

CAPÍTULO VEINTITRÉS

CAPÍTULO VEINTICUATRO

CAPÍTULO VEINTICINCO

CAPÍTULO VEINTISÉIS

CAPÍTULO VEINTISIETE

CAPÍTULO VEINTIOCHO

CAPÍTULO VEINTINUEVE

CAPÍTULO TREINTA

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

CAPÍTULO UNO

Unas astillas procedentes de los reposabrazos de madera de la silla se le clavaban a Jessica Thurman en los antebrazos, que estaban atados a la silla con una soga áspera. La piel de sus brazos estaba al rojo vivo y le sangraba en algunos puntos debido a sus intentos constantes de librarse de sus ataduras.

Jessica era fuerte para ser una niña de seis años, pero no lo bastante como para liberarse de las sogas con las que le había maniatado su captor. No podía hacer otra cosa más que sentarse allí con los párpados abiertos a la fuerza con cinta adhesiva mientras observaba a su propia madre de pie delante de ella, con los brazos esposados a las vigas de madera de la aislada cabaña en los Ozarks donde las tenían a ambas en cautiverio.

Podía escuchar los susurros de su secuestrador, de pie detrás suyo, instruyéndola a que mirara, llamándole "bicho de verano" en voz bajita. Conocía muy bien esa voz.

Al fin y al cabo, pertenecía a su padre.

De pronto, con una fuerza inesperada que no creía posible, la pequeña Jessica se arrojó con todo su cuerpo hacia un lado, tirando la silla—y a sí misma con ella—al suelo. No escuchó el golpe de la silla cayéndose el suelo, lo que le resultó extraño.

Elevó la vista y vio que ya no estaba tumbada en la cabaña. En vez de eso, estaba en el suelo del pasillo de una mansión impresionante y contemporánea. Y ya no era la Jessica Thurman de seis años. Ahora era Jessie Hunt, de veintiocho años, tumbada en el suelo de su propia casa, mirando fijamente al hombre que blandía un atizador de chimenea por encima de su cabeza, y que estaba a punto de golpearla con él. Sin embargo, ese hombre ya no era su padre.

En vez de ello, en esta ocasión era su marido, Kyle.

Sus ojos centelleaban con una intensidad frenética mientras lanzaba el atizador hacia el rostro de Jessie.

Levantó los brazos para defenderse, pero sabía que era demasiado tarde.

*

Jessie se despertó con un grito ahogado. Todavía tenía las manos por encima de su cabeza como dispuesta a bloquear un ataque. Pero estaba sola en el dormitorio del apartamento. Se dio un empujón para incorporarse y sentarse sobre la cama. Tanto su cuerpo como las sábanas estaban cubiertas de sudor. Y su corazón estaba a punto de salírsele del pecho.

Sacó las piernas de la cama y puso los pies en el suelo al tiempo que se doblaba hacia delante, colocando sus codos sobre sus muslos y su cabeza entre las palmas de las manos. Tras darle unos cuantos segundos a su cuerpo para que se aclimatara a su entorno real—el apartamento en el centro de Los Ángeles de su amiga Lacy—le echó una ojeada al reloj que había sobre la mesita de noche. Eran las 3:54 de la madrugada.

Mientras sentía cómo se empezaba a secar el sudor en su piel, se reconfortó a sí misma.

Ya no estoy en esa cabaña. Ya no estoy en esa casa. Estoy a salvo. No son más que pesadillas. Esos hombres ya no me pueden hacer ningún daño.

Claro que solo la mitad de esas palabras era cierta. Aunque el que iba a convertirse pronto en su exmarido, Kyle, estaba encerrado en la cárcel esperando a su juicio por varios delitos, que incluían el intento de asesinarla, jamás habían capturado a su padre.

Y seguía acosándola en sus sueños con regularidad. Peor aún, se había enterado recientemente de que, a pesar de que le hubieran metido al programa de Protección de Testigos de niña, dándole un nuevo hogar y un nuevo nombre, él todavía seguía buscándola.

Jessie se puso de pie para irse a la ducha. No tenía sentido intentar volver a quedarse dormida. Sabía de sobra que sería inútil.

Además, había una idea dándole vueltas en la cabeza, una que quería cultivar. Quizá había llegado el momento de dejar de resignarse a que estas pesadillas fueran inevitables. Quizá debía dejar de tener miedo al día en que su padre le encontrara.

Quizá fuera la hora de ir a cazarle.

CAPÍTULO DOS

Cuando su antigua compañera de universidad y actual compañera de piso Lacy Cartwright salió a la sala del desayuno, Jessie ya llevaba despierta más de tres horas. Había hecho café fresco y le sirvió una taza a Lacy, que se acercó y la tomó con agradecimiento al tiempo que le ofrecía una sonrisa comprensiva.

"¿Otro mal sueño?", le preguntó

Jessie asintió con la cabeza. Durante las seis semanas que Jessie llevaba viviendo en el apartamento de Lacy, intentando reconstruir su vida, su amiga se había acostumbrado a los gritos medio habituales en medio de la noche y a que se despertara de madrugada. Había sucedido ocasionalmente en la universidad, por lo que no le pillaba del todo de sorpresa. Sin embargo, la frecuencia de esos sueños había aumentado dramáticamente desde que su marido intentara matarla.

"¿Hice mucho ruido?", preguntó Jessie, disculpándose.

"Un poco", reconoció Lacy. "Pero dejaste de gritar en unos segundos. Me volví a quedar dormida."

"Lo siento de veras, Lace. Quizá debería comprarte otros tapones para los oídos hasta que me mude, o una máquina que cancele el sonido mucho más potente. Te juro que no voy a tardar mucho más".

"No te preocupes por ello. Estás manejando las cosas mucho mejor de lo que yo lo haría", insistió Lacy mientras se ataba su pelo largo en una cola de caballo.

"Eso es muy amable por tu parte".

"No solo estoy siendo educada, chica. Piensa en ello. En los últimos dos meses, tu marido ha asesinado a una mujer, ha tratado de inculparte a ti por ello, y después ha intentado matarte cuando lo averiguaste. Eso no incluye tu aborto".

Jessie asintió, pero no dijo nada. La lista de Lacy de todas las cosas horribles ni siquiera incluía a su padre, el asesino en serie, porque Lacy no sabía nada sobre él, casi nadie lo sabía. Jessie lo prefería así—tanto por su seguridad como por la de los demás. Lacy continuó.

“Si fuera yo, todavía seguiría enroscada en posición fetal. El hecho de que casi hayas terminado con la terapia física y que estés a punto de entrar al programa especial de formación del FBI hace que me pregunte si eres un ciborg o algo así”.

Jessie debía admitir que, cuando se planteaban las cosas de esa manera, resultaba bastante impresionante que fuera tan efectiva. Su mano se movió involuntariamente al punto en el lado izquierdo de su abdomen donde Kyle le había clavado el atizador. Los médicos le habían dicho que había tenido mucha suerte de que no hubiera tocado ninguno de sus órganos internos.

Tenía una cicatriz fea. Suponía una adición antiestética a la que ya tenía desde niña y que le recorría la clavícula. De vez en cuando, todavía sentía un pinchazo agudo en sus tripas, pero en general, se sentía bien. Le habían dado permiso para librarse del bastón para caminar hacía una semana y su fisioterapeuta solo había programado otra sesión más de rehabilitación, que era hoy. Después de eso, se suponía que debía hacer los ejercicios necesarios por su cuenta. Por lo que se refería a la rehabilitación mental y emocional que necesitaba después de enterarse de que su marido era un asesino sociópata, estaba todavía lejos de la recuperación total.

“Supongo que las cosas no están tan mal”, respondió finalmente con poca convicción, mientras observaba cómo su amiga se terminaba de vestir.

Lacy se puso sus tacones de tres pulgadas, que la convertían en toda una amazona, en vez de en una mujer simplemente alta. Todo piernas largas y pómulos, se parecía más bien a una modelo de pasarela que a una aspirante a diseñadora de modas. Llevaba el pelo atado en una cola de caballo que revelaba su cuello. Iba meticulosamente vestida con un traje que ella misma había diseñado. Podía ser ya una compradora para alguna boutique de lujo, pero tenía planes de poseer su propia marca de diseño antes de los treinta años y de ser la diseñadora de modas afroamericana y lesbiana más conocida de todo el país poco después.

“No te entiendo, Jessie”, dijo mientras se ponía el abrigo. “Te aceptan en un prestigioso programa del FBI en Quántico para criminólogos prometedores y parece que la idea no te emocione mucho. Pensaba que te lanzarías a la oportunidad de cambiar de ambiente durante un tiempo. Además, son solo diez semanas. No es que tengas que irte a vivir allí”.

“Tienes razón”, asintió Jessie mientras se tomaba lo que quedaba de su tercera taza de café. “Es solo que tengo tantas cosas en la cabeza ahora mismo, que no estoy segura de que sea el momento adecuado. El divorcio de Kyle todavía no está finalizado. Todavía tengo que terminar de vender la casa en Westport Beach. Físicamente, no estoy al cien por cien. Y me despierto gritando la mayoría de las noches. No sé si aún estoy preparada para los rigores del programa de formación de análisis del comportamiento del FBI”.

“Bueno, pues será mejor que decidas rápido”, dijo Lacy caminando hacia la puerta principal. “¿No tienes que darles una respuesta antes de que termine la semana?”.

“Así es”.

“Pues bien, dime lo que decidas. Además, ¿puedes abrir la ventana de tu habitación antes de salir? No te ofendas, pero huele como si hubiera un gimnasio allí dentro”.

Ya se había ido antes de que Jessie pudiera responderle, aunque no estaba segura de qué podía decirle al respecto. Lacy era una gran amiga con la que siempre se podía contar para que te diera una opinión honesta. Pero el tacto no era su punto fuerte.

Jessie se levantó y fue a cambiarse a su habitación. Percibió un reflejo de sí misma en el espejo de cuerpo entero en la parte de atrás de la puerta y no se reconoció de inmediato. En la superficie, todavía tenía el mismo aspecto, con su cabello castaño a la altura de los hombros, sus ojos verdes, su complexión elevada, de un metro ochenta.

Pero tenía los ojos enrojecidos de cansancio, y el pelo grasiento y revuelto, por lo que decidió hacerse una cola de caballo y ponerse una gorra. Y sentía que estaba constantemente encogida de hombros, como consecuencia de la preocupación omnipresente de que pudiera sentir pinchazos en su abdomen.

¿Alguna vez volveré a ser la de siempre? ¿Acaso existe esa persona todavía?

Se quitó ese pensamiento de la cabeza, forzando a la autocompasión a tomar el asiento de atrás, al menos durante un rato. Estaba demasiado ocupada como para atender a eso en este momento.

Ya era hora de prepararse para su sesión de fisioterapia, su reunión con la agente de bienes raíces, su cita con su psiquiatra, y después con su ginecólogo. Tenía todo un día por delante en el que aparentar que

era un ser humano funcional.

*

La agente de bienes raíces, un pequeño torbellino que revoloteaba por todas partes vestido de traje y que se llamaba Bridget, le estaba mostrando el tercer apartamento de la mañana cuando Jessie empezó a sentir deseos de tirarse por el balcón.

Todo iba bien al principio. Estaba un tanto eufórica después de su sesión final de fisioterapia, que había concluido con la sentencia de que estaba "razonablemente equipada para las tareas de la vida diaria." Bridget había mantenido las cosas en marcha mientras miraban los dos primeros apartamentos, enfocándose en los detalles de la unidad, los precios, y las amenidades. No fue hasta que llegaron a la tercera unidad, la única que le intrigaba a Jessie por el momento, que las preguntas se pusieron un tanto personales.

"¿Estás segura de que solo te interesan apartamentos de un dormitorio?", preguntó Bridget. "Puedo asegurar que este te gusta. Pero hay uno de dos dormitorios un piso más arriba que tiene virtualmente la misma distribución. Solo son treinta mil dólares más y tendría mayor potencial de reventa. Además, nunca sabes cómo puede cambiar tu situación en un par de años".

"Eso es cierto", reconoció Jessie, pensando mentalmente que solo hace dos meses estaba casada, embarazada, y viviendo en una mansión en Orange County. Ahora estaba separada de un asesino que había confesado su crimen, había perdido a su hijo nonnato, y estaba viviendo con una amiga de la universidad. "Pero un dormitorio me va bien".

"Por supuesto", dijo Bridget en un tono que indicaba que todavía no se iba a rendir. "¿Te importa si te pregunto cuáles son tus circunstancias? Me puede ayudar a enfocarme mejor en tus preferencias. No puedo evitar notar que tienes la piel más pálida en el dedo anular donde hasta hace poco había un anillo de bodas.

"Podría adaptar la selección de ubicaciones dependiendo de si estás pensando en tirar hacia adelante con todas tus fuerzas o en… acomodarte".

“Estamos en la zona adecuada”, dijo Jessie, mientras su voz se tensaba involuntariamente. “Solo quiero ver apartamentos de un dormitorio por aquí. Esa es toda la información que necesitas ahora mismo, Bridget”.

“Por supuesto. Lo siento”, dijo Bridget, escarmentada.

“Tengo que tomar prestado el cuarto de baño un momento”, dijo Jessie, sintiendo como la tensión que había en su garganta se expandía hacia su pecho. No estaba segura de lo que le estaba pasando. “¿Está bien?”.

“Por supuesto”, dijo Bridget. “¿Recuerdas dónde estaba, al final del pasillo?”.

Jessie asintió y se dirigió hacia allí lo más deprisa que pudo sin echarse a correr. Para cuando llegó y cerró la puerta, tenía miedo de que se fuera a desmayar. Parecía como si estuviera a punto de tener un ataque de pánico.

¿Qué diablos me está pasando?

Se refrescó la cara con agua fría, y después reposó las palmas sobre el mostrador mientras se guiaba a sí misma a través de unas respiraciones lentas, y profundas.

Las imágenes se sucedían a través de su mente sin ritmo o razón de ser: estar acurrucada en el sofá con Kyle, temblando en una cabaña desolada al fondo de la cordillera Ozark, mirando el ultrasonido de su bebé por nacer y que nunca lo haría, leyendo una historia para irse a dormir con su padre adoptivo en una mecedora, viendo cómo su marido arrojaba un cadáver desde un yate en las aguas costeras, el sonido de su padre susurrándole “bicho de verano” al oído.

Jessie no sabía por qué le había alterado la pregunta básicamente inocua que había hecho Bridget sobre sus circunstancias. Lo cierto es que lo había hecho y ahora sentía un sudor frío, temblaba involuntariamente, y miraba de vuelta al espejo a una persona que apenas reconocía.

No estaba del todo mal que su próxima parada fuera para ver a su terapeuta. El pensamiento calmó ligeramente a Jessie que tomó unas cuantas respiraciones profundas antes de salir del cuarto de baño y dirigirse al fondo del pasillo hasta la puerta principal.

“Ya te llamaré”, le gritó a Bridget al tiempo que cerraba la puerta

después de salir. Pero no estaba segura de que lo haría. Ahora mismo, no estaba segura de nada.

CAPÍTULO TRES

La consulta de la doctora Janice Lemmon solo estaba a unas cuantas manzanas del apartamento del que Jessie estaba saliendo y se alegró por la oportunidad de caminar y aclararse la mente. Mientras descendía por Figueroa, casi se alegró de sentir el viento punzante, cortante, que hacía que se le humedecieran los ojos antes de secarse de inmediato. El frío sobrecogedor empujó la mayoría de los pensamientos hacia un lado, excepto el de moverse deprisa.

Cerró la cremallera del abrigo hasta el cuello y bajó la cabeza mientras pasaba junto a una cafetería, y después un restaurante que estaba casi a rebosar. Eran mediados de diciembre en Los Ángeles y los negocios locales hacían lo que podían para que sus fachadas resultaran festivas en una ciudad donde la nieve era casi un concepto abstracto.

Sin embargo, en los túneles de viento que creaban los rascacielos del centro urbano, el frío siempre estaba presente. Eran casi las 11 de la mañana, el cielo estaba gris y la temperatura rondaba los diez grados. Hoy iba a bajar hasta los cuatro grados centígrados. Para Los Ángeles, eso era frío siberiano. Por supuesto, Jessie ya había pasado por inviernos mucho más fríos.

De niña en su Missouri rural, antes de que todo se fuera al carajo, jugaba en el pequeño patio de la casa móvil de su madre en el parque de caravanas, con los dedos y la cara medio entumecidos, montando muñecos de nieve no demasiado impresionantes, pero de rostro alegre, mientras su madre la observaba con atención desde la ventana. Jessie recordaba preguntarse por qué su madre nunca le quitaba los ojos de encima. En retrospectiva, ahora estaba claro.

Unos cuantos años más tarde, en los suburbios de Las Cruces, Nuevo México, donde vivió con su familia adoptiva después de que la metieran en el programa de Protección de Testigos, iba a esquiar en las laderas de las montañas cercanas con su segundo padre, un agente del FBI que proyectaba un profesionalismo sereno, sin que importara la situación de que se tratara. Siempre estaba ahí para ayudarle cuando se caía. Y generalmente, podía contar con una taza de chocolate caliente cuando descendían de las colinas desérticas, peladas y regresaban al albergue.

Esos recuerdos del frío le calentaban mientras doblaba la esquina de la última manzana para ir a la consulta de la doctora Lemmon. Con mucho cuidado, eligió no pensar en los recuerdos menos agradables que, inevitablemente, se entrelazaban con los buenos.

Se presentó en recepción y se quitó las capas de ropa mientras esperaba a que le llamaran para entrar a la consulta de la doctora. No tardaron mucho. A las 11 en punto, su terapeuta abrió la puerta y le invitó a pasar adentro.

La doctora Janice Lemmon tenía unos sesenta y tantos años, aunque no los aparentaba. Estaba en excelente forma y sus ojos, detrás de unas gafas gruesas, eran agudos y enfocados. Sus tirabuzones rubios brincaban cuando caminaba y poseía una intensidad contenida que no podía enmascarar.

Se sentaron en unos sillones de felpa la una frente a la otra. La doctora Lemmon le concedió unos momentos para que se asentara antes de hablar.

“¿Cómo estás?”, le preguntó de esa manera abierta que siempre hacía que Jessie se planteara la pregunta con más seriedad de lo que era habitual en su vida diaria.

“He estado mejor”, admitió.

“¿Y por qué es eso?”.

Jessie le contó lo de su ataque de pánico en el apartamento y los recuerdos del pasado que le asaltaron a continuación.

“No sé qué es lo que me alteró”, dijo a modo de conclusión.

“Creo que sí lo sabes”, le insistió la doctora Lemmon.

“¿Te importaría darme una pista?”, respondió Jessie.

“Bueno, me pregunto si perdiste la calma en presencia de una persona casi desconocida porque no te parece que tengas ningún otro sitio donde liberar tu ansiedad. Deja que te pregunte esto—¿tienes algún acontecimiento o decisión estresante en el futuro cercano?”.

“¿Quieres decir alguna cosa que no sea la cita con mi ginecólogo en dos horas para ver si me he recuperado del aborto, finalizar el divorcio con el hombre que intentó asesinarme, vender la casa que compartimos, procesar el hecho de que mi padre el asesino en serie

me está buscando, decidir si voy a Virginia o no durante dos meses y medio para que los instructores del FBI se rían de mí, y tener que mudarme del apartamento de una amiga para que pueda dormir bien una noche? Excepto por estas cosas, diría que estoy bien".

"Eso suena a bastante", respondió la doctora Lemmon, ignorando el tono sarcástico de Jessie. "¿Por qué no empezamos con las preocupaciones inmediatas y trabajamos hacia fuera desde allí, te parece?".

"Tú mandas", murmuró Jessie.

"La verdad es que no, pero dime algo sobre la cita que tienes ahora. ¿Por qué te tiene eso preocupada?".

"No es tanto que esté preocupada", dijo Jessie. "El médico ya me dijo que no parece que tenga ningún daño permanente y que podré volver a concebir en el futuro. Es más bien por el hecho de que ir allí me va a recordar lo que he perdido y cómo lo perdí".

"¿Estás hablando de cómo te drogó tu marido para poder inculparte por el asesinato de Natalia Urgova? ¿Y cómo la droga que utilizó te provocó el aborto?".

"Sí", dijo Jessie con sequedad. "A eso es a lo que me refiero".

"En fin, me sorprendería que alguien sacara eso a colación", dijo la doctora Lemmon, con una amable sonrisa jugueteando en sus labios.

"¿Así que me estás diciendo que estoy creando estrés para mí misma sobre una situación que no tiene por qué ser estresante?".

"Lo que digo es que, si manejas las emociones por anticipado, puede que no te resulten tan abrumadoras cuando estés en la consulta".

"Eso es muy fácil de decir", dijo Jessie.

"Todo es más fácil de decir que de hacer", respondió la doctora Lemmon. "Dejemos eso a un lado por ahora y continuemos con el divorcio que tienes pendiente. ¿Cómo van las cosas por ese frente?".

"La casa está en depósito de seguridad. Así que espero que eso se concluya sin complicaciones. Mi abogado dice que aprobaron mi solicitud de un divorcio urgente y que debería estar todo finalizado antes de que acabe el año. Hay un bonus por ese lado—como California es un estado de propiedad comunitaria, me quedo con la

mitad de los activos de mi pareja asesina. Él también se queda con la mitad de lo mío, a pesar de ir a juicio por nueve delitos mayores a principios de año. Pero, considerando que he sido una estudiante hasta hace unas cuantas semanas, no supone gran cosa".

"Y bien, ¿cómo te sientes respecto a eso?".

"Me siento bien por lo del dinero. Diría que me lo he ganado de sobra. ¿Sabes que utilicé el seguro sanitario de su trabajo para pagar por la herida que me hizo al apuñalarme con el atizador? Eso tiene algo de justicia poética. Por lo demás, me alegraré cuando haya terminado todo. Lo que más quiero es dejar esto atrás y olvidarme de que pasé casi una década de mi vida con un sociópata sin percatarme de ello".

"¿Crees que deberías haberte dado cuenta?", preguntó la doctora Lemmon.

"Estoy intentando convertirme en criminóloga profesional, doctora. ¿Cómo puedo ser buena si no me di cuenta del comportamiento criminal de mi propio marido?".

"Ya hemos hablado de esto, Jessie. Con frecuencia, hasta a los mejores criminólogos les resulta difícil identificar los comportamientos ilícitos de los que tienen más cerca. A menudo, se requiere de una distancia profesional para ver lo que realmente está pasando".

"¿Creo entender que hablas por experiencia propia?", preguntó Jessie.

Janice Lemmon, además de ser una terapeuta del comportamiento, era una experta criminal muy bien considerada que solía trabajar a tiempo completo para el Departamento de Policía de Los Ángeles. Todavía les ofrecía sus servicios de vez en cuando.

Lemmon había utilizado su considerable influencia y conexiones para conseguir a Jessie el permiso para visitar el hospital estatal en Norwalk y que pudiera entrevistar al asesino en serie Bolton Crutchfield como parte de su trabajo de graduación. Y Jessie también sospechaba que la doctora había desempeñado un papel crucial en que la aceptaran en el ostentoso programa de la Academia Nacional del FBI, que generalmente solo aceptaba a investigadores locales con mucha experiencia, y no a recién graduados que carecían de experiencia alguna.

"Así es", dijo la doctora Lemmon. "Pero podemos dejar eso para otro momento. ¿Te gustaría hablar de cómo te sientes por haberte dejado engañar por tu marido?".

“No diría que me engañaron completamente. Después de todo, gracias a mí, está en la cárcel y tres personas que hubieran acabado muertas de no ser por mí, entre ellas yo misma, están vivitas y coleando. ¿No recibo ningún crédito por ello? Porque lo cierto es que acabé por darme cuenta. No creo que la policía se hubiera dado cuenta jamás”.

“Eso parece justo. Por tu tono, asumo que prefieres continuar con otro tema. ¿Qué te parece que hablemos de tu padre?”.

“¿En serio?”, preguntó Jessie, incrédula. “¿Tenemos que hablar de eso a continuación? ¿No podemos hablar de mis problemas para encontrar apartamento?”.

“Creo entender que están relacionados. Después de todo, ¿no es esa la razón de que tu compañera de piso no pueda dormir por las pesadillas que te despiertan a gritos?”.

“No estás siendo justa, doctora”.

“Solo estoy trabajando con las cosas que me dices, Jessie. Si no quisieras que yo las supiera, no las hubieras mencionado. ¿Puedo asumir que los sueños tienen que ver con el asesinato de tu madre por parte de tu padre?”.

“Sí”, respondió Jessie, con un tono que seguía siendo demasiado jactancioso. “Puede que el Ejecutador de los Ozarks se haya metido bajo tierra, pero todavía tiene a una víctima en sus garras”.

“¿Han empeorado las pesadillas desde que nos vimos por última vez?”, preguntó la doctora Lemmon.

“No diría que son peores”, corrigió Jessie. “Se han mantenido básicamente al mismo nivel de espantosa horripilancia”.

“Pero se han hecho dramáticamente más frecuentes e intensas desde que recibiste el mensaje, ¿correcto?”.

“Asumo que estamos hablando del mensaje que me pasó Bolton Crutchfield para desvelar que ha estado en contacto con mi padre, a quien le gustaría mucho encontrarme”.

“De ese mensaje es del que estamos hablando”.

“Entonces sí, ese fue el momento en que empeoraron”, respondió Jessie.

“Dejando los sueños de lado por un momento”, dijo la doctora Lemmon, “quería reiterar lo que te dije previamente”.

“Sí, doctora, no lo he olvidado. En tu capacidad como consultora del Departamento de Hospitales del Estado, División No-Rehabilitadora, has hablado con el equipo de seguridad del hospital para garantizar que Bolton Crutchfield no tenga acceso a ningún personal externo no autorizado. No hay manera de que se pueda comunicar con mi padre para hablarle de mi nueva identidad”.

“¿Cuántas veces he dicho eso?”, preguntó la doctora Lemmon. “Deben haber sido unas cuantas para que lo hayas memorizado”.

“Digamos que más de una vez. Además, me he hecho amiga de la jefa de seguridad de las instalaciones del DNR, Kat Gentry, y me dijo básicamente lo mismo—han actualizado sus procedimientos para garantizar que Crutchfield no tenga ninguna comunicación con el mundo exterior”.

“Y aún así, no suenas convencida”, indicó la doctora Lemmon.

“¿Lo estarías tú?”, le contrapuso Jessie. “Si tu padre fuera un asesino en serie conocido por el mundo entero como el Ejecutador de los Ozarks y hubieras visto con tus propios ojos cómo les sacaba las vísceras a sus víctimas y nunca le hubieran atrapado, ¿te quedarías tranquila por unas meras formalidades triviales?”.

“Admito que, seguramente, sería algo escéptica. Pero no sé qué tiene de productivo concentrarte en algo que no puedes controlar”.

“Tenía pensando sacar eso a colación, doctora Lemmon”, dijo Jessie, abandonando el tono sarcástico ahora que tenía una petición genuina que hacer. “¿Estamos seguras de que no tenemos ningún control de la situación? Parece que Bolton Crutchfield sabe bastante sobre lo que ha estado haciendo mi padre en los últimos años. Y a Bolton… le gusta mi compañía. Estaba pensando que puede que sea hora de hacerle otra visita para charlar con él. ¿Quién sabe lo que puede revelar?”.

La doctora Lemmon aspiró profundamente mientras consideraba la propuesta.

“No estoy segura de que meterte en juegos mentales con un célebre asesino en serie sea el mejor paso para tu bienestar emocional, Jessie”.

“¿Sabes lo que sería estupendo para mi bienestar emocional, doctora?”, dijo Jessie, sintiendo cómo se elevaba su frustración a pesar

de sus esfuerzos. “Dejar de sentir miedo a que el psicópata de mi padre pueda aparecer en cualquier esquina y ponerse a acuchillarme”.

“Jessie, si solo con hablar de esto te alteras de esta manera, ¿qué va a suceder cuando Crutchfield empiece a tocarte tus puntos flacos?”.

“No es lo mismo. Contigo no tengo que censurarme. Con él, soy una persona diferente. Soy profesional”, dijo Jessie, asegurándose de que su tono sonara más sobrio. “Estoy harta de ser una víctima y esto es algo tangible que puedo hacer para cambiar la dinámica. ¿Podrías considerarlo? Sé que tu recomendación es algo así como la llave de oro en esta ciudad”.

La doctora Lemmon se la quedó mirando fijamente durante unos segundos desde detrás de sus gruesas gafas, con mirada escrutadora.

“Veré qué puedo hacer”, dijo finalmente. “Hablando de llaves de oro, ¿ya has aceptado formalmente la invitación de la Academia Nacional del FBI?”.

“Todavía no. Todavía estoy pensando en las opciones que tengo”.

“Creo que podrías aprender muchísimo allí, Jessie. Y no te haría ningún mal tenerlo en tu currículum vitae cuando te pongas a buscar trabajo por aquí. Me preocupa que dejar pasar esto por alto pueda ser una forma de autosabotaje”.

“No es eso”, le aseguró Jessie. “Ya sé que es una gran oportunidad. Es solo que no estoy segura de que sea el momento ideal para largarme al otro lado del país durante casi tres meses. Todo mi mundo está en transición ahora mismo”.

Intentó alejar la agitación de su voz, pero podía sentir cómo hacía su aparición sigilosamente. Obviamente, la doctora Lemmon también se dio cuenta porque decidió cambiar de tema.

“Muy bien. Ahora que nos hemos hecho una imagen más clara de cómo van las cosas, me gustaría profundizar un poco más en algunas cuestiones. Si recuerdo bien, tu padre adoptivo vino hace poco hasta aquí para ayudarte a recomponerte. Quiero hablar un momento sobre cómo fue eso. Pero primero, hablemos de cómo te estás recuperando físicamente. Entiendo que acabas de tener tu última sesión de fisioterapia. ¿Cómo fue eso?”.

Los siguientes cuarenta y cinco minutos le hicieron sentir a Jessie como si fuera un tronco al que le estuvieran pelando la cubierta.

Cuando se terminó, se alegró de marcharse, a pesar de que eso significara que su próxima parada era para reconfirmar que podría concebir hijos en el futuro. Después de casi una hora en que la doctora Lemmon le estuvo escudriñando su mente, imaginó que dejar que escudriñaran su cuerpo sería cosa de niños. Pero se equivocaba.

*

No era el toqueteo lo que le había provocado. Eran las consecuencias. La cita con el médico había sido de lo más normal. El médico le había confirmado que no había sufrido ningún daño permanente y le había asegurado que podría volver a concebir en el futuro. También le había dado luz verde para retomar la actividad sexual, una noción que sinceramente ni se le había pasado por la mente a Jessie desde que Kyle le atacara. El médico le dijo que, a no ser que surgiera algo inesperado, debería volver a la consulta para hacer un seguimiento en seis meses.

Fue cuando se encontraba en el ascensor de camino al aparcamiento, que perdió el control. No estaba del todo segura de por qué, pero sintió como si se estuviera cayendo dentro de un agujero oscuro en el suelo. Corrió hasta su coche y se sentó al volante, dejando que los violentos sollozos le sacudieran el cuerpo.

Y entonces, en medio de sus lágrimas, lo entendió. Había algo en lo definitivo de esta cita que le había impactado de lleno. No tenía que regresar en otros seis meses. Sería una visita normal. El estadio del embarazo de su vida había terminado, al menos para el futuro previsible.

Casi podía sentir cómo la puerta emocional le daba en las narices con un ruido estridente. Además de que su matrimonio hubiera terminado de la manera más sorprendente posible y de enterarse de que su padre el asesino, al que pensaba que había dejado atrás, estaba de vuelta en su presente, caer en la cuenta de que había tenido a un ser vivo dentro de ella y que ya no lo tenía resultaba demasiado que soportar.

Salió a toda pastilla del aparcamiento, con la visión borrosa por las lágrimas que le inundaban los ojos. Le daba igual. Le pisó fuerte al acelerador mientras conducía disparada por Robertson. Era media tarde y no había demasiado tráfico. Aun así, se metía de un carril a otro con salvaje despreocupación.

Por delante de ella, en un semáforo, vio un camión de mudanzas. Se puso a conducir a todo gas, y sintió cómo el cuello se le echaba hacia atrás al acelerar. El límite de velocidad eran treinta y cinco millas por hora, pero ella iba a cuarenta y cinco, después cincuenta y cinco, a más de sesenta. Estaba convencida de que, si le golpeaba al camión con bastante fuerza, todo su dolor se desvanecería en un instante.

Miró hacia su izquierda y mientras pasaba como un rayo, vio a una madre caminando por el pavimento con su bebé. La idea de que ese chiquitín fuera testigo de una masa de metal retorcido, fuego y ruido ensordecedor, y restos chamuscados le convenció en un instante de abandonar su misión.

Jessie pisó a fondo los frenos, deteniéndose de repente a un par de metros de la parte trasera del camión. Se metió al aparcamiento de la gasolinera que había a su derecha, aparcó, y apagó el motor del coche. Respiraba con dificultad y la adrenalina le recorría todo el cuerpo, haciendo que le temblaran los dedos de las manos y los pies hasta el punto de que le resultara incómodo.

Después de unos cinco minutos sentada allí sin moverse con los ojos cerrados, su pecho dejó de retumbar y su respiración volvió a la normalidad. Escuchó un zumbido y abrió los ojos. Era su teléfono. La identificación del remitente decía que se trataba del detective Ryan Hernández del L.A.P.D. Había hablado con ella durante su clase de criminología el semestre pasado, en la que ella le había impresionado con la manera de resolver un caso de estudio que él había presentado a la clase. También le había visitado en el hospital después de que Kyle tratara de matarla.

“Hola, hola”, se dijo Jessie en voz alta para sí misma, asegurándose de que su voz sonara normal. Bastante normal. Respondió a la llamada.

“Al habla Jessie”.

“Hola, señorita Hunt. Soy el Detective Ryan Hernández. ¿Te acuerdas de mí?”.

“Por supuesto”, dijo ella, encantada de sonar como su ser habitual. “¿Qué pasa?”.

“Sé que hace poco que te has graduado”, dijo él, con una voz que sonaba más dubitativa de lo que ella recordaba. “¿Ya tienes algún puesto asegurado?”.

“Todavía no”, respondió Jessie. “En este momento, estoy considerando

mis opciones”.

“En ese caso, me gustaría hablarte sobre un trabajo”.

CAPÍTULO CUATRO

Una hora después, Jessie estaba sentada en la zona de recepción de la Comisaría de Policía de la Comunidad Central del Departamento de Policía de Los Ángeles, o como se le conocía habitualmente, la División del Centro, esperando a que saliera el detective Hernández a reunirse con ella. Se negó rotundamente volver a pensar en el incidente que casi le había llevado a chocar con un camión. Era demasiado como para procesarlo en este momento. En vez de ello, se enfocó en lo que estaba a punto de suceder.

Hernández había sido cauteloso durante la llamada, y le había dicho que no podía entrar en detalles—solo le dijo que se había abierto una vacante para un agente junior y que había pensado en ella. Le había pedido que viniera a hablarlo en persona ya que quería calibrar su interés antes de mencionárselo a los de arriba.

Mientras Jessie esperaba, intentó recordar lo que sabía sobre Hernández. Le había conocido ese otoño cuando él había visitado su programa de master en psicología forense para hablar de las aplicaciones prácticas de la criminología. Y resulta que, cuando era policía de uniforme, había contribuido de manera importante a atrapar a Bolton Crutchfield.

Durante la clase, había presentado un complicado caso de asesinato a los alumnos y les había preguntado si alguno de ellos podía determinar al perpetrador y su motivo. Solamente Jessie se lo había figurado. De hecho, Hernández había dicho que era la segunda alumna que había resuelto el caso.

La siguiente vez que le vio fue en el hospital donde estaba recuperándose del ataque de Kyle. Todavía estaba bajo la influencia de los medicamentos, por lo que sus recuerdos eran algo vagos.

Solo había venido hasta allí porque ella le había hecho una llamada, sospechando de los antecedentes de Kyle antes de conocerle a los dieciocho años, con la esperanza de que le pudiera ofrecer alguna pista que seguir. Le había dejado un mensaje de voz y cuando él no pudo dar con ella después de varios intentos—básicamente porque su marido la había maniatado en su casa—él había rastreado su celular para caer en la cuenta de que se encontraba en el hospital.

Cuando le visitó, había sido amable, y le había repasado el estado del caso pendiente contra Kyle. Sin embargo, también había mostrado claras sospechas (con razón de sobra) de que Jessie no había hecho todo lo posible para aclarar las cosas después de que Kyle matara a Natalia Urgova.

Era cierto. Después de que Kyle persuadiera a Jessie de que ella había matado a Natalia en medio de un furor fomentado por el alcohol del que no se acordaba, Kyle le había ofrecido encubrir el crimen arrojando el cadáver de Natalia al mar. A pesar de las dudas que había sentido en ese momento, Jessie no había insistido en presentarse a la policía para confesar. Era algo de lo que se seguía arrepintiendo hasta el día de hoy.

Hernández había guardado eso en secreto y, por lo que ella sabía, no le había dicho nada respecto a ello a nadie más. Una pequeña parte de ella se temía que esa fuera la verdadera razón para decirle que viniera hoy y que lo del trabajo no era más que una patraña para hacerle venir a comisaría. Se imaginó que, si le llevaba a la sala de interrogatorios, sabría por dónde iban las cosas.

Tras unos pocos minutos, él salió a recibirla. Era el mismo que ella recordaba, de unos treinta años, de complexión fuerte pero no excesivamente imponente. Con un metro ochenta, y algo menos de noventa kilos de peso, era obvio que estaba en una forma excelente. Solo cuando se le acercó más, recordó lo musculoso que era.

Tenía el pelo negro y corto, ojos castaños, y una sonrisa amplia y cálida que seguramente hacía que los sospechosos se sintieran a salvo. Se preguntó si la cultivaba por esa misma razón. Vio el anillo de bodas en su mano izquierda y se acordó de que estaba casado, aunque no tenía hijos.

“Gracias por venir, señorita Hunt”, le dijo, extendiéndole la mano.

“Llámame Jessie, por favor”, dijo ella.

“Muy bien, Jessie. Vamos a mi escritorio y te pondré al tanto de lo que tengo en mente”.

Jessie sintió una ráfaga de alivio más intensa de lo esperada cuando no le sugirió ir a la sala de interrogatorios, pero consiguió que no fuera demasiado obvio. Mientras le seguía hasta la zona de oficina, él le habló en voz baja.

“He estado al tanto de tu caso”, admitió. “O, mejor dicho, el caso de

tu exmarido".

"Pronto exmarido", anotó ella.

"Correcto. También me enteré de eso. No hay planes de seguir junto al tipo que intentó inculparte por asesinato y matarte a ti después, ¿eh? Ya no hay lealtad hoy en día".

Le sonrió para indicarle que estaba bromeando. Jessie no pudo evitar sentirse impresionada por un hombre que estaba dispuesto a gastar una broma sobre un asesinato ante la persona que casi acaba siendo asesinada.

"La culpabilidad me tiene frita", dijo ella, siguiéndole la broma.

"Apuesto a que sí. Tengo que decir que no tiene buena pinta para el que pronto será tu exmarido. Incluso si los fiscales no van a por la pena de muerte, dudo de que salga algún día de la cárcel".

"De tus labios…", murmuró Jessie, sin necesidad de terminar la frase.

"Cambiemos de tema a algo más alegre, ¿te parece?", sugirió Hernández. "Como puede que recuerdes o no de mi visita a tu clase, trabajo para una unidad especial en Robos-Homicidios. Se llama la Sección Especial de Homicidios, o SEH abreviando. Nos especializamos en casos de gente famosa, de esos que generan un montón de interés mediático o escrutinio público. Puede incluir incendios provocados, asesinatos con múltiples víctimas, asesinatos de individuos notables, y por supuesto, asesinos en serie".

"Como Bolton Crutchfield, el tipo al que ayudaste a capturar".

"Exactamente", dijo él. "Nuestra unidad también emplea a criminólogos. No son exclusivamente nuestros. Todo el departamento tiene acceso a ellos, pero nosotros tenemos prioridad. Puede que hayas oído hablar de nuestro criminólogo más experimentado, Garland Moses".

Jessie asintió. Moses era una leyenda en la comunidad de criminólogos. Antiguo miembro del FBI, se había mudado a la costa oeste para retirarse a finales de los años 90 tras pasarse décadas dando tumbos por el país a la caza de asesinos en serie. Le pagaba el departamento, pero no era un empleado oficial, así que podía ir y venir como le daba la gana.

Ya tenía más de setenta años, pero todavía aparecía por el trabajo casi

cada día. Y al menos tres o cuatro veces al año, Jessie leía alguna historia sobre cómo había resuelto otro caso que nadie más podía descifrar. Se suponía que tenía un despacho en el segundo piso de este edificio en lo que se rumoreaba era un armario de limpieza reconvertido.

"¿Voy a conocerle?", preguntó Jessie, tratando de controlar su entusiasmo.

"No hoy", dijo Hernández. "Quizá si aceptas el trabajo y cuando lleves algún tiempo por aquí, te lo presentaré. Es algo difícil de tratar".

Jessie sabía que Hernández estaba siendo diplomático. Garland Moses tenía reputación de ser un tipo desagradable y taciturno, con muy mal genio. Si no fuera porque se le daba de maravilla atrapar a asesinos, seguramente no habría manera de conseguirle un trabajo.

"Así que Moses es algo así como el criminólogo emérito del departamento", continuó Hernández. "Solo aparece por aquí para los casos realmente importantes. El departamento tiene unos cuantos criminólogos autónomos y otro personal que emplea para casos menos célebres. Por desgracia, nuestro criminólogo junior, Josh Caster, presentó su dimisión ayer".

"¿Por qué?".

"¿Oficialmente?", dijo Hernández. "Quería mudarse a una zona más apropiada para la vida en familia. Tiene una mujer y dos hijos a los que no ve nuca. Así que aceptó un puesto en Santa Bárbara".

"¿Y extraoficialmente?".

"Ya no podía más con el trabajo. Trabajó en robos-homicidios media docena de años, entonces fue al programa de formación del FBI, regresó con fuerza y trabajó muy duro como criminólogo durante dos años después de eso. Entonces, se dio con un muro".

"¿Qué quieres decir?", preguntó Jessie.

"Este es un negocio bastante feo, Jessie. Creo que no he de decírtelo, después de lo que pasó con tu marido. Pero una cosa es tener un encuentro fortuito con la violencia o la muerte. Y otra cosa es tener que enfrentarse a ello cada día, ver las cosas horribles que los seres humanos pueden hacerse entre ellos. Es difícil mantener tu humanidad bajo el peso de todo eso. Te deprime. Si no tienes algún sitio donde dejarlo al final del día, puede alterarte de verdad. Eso es algo en lo

que pensar mientras consideras mi propuesta".

Jessie decidió que este no era el momento de decirle al detective Hernández que su experiencia con Kyle no era la primera ocasión en la que se había enfrentado a la muerte de cerca. No estaba segura de que haber sido testigo de cómo su padre asesinaba a varias personas cuando ella era una niña, incluyendo a su propia madre, pudiera dañar sus posibilidades laborales.

"¿Cuál es exactamente tu propuesta?", le preguntó, alejándose del tema por completo.

Habían llegado al escritorio de Hernández. Le hizo un gesto para que se sentara al otro lado de la mesa, frente a él, mientras continuaba.

"Que sustituyas a Caster, al menos en calidad de interinidad. El departamento no está preparado para contratar a un criminólogo a tiempo completo por el momento. Invirtieron un montón de recursos en Caster y se sienten quemados. Quieren hacer una gran búsqueda de candidatos antes de contratar a su reemplazo permanente. Entretanto, están buscando a alguien junior, a quien no le importe no tener un contrato a tiempo completo ni que le paguen por debajo de lo habitual".

"Seguro que con eso atraerán solicitudes de los mejores", dijo Jessie.

"Totalmente de acuerdo. Eso me temo—que, con la excusa de mantener los costes bajos, se decidan por alguien que no tenga lo que hace falta. ¿Qué pienso yo? Prefiero probar con alguien que puede que sea novato pero que tenga talento antes de un inútil que no sirva para nada en absoluto".

"¿Crees que tengo talento?", preguntó Jessie, esperando no sonar como si estuviera buscando que le echaran un cumplido.

"Creo que tienes potencial. Lo demostraste en el caso que presenté a la clase. Respeto mucho a tu profesor de esa clase, Warren Hosta. Y me dice que tienes talento de verdad. No entró en detalles, pero indicó que te habían concedido permiso para entrevistar a un preso de alto calibre y que habías establecido una relación que podría acabar siendo de utilidad en el futuro. El hecho de que no pudiera contarme todo lo que está haciendo alguien que se acaba de graduar del master sugiere que no estás tan verde como pueda parecer. Además, te las arreglaste para deshilvanar la complicada trama del asesinato que cometió tu marido y conseguiste que no te matara. Eso no es moco de pavo. También sé que te han aceptado en el programa de la Academia

Nacional del FBI sin ninguna experiencia previa en las fuerzas de seguridad. Eso no sucede casi nunca. Así que estoy dispuesto a apostar por ti y mencionar tu nombre en las negociaciones, asumiendo que estés interesada. ¿Estás interesada?".

CAPÍTULO CINCO

“Entonces, ¿no vas a hacer lo del FBI?”, preguntó Lacy con incredulidad mientras tomaba otro sorbito de vino.

Estaban sentadas en el sofá, ya se habían bebido la mitad de una botella de vino tinto y estaban devorando la comida china que les acababan de traer a casa. Eran más de las 8 de la tarde y Jessie estaba agotada después de vivir el día más largo que recordaba en muchos meses.

“Claro que lo voy a hacer, pero no ahora. Me concedieron una prórroga. Puedo unirme a otra clase de la Academia, siempre y cuando lo haga en los próximos seis meses. De lo contrario, tengo que volver a presentar mi aplicación. Como tuve suerte de que me aceptaran en esta ocasión, prácticamente eso garantiza que iré muy pronto”.

“¿Y te rajas para hacer trabajo de despacho para el L.A.P.D.?”, preguntó Lacy, incrédula.

“Otra vez, no me estoy rajando”, señaló Jessie, dándole un buen trago a su copa, “solo lo estoy retrasando. Ya estaba indecisa por todo lo que tengo entre manos con la venta de la casa y mi recuperación física. Esto no fue más que el factor decisivo. Además, ¡suena genial!”.

“No, para nada”, dijo Lacy. “Suena completamente aburrido. Hasta tu amigo el detective dijo que estarías haciendo tareas rutinarias y manejando casos de poca monta en los que nadie más quiera trabajar”.

“Al principio, pero cuando tenga un poco de experiencia, estoy segura de que me asignarán a algo más interesante. Estamos en Los Ángeles, Lace. No van a ser capaces de mantener a los locos muy lejos de mí”.

*

Dos semanas más tarde, mientras el coche patrulla dejaba a Jessie a una manzana de la escena del crimen, les dio las gracias a los agentes

y se dirigió al callejón donde vio la cinta de acordonamiento de la policía en su lugar. Mientras cruzaba la calle, evitando a los conductores que parecían tener más intenciones de chocarse con ella que de evitarla, se le ocurrió que este iba a ser su primer caso de asesinato.

Echando la vista atrás a su breve periodo en la comisaría central, se daba cuenta de que se había equivocado al pensar que no iban a poder mantener a los locos alejados de ella. De alguna manera, hasta el momento, lo habían conseguido. De hecho, la mayor parte del tiempo en estos días se lo había pasado en comisaría, repasando casos abiertos para asegurarse de que el papeleo que había rellenado Josh Carter antes de largarse estaba al día. Era pura rutina.

No ayudaba el hecho de que la Comisaría Central pareciera una terminal de autobuses transitada. La zona del recinto principal era masiva. La gente revoloteaba a su alrededor todo el tiempo y nunca estaba del todo segura de si se trataba de personal, civiles, o sospechosos. Tuvo que moverse en varias ocasiones a otro escritorio cada vez que los criminólogos sin la etiqueta de “interinidad” utilizaban su experiencia para reclamar las estaciones de trabajo que preferían. Y daba igual donde terminara, parecía que Jessie siempre estaba situada justo debajo de una luz fluorescente titilante.

Pero hoy no. Al entrar al callejón a las afueras de la Cuarta Este, vio al detective Hernández al otro extremo y esperó que este caso fuera diferente a los otros que le habían asignado hasta el momento. En cada uno de ellos, había acompañado a los detectives, pero no le habían pedido su opinión. No había gran necesidad de ello de todos modos.

De los tres casos en que había hecho de acompañante, dos habían sido robos y el otro un incendio provocado. En cada uno de ellos, el sospechoso había confesado a los pocos minutos de que le arrestaran, en una ocasión sin que le tuvieran que interrogar. El detective había tenido que leerle sus derechos Miranda y pedirle que confesara de nuevo.

Pero hoy puede que por fin fuera diferente. Era el lunes después de Navidad, y Jessie esperaba que el espíritu de las fiestas pudiera hacer que Hernández se sintiera más generoso que sus colegas. Se unió a él y a su compañero por el día, un hombre con gafas de unos cuarenta y tantos años llamado Callum Reid, durante su investigación de la muerte de un adicto que habían encontrado al final del callejón.

Todavía tenía una aguja pinchada en su brazo izquierdo y el agente de uniforme solo había llamado a los detectives como mera formalidad. Mientras Hernández y Reid hablaban con el agente, Jessie se metió por debajo de la cinta de acordonamiento y se acercó al cadáver, asegurándose de que no pisaba en ningún lugar importante.

Miró al joven, que no parecía ser mayor que ella. Era afroamericano, con un corte de pelo difuminado. Hasta tumbado y descalzo, podía asegurar que era alto. Algo sobre él le resultaba familiar.

"¿Debería saber quién es este tipo?", le gritó a Hernández. "Me da la impresión de que le he visto antes en alguna parte".

"Probablemente", le gritó Hernández de vuelta. "Fuiste a la USC, ¿verdad?".

"Así es", dijo ella.

"Seguramente coincidió contigo uno o dos años. Se llamaba Lionel Little. Jugó al baloncesto allí durante un par de años antes de hacerse profesional".

"Vale, ahora creo que me acuerdo de él", dijo Jessie.

"Tenía un increíble tiro con la mano izquierda en que volteaba los dedos", recordó el detective Reid.

"Me recordaba un poco a George Gervin. Fue un novato muy solicitado, pero acabó desvaneciéndose en unos pocos años. No podía jugar como defensa, y no supo cómo manejar todo ese dinero ni el estilo de vida de la NBA. Solo duró tres temporadas antes de que le sacaran por completo de la liga. Para entonces, las drogas se lo llevaron por delante. En algún momento, acabó viviendo en la calle".

"Le veía de vez en cuando", añadió Hernández. "Era un chico muy agradable—nunca le detuvieron por otra cosa que vagabundear o mearse en público".

Jessie se inclinó y miró más de cerca a Lionel. Trató de imaginarse a sí misma en su posición, un chico perdido, adicto a las drogas, pero no problemático, vagabundeando por los callejones de atrás del centro de L.A. durante los últimos años. De algún modo, se las arregló para mantener su hábito sin llegar a la sobredosis o terminar en prisión. Y, aun así, allí estaba, tumbado en un callejón, con una aguja en el brazo, descalzo. Algo no encajaba del todo.

Se arrodilló para echarle una mirada de cerca donde la aguja sobresalía de su piel. Estaba metida hasta el fondo en su piel básicamente limpia.

Su piel limpia….

“Detective Reid, ¿dijiste que Lionel tenía un giro de dedos de la mano izquierda que estaba muy bien, ¿verdad?”.

“Algo realmente hermoso”, respondió con entusiasmo.

“¿Entonces podemos asumir que era zurdo?”.

“Oh claro que sí, era completamente zurdo. Tenía problemas para pasarse a su derecha. Los defensas le hacían pasarse a ese lado y así terminaban con él. Fue otra de las razones de que nunca triunfara como profesional”.

“Eso es extraño”, murmuró ella.

“¿Qué pasa?”, preguntó Hernández.

“Es solo que… ¿podéis venir aquí, chicos? Hay algo que no me parece que tenga mucho sentido en esta escena del crimen”.

Los detectives se acercaron y se detuvieron justo detrás de donde estaba arrodillada. Señaló al brazo izquierdo de Lionel.

“Parece que esa aguja esté metida hasta la mitad de su brazo, pero no está ni siquiera cerca de una vena”.

“¿Quizá tuviera mala puntería?”, sugirió Reid.

“Quizá”, concedió Jessie. “Pero mira su brazo derecho. Hay una línea nítida de rastros que siguen sus venas. Es bastante meticuloso para un drogadicto. Y tiene sentido, porque era zurdo. Naturalmente, se inyectaría el brazo derecho con su mano dominante”.

“Eso tiene sentido”, asintió Hernández.

“Entonces pensé que quizá es que era más torpe cuando utilizaba su mano derecha”, continuó Jessie. “Como dijiste, detective Reid, quizá tuviera mala puntería”.

“Exactamente”. dijo Reid.

“Pero mira”, dijo Jessie señalando al brazo. “Excepto por el punto

donde está la aguja ahora mismo, su brazo izquierdo está limpio—no hay rastros de marcas en absoluto".

"¿Qué te indica eso?", preguntó Hernández, que empezaba a ver lo que quería decir.

"Me indica que no se pinchaba en su brazo izquierdo en absoluto. Por lo que puedo decir, este tampoco es la clase de hombre que dejaría que otra persona le pinchara en su brazo. Tenía un sistema. Era muy metódico. Mira la parte superior de su mano derecha. También tiene marcas allí. Prefería pincharse en la mano antes que confiar en otra persona. Apuesto a que, si le quitamos los calcetines, también encontraremos marcas entre los dedos de su pie derecho".

"Entonces, ¿estás sugiriendo que no fue una sobredosis?", preguntó Reid con escepticismo.

"Sugiero que alguien quería que pareciera una sobredosis, pero hizo un trabajo chapucero y simplemente le clavó la aguja en alguna parte de su brazo izquierdo, el que la gente diestra utilizaría normalmente".

"¿Por qué?", preguntó Reid.

"Bueno", dijo Jessie con cautela. "Empecé a pensar en el hecho de que su calzado haya desaparecido. El resto de su ropa está aquí. Me pregunto si, como ha sido un jugador profesional, a lo mejor su calzado era de los caros. ¿No hay algunas de esas deportivas que se venden por cientos de dólares?".

"Así es", dijo Hernández, que sonaba excitado. "De hecho, cuando se unió a la liga al principio y todo el mundo pensó que se iba a convertir en alguien grande, firmó un contrato de calzado con una compañía que estaba empezando llamada Hardwood. La mayoría de los chicos firmaron contratos con alguna de las grandes compañías—Nike, Adidas, Reebok. Sin embargo, Lionel se decidió por esta gente. Se les consideraba atrevidos. Quizá demasiado porque declararon la bancarrota hace unos cuantos años".

"Entonces las deportivas no serían tan valiosas", dijo Reid.

"La verdad es que más bien lo contrario es cierto", corrigió Hernández. "Como se fueron a quiebra, sus deportivas se convirtieron en un artículo muy valorado. Solo hay unas cuantas en circulación, así que son bastante valiosas para los coleccionistas. Como embajador de la compañía, seguro que Lionel recibió toneladas de ellas cuando firmó el contrato. Y estoy dispuesto a apostar que llevaba unas puestas

esta noche".

"Así que", continuó Jessie, "alguien le vio con esas deportivas. Quizá estaban desesperados por hacer algo de dinero. Lionel no tiene aspecto de ser un tipo duro. Es un objetivo fácil. Así que esta persona derriba a Lionel, le roba el calzado, y le mete la aguja en el brazo, con la esperanza de que lo veamos como otra sobredosis más".

"No es una teoría descabellada", dijo Hernández. "Veamos si podemos poner en marcha una búsqueda de cualquiera que lleve puestas un par de Hardwoods".

"Si Lionel no murió de sobredosis, ¿cómo le mató el perpetrador?", observó Reid. "No veo nada de sangre".

"Creo que esa es una pregunta excelente… para el médico forense", dijo Hernández, sonriendo mientras pasaba al otro lado de la cinta de acordonamiento. "¿Por qué no llamamos a alguno y vamos a tomar el almuerzo?".

"Tengo que pasarme por el banco", dijo Reid. "Quizá mejor os veo de nuevo en comisaría".

"Muy bien, parece que estamos solo tú y yo, Jessie", dijo Hernández. "¿Qué te parece si vamos a por un perrito caliente de un puesto callejero? Antes vi a un chico al otro lado de la calle".

"Creo que me voy a arrepentir, pero lo haré de todos modos porque no quiero parecer una gallina".

"Sabes qué", señaló él, "si dices que lo vas a hacer para no parecer una gallina, todo el mundo sabrá que solo vas a comértelo para ganar puntos. Y eso es bastante gallina. No es más que un consejo profesional".

"Gracias, Hernández", contestó Jessie. "Hoy estoy aprendiendo todo tipo de cosas".

"Se le llama formación práctica", dijo él, y continuó metiéndose con ella mientras bajaban por el callejón hasta la calle. "Claro que, si pones tanto cebollas como pimientos en el perrito, puede que ganes algunos puntos en la calle".

"Guau", dijo Jessie, sonriendo. "¿Qué le parece a tu mujer cuando está tumbada a tu lado y tú apestas a todo eso?".

“No supone un gran problema”, dijo Hernández, que entonces se dio la vuelta para pedir su comida al vendedor.

Había algo en la respuesta de Hernández que le resultó peculiar. Quizá a su mujer le diera igual el olor a cebollas y pimientos en la cama. Pero su tono sugería que a lo mejor no era un gran problema porque él y su mujer no compartían la cama en este momento.

A pesar de la curiosidad que sentía, Jessie lo dejó estar. Apenas conocía a este hombre. No se iba a poner a interrogarle sobre el estado de su matrimonio, pero deseaba poder averiguar si su instinto se equivocaba o si sus sospechas eran correctas.

Hablando de instinto, el vendedor le estaba mirando con expectación, esperando a que hiciera su pedido. Jessie miró el perrito de Hernández, que rebosaba de cebollas, pimientos, y lo que parecía ser salsa. El detective la estaba observando, claramente dispuesto a burlarse de ella.

“Tomaré lo que él está comiendo”, dijo ella. “Exactamente lo mismo”.

*

De vuelta a comisaría unas cuantas horas después, estaba saliendo del baño para mujeres por tercera vez cuando Hernández se le acercó con una enorme sonrisa en el rostro. Se forzó a parecer casual, ignorando el incómodo revoltijo que sentía en las tripas.

“Buenas noticias”, dijo él, que por suerte parecía no ser consciente de su incomodidad. “Nos han dicho que han encontrado a alguien hace unos minutos con unas Hardwood que encajan con la talla del pie de Lionel, una dieciséis. La persona que llevaba las deportivas tiene una nueve. Y eso es—en fin—un tanto sospechoso. Buen trabajo”.

“Gracias”, dijo Jessie, intentando aparentar que no suponía gran cosa. “¿Alguna noticia del examinador médico sobre la posible causa de la muerte?”.

“Nada oficial por el momento, pero cuando le dieron la vuelta a Lionel, encontraron un moratón gigante en su nuca. Así que no es descabellado pensar en la hipótesis de un hematoma subcutáneo. Eso explicaría la ausencia de sangre”.

“Genial”, dijo Jessie, contenta de que su teoría hubiera resultado cierta.

“Sí, claro, aunque no sea tan genial para su familia. Su madre estuvo aquí para identificar el cuerpo y por lo visto, está devastada. Es una madre soltera. Recuerdo leer en algún artículo sobre él que trabajaba en tres sitios distintos cuando Lionel era un crío. Seguro que pensó que podría reducir sus horas cuando él triunfó, pero supongo que no fue así”.

Jessie no supo qué decir como respuesta así que simplemente asintió y guardó silencio.

“Voy a dejarlo por hoy”, dijo Hernández con brusquedad. “Unos cuantos vamos a ir tomar un trago, por si quieres unirte. Sin duda, te has ganado una a mi cuenta”.

“Lo haría, pero se supone que voy a ir a un club esta noche con mi compañera de piso. Cree que ya es hora de que regrese al mundo de las citas”.

“¿Y tú crees que ya es hora?”, preguntó Hernández, arqueando las cejas.

“Creo que ella es imparable y no va dejar esto de lado hasta que salga al menos una vez, a pesar de que sea lunes por la noche. Con eso, debería obtener unas cuantas semanas de gracia antes de que empiece con ello de nuevo”.

“En fin, pásalo bien”, dijo él, tratando de sonar optimista.

“Gracias, estoy segura de que no será así”.

CAPÍTULO SEIS

El club estaba oscuro y con la música muy alta, y Jessie podía ver cómo se avecinaba un dolor de cabeza.

Una hora antes, cuando Lacy y ella se estaban preparando, la cosa parecía mucho más prometedora. El entusiasmo de su compañera de piso era contagioso y Jessie casi se sentía ansiosa de pasar la noche fuera mientras se ponían sus vestidos y se acicalaban el pelo.

Cuando salieron del apartamento, no podía negar que estaba de acuerdo con el comentario que había hecho Lacy diciéndole que estaba "reluciente". Llevaba su falda roja con el corte que ascendía hasta su muslo derecho, la que nunca acabó poniéndose en su breve y tumultuosa existencia en los suburbios de Orange County. También llevaba un top negro sin mangas que acentuaba el tono muscular que había conseguido durante su fisioterapia.

Hasta se atrevió a ponerse sus tacones de tres pulgadas que la hacían medir oficialmente más de uno ochenta y cinco y que la metían en el club de las amazonas del que formaba parte Lacy. Originalmente, se había atado su pelo castaño en un moño, pero su compañera de piso y empresaria de la moda le había convencido para que se lo dejara suelto, por lo que le caía como una cascada por la espalda. Al mirarse en el espejo, no le resultaba totalmente ridículo que Lacy dijera que parecían un par de modelos que salían a pasear sus palmitos por la noche.

Sin embargo, una hora después, su estado de ánimo se había apagado. Lacy se lo estaba pasando en grande, flirteando lúdicamente con los chicos que no le interesaban y flirteando seriamente con las chicas que sí lo hacían. Jessie se encontraba junto al bar charlando con el barman, que obviamente tenía mucha práctica en el arte de entretener a las chicas que no estaba acostumbradas al ambiente.

No estaba segura de cuándo se había vuelto tan sosa, aunque era cierto que no había estado soltera en casi una década. Sin embargo, Kyle y ella habían salido por este mismo tipo de sitios cuando vivían aquí, antes de mudarse a Westport Beach. Y ella nunca se había sentido fuera de lugar.

De hecho, le solía encantar pasarse a conocer los nuevos clubs, bares y

restaurantes nocturnos del centro de L.A.—o D.T.L.A. para los habitantes locales—, algunos de los cuales parecían abrir cada semana. Ellos dos entraban como una ráfaga de viento y se hacían con todo el lugar, probaban el artículo o bebida menos convencional del menú, bailando con toda despreocupación en el centro del club, ignorando las miradas críticas que pudieran atraer. No echaba en falta a Kyle, pero tenía que reconocer que añoraba la vida que había compartido antes de que todo se torciera.

Un chico joven, probablemente de menos de veinticinco años, se acercó a ella y se acomodó en un taburete vacío que había a su izquierda. Le echó una mirada rápida en el espejo del bar, estudiándole en silencio.

Era parte de un juego privado al que le gustaba jugar consigo misma. De manera informal, lo llamaba "predicción humana". En el juego, intentaba adivinar cuanto más le fuera posible sobre una persona, en base a su aspecto, su manera de actuar y de hablar. Mientras le echaba una ojeada a escondidas al chico en cuestión, se sintió encantada de darse cuenta de que ahora ese juego le proporcionaba beneficios profesionales. Después de todo, era una criminóloga interina, novata. Esto era trabajo de campo.

El chico era moderadamente atractivo, con el pelo rubio oscuro y desgreñado que le caía por encima del lado derecho de la frente. Estaba bronceado, pero no era un moreno de playa. Era demasiado uniforme y perfecto. Jessie sospechó que visitaba una sala de solárium periódicamente. Estaba en buena forma, pero parecía delgado de un modo que no resultaba natural, como un lobo que no ha comido en mucho tiempo.

Era obvio que venía de su trabajo, ya que todavía llevaba "su uniforme"—un traje, zapatos abrillantados, y la corbata ligeramente aflojada como para indicar que estaba relajándose. Eran casi las 10 de la noche, y si acababa de salir del trabajo, eso sugería que su trabajo requería de largas horas en la oficina. Quizá trabajaba en finanzas, aunque por lo general, eso requería más bien empezar temprano y no salir muy tarde.

Era más probable que se tratara de un abogado, aunque no para el gobierno; quizá era un asociado que estaba en su primer año en alguna compañía de alto nivel donde le estaban exprimiendo. Le pagaban bien, como demostraba el traje de sastre, pero no tenía mucho tiempo para disfrutar de los frutos de su labor.

Parecía estar decidiendo la entrada que iba a utilizar para hablar con ella. No podía ofrecerle un trago porque ya tenía uno que estaba medio lleno. Jessie decidió echarle una mano.

"¿Qué compañía?", le preguntó, volviéndose hacia él.

"¿Qué?".

"¿Con qué compañía legal trabajas?", repitió, casi gritando para que le oyera por encima de la música que les envolvía.

"Benson & Aguirre", respondió con un acento de la costa este que Jessie no pudo identificar del todo. "¿Cómo supiste que soy abogado?".

"Pura suerte; parece que te están haciendo trabajar de lo lindo. ¿Acabas de salir?".

"Hace como media hora", dijo él, con una voz que mostraba un tono más bien del Atlántico medio que de New York. "Llevo tres horas deseando tomarme un trago. Podría tomarme un agua con hielo, pero tendré que conformarme con esto".

Le dio un trago a su cerveza.

"¿Cómo se compara Los Ángeles con Filadelfia?", preguntó Jessie. "Ya sé que han pasado menos de seis meses, pero ¿te parece que te estás adaptando bien?".

"Pero bueno, ¿qué diablos es esto? ¿Eres algo así como un detective privado? ¿Cómo sabes que soy de Filadelfia y que me mudé aquí el pasado agosto?".

"Es una especie de talento que tengo. Me llamo Jessie, por cierto", dijo, extendiéndole la mano.

"Doyle", dijo él, estrechándosela. "¿Me vas a contar cómo haces ese truco de salón? Porque me estás asustando un poco".

"No quiero desvelar el misterio. El misterio es muy importante. Deja que te haga otra pregunta, solo para completar la imagen. ¿Fuiste a Temple o a Villanova para estudiar leyes?".

Él se la quedó mirando con la boca abierta de par en par. Tras pestañear unas cuantas veces, se recompuso.

"¿Cómo sabes que no fui a Penn?", le preguntó, fingiendo sentirse

insultado.

“De ningún modo, no pedías aguas heladas en Penn. ¿Cuál de ellas es?”.

“¡Guau, guau, y más guau, chica!”, le gritó. “¡Vamos Wildcats!”.

Jessie asintió con entusiasmo.

“Soy una chica troyana también”, dijo ella.

“Oh, vaya. ¿Fuiste a USC? ¿Te enteraste de lo de eso chico Lionel Little—que solía jugar a baloncesto allí? Le han matado hoy”.

“Algo escuché”, dijo Jessie. “Qué historia tan triste”.

“Escuché que le mataron por sus deportivas”, dijo Doyle, sacudiendo la cabeza. “¿Puedes creerlo?”.

“Deberías cuidar de tus zapatos, Doyle. Tampoco parecen baratos”.

Doyle bajó la mirada, y después se inclinó y le susurró al oído. “Ochocientos dólares”.

Jessie silbó fingiendo admiración. Estaba perdiendo rápidamente todo el interés en Doyle, cuya juvenil exuberancia se veía superada por su juvenil autocomplacencia.

“¿Y cuál es tu historia?”, le preguntó.

“¿No quieres intentar adivinarla?”.

“Oh bueno, no soy tan bueno con esas cosas”.

“Haz un intento, Doyle”, le exhortó ella. “Puede que te sorprendas a ti mismo. Además, un abogado tiene que ser perspicaz, ¿no es cierto?”.

“Eso es cierto. Muy bien, lo intentaré. Diría que eres una actriz. Eres lo bastante bonita como para serlo. Aunque el centro de Los Ángeles no sea el territorio habitual de las actrices. Es más bien Hollywood y apunta hacia el oeste. ¿Modelo quizás? Podrías serlo, pero pareces demasiado inteligente como para que eso sea tu actividad principal, tu profesión. Quizá hiciste algo de modelaje de adolescente, pero ahora te has metido en algo más profesional. Ah, ya lo sé, eres relaciones públicas. Por eso eres tan buena en leer a las personas. ¿He acertado? Sé que lo he hecho”.

“Te has quedado muy cerca, Doyle, pero no del todo”.

“¿Entonces, a qué te dedicas?”, le preguntó con exigencia.

“Soy criminóloga para el L.A.P.D.”.

Le sentó bien decirlo en voz alta, sobre todo mientras veía cómo se le abrían los ojos de sorpresa.

“¿Como en esa serie Mindhunter?”.

“Sí, algo así. Ayudo a la policía a meterse en las mentes de los criminales para que tengan más posibilidades de atraparles”.

“Vaya, vaya. ¿Así que atrapas a asesinos en serie y cosas así?”.

“Lo llevo haciendo un tiempo”, dijo Jessie, sin mencionar que su búsqueda se reducía a un asesino en serie en particular y que no tenía nada que ver con el trabajo.

“Eso es fascinante. Qué trabajo tan interesante”.

“Gracias”, dijo Jessie, presintiendo que por fin había reunido el valor para preguntarle lo que tenía en mente desde hace un rato.

“¿Y entonces cuál es tu situación actual? ¿Estás soltera?”.

“Divorciada”.

“¿De verdad?”, dijo él. “Pareces demasiado joven para estar divorciada”.

“Ya lo sé. Circunstancias inusuales. No acabó funcionando”.

“No quiero ser grosero, pero ¿puedo preguntarte qué fue tan inusual? Quiero decir, eres todo un trofeo. ¿Eres una psicópata o algo así?”.

Jessie sabía que no tenía intención alguna de herirla con la pregunta. Estaba genuinamente interesado tanto en la respuesta como en ella y acababa de estropearlo todo de un modo terrible. Aun así, podía percibir cómo todo el interés que le quedaba por Doyle desaparecía en ese momento. En el mismo instante, la pesadez del día y sus tacones altos empezaron a asomar sus feas cabezas. Decidió concluir la noche con una explosión.

“No diría que soy una psicópata, Doyle. No cabe duda de que tengo mis problemas, hasta el punto de que me despierto gritando la

mayoría de las noches. ¿Pero psicópata? No diría eso. La verdad es que nos divorciamos porque mi marido era un sociópata que asesinó a una mujer con la que se estaba acostando, intentó inculparme por ello, y al final intentó matarme a mí a y a dos de nuestros vecinos. Realmente se tomó en serio eso de “hasta que la muerte nos separe”.

Doyle se la quedó mirando, con la mandíbula tan abierta que podrían haberle entrado hasta moscas. Esperó a que se recuperara, sintiendo curiosidad por ver la maestría con la que se iba a librar del asunto. No mucha, por lo que pudo comprobar.

“Oh, eso es realmente terrible. Te preguntaría más sobre ello, pero acabo de acordarme de que tengo que presentar una deposición a primera hora de la mañana. Seguramente, debería irme a casa. Espero verte por aquí en algún momento”.

Se levantó del taburete y ya estaba a mitad de camino de la entrada antes de que Jessie pudiera pronunciar un “Adiós, Doyle”.

*

Jessica Thurman tiró de la manta para cubrir su cuerpecito medio congelado. Ya llevaba sola en la cabaña con su madre muerta tres días. Estaba tan delirante por la falta de agua, calor, e interacción humana que a veces creía que su madre le estaba hablando, a pesar de que su cadáver seguía tirado, inmóvil, con los brazos en lo alto sujetos por los grilletes que colgaban de las vigas de madera.

De repente, dieron unos golpes a la puerta. Había alguien fuera de la cabaña. No podía tratarse de su padre. No tenía ninguna razón para llamar. Entraba en cualquier parte siempre que le daba la gana.

Los golpes se repitieron, solo que esta vez sonaban diferentes. Había un zumbido mezclado con ellos. Eso no tenía ningún sentido. La cabaña no tenía timbre en la puerta. El zumbido volvió a sonar, esta vez sin que hubiera sonido de golpes en absoluto.

De repente, los ojos de Jessie se abrieron de par en par. Estaba tumbada en la cama, concediéndole un segundo a su cerebro para que procesara que el zumbido que estaba escuchando provenía de su celular. Se inclinó para cogerlo, notando que, aunque le latía el corazón a toda velocidad y su respiración era jadeante, no estaba tan

sudorosa como era costumbre después de una pesadilla.

Era el detective Ryan Hernández. Al responder a la llamada, echó un vistazo a la hora: las 2:13 de la madrugada.

“Hola”, dijo Jessie, sin apenas sonar somnolienta.

“Jessie. Soy Ryan Hernández. Disculpa que te llame a esta hora, pero he recibido una llamada para investigar una muerte sospechosa en Hancock Park. Garland Moses ya no atiende llamadas en medio de la noche y todos los demás están ocupados. ¿Te apetece unirte?”.

“Claro”, respondió Jessie.

“Si te envío la dirección por mensaje de texto, ¿puedes estar aquí en treinta minutos?”, le preguntó.

“Puedo estar allí en quince”.

CAPÍTULO SIETE

Cuando Jessie aparcó delante de la mansión en Lucerne Boulevard. a las 2:29 de la madrugada, ya había allí delante varios coches patrulla, una ambulancia, y el vehículo del examinador médico. Se bajó del coche y caminó hacia la entrada, intentando parecer lo más profesional posible, dadas las circunstancias.

Había vecinos apostados en el pavimento, muchos de ellos envueltos en albornoces para protegerse del fresco de la noche. Este tipo de cosas no era lo habitual en un vecindario acomodado como Hancock Park. Acurrucado entre Hollywood al norte y el distrito de Mid-Wilshire al sur, era un enclave de las familias de dinero de tradición de Los Ángeles, o al menos de tanta tradición como podía darse en una ciudad tan indiferente a la historia como esta. La gente que vivía aquí no eran las estrellas del celuloide o los gigantes de Hollywood que uno se podía encontrar en Beverly Hills o en Malibú. Estas eran las residencias de los que llevaban generaciones siendo ricos, que podían elegir si trabajaban o no. Si lo hacían, solía ser meramente para evitar el tedio. Pero esta noche no tenían que preocuparse de estar aburridos. Después de todo, uno de los suyos había muerto y todos sentían curiosidad por saber de quién se trataba.

Jessie sintió cierta excitación mientras subía por la escalinata que llevaba a la puerta principal, que estaba marcada con cinta policial amarilla. Esta era la primera vez que llegaba a una escena del crimen sin la compañía de un detective. Y eso quería decir que era la primera vez que iba a tener que mostrar sus credenciales para acceder a una zona restringida.

Recordó que había sentido la misma emoción cuando se las dieron por primera vez. Hasta había practicado con Lacy el gesto de presentarlas unas cuantas veces en el apartamento. Pero ahora, mientras las rebuscaba en el bolsillo de su chaqueta, tratando de localizarlas, se sentía sorprendentemente nerviosa.

No tenía necesidad de estarlo. El agente que había en la parte superior de las escaleras apenas las miró mientras retiraba la cinta policial para dejarle pasar.

Jessie encontró a Hernández con otro detective de pie justo en la recepción de la casa. Parecía como si al hombre más joven le hubiera

tocado el palito más corto. La mayor experiencia del detective Reid le había debido permitir pasar por alto esta llamada. Jessie se preguntó por qué Hernández no había aprovechado su rango para hacer lo propio. La vio y le hizo un gesto para que entrara.

“Jessie Hunt, no sé si ya has conocido al detective Alan Trembley. Era el detective de guardia esta noche y va a trabajar en este caso conmigo”.

Cuando Jessie le estrechó la mano, no pudo evitar notar que, con su cabello rubio descuidado y las gafas que le llegaban hasta la mitad del puente de la nariz, parecía estar tan disperso como ella misma se sentía.

“Nuestra víctima está en la zona de la piscina”, dijo Hernández mientras comenzaba a caminar, guiando sus pasos. “Se llama Victoria Missinger. Treinta y cuatro años de edad. Casada, sin hijos. Está en un pequeño cubículo oculto en la sala principal, que puede ayudar a explicar por qué se tardó tanto en encontrarla. Su marido llamó esta tarde, diciendo que no había podido dar con ella durante unas horas. Había cierta preocupación de que pudiera darse una situación de petición de rescate, así que no se llevó a cabo un barrido completo de la casa hasta hace unas horas. Encontraron su cuerpo gracias al perro entrenado para encontrar cadáveres”.

“Jesús”, murmuró Trembley en voz baja, haciendo que Jessie se preguntara qué clase de experiencia tenía para que le alterara la noción de un perro busca-cadáveres.

“¿Cómo murió?”, preguntó Jessie.

“El examinador médico sigue aquí y todavía no se ha analizado la sangre. Pero la teoría inicial es que se trata de una sobredosis de insulina. Se encontró una aguja cerca de su cuerpo. Era diabética”.

“¿Puedes morir de una sobredosis de insulina?”, preguntó Trembley.

“Sin duda, si no se trata a tiempo”, dijo Hernández mientras bajaban por el largo pasillo de la residencia principal hacia la puerta de atrás. “Y parece que estuvo sola en la habitación durante horas”.

“Parece que últimamente estamos tratando un montón de incidentes relacionados con agujas, detective Hernández”, apuntó Jessie. “Sabes, estoy dispuesta a manejar algún tiroteo de vez en cuando”.

“Pura coincidencia, te lo aseguro”, le respondió, sonriendo.

Salieron afuera y Jessie se dio cuenta de que la enorme mansión delantera ocultaba un jardín trasero incluso más grande. Una piscina enorme llenaba la mitad del espacio. Detrás de ella, estaba la casa de la piscina. Hernández se dirigió hacia allí y los otros dos le siguieron.

“¿Qué te hace sospechar que no fue simplemente un accidente?”, le preguntó Jessie.

“Todavía no he sacado ninguna conclusión”, le respondió. “El examinador médico podrá darnos más datos por la mañana. Pero la señora Missinger ha tenido diabetes toda la vida y, según su marido, nunca ha tenido un accidente como este con anterioridad. Suena como que sabía cuidar bien de sí misma”.

“¿Ya has hablado con él?”, le preguntó Jessie.

“No”, respondió Hernández. “Un agente uniformado tomó su declaración inicial. En este momento, le están atendiendo en la sala de los desayunos. Hablaremos con él después de que te muestre la escena”.

“¿Qué sabemos acerca de él?”, preguntó Jessie.

“Michael Missinger, treinta y siete años. Heredero de la fortuna del petróleo de los Missinger. Vendió sus activos hace unos años y comenzó un fondo de inversión que invierte exclusivamente en tecnologías sostenibles y ecológicas. Trabaja en el centro en la pent-house de uno de esos edificios que te hacen doblar el cuello hacia atrás para mirar el tejado”.

“¿Algún antecedente?”, preguntó Trembley.

“¿Estás de broma?”, espetó Hernández. “Oficialmente, este tipo es más perfecto que nadie. Ningún escándalo personal. Ningún problema financiero. Si tiene secretos, están bien ocultos”.

Habían llegado a la casa de la piscina. Un agente uniformado retiró la cinta policial para que pudieran pasar a su interior. Jessie siguió a Hernández, que lideró el camino. Trembley se puso a la cola.

Cuando pasó adentro, Jessie intentó librar su mente de todo pensamiento adicional. Este era su primer caso de asesinato potencial de alguien importante y no quería tener ninguna distracción que le sacara de la tarea que tenía entre manos. Quería concentrarse exclusivamente en su entorno.

La casa de la piscina rezumaba una elegancia sutil como de otra época. Le recordaba a esas cabañas para tomar el sol que se imaginaba utilizaban las estrellas de cine de los años 20 cuando visitaban la playa. El sofá alargado al final de la sala principal tenía un marco de madera, pero estaba cubierto por unos cojines despampanantes que parecían invitarle a una a echar una siesta.

La mesita de café daba la impresión de haber sido construida a mano con maderas recicladas, algunas de ellas parecían ser partes antiguas de cascos de barcos. El arte que colgaba de las paredes parecía ser de origen polinesio. En la esquina opuesta de la habitación había una mesa de billar. La televisión de pantalla plana estaba escondida detrás de una cortina gruesa, de un beige sedoso que Jessie sospechaba había costado más que el Mini Cooper que había aparcado en la puerta. No había ni rastro de que aquí hubiera pasado nada de mención.

"¿Dónde está el cubículo oculto?", preguntó.

Hernández hizo de guía a lo largo del bar que había junto a la pared más cercana. Jessie vio más cinta policial delante de lo que parecía ser un armario para sábanas. Hernández la retiró y abrió la puerta del armario con una mano cubierta por un guante. Entonces pasó al interior y dio la impresión de que había desaparecido.

Jessie le siguió y vio que el armario sí que contenía unas baldas con toallas y algunos productos de limpieza, pero a medida que se acercaba más, vio una apertura estrecha a la derecha entre la puerta y las baldas. Parecía que había allí una puerta deslizante que se metía dentro de la pared.

Jessie se puso un par de guantes y cerró la puerta. Para una mirada inexperta, simplemente parecía ser otro panel en la pared. La deslizó para abrirla de nuevo y pasó al interior de una pequeña habitación donde estaba Hernández esperándola.

No es que hubiera gran cosa dentro—un silloncito y una mesita de madera al lado. Sobre el suelo había una lámpara que, por lo visto, habían derribado de un golpe. Habían saltado algunas esquirlas que habían acabado sobre la lujosa moqueta blanca.

Tirada sobre el silloncito en una postura relajada que fácilmente podía dar la impresión de que estaba dormida, estaba Victoria Missinger. Había una aguja sobre el cojín junto a ella.

Incluso muerta, Victoria Missinger era una mujer bellísima. Era difícil adivinar su estatura, pero estaba delgada, con aspecto de ser una

mujer que se reunía habitualmente con su entrenador. Jessie tomó una nota mental para hacer lo propio.

Tenía la piel cremosa y vibrante, incluso mientras aparecía el rigor mortis. Jessie solo podía imaginarse cómo había sido en vida. Tenía el cabello rubio y largo que le cubría parte del rostro, pero no lo bastante como para ocultar su perfecta estructura ósea.

“Era bonita”, dijo Trembley, quedándose corto.

“¿Crees que hubo una pelea?”, le preguntó Jessie a Hernández, haciendo un gesto a la lámpara rota sobre la moqueta.

“Es difícil decirlo con certeza. Puede que ella le diera un empujón al intentar levantarse. O podría significar que hubo un forcejeo de algún tipo”.

“Creo que tienes una opinión, pero te la estás guardando”, presionó Jessie.

“Bueno, como dije, odio llegar a conclusiones prematuras, pero esto me pareció algo peculiar”, dijo, señalando a la moqueta.

“¿El qué?”, preguntó ella, incapaz de discernir nada notorio excepto lo gruesa que era la moqueta.

“¿Ves lo profundas que son las marcas en la moqueta debido a nuestras pisadas?”.

Jessie y el detective Trembley asintieron.

“Cuando vinimos al principio después de que la encontrara el perro, no había ninguna huella en absoluto.”

“¿Ni siquiera las suyas?”, preguntó Jessie, empezando a entenderlo.

“No”, respondió Hernández.

“¿Qué quiere decir eso?”, preguntó Trembley, que todavía no lo captaba.

Hernández se lo explicó.

“Quiere decir que, o esta lujosa moqueta tiene una capacidad sin precedentes para volver a su estado natural o alguien pasó la aspiradora después de los hechos para ocultar la existencia de otras huellas que no fueran las de Victoria”.

“Eso es interesante”, dijo Jessie, impresionada por la atención al detalle del detective Hernández. Ella estaba orgullosa de saber leer a la gente, pero jamás hubiera captado un detalle físico como este. Eso le recordó que este era el hombre que había contribuido de manera importante a la captura de Bolton Crutchfield y de que no debía menospreciar sus habilidades. Podía aprender mucho de él.

“¿Encontraste una aspiradora?”, preguntó Trembley.

“No por aquí cerca”, dijo Hernández. “Pero los agentes la están buscando en la casa principal”.

“Es difícil de imaginar que alguno de los Missinger realizara mucho trabajo de limpieza”, dedujo Jessie. “Me pregunto si saben siquiera donde se guarda la aspiradora. ¿Puedo asumir que tienen una asistenta?”.

“Sin duda, así es”, dijo Hernández. “Se llama Marisol Méndez. Por desgracia, está fuera de la ciudad toda la semana, aparentemente de vacaciones en Palm Springs”.

“Así que la asistenta está descartada”, dijo Trembley. “¿Hay alguien más que trabaje por aquí? Deben de tener un montón de empleados”.

“No tantos como puedas creer”, dijo Hernández. “Su jardín es mayormente resistente a la sequía, así que solo tienen a un jardinero que viene un par de veces al mes para su mantenimiento. Tienen una compañía de mantenimiento de piscinas y Missinger dice que viene alguien una vez por semana, los jueves”.

“Entonces, ¿con quién nos deja eso?”, preguntó Trembley, temeroso de decir la respuesta obvia en voz alta por miedo a ser demasiado obvio.

“Nos deja con la misma persona con la que empezamos”, dijo Hernández, sin miedo a decir lo que estaba pensando. “El marido”.

“¿Tiene coartada?”, preguntó Jessie.

“Eso es exactamente lo que vamos a averiguar”, respondió Hernández al tiempo que sacaba su radio y hablaba por el aparato. “Nettles, haz que lleven a Missinger a comisaría para interrogarle. No quiero que nadie más le haga ninguna pregunta hasta que le tengamos en la sala de interrogatorios”.

“Lo siento, detective”, respondió una voz tímida y aprensiva por la radio. “Pero ya lo ha hecho alguien más. Está de camino ahora

mismo”.

“Maldita sea”, juró Hernández mientras apagaba la radio. “Tenemos que irnos ahora mismo”.

“¿Cuál es el problema?”, preguntó Jessie.

“Quería estar allí esperando cuando Missinger llegara a comisaría—para ser el policía amable, su salvavidas, su confidente. Pero si llega allí primero y ve todos esos uniformes azules, las armas, y las luces fluorescentes, se va a asustar y a exigir ver a su abogado antes de que pueda hacerle ninguna pregunta. Cuando eso suceda, no sacaremos nada útil de él”.

“Entonces será mejor que nos demos prisa”, dijo Jessie, pasándole de largo y saliendo por la puerta.

CAPÍTULO OCHO

Cuando llegaron a la estación, Missinger ya llevaba allí diez minutos. Hernández había llamado por adelantado y le había ordenado al sargento de guardia que le pusiera en la sala para familias, que estaba destinada para las víctimas de delitos y las familias de los fallecidos. Era un poco menos clínica que el resto de la comisaría, con un par de viejos sofás, algunas cortinas en las ventanas, y unas cuantas revistas de meses anteriores sobre la mesa del café.

Jessie, Hernández, y Trembley se apresuraron hasta llegar a la puerta de la sala para familias, donde había un agente muy alto montando la guardia afuera.

"¿Cómo está él?", preguntó Hernández.

"Está bien. Desgraciadamente, exigió ver a su abogado en el segundo que entró por la puerta".

"Genial", espetó Hernández. "¿Cuánto tiempo lleva esperando para hacer la llamada?".

"Ya la ha hecho, señor", dijo el agente, moviéndose con incomodidad.

"¿Qué? ¿Quién le dejó hacer eso?".

"Yo lo hice, señor. ¿No se supone que debía hacerlo?".

"¿Cuánto tiempo llevas en el cuerpo, agente… Beatty?", preguntó Hernández, mirando la placa con su nombre sobre la camisa del agente.

"Casi un mes, señor".

"Muy bien, Beatty", dijo Hernández, tratando obviamente de controlar su frustración. "No hay nada que hacer al respecto ahora. Pero, en el futuro, no tienes por qué darle un teléfono de inmediato a un potencial sospechoso en el segundo que te lo pida. Le puedes poner en una sala y decirle que vas a encargarte de ello. 'Encargarte de ello' puede llevarte unos minutos, quizá hasta una hora o dos. Es una táctica para darnos tiempo a preparar una estrategia y mantener al sospechoso desconcertado. ¿Puedes intentar recordar eso en el futuro?".

“Sí, señor”, dijo Beatty tímidamente.

“De acuerdo. Por ahora, llévalo a una sala abierta de interrogatorios. Seguramente no tenemos mucho tiempo antes de que llegue aquí su abogado, pero me gustaría utilizar lo que tenemos para al menos conocer un poco al tipo. Y Beatty, cuando le traslades, no respondas a ninguna de sus preguntas. Simplemente ponle en la sala y lárgate, ¿entendido?”.

“Sí, señor”.

Mientras Beatty iba a la sala para familias para recoger a Missinger, Hernández llevó a Jessie y Trembley a la sala de descanso.

“Vamos a darle un minuto para que se acomode”, dijo Hernández. “Vamos a entrar Trembley y yo. Jessie, deberías observar desde detrás del espejo. Es demasiado tarde para hacerle preguntas de peso, pero podemos intentar establecer algún tipo de conexión con él. No tiene que decirnos nada, pero nosotros podemos decir mucho. Y eso puede surtir un efecto en él. Necesitamos que se sienta lo más inseguro posible antes de que llegue su abogado y empiece a hacerle sentir cómodo. Necesitamos meter esas dudas persistentes en su cabeza, para que se pregunte si somos mejores aliados que el abogado de su firma de lujo. No tenemos mucho tiempo para hacerlo, así que vamos a entrar”.

Jessie se fue a la sala de observación y tomó asiento. Era su primera oportunidad de echarle un vistazo a Michael Missinger, que estaba de pie en una postura algo incómoda en una esquina. Si acaso, era todavía más atractivo de lo que lo había sido su mujer. Hasta a las 3 de la madrugada, vestido con vaqueros y una sudadera que debía haberse puesto en el último minuto, parecía que acabara de salir de una sesión de fotos.

Su cabello corto, aclarado por el sol, estaba lo bastante desgreñado como para no resultar pretencioso, pero no tanto como para parecer desaliñado. Tenía la piel bronceada a trozos, pero blanca en otros, el síntoma de un surfista habitual.

Era alto y delgado, con el aspecto de alguien que no tenía que esforzarse mucho para ser así. El enrojecimiento y la hinchazón de sus ojos azules—seguramente debidos al llanto—no los hacía menos hermosos. Jessie debía admitir, en contra de su mejor juicio, que, si se le hubiera acercado este tipo en el bar anoche, no hubiera sido tan arrogante con él. Hasta su movimiento nervioso de un pie al otro

resultaba extremadamente cautivador.

Tras unos cuantos segundos, entraron Hernández y Trembley. Ellos parecían menos impresionados.

“Tome asiento, señor Missinger”, dijo Hernández, en un tono que hizo que la instrucción sonara hasta cálida. “Ya sabemos que ha pedido que venga su abogado, y está bien. Por lo que tengo entendido, ya está de camino. Entretanto, queríamos informarle sobre dónde estamos con nuestra investigación. Deje que empiece ofreciéndole mi pésame por su pérdida”.

“Gracias”, dijo Missinger con una voz ligeramente cascada que Jessie no supo decidir si era permanente o el resultado de los sustos de la noche.

“Todavía no sabemos si se cometió algún delito”, continuó Hernández, sentándose delante de él. “Pero creo tener entendido que le dijo a uno de nuestros agentes que Victoria era extremadamente experta a la hora de regular su enfermedad y que no puede recordar ningún incidente de este tipo en el pasado”.

“Yo…”, comenzó Missinger.

“No tiene por qué responder, señor Missinger”, le interrumpió Hernández. “No quiero que me acusen de violar sus derechos Miranda, que entiendo le han sido leídos, ¿correcto?”.

“Sí”.

“Por supuesto, todo eso es lo habitual. Y aunque lo cierto es que no le consideramos un sospechoso, está en todo su derecho de solicitar un abogado. Sin embargo, desde nuestra perspectiva, estamos tratando de movernos lo más rápido posible para llegar al fondo de este asunto. Es algo urgente, así que cuantos más detalles podamos confirmar, como el que ha contado sobre la experiencia de Victoria con la automedicación, menos posibilidades tenemos de seguir pistas vacías. ¿Tiene sentido eso?”.

Missinger asintió. Trembley se quedó de pie en silencio a un lado, como si no estuviera seguro de si debía intervenir o cuándo hacerlo.

“Entonces”, continuó Hernández, “también sencillamente como confirmación, dijo que su asistenta, Marisol, está de vacaciones esta semana en Palm Springs. Le dio su número de celular a un agente y creo que estamos intentando ponernos en contacto con ella. A

propósito, sin responder formalmente, si le parece que estoy diciendo algo inexacto, quizá podía hacérmelo saber. No hay necesidad de responder a ninguna pregunta, por supuesto. Solo póngame en la dirección correcta si me desvío del camino. ¿Le parece justo?".

"Sí", acordó Missinger.

"Estupendo. Estamos haciendo progresos. Sabemos que intentó contactar con Victoria varias veces en el transcurso de la tarde y que ella no le respondió. Por lo que tengo entendido fue ayer a última hora de la tarde, cuando vino a casa para recogerla para una cena que habían reservado y encontró allí su coche pero no a ella, cuando se preocupó lo suficiente como para llamar a la policía. Si me estoy equivocando con algo de esto, simplemente toque la mesa con su dedo o algo así para hacérmelo saber".

Hernández continuó repasando el resto de los hechos, pero Jessie solo estaba escuchando a medias. Había percibido algo durante el último intercambio y se preguntaba si lo que había visto era real o imaginario. Justo en el momento que Hernández había dicho "en el transcurso de la tarde," Michael Missinger había temblado ligeramente, casi como un reflejo. No cuando Hernández había dicho "intentó contactar con ella". Ni cuando dijo "ella no le contestó". Solamente al oír las palabras "en el transcurso de la tarde".

¿En qué estaba pensando cuando mencionaron la tarde? Fue tan imperceptible que puede que hasta el mismo Missinger no se hubiera dado cuenta. Eso parecía improbable si estuviera acordándose de matar a su mujer durante la tarde. Jessie hubiera esperado o una reacción mayor o un esfuerzo concertado por no mostrar ningún tipo de respuesta en absoluto. Y, aun así, algo sobre la mención de la "tarde" le había alterado, aunque fuera levemente.

Los pensamientos de Jessie fueron interrumpidos por una nueva persona que entró a la sala de interrogatorios.

"Hola, detectives", dijo alegremente un hombre bajito, con calvicie avanzada, de unos cuarenta y tantos años. "Yo soy Brett Kolson, el abogado del señor Missinger. Espero que todos lo estemos pasando bien aquí. Y estoy seguro de que no han estado interrogando a mi cliente después de que me llamara". Se apresuró a acomodarse y puso una silla de metal junto a Missinger. Jessie introdujo el nombre de Kolson en la base de datos de abogados para ver lo que podía averiguar sobre él.

“Encantado de conocerle, abogado”, respondió Hernández en un tono que sugería que no estaba siendo del todo sincero. “Estoy seguro de que su cliente le dirá que nos hemos portado como caballeros antes de su llegada”.

Missinger asintió con la cabeza.

“Solo han estado reconfirmando algunas cosas”, dijo en voz baja.

“Así es”, acordó Hernández. “Pero ahora que está aquí, señor Kolson, nos encantaría obtener cierta clarificación sobre algunas cuestiones relativas a la línea temporal”.

“Sin duda, pueden intentarlo, pero me reservo el derecho de aconsejarle al señor Missinger que se niegue a contestar a nada que yo crea está más allá de los límites. Y me lo llevaré de aquí si lo considero apropiado. El señor Missinger quiere ayudarles a llegar al fondo de este horrible suceso. Confío en que no se trate de una caza de brujas”.

“Por supuesto que no”, dijo Hernández, fingiendo que no le preocupaban las mismas posibilidades que se temía pudieran llegar a darse.

“Concedednos un momento para hablar en privado, ¿os parece?”, dijo Kolson.

“Claro”, dijo Hernández. “Estaremos de vuelta en un momento”.

Unos cuantos segundos después, Trembley y él entraron a la sala de observación y vieron cómo Missinger y su abogado susurraban en voz baja.

“No vamos a conseguir nada de este tipo”, dijo Hernández, desalentado. “Su abogado le va a aconsejar que no responda a nada de importancia. Cuando volvamos allí, va a cerrar todas las vías que tomemos”.

“Quizás no”, dijo Jessie, que seguía estudiando la pantalla.

“¿Qué quieres decir?”, preguntó Hernández.

“Kolson no es un abogado criminalista. Puede que esté montando todo un número, pero realmente es el abogado corporativo para Ecofund Investment Partners, el fondo de inversiones de Missinger”.

“¿Acaso tiene alguna importancia?”, preguntó Trembley. “Así y todo, no nos va a dejar que ataquemos a su cliente con preguntas indagadoras”.

“No”, acordó Jessie. “Pero la obligación legal de Kolson es para con el fondo, no con Missinger personalmente. Si podemos conseguir que Missinger crea que sus intereses no están alineados con los de su abogado, quizá nos diga algo útil”.

“¿Alguna sugerencia?”, preguntó Hernández. “Porque no se me ocurre ninguna manera de ir a por él que no vaya a ser detenida en seco de inmediato”.

“No cabe duda de que hay algo peculiar sobre lo que estaba haciendo ayer por la tarde. Saltó cuando mencionaste ese marco temporal. Quizá puedas volver a eso. Mira a ver si te puede hacer un repaso de su calendario de trabajo el martes por la tarde. Quizá Kolson no diga ni pío si piensa que la respuesta no va a incriminar a su cliente. Quiero ver cómo reacciona cuando saques a colación ese periodo temporal”.

“¿Qué estás buscando?”, preguntó Hernández.

“No tengo ni idea”, admitió Jessie.

Los detectives regresaron a la sala. Missinger y Kolson habían dejado de susurrar. Jessie intentó leer sus rostros, pero, excepto por la ansiedad generalizada por parte del cliente, no había nada que le resultara chocante.

“Hablemos de ayer por la tarde, señor Missinger”, comenzó Hernández. “Ya sé que le dijo a un agente que vino a casa para reunirse con su esposa para una cena que tenían planeada en un restaurante. ¿Qué estuvo haciendo antes de eso?”.

Missinger miró a su abogado, que asintió con la cabeza.

“Tuvimos una conferencia durante toda la tarde”, dijo.

“¿La dirigió usted?”.

“No. Hice unos comentarios de introducción, pero la dirigió principalmente nuestro CFO, Sven Knullsen. Era sobre una reevaluación del portafolio EIP que va para Q uno, algo así como el último repaso antes de que cerremos todo por vacaciones. Él tenía una gran presentación planeada así que lo delegué en él”.

“¿Y esto consumió toda su tarde?”, preguntó Hernández.

Jessie vio cómo Missinger se tensaba involuntariamente, casi de modo imperceptible, antes de responder.

“Así es. Me tuve que preparar para ello y después estuve en la llamada más de una hora”.

“¿La reunión tuvo lugar en su oficina del centro?”, preguntó Hernández.

“Técnicamente, sí. Allí es donde se originó la llamada. Pero nuestro equipo está disperso por todo el mundo. No es que estuviéramos en la sala de conferencias. Todos llamaron desde la distancia, incluso dentro de nuestras oficinas”.

“¿Hay una grabación de la llamada?”, preguntó Trembley.

“Por lo general, la hay”, dijo Missinger. “Las guardamos para que todos los que no pudieron atender la puedan escuchar más tarde”.

Kolson interrumpió en ese momento.

“Cualquier cosa relativa a esa reunión es producto de trabajo y objetaría a que se utilizara para otra cosa que no fuera verificar que mi cliente estaba en la llamada”.

“¿Estuvo todo el tiempo al teléfono, señor Missinger?”, preguntó Hernández.

“Sí”, respondió él.

De nuevo, los músculos de su mandíbula se flexionaron levemente. Jessie ya había visto suficiente. Y decidió que ya era hora de ser algo más que una simple observadora.

CAPÍTULO NUEVE

Jessie salió de la sala de observación y llamó a la siguiente puerta, ignorando al ejército de mariposas que tenía en las tripas. Trembley la abrió.

“¿Os importa si me uno por un momento?”, preguntó.

Hernández levantó las cejas con sorpresa, pero se recuperó rápidamente.

“Señor Missinger, esta es una de las expertas que asesora a la policía, Jessie Hunt”.

Missinger asintió.

“Lamento mucho su pérdida, señor”, dijo Jessie, sentándose enfrente del hombre que estaba sentado junto a Hernández.

“Gracias”, dijo en voz baja.

“Sé que este es un momento realmente delicado para usted así que espero que me disculpe por ser tan directa. Pero tiene que darse cuenta de que lo que está ocultando va a acabar por salir a la luz”.

“¿Qué es esto?”, exigió Kolson, elevando su voz.

“Y a menos que usted matara a su mujer”, continuó Jessie, sin prestar atención a las protestas de su abogado, “sea lo que sea lo que está protegiendo, no merece la pena”.

“No respondas a eso, Michael”, insistió Kolson.

Hernández le echó a Jessie una mirada que era mitad furia, mitad desconcierto. Ella continuó adelante, consciente de que a menos que consiguiera algo ahora, su carrera con el L.A.P.D. podía terminar antes de haber siquiera empezado.

“Recuerde, Michael”, dijo en voz baja, “la obligación del señor Kolson es para con su compañía, no con usted personalmente. Sospecho que, si hubiera llamado a un abogado sin ninguna conexión con la compañía, en vez del que tiene más a mano en llamadas directas, ya nos habría contado el secreto que claramente está guardándose ahora

mismo".

"Esta conversación se ha terminado", dijo Kolson amenazante, poniéndose en pie. "O arrestan a mi cliente o nos vamos ahora mismo".

"¿Se ha terminado esta conversación, Michael?", preguntó Jessie, mirándole fijamente a sus ojos aun enrojecidos. "¿O tiene algo que contarnos?".

"Venga, Michael, vámonos", dijo Kolson, agarrando a Missinger por el brazo y tirando de él.

"Espera", dijo su cliente casi en su susurro.

Jessie se sentó delante de él, esperando, sin respirar por miedo a que pudiera influir en su decisión.

"¿Me pueden prometer algún tipo de confidencialidad?", preguntó Missinger.

"¿Qué quiere decir?", preguntó Jessie.

"Si revelo algo que no es ilegal, pero que podría afectar a mi compañía de manera negativa, ¿pueden investigarlo con sigilo, y mantenerlo en secreto si no impacta la investigación?".

Jessie empezó a sospechar el universo de "algos" que Missinger podía estar ocultando y trató de aliviar sus preocupaciones lo mejor que pudo.

"No puedo prometerle nada, señor Missinger, pero le puedo decir esto. Sea lo que sea lo que está ocultando, lo descubriremos. Si es sincero ahora, podemos investigarlo con un bisturí en vez de con un hacha. Podemos ser diplomáticos. Podemos mantener la discreción. Podemos hacer esas cosas si sabemos con lo que estamos tratando. Pero si no lo hace, tenemos que lanzar nuestras redes a lo grande. Puede que tengamos que ser más duros—órdenes, comparecencias, ese tipo de cosas. Puede limitar ese tipo de acciones si nos da la información que necesitamos desde el principio".

Missinger miró a Jessie con impotencia. Podía sentir cómo los otros tres hombres en la habitación los miraban fijamente a los dos.

"¿Cómo sé que puedo confiar en usted?", le preguntó con ojos suplicantes.

“No lo sabes”, insistió Kolson, “razón por la que no deberías decir ni una palabra más”.

“Tiene razón,” dijo Jessie rápidamente. “Si usted es responsable de la muerte de Victoria, no debería decir ni una palabra más. Pero si no lo es y quiere que encontremos a quién hizo esto, se tragará el orgullo y enfrentará las consecuencias por lo que sea que haya hecho que le hace sentir tan culpable. Haremos lo que podamos para ser discretos, pero solo si se sincera con nosotros ahora mismo. Así que, ¿cómo se llama ella, Michael?”.

Los ojos de Missinger se abrieron de par en par, pero entonces sucedió algo inesperado. Todo su cuerpo pareció relajarse, como un globo al que le sacan todo el aire.

“Mina”, dijo.

Por el rabillo del ojo, Jessie notó cómo Brett Kolson se ponía tenso.

“¿Quién es Mina?”, preguntó ella.

“La esposa de Sven”.

“¿Quién era Sven?”, preguntó Trembley. Jessie quiso darle un puñetazo.

“Es el jefe financiero ejecutivo de Ecofund”, le recordó Missinger. “Es el que estaba dando la presentación ese día”.

“Entonces, estaba con Mina… ¿durante la conferencia?”, preguntó Jessie.

“Así es. Hice unos comentarios introductorios desde mi oficina, pero desde mi teléfono celular. Cuando Sven tomó las riendas, seguí en la línea, pero dejé el edificio. Él estaba en su propio despacho y no vio cómo me iba. Caminé las tres manzanas hasta el Hotel Bonaventure, donde tenía reservada una habitación para la que utilicé mi tarjeta corporativa. Subí directamente a la habitación. Mina estaba allí esperándome”.

“¿Tuvo relaciones sexuales con la mujer de su CFO mientras escuchaba cómo el hacía su presentación?”, preguntó Trembley, en un tono que sonaba igual de horrorizado e impresionado.

“Le había quitado el volumen al teléfono”, le dijo Missinger. “No podía escuchar nada, pero yo pude escuchar la reunión, por lo que, si

hacía falta que hablara, podía hacerlo. De hecho, intervine en ciertos puntos".

"¿Por qué se reunió allí con ella?", preguntó Hernández.

"Porque sabía que no nos podía pillar, al menos no Sven. Estaba obviamente ocupado. Aunque tengo que admitir que el factor de riesgo era emocionante. Era muy ilícito".

"¿Cree que su mujer sabía lo de su infidelidad?", preguntó Jessie.

"No. Siempre utilicé la tarjeta corporativa de EIP para nuestras… visitas. Mina y yo nos veíamos durante el día, cerca de la oficina. Victoria no tendría ninguna razón para tener sospechas".

"¿Cuánto tiempo lleva sucediendo esto?", presionó Jessie.

"Un par de meses. No era nada serio. Empezamos a flirtear durante una cena y las cosas crecieron a partir de eso. Pero amo a mi mujer y Mina siente un gran afecto por Sven. Solo buscábamos algo de excitación".

"Esa excitación podría acabar costando miles de millones de dólares en consecuencias", murmuró Kolson, sin darse cuenta.

"Esa es la razón de que haya que mantener esto en silencio", respondió Missinger.

"Esa es la última de sus preocupaciones ahora mismo, Michael", dijo Hernández. "Tenemos que verificar su coartada".

"Estoy seguro de que las cámaras pueden demostrar que salí de mi oficina, entré al hotel, quizás hasta que entré a la habitación", insistió Missinger. "¿Pueden comprobar la localización geográfica de mi celular? Tiene que haber maneras de confirmar dónde estaba sin ponerse a hacer un montón de preguntas. Si esto saliera a la luz, podría poner a mi compañía patas arriba. Ya he perdido a mi mujer, no puedo perder también mi negocio".

"Lo comprobaremos todo", le dijo Hernández. "Si nos da todos los detalles, completa e íntegramente, haremos lo que podamos para investigar con discreción. No puedo prometerle que no acabe saliendo a la luz en algún procedimiento legal en el futuro. Pero si es sincero con nosotros y no está implicado en la muerte de su mujer, intentaremos ser cuidadosos. ¿Le parece justo?".

Missinger asintió. Hernández señaló al bloc de notas y el bolígrafo que había sobre la mesa.

“Escríbalo todo. Empiece con la cena que ha mencionado. Apunte cada fecha en que recuerda haber quedado con Mina Knullsen. Después repase todo el día de ayer, haga una lista de todo lo que hizo, dónde fue y toda persona con la que se encontró. Incluya las horas lo más exactamente que pueda. No se deje nada en el tintero. ¿Entendido?”.

“Sí”, dijo Missinger.

“Después de eso, tendremos más preguntas para usted. Queremos saber más sobre los médicos de Victoria, todos los que sabían lo de su diabetes, todo el que tuviera acceso a su casa, etc. Va a estar aquí un rato, señor Missinger, así que póngase cómodo”.

Le dejaron en la sala de interrogatorios para que escribiera su declaración y regresaron a la sala de observación.

“Buen trabajo con lo de la infidelidad, Jessie”, dijo Hernández, “a pesar de que te arriesgaras mucho al presionar sobre ello. Tienes suerte de que acabara funcionando”.

“Lo que tú llamas suerte, yo llamo talento”, dijo Trembley.

“No le animes, Alan”, dijo Hernández antes de regresar a Jessie. “¿Cómo supiste que se trataba de algo así?”.

“No lo sabía”, admitió Jessie. “Parecía tenso y culpable respecto a la tarde, pero ni siquiera era consciente de que estaba proyectando eso. Si la hubiera matado, habría esperado una reacción mayor o ninguna reacción en absoluto. Y cuando admitió que había hecho algo equivocado, pero no ilegal, algo que podía hacerle daño a su compañía, pude reducir las posibilidades. No se trataba de drogas ni de malas prácticas financieras. Cualquiera de esos dos casos hubiera significado admitir que había quebrantado la ley, pero una infidelidad no llegaría a ese nivel, así que lo adiviné”.

“Puede que no sea ilegal, pero es la clase de asunto que puede hacer que Sven se lo cargue si acaba averiguándolo y se enfada”, dijo Trembley.

“Sospecho que Sven no es de los que se enfada demasiado fácilmente”, notó Jessie, “lo que puede ser la razón de que Mina esté buscando algo de excitación”.

“Todo eso es muy interesante”, dijo Hernández bruscamente, “pero tenemos un problema”.

“¿A qué te refieres?”, preguntó Trembley.

“Si la coartada de Missinger resulta ser cierta, acabamos de perder a nuestro principal sospechoso. Estamos de vuelta al principio”.

CAPÍTULO DIEZ

Jessie se sentía como un cóctel combinado de frustración y agotamiento. No se había esperado que estaría viendo el amanecer desde un escritorio en la Comisaría de Policía de la Comunidad Central, pero allí era precisamente donde estaba mientras el amanecer empezaba a levantarse sobre Los Ángeles. Y seguían sin tener ninguna pista prometedora.

Trembley estaba repasando la lista de la gente que Missinger les había dicho que tenían acceso habitual a la casa. Hernández le había enviado un mensaje al médico de Victoria Missinger y estaba esperando que le devolviera la llamada en cualquier momento. Había obtenido una orden de emergencia para acceder a su celular y se encontraba rastreando sus movimientos durante el transcurso del día anterior. Unos cuantos detectives más que acababan de llegar le estaban ayudando a seguir diversas pistas.

Jessie les dejó a ellos con la investigación tradicional y se puso a examinar el calendario que Hernández había descargado del teléfono de Victoria. Había múltiples eventos listados durante los últimos días —entre ellos una recaudación de fondos para una organización caritativa para niños llamada Centro de Compromiso con los Niños del Centro y un seminario sobre la reducción del fenómeno de los sintecho en Hancock Park.

Jessie se percató de que ambos eventos y varios otros durante las semanas pasadas habían tenido lugar en el mismo sitio—el club de campo Beverly. Se le ocurrió que el club debía ser un buen lugar por el que darse una vuelta. Como ella no era técnicamente una policía, puede que se pudiera presentar allí, hacer algunas preguntas y obtener alguna información que una visita de un agente oficial de la ley no permitiría.

Echó una ojeada al reloj. Eran las 7:37 de la mañana. Seguramente el club ya estaría abierto a estas horas para acomodar a los golfistas tempraneros. Pero dudaba que fuera con ellos con los que debía hablar. Hasta un miércoles, era más probable que la banda de esposas millonarias hiciera aparición a la hora del almuerzo.

“Me voy a casa un rato”, anunció a Hernández y Trembley. “Pensé que me podía echar una siestecita rápida y refrescarme. Después tengo

pensado ir al club de campo. Espero que, si mantengo la discreción, pueda escuchar algunos rumores de las señoras que van a almorzar. Estoy segura de que, para entonces, todas habrán oído hablar de lo de Victoria y estarán deseando hablar de ello".

"Lo cierto es que eso suena como una muy buena idea", asintió Hernández. "En mi experiencia, una vez aparecen los policías, la gente es de lo más abierta o se cierra en banda. Si vas tú como personal civil, puede que les entres por el lado bueno y que obtengas información sin tener que lidiar con los prejuicios".

"De acuerdo. Ya os diré si me entero de algo que merezca la pena. Entretanto, pasadlo en grande haciendo de detectives, caballeros".

Salió del corral de despachos y se dirigió a su coche, excitada de poder realizar algunas investigaciones por su cuenta, pero todavía más de poder cerrar los ojos un rato.

*

Jessie, vestida con su mejor traje formal casual, entró por la puerta principal del Club de Campo Beverly a las 10 de la mañana en punto. Había llamado por anticipado y se había enterado de que el almuerzo empezaba a las 10:30, pero quería estar allí por adelantado en caso de que llegara alguien pronto para intercambiar rumores.

Había pasado a propósito por delante de la mansión de los Missinger de camino hacia allá. Todavía había un coche patrulla delante de la puerta y un cordón de cinta policial que rodeaba toda la casa. Pero, por lo demás, estaba todo tranquilo. Jessie había seguido adelante, conduciendo por el pequeño vecindario conocido como Larchmont Village.

Las residencias eran una mezcla ecléctica de mansiones ostentosas y otras casitas más modestas que llevaban allí desde antes de que los precios de las propiedades en la zona se dispararan por las nubes. El tramo comercial de Larchmont Boulevard, justo al este del club de campo, era una marabunta de tiendas de queso artesanales, cafeterías para veganos, mercados orgánicos, y tiendas de café de comercio justo.

Jessie giró a la izquierda en Beverly y a la derecha en Rossmore,

donde estaba situado el aparcamiento del club. Una vez en el interior, se acercó al empleado de la recepción y expresó su interés en unirse al club. ¿Podría dar una vuelta rápida, se preguntaba, y quizá pasearse por allí un rato para hacerse una idea del lugar?

Una camarera le dio una vuelta por el espacio antes de darle un papelito que podía canjear por un almuerzo de cortesía que, le indicó, empezaba convenientemente en unos cuantos minutos. Le dijo a Jessie que se pusiera cómoda y regresó para ayudar a recibir a las señoras que estaban empezando a entrar al club.

Jessie se sentó en la sala principal a modo de salón, acomodándose en un lujoso sillón cerca de la chimenea con vistas a la entrada. Agarró una vieja copia de Vanity Fair y fingió leerla mientras oteaba ocasionalmente para ver a la gente que entraba por las puertas.

Se le acercó un camarero y le ofreció una mimosa. La rechazó, pero le preguntó si podía traerle una gaseosa y zumo de naranja. De esa manera, podría mezclarse con la multitud sin levantar sospechas por no tener una bebida en la mano. Cuando llegó, se levantó y caminó hacia donde había un grupo de mujeres especialmente charlatanas. Pretendió examinar un cuadro que había en una pared cercana.

Tras unos minutos de discusión sobre el descenso de la calidad del marisco del club durante los últimos meses, pareció que las mujeres creían haber esperado un periodo respetable de tiempo y, como Jessie esperaba, se metieron de lleno a hablar de la muerte de Victoria Missinger. Era difícil distinguir diferentes personas entre la cacofonía de voces con su cabeza vuelta hacia el otro lado.

“Me enteré de que se llevaron a Michael a comisaría en medio de la noche”.

“Pobrecito, ese encanto”.

“La camioneta del examinador médico estuvo allí toda la noche. Eso me hace pensar que debe de haber sido una escena del crimen sangrienta”.

“Asumo que comprobarán las cintas de las cámaras de seguridad. Tienen que mostrar algo”.

“Pero Andi, ¿no te acuerdas? Tuvimos un apagón ayer. Me pregunto si hay siquiera algo que ver”.

“No me sorprendería nada si resulta que el chico de las piscinas vino a

ver si conseguía algo de acción y se puso violento cuando ella le dijo que no".

"Vaya, Marlene, ¿cómo puedes estar segura de que ella hubiera dicho que no?".

"Ya sabes cómo son esos tipos. Les daría igual un 'no'".

"Muy bonito, Marlene. ¿Algún otro estereotipo que te gustaría sacar a colación antes del almuerzo?".

"Sin duda, Andi. Ahora que lo mencionas, quizá la asistenta se puso celosa y decidió cargarse a la señora de la casa. Sé que yo misma he pensado en ello solo para ponerle las manos encima al cuerpo de ese hombre."

"Marlene, su cuerpo todavía no se ha enfriado".

"Sí, ¿cómo puedes ser tan mala?".

"Oh, por favor, no me seas estrecha, Cady. Sabéis de sobra que montaríais en ese caballo si pudierais".

"¿Qué piensas tú?".

La conversación se detuvo y Jessie levantó la vista. Todas las miradas apuntaban en su dirección y se dio cuenta de que ella era el objetivo de la pregunta.

"¿Estáis hablando conmigo?", preguntó inocentemente.

"Sí", dijo la mujer que se había molestado por la estereotipación unos minutos antes, una rubia de treinta y tantos años que por lo visto se llamaba Andi. "No pude evitar darme cuenta de que estabas escuchando y pensé que a lo mejor tenías una opinión al respecto".

"¿Nos estabas escuchando a escondidas?", demandó saber una mujer pálida, de cabello oscuro, y que llevaba demasiado maquillaje. Jessie reconoció su voz como la de Marlene, la que sospechaba del chico de la piscina y quería ponerle las manos encima al cuerpo de Michael.

"Así es", admitió. "¿Podéis culparme de ello? Habla de escenas del crimen sangrientas y chicos de la piscina violentos. Señoras, eso es miel para mis labios".

"¿Y tú quién eres?", preguntó Marlene, con una mezcla de sospecha y puro asco en el rostro.

“Me llamo Jessie”, respondió.

Por primera vez, quizá en todo este tiempo, se alegró por los meses que había pasado viviendo en el enclave para gente adinerada en Orange County, Westport Beach. Mientras vivió allí, le habían iniciado en contra de su criterio en un club secreto que consistía de mujeres que eran básicamente como las que tenía delante de ella ahora mismo. En aquel momento, se había sentido vulnerable e insegura. Ahora estaba trabajando con el L.A.P.D. para resolver un asesinato. Marlene no le intimidaba.

“No, quiero decir ¿quién eres tú?”, repitió Marlene. “¿Eres miembro aquí o acabas de entrar de la calle para comerte un almuerzo gratuito a media mañana?”.

“Marlene, eres una zorra increíble”, dijo Andi antes de girarse hacia Jessie. “Lo siento mucho, haz el favor de ignorarla. Es solo que parecías interesada en nuestra conversación y no te reconocimos y… da igual, no es asunto mío”.

“No, está bien”, dijo Jessie. “No quiero que le de un ataque a Marlene. No me importa contaros quién soy. Trabajo con el departamento de policía de Los Ángeles y pensé que vosotras podríais responder a unas cuantas preguntas para mí”.

“¿Eres detective?”, dijo la que sospechaba que habría una escena sangrienta, llena de pavor y nerviosismo. Era bajita, como de un metro cincuenta y pico, con pelo castaño largo y una complexión delicada que le recordaba a Jessie a la de un pajarito que todavía no sabía cómo volar.

“No, soy una consultora. Solo estoy tratando de llenar algunos puntos vacíos. Vi en su calendario que Victoria pasaba mucho de su tiempo por aquí y esperaba que sus amigas pudieran servir de ayuda”.

“¿Así que viniste aquí bajo falsos pretextos?”, preguntó Marlene, disimulando su ira solo un poquito.

“¿Falsos pretextos?”, preguntó Jessie, plantándose una sonrisa agradable en su cara. “Solo estaba apreciando el arte del club mientras esperaba al momento oportuno para interrumpir. ¿Por qué tanta animosidad, Marlene?”.

La mujer abrió la boca para contestarle cuando Andi le interrumpió.

“Desde luego, ayudaremos de cualquier manera que podamos”, dijo,

extendiéndole la mano. “Me llamo Andrea Robinson, pero todo el mundo me llama Andi. Has conocido a Marlene Port. Y esa es Cady Jessup. ¿Qué te gustaría saber?”.

“¿Eráis todas amigas de Victoria?”, preguntó Jessi, estrechándole la mano.

“Conocidas al menos”, respondió Andi. “Les conozco a Michael y a ella de pasada. Marlene y Cady eran más amigas suyas, ¿no es cierto, damas?”.

Marlene se quedó mirando con cara impenetrable, pero Cady respondió.

“Diría que nos hablábamos, pero no que éramos amigas”, dijo. “Victoria no era la persona más extrovertida del mundo. Pero era agradable y se comprometió de verdad con las causas que apoyaba el club. Pero no nos íbamos a beber juntas, si a eso te refieres”.

“Muy bien”, presionó Jessie, “entonces, ¿qué os hace pensar que estaba liada con el chico de la piscina?”.

“Oh, no son más que habladurías”, dijo Cadi despectivamente.

“Bueno, la verdad es que no”, dijo Marlene, participando por fin en la conversación. “Es cierto que hay un servicio de limpieza de piscinas que tiene algunos chicos que ofrecen servicios adicionales. Y sé que los Missinger utilizan esa compañía. Pero sobre si ella aprovechó lo que están dispuestos a ofrecer, no tengo la menor idea”.

“¿Y crees que incluso aunque Victoria no estuviera interesada, el técnico se pudo poner agresivo?”, preguntó Jessie.

“Mira, experta de la policía”, dijo Marlene socarronamente, bajando la voz. “Ya sé que no es apropiado decir esto, pero la mayoría de los ‘técnicos,’ como tú les has llamado, son de ascendencia latinoamericana. Y todos sabemos que ese tipo de hombres pueden ponerse violentos cuando quieren algo”.

“¿Realmente sabemos eso, Marlene?”, preguntó Andi con desdén. “Porque parece que estás generalizando mucho”.

“Allá vamos otra vez”, respondió Marlene, volteando la mirada, “la defensora eterna de los pobrecitos, es ella. Guardiana de la moralidad. A veces me pregunto si eres Andi Robinson o Andy Griffith”.

“Simplemente, no me fascina la idea de asumir que cualquiera que tenga la piel más oscura que la nuestra tenga tendencias criminales”, susurró Andi de vuelta.

Jessie se dijo a sí misma que prácticamente todo el mundo en el planeta tenía la piel más oscura que la de Marlene, que era de un tono marfil.

“Mira, la consultora de la policía ha preguntado qué pasaba con el chico de la piscina. Se lo estoy contando. Puede hacer lo que quiera con esa información. ¿No es cierto, Jessie?”.

“Claro”, dijo Jessie, sin morder el anzuelo. “Es mejor tener demasiada información a no tener suficiente. ¿Algún otro proveedor de servicios en la zona que no sea parte de la lista oficial?”.

“¿Te refieres a la lista de los hombres que pagan las mujeres de dinero para satisfacerles mientras sus maridos juegan a ser masters del universo o al golf?”, prácticamente escupió Marlene.

“Eso es precisamente a lo que me refiero”.

“Hay un entrenador personal que utilizan algunas chicas”, ofreció Cady. “Se llama Dan Romano. Pero creo que Victoria solo le utilizó en una ocasión. Así que o no estaba interesada o no se quedó satisfecha”.

“Puedo asegurarte que lo último no es posible”, aportó Marlene.

“Escucha, Jessie”, dijo Andi en voz baja. “No conocía demasiado bien a Victoria, pero nunca me dio ese tipo de impresión. Jamás expresó ningún interés en ese tipo de cosas, al menos que yo recuerde. Nunca le vi echarle una mirada de más a un chico atractivo. Creo que sus pasiones eran más bien del tipo filantrópico. Las únicas veces que la vi ponerse realmente apasionada fueron cuando hablaba de ayudar a gente enferma o a los niños sin hogar”.

“¿Y ella no tenía hijos propios?”, preguntó Jessie, a pesar de que conocía la respuesta.

“Estéril como el Sahara”, bromeó Marlene.

“¡Jesús!”, murmuró Cady.

“¿Qué?”, respondió Marlene. “No es que fuera ningún secreto. Ella decía que tenía algo que ver con su clase de diabetes; era demasiado arriesgado o algo así”.

“¿Y no estaba interesada en la adopción?”, preguntó Jessie, fingiendo no percibir que ninguna de las mujeres parecía sorprendida de oír hablar de la diabetes de Victoria. Por lo visto, era de conocimiento público, lo cual incrementaba el número potencial de sospechosos de manera importante.

“Creo que sí, pero Michael no lo estaba”, dijo Cady. “Así que, hasta que ella pudiera hacerle cambiar de opinión al respecto, consideraba a los niños con los que trabajaba como si fueran sus hijos”.

“Maldita Madre Teresa”, murmuró Marlene entre dientes.

Andi volvió la mirada hacia Jessie, claramente mortificada.

“¿Y el comentario sobre la asistenta, Marlene?”, preguntó Jessie. “¿Lo decías en serio?”.

“¿Qué? ¿Que quizá hubiera matado a su jefa para tener a Michael todo para ella? Obviamente, estaba bromeando. Aunque, si yo estuviera cada día al lado de ese hombre, se me hubiera pasado por la mente. Está buenísimo”.

“Solo está siendo maliciosa”, dijo Andi disculpándole.

“Una última pregunta”, dijo Jessie, preguntándose si realmente esto era todo lo que iba a poder averiguar. “¿Qué fue eso del corte de electricidad de ayer?”.

“Oh, sí”, dijo Cady. “Explotó uno de los transformadores a primera hora de la tarde. Afectó a todo Larchmont Village. No volvieron a ponerlo en funcionamiento hasta después de las cuatro de la tarde”.

“Buena cosa que no era verano”, dijo Marlene. “O nos hubiéramos asfixiado todos”.

“¿Y creéis que podría haber afectado las cámaras de seguridad?”, preguntó Jessie, intentando mantenerlas a todas enfocadas.

“Sé que cuando llegamos a casa la batería de respaldo de nuestro sistema estaba pitando”, dijo Cady. “Tuvimos que volver a poner todo el sistema en marcha para que volviera a ser operativo. No sé qué hace eso a las cintas de video y esas cosas”.

“No me sorprendería que hubiera borrado todo”, dijo Andi. “Eso le pasó a mi ordenador una vez”.

“Escucha”, dijo Marlene, “me gustaría seguir ayudándote, pero necesito encontrar a uno de esos trabajadores tan esforzados, cumplidores de la ley e hispánicos y conseguir una mimosa. ¿Te importa?”.

“En absoluto”, dijo Jessie, echándose hacia atrás. “Gracias por tu tiempo, Marlene. Y no te olvides de recoger tu albornoz y tu gorro blanco de la tintorería”.

Marlene se la quedó mirando durante un segundo antes de echarse a sonreír.

“Creo que me caes bien, consultora de la policía. Tienes algo de coraje en tus agallas”.

Entonces se dio la vuelta y se fue en dirección a la cocina.

“Encantada de haberte conocido”, dijo Cady antes de apresurarse a ir por detrás de ella.

Eso dejaba solo a Andi.

“Me disculparía de nuevo”, dijo, encogiéndose de hombros. “Pero parece que me repito demasiado”.

Jessie asintió. Percibió que Andi parecía estar en medio de un dilema, como si quisiera decir algo más pero no estuviera segura de si debería hacerlo. Jessie decidió darle la oportunidad.

“Tengo que regresar a la oficina ahora”, dijo ella. “¿Te importa acompañarme a la salida?”.

“No hay problema”, dijo Andi, obviamente contenta de no tener que contar lo que quería contar dentro del perímetro del club.

“Ve por delante”, dijo Jessie. “Tú eres miembro del club”.

Andi hizo precisamente eso. Mientras se dirigían hacia la puerta principal, Jessie la examinó con más cuidado.

Ahora que su atención no estaba dividida entre las tres mujeres, pudo observar más detalles y se dio cuenta de que Andi era más joven de lo que había pensado al principio, más cerca de los treinta que de los treinta y cinco. Su cabello rubio le llegaba por los hombros y era bastante menos sofisticado que el de sus compañeras de club. Era atractiva de una manera anodina y claramente trataba de mantenerse

en forma. Con su metro setenta y sesenta kilos de peso, no destacaba por casi nada. Bueno, excepto por sus ojos.

Eran de un azul intenso y centelleaban con una agudeza juguetona que contradecía el resto de su aspecto convencional. Jessie tuvo la clara sensación de que la mujer se sentía avergonzada, o al menos desalentada, respecto a su círculo social. No podía evitar que le cayera bien.

“Entonces, ¿qué es lo que no me podías decir allí dentro?”, preguntó cuando ya estaban afuera.

“Solo quería asegurarme de que tuvieras cierto contexto sobre el vecindario antes de que regreses donde tus colegas y empieces a sugerir líneas de investigación”, dijo Andi.

“Te escucho”.

“De acuerdo”, dijo Andi. “En fin, Marlene dio la impresión de que esta comunidad está rebosante de trabajadores manuales que están deseando cometer crímenes en sus residentes. Pero esa no es mi experiencia”.

“Espera un momento, ¿saliste aquí para decirme que tu amiga es bastante racista? Porque eso ya lo averigüé por mi cuenta”.

“No”, dijo Andi. “Obviamente, no tienes que ser una experta de la policía para darte cuenta de eso. Quería aclarar que, además de su claro racismo, Marlene también se equivoca. No tengo estadísticas a mano, pero no puedo acordarme de la última vez que alguien de Hancock Park, especialmente de la zona de Larchmont Village, fuera asesinado por un trabajador de ningún tipo. Y llevo viviendo aquí toda la vida”.

“¿Así que no crees que fuera algún chico de la piscina que también hace de gigoló?”.

“No tengo ni idea. Pero no quiero que avasallen a alguien solo porque encaja con algún prejuicio sobre el aspecto que ha de tener un criminal”.

“Bueno, señora Robinson, puedo asegurarle que no vamos a avasallar a nadie. Iremos donde nos lleven las pruebas. Pero ahora que estamos hablando del tema, ¿exactamente cuántos asesinatos recuerdas en el vecindario?”.

“En primer lugar, haz el favor de llamarme Andi. Bueno, si te lo permiten. Para responder a tu pregunta, no lo sé. Si me pusiera a suponer… diría que menos de una docena. Y casi siempre fueron crímenes de pasión o relativos a las drogas. Pareja celosa o un chaval de la zona que está hasta arriba de algo”.

“¿Y crees que Michael Missinger es del tipo de marido celoso?”, preguntó Jessie.

“No sé nada de eso”, dijo Andi. “No es que fuera super íntima con ellos. Pero a mi me parece que él es feliz con su vida. No me dio la impresión de que fuera un hombre que se pueda enfadar tanto como para matar a alguien, mucho menos a Victoria. No provocaba mucha malicia. Lo más terrible que podría decir sobre ella es que era realmente apasionada sobre lo de ayudar a los niños no privilegiados. ¿Es eso algo que va a provocar que alguien quiera matarte? Parece difícil de creer”.

“Es cierto”, dijo Jessie, fallando en su intento de mantener la profesionalidad. “La filantropía entusiasta no suele ser un motivo para el asesinato. Pero todavía no podemos descartar eso”.

“En fin, aquí tienes mi número”, dijo Andi, entregándole una tarjeta. “No dudes en llamarme si tienes más preguntas. Puede que no resulte demasiado útil en los que respecta a los detalles de las vidas de los Missinger, pero probablemente pueda darte algún tipo de información de fondo sobre el vecindario en general, si lo necesitas”.

“Te lo agradezco”, dijo Jessie, entregándole su tarjeta como respuesta. “Puede que te tome la palabra”.

Andi sonrió con calidez y regresó al club. Jessie la vio marcharse antes de meterse a su coche. Se le ocurrió que no tenía demasiadas amigas. Estaba Lacy, pero la conocía desde la universidad. La mayoría de sus otros amigos de esa época habían desaparecido cuando Kyle y ella se habían enfocado en su vida de pareja.

Había entablado cierta amistad con una de las mujeres en Orange County, la que estaba casada con el compañero de secundaria de Kyle, Teddy. Por desgracia, las cosas se habían vuelto incómodas con Mel desde que Kyle intentara matarlos a los tres la misma noche.

Había confiado la verdad sobre su padre a Kat Gentry, la jefa de seguridad en el DNR, donde estaba preso el asesino en serie Bolton Crutchfield. Además de la doctora Lemmon y del mismo Crutchfield, Kat era la única persona en Los Ángeles que sabía la verdad. ¿Les

convertía eso en amigas? Si era así, era la amistad más extraña del mundo.

Cuando este caso Missinger acabara resolviéndose, Jessie decidió que iba a ver si a Andi Robinson le apetecía salir a tomar algo. En sus circunstancias actuales, era raro encontrarse con alguien con el que mereciera la pena pasar algo de tiempo. Y si eso significaba tener que encontrar amigas durante la investigación de un asesinato, pues así debía de ser.

Mi vida es extraña.

CAPÍTULO ONCE

“Entonces, por decirlo claramente”, dijo Hernández, con un inconfundible sarcasmo en su tono de voz, “las señoras ricas que salen a almorzar creen que deberíamos enfocarnos exclusivamente en los chicos que limpian las piscinas, los entrenadores personales, y las asistentas como principales sospechosos”.

“Bueno, las otras dos estaban menos convencidas”, clarificó Jessie. “Pero sin duda la racista pensó que ese sería un buen comienzo”.

“Desgraciadamente, no es la única ni de lejos. Como hombre de piel oscura, estaba esperando que alguien me sacara a mí a colación”.

“Eso es un tanto superficial”, le picó Jessie.

“No es la primera vez que escucho eso”, concedió Hernández, sonriendo. “Por lo que respecta a esa gente, ya hemos comprobado a algunos. Su entrenador estaba en Florida y se volvió a mudar allí hace un mes, así que está descartado. Recordarás que la asistenta estaba de vacaciones en Palm Springs. Estamos comprobando esa coartada. Entretanto, está de regreso a la ciudad en este momento, así que deberíamos poder entrevistarla esta tarde. El chico de la piscina, que se llama Raúl Reyes, ha desaparecido. Así que a lo mejor tu amiga del club tiene algo de razón. No le descartemos por el momento. ¿Alguna otra pista que seguir?”.

“La verdad es que no”, admitió Jessie. “Puedo regresar, pero no estoy segura de lo que pueda conseguir con otra visita”.

“Espera hasta que tengamos alguna razón”, le aconsejó Hernández. “Si conseguimos enfadarlas, eso enfadará también a sus maridos extra protectores. Y no queremos hacer enemigos antes de tiempo”.

“Parece justo”.

“Voy a encontrar a Trembley y a ver si ha tenido algo de suerte rastreando a Reyes. ¿Qué planes tienes tú?”, le preguntó.

“Estaba pensando en repasar los contenidos del teléfono de Victoria y ver si puedo encontrar algo fuera de lo normal. ¿Te importa que utilice tu escritorio? Todavía no tengo mi propio ordenador”.

“Está bien. Si necesitas acceder a algunas de las bases de datos, todas mis contraseñas están pegadas con cinta adhesiva dentro del cajón superior”.

“Gracias”, dijo Jessie, pretendiendo sin conseguirlo que su voz sonara casual mientras se alejaba.

“¿Anda todo bien?”, le preguntó él, al notar la tensión en su voz.

“Sí, todo bien”, le aseguró ella.

Sin embargo, no era cierto. Y era por culpa de Hernández. Por razones que tendría que abordar con la doctora Lemmon, la manera en que había utilizado la palabra “protectores” le había hecho pensar en su propio padre. Y mientras tenía ese pensamiento en la mente, él había mencionado que podía acceder a todas las bases de datos utilizando sus contraseñas.

Esa sucesión de acontecimientos había hecho que apareciera una idea —probablemente una mala idea—en su cabeza. Se sentó allí un rato, decidiendo si la llevaba a cabo o simplemente seguía investigando más pistas en la investigación de Missinger.

Antes de que tomara una decisión oficialmente, se vio tecleando algo en la página web de la base de datos de los crímenes sin resolver del FBI. Introdujo la información de acceso de Hernández y esperó a que se cargara la página.

Todavía estoy a tiempo de salir del programa y no habré hecho nada malo.

Pero entonces apareció la página de búsqueda y se puso a teclear un nombre en el teclado: Xander Thurman—el nombre propio del Ejecutador de los Ozarks, su padre.

Casi al instante, una letanía de incidentes criminales empezó a llenar la pantalla. Los primeros crímenes de la lista eran de varios años antes de que ella hubiera nacido, de cuando su padre era un adolescente. Incluían de todo, desde crueldad con animales a pequeños hurtos.

Descendió por la pantalla, escaneando rápidamente los antecedentes criminales de su padre. Estaba empezando a leer los detalles de su primera víctima de asesinato, cuando notó que la estaban observando. Se giró en la silla de Hernández para encontrarse con el capitán Roy Decker, que estaba de pie justo detrás suyo.

Decker era alto y delgado como un fideo, con unos pocos mechones de pelo canoso que impedían que estuviera totalmente calvo. Tenía cincuenta y muchos años, pero las profundas arrugas en su rostro hacían que pareciera una década más mayor. Su nariz puntiaguda y aguileña, y su penetrante mirada, le recordaban a Jessie a un águila a la caza de su presa. En este caso, parecía que la presa fuera ella.

Decker era uno de los comandantes de la Comisaría Central y les supervisaba tanto a ella como a Hernández, entre muchos otros. No le había contratado él—eso lo hacía un departamento especial que servía de enlace con los criminólogos, pero le podía despedir. Y en este momento, parecía que quisiera hacerlo.

“Señorita Hunt, ¿me quieres explicar por qué estás buscando en una base federal de datos información sobre un asesino en serie cuando se supone que estás investigando la muerte de una celebridad local?”, le preguntó con desdén. “¿Ha salido de su escondite el Ejecutador de los Ozarks para inyectar a mujeres adineradas de Hancock Park con sobredosis de insulina?”.

“Lo siento, señor”, murmuró Jessie en voz baja mientras salía de la página. Por el rabillo del ojo, vio cómo regresaba Hernández a su escritorio. Sintió cómo enrojecía su cara de vergüenza.

“Ya sé que todos los criminólogos estáis deseando cazar a alguien importante para que vuestras carreras despeguen”, dijo Decker. “Pero no puedes utilizar el tiempo y los recursos del departamento para ponerte a investigar un caso por resolver del pasado cuando tenemos un asesinato que resolver entre manos. ¿Es mucho pedir, Hunt?”.

“No señor”.

“No es la mejor manera de empezar por aquí”, añadió Decker.

“Es mi culpa, señor”, dijo Hernández mientras llegaba al puesto. “Le pedí a Hunt que buscara en las bases de datos crímenes recientes con modus operandi similares, pero no le recordé las restricciones y normas del departamento. Es culpa mía”.

Decker le miró con escepticismo, claramente no convencido, pero incapaz de demostrar lo contrario.

“No permitas que suceda de nuevo”, le dijo. “Estoy demasiado ocupado para tener que encargarme de esto”.

“No señor”, dijo Hernández, cambiando de tema con agresividad. “A

propósito, ya hemos averiguado dónde estaba Raúl Reyes".

"¿Dónde?", dijo Decker, mordiendo el anzuelo.

"En el hospital. Ha estado allí desde el domingo por la noche con neumonía. Es una coartada a prueba de bomba. No es el tipo que andamos buscando".

"Entonces, ¿dónde nos deja eso?", preguntó Decker.

"De vuelta al comienzo, señor", admitió Hernández.

"Genial", dijo su supervisor al tiempo que se daba la vuelta y se ponía a caminar hacia su despacho, antes de volver a gritar por encima de su hombro, "mantenedme informado".

Cuando ya se había ido, Hernández se volvió hacia Jessie, con una expresión adusta.

"Vamos a comer algo", le ordenó más que sugerirlo. "Tenemos que hablar".

*

Hernández había escogido el Nickel Diner, que estaba a cinco minutos de la comisaría. Estaba hasta arriba, pero cuando la anfitriona le vio, creó una mesa en la parte delantera cerca del mostrador de la caja y colocó dos tazas de café encima de ella. Jessie ni siquiera había mirado el menú antes de que Hernández empezara la conversación.

"No puedes intentar ese tipo de cosas de nuevo", dijo con severidad. "Incluso aunque no nos encontráramos en medio de un caso, no te puedes meter a una base de datos del FBI solo para averiguar lo que está pasando con el caso de tu ex".

"Eso no es lo que estaba haciendo", dijo ella, cayendo en la cuenta de que él no había estado presente cuando Decker le había llamado la atención. No tenía ni idea de que estaba buscando información sobre su padre.

"¿Entonces qué es?", le exigió él. "¿Qué es tan importante que merece la pena arriesgar tu nuevísimo trabajo de criminóloga interina para el departamento? Que, por cierto, es un trabajo que yo te ayudé a

conseguir”.

Jessie miró de cerca a Hernández, tratando de calibrar cuánto podía confiar en él. Si se acababa quedando en la Comisaría Central, como esperaba, era probable que acabaran trabajando juntos a menudo. Era necesario que pudieran confiar el uno en el otro. Tenían que saber lo que le tocaba la fibra al otro. Quizá debiera decirle la verdad sobre lo que la motivaba. Si iba a estar con él tanto tiempo, este parecía un secreto demasiado grande que guardarse.

Además, era posible que le pudiera ayudar. Tenía acceso a recursos como la base de datos. Quizás él le permitiera utilizarlos. Por lo demás, era un detective; su trabajo era atrapar criminales. Y no era otro detective del montón, sino que había contribuido a la captura de Bolton Crutchfield, el mismo hombre que le había dicho que su padre le andaba buscando. Parecía casi un desperdicio de talento para lo criminal no tratar de saber lo que él pensaba al respecto. Pero eso significaba que tenía que sincerarse sobre su pasado.

“¿Quieres saber qué es lo que me llevó a mirar la base de datos?”, le preguntó.

“Sí”.

“Muy bien, te lo diré”, dijo, metiéndose de lleno en ello antes de que su sistema interior de alarma se disparase. “Pero necesito saber que puedo contar con tu discreción. Además de mí, solo hay otras cuatro personas en el mundo entero que saben lo que estoy a punto de contarte. Una de ellas es mi terapeuta, dos son asesinos en serie, y la última se gana la vida garantizando que uno de esos dos asesinos en serie no salga jamás de la cárcel”.

“Ah, ¿cómo dices?”, dijo Hernández, con cara de sentirse ligeramente desconcertado.

“¿Recuerdas que el profesor Hosta mencionó que me habían dado permiso para entrevistar a un preso de alto calibre y que había establecido una buena relación con él?”.

“Claro, es algo en lo que pienso a menudo, a decir verdad”, admitió.

“Pues bien, ese preso es Bolton Crutchfield”.

“¿Bolton Crutchfield, que descuartizó al menos a diecinueve personas a lo largo de seis años simplemente por diversión? ¿El tipo que me hizo esta cicatriz cuando le capturé?”.

Hernández tiró del lado izquierdo de su camisa para enseñarle una línea roja profunda y alargada que discurría verticalmente desde su cadera hasta la mitad de su caja torácica.

“El mismo”, dijo ella, reprimiendo un grito ahogado. No había caído en la cuenta de que le habían herido en el momento de detener a Crutchfield.

“Todavía estoy increíblemente confundido”, dijo Hernández, bajando su camisa y metiéndola de nuevo dentro de sus pantalones.

“Ni siquiera he llegado a la parte más increíble todavía”, le advirtió Jessie. “Así que vas a tener que prepararte para ello y dejarme que te cuente esto, ¿de acuerdo? Nada de interrupciones. Deja que lo suelte todo”.

“De acuerdo”, dijo Hernández, aunque sonaba como si quisiera poder librarse de toda la conversación.

“Muy bien, allá voy. Mi padre es Xander Thurman, más conocido como el Ejecutador de los Ozarks. Mi madre—que se llamaba Carrie—y yo no teníamos ni idea. Vivíamos al sureste de Missouri. Había poco dinero y los trabajos escaseaban. Así que, durante muchos años, trabajó en la construcción, con distintos trabajos por toda la zona. A veces se tenía que ir durante varios días y hasta semanas enteras. Entonces regresaba y éramos una familia de nuevo.

“Era un padre decente—cariñoso, a veces hasta tierno. Solía llamarme “Bicho de Verano”, pero también tenía un temperamento volcánico. Si se enfadaba, se quedaba muy quieto y callado, y entonces sabías que la explosión estaba a punto de suceder. Nunca se puso violento conmigo, pero le pegó a mi madre varias veces sin que yo lo viera. Ella no hablaba de ello.

“Lo que no sabíamos era que, mientras estaba fuera en esos trabajos de construcción, también estaba secuestrando, torturando y asesinando a varias personas. La policía no está segura de cuándo empezó todo. Debido al carácter itinerante de su trabajo, era difícil rastrear sus movimientos. Sin embargo, creen que la cosa escaló cuando compró una cabaña en los Ozarks, que en parte pagó con el dinero que les robó a sus víctimas. Utilizaba esa cabaña para esconderse y eventualmente, matar a sus víctimas.

“Nos llevó en unas cuantas ocasiones a la cabaña, pero a mi madre no le encantó el lugar. Estaba escasamente amueblado y decía que tenía un hedor a antiséptico, como una habitación de hospital. Después de

un tiempo, se iba él solo allí en sus “fines de semana de caza”. Pero todo eso cambió un día cuando yo tenía seis años”.

La camarera se acercó a ellos, pero Hernández le hizo un gesto para que se alejara, ante lo que la mujer se dio la vuelta sin decir ni palabra.

“Mi madre se puso celosa”, continuó Jessie. “Le acusó de utilizar la cabaña como una especie de nido de amor. Mirando en retrospectiva, creo que le había debido de seguir algún día mientras yo estaba en el colegio y le había visto conducir en esa dirección con una mujer. Ella no tenía manera de saber que la mujer era realmente una futura víctima.

“Supongo que a mi padre se le saltó un tornillo ante la acusación. Se sintió ofendido por la noción de que pudiera haber sido infiel. Así que nos llevó a nosotras allí para mostrarnos la verdad. Por lo visto, no tenía problema con hacernos saber que era un asesino, pero le ofendía que le llamaran adúltero.

“Nos llevó en coche a la cabaña un día gris y nevado en medio del invierno. Me acuerdo de salir del coche y entrar a la cabaña, con mis deportivas destrozadas hundiéndose en la nieve blanda y la humedad fría filtrándose a través de mis calcetines. No me había vestido de manera adecuada para la visita.

“Una vez dentro, abrió la puerta de una trampilla para revelar un sótano y nos dijo que bajáramos allí. Recuerdo pensar lo raro que me parecía que una cabaña aislada en medio del bosque tuviera un sótano. Cuando llegamos abajo, estaba todo oscuro. Encendió una lámpara de queroseno. Entonces fue cuando los vimos, un hombre y una mujer, supongo que la que había provocado los celos de mi madre, completamente desnudos y esposados a una viga de soporte del techo del sótano”.

CAPÍTULO DOCE

Hernández estaba a punto de darle un trago a su café, pero al escuchar esas palabras dejó la taza sobre la mesa y colocó las manos, con las palmas hacia abajo, sobre ella.

“Daba la impresión de que el hombre llevaba varios días allí”, continuó Jessie. “Estaba escuálido y tenía cortes—o, mejor dicho, incisiones precisas—por todo el cuerpo. Apenas levantó la cabeza cuando entramos. La mujer no parecía llevar allí tanto tiempo. Tenía menos cortes y parecía estar menos magullada. Todavía tenía la suficiente energía como para estar aterrorizada. Escuché un grito ahogado proveniente de donde ella se encontraba y vi que tenían algo metido en sus bocas”.

Hernández tragó saliva con fuerza, tratando de disimular el agobio que sentía.

“Mi madre comenzó a gritar”, dijo Jessie. “Fue entonces cuando mi padre le cubrió la boca con un trapo empapado en éter”. Se quedó callada y se derrumbó en sus brazos. Entonces se la llevó arriba, ordenándome que les siguiera. Apenas podía mover mis músculos, pero hice lo que me dijo. Me hizo sentar en una silla de madera en la sala de estar mientras le quitaba la ropa a mi madre y la esposaba de la misma manera que había hecho con los otros. Estaba tan conmocionada y aterrorizada que ni siquiera se me ocurrió echar a correr. Le esposó los brazos a una viga de soporte de madera y la dejó allí colgada, sujeta por los brazos que colgaban inertes”.

Hernández se puso la cabeza entre las manos. Jessie se preguntó si iba a conseguirlo.

“¿Estás bien?”, le preguntó.

“No”, admitió él. “Pero sigue de todos modos”.

Por tanto, Jessie continuó.

“Mi padre me explicó que había muchísima maldad en el mundo y que era su tarea desenterrarla y destruirla. Recuerdo que le pregunté si lo que estaba haciendo no era también malvado. Me dijo que a veces era preciso que un pecador salvara al mundo. Le dije que mamá no era

malvada y que no tenía por qué destruirla. Dijo que tenía maldad en su interior, pero prometió que trataría de extirparla de sus adentros lo mejor que pudiera y que solo la destruiría como último recurso.

“Y eso es lo que hizo. Entre torturar y matar a la gente del sótano, ponía a mi madre a ‘prueba’ haciéndole cortes o quemándola. No recuerdo que hiciera nada especial para sacarle la maldad. No recuerdo que le hiciera ninguna pregunta específica. Y, de todas maneras, ella tenía el trapo en la boca así que no podía responderle.”

Una mujer mayor que estaba sentada en una mesa cercana se levantó, tiró un billete de diez dólares sobre la mesa, y se fue, dejando su plato medio lleno. Le lanzó una mirada de odio a Jessie de camino a la puerta.

Supongo que debería hablar más bajito.

“Mientras estábamos allí, él salió unas cuantas veces”, continuó, hablando apenas en un susurro. “Me acuerdo de que por fin conseguí aflojar las cuerdas que tenía en los brazos y las piernas lo bastante como para poderme haber escapado. Pero eso hubiera significado dejar a mi madre allí y no podía hacerlo. Además, no sabía cuándo podía estar de vuelta”.

“Siempre regresaba con víctimas nuevas, a las que arrastraba hasta el sótano. Trajo otras tres personas, además de las dos que ya estaban abajo. Durante el transcurso de lo que creo fueron diez días, les torturó y les asesinó a todas ellas. Entonces empezó con mi madre”.

La camarera se les volvió a acercar.

“Danos un par de minutos más”, dijo Hernández en voz baja, sin desviar la mirada de Jessie.

“Empezó a susurrarle en su voz frenética”, dijo ella. “Sacó su cuchillo de caza y le dijo que la iba a descuartizar con él. Ahí es cuando decidí echar a correr. Me imaginé que era la única manera de evitar que matara a mi madre en ese preciso momento.

“Así que, mientras él tenía la cabeza mirando hacia otro lado, me escabullí de la cabaña. No creo que se diera cuenta al principio, estaba muy concentrado en mi madre. Pero después de unos instantes, escuché cómo venía a por mí. Estaba descalza y congelada y perdida y acabé llegando a un acantilado que se elevaba por encima de un río rugiente y lleno de hielo. Pensé en saltar, pero al final no pude hacerlo. Me alcanzó y me llevó de vuelta a la cabaña. Me volvió a atar

y me puso cinta adhesiva en los ojos para que no pudiera desviar la mirada. Me dijo 'Tienes que mirar, pequeño bicho de verano. Tienes que saber la verdad.' Siempre me llamaba bicho de verano. Entonces le asestó con el cuchillo a mi madre una y otra vez. Después de eso, utilizó el cuchillo para hacerme este corte a mí".

Jessie se bajó el lado izquierdo de su camisa para mostrarle la cicatriz que discurría horizontalmente justo debajo de su mandíbula desde el hombro hasta su cuello. Vio que la camarera se acercaba de nuevo y se subió la camisa.

"Tomaré una tostada con fruta", dijo Jessie.

"Patatas fritas con un extra de tocino", dijo Hernández.

La camarera asintió y se fue tan deprisa como había venido.

"Elección interesante", notó Jessie, tratando de aligerar los ánimos un poco.

"¿Qué sucedió entonces?", le preguntó él en voz baja, negándose a cambiar de tema.

"Mi padre me dejó allí, sangrando, mirando fijamente al cuerpo inerte de mi madre. Nunca regresó. Un par de cazadores me encontraron tres días después y buscaron ayuda. Cuando me recuperé lo suficiente como para poder hablar, les dije a las autoridades todo lo que había pasado. Excepto por mi madre, mi padre había incinerado todos los cadáveres. Tenían algunas pruebas físicas que respaldaban todo— videos que había hecho él y restos humanos, principalmente trozos de huesos. Pero algunos de los policías todavía no podían creérselo.

"Decidieron trasladarme fuera de la zona para protegerme. Por aquel entonces, todavía tenían esperanzas de atraparle y yo era la única testigo. Tenían tanto mi declaración escrita como mi testimonio en video. No había razón para que me quedara allí. Así que me pusieron en Protección de Testigos, me reubicaron para que viviera con un matrimonio en Las Cruces, Nuevo México, Bruce y Janine Hunt. Acababan de perder a su hijo pequeño debido a un cáncer. El marido era un agente del FBI de allí. La mujer era una profesora de escuela".

"Entonces, ¿fue allí donde pasaste el resto de tu infancia?", preguntó Hernández.

"Sí. Me empezaron a llamar Jessie porque no podía soportar escuchar el nombre con el que me llamaba mi madre después de todo lo

sucedido. Me dieron una historia pasada que utilizar. Nadie más que mis padres adoptivos y una pareja de alguaciles de los Estados Unidos en Nuevo México sabían la verdad. Me quedé allí hasta terminar la secundaria, y entonces vine aquí y me aceptaron en la USC".

"¿Sigues siendo íntima con ellos?".

"Solía ser muy íntima con los dos. Y todavía lo soy con Janine, mi madre adoptiva".

"¿Pero…?", dijo Hernández, obviamente captando su titubeo.

"Desgraciadamente, contrajo un cáncer durante mi primer año en la universidad, igual que su hijo hace todos esos años", dijo Jessie con naturalidad. "Ha estado entrando y saliendo de remisión durante casi una década. Y eso se ha cobrado un gran precio en ella tanto física como mentalmente, y ahora está prácticamente atada a la cama. Ella siempre hizo de puente entre mi padre adoptivo, Bruce, y yo. Los dos somos bastante tercos. Pero en los últimos años, con ella tan debilitada, Bruce y yo nos hemos acabado distanciando. Aun así, viene aquí de vez en cuando. De hecho, estuvo aquí hace unas semanas para ver cómo estaba después de toda la historia esa del 'marido que resultó ser un asesino sociópata'. Pero no hablamos demasiado a menudo".

"¿Sigue trabajando para el bureau?", preguntó Hernández.

"Está medio retirado. Todavía hace consultas para ellos y para el departamento de policía de Las Cruces, pero no es un empleado oficial".

"Más o menos como tú", notó Hernández con una sonrisa burlona.

"Supongo que nunca lo pensé de esa manera, pero sí, claro".

"Perdona que te haga esta pregunta", dijo Hernández, "pero ¿qué tiene nada de esto que ver con Crutchfield?".

Jessie agradeció que no le hiciera más preguntas sobre la cabaña y respondió antes de que pudiera cambiar de idea.

"Me enteré del caso de Crutchfield mientras estaba en la universidad y había algo en ello que me resultaba familiar, así que hice algunas investigaciones y caí en la cuenta de que empleaba algunas de las mismas técnicas que mi padre. Mantenía a sus víctimas con vida en el sótano de su casa. Como ya sabes, los sótanos no son habituales por

aquí. Me enteré de que lo había hecho construir después de comprar el lugar. También les esposaba a las vigas del techo. Utilizaba la misma marca de cuchillo de caza para matarlos".

"Vaya, es cierto", exclamó Hernández. "Utilizaba un cuchillo de caza".

"No hay razón para que nadie de aquí hiciera la conexión", señaló Jessie. "El caso tenía más de diez años en ese momento, y era del otro lado del país. Nunca atraparon al perpetrador, pero obviamente, a mí me llamó la atención".

"¿Nunca se lo mencionaste a nadie?".

"No a las autoridades. No podía arriesgarme a que se revelara mi identidad. Y no estaba segura de cómo era posible que un tipo cualquiera de Los Ángeles supiera siquiera de la existencia del Ejecutador de los Ozarks. Así que hice mis propias averiguaciones, pero no pude enterarme de gran cosa leyendo los documentos publicados. Entonces, me dispuse a tratar de acceder directamente a Crutchfield".

"¿Qué hizo pensar a una estudiante universitaria que podría entrar a ver a un asesino en serie al que tienen encerrado en una instalación de máxima seguridad para asesinos perturbados?", le preguntó incrédulo.

"Tengo acceso a… recursos que no tengo la libertad de desvelar".

"Muy bien", respondió lentamente. "Dejaré estar eso por ahora, aunque cada neurona de mi cerebro me está pidiendo que no lo haga. Intentémoslo con esto. Obviamente, conseguiste verle. ¿Confirmó tus sospechas?".

"Lo hizo", dijo Jessie. "Crutchfield me dijo que había sido un admirador del Ejecutador de los Ozarks. Dijo que había cometido sus crímenes de la misma manera, casi a modo de homenaje. Todavía no estoy segura de cómo se enteró de su existencia, aunque sé que es de Luisiana. Quizá saliera en las noticias por allá. Sea como sea, acabó sincerándose conmigo, a su manera retorcida. Hasta me ayudó a darme cuenta de que Kyle me estaba manipulando. Fue algo que me dijo lo que me ayudó a comenzar a desenmarañar la trama de mi marido".

"Buen tipo, entonces", respondió Hernández con sequedad.

"De todos modos, no le sorprendió verme", dijo Jessie, insistiendo a pesar de la indirecta del detective. "Mi padre le había dicho que era

posible que algún día viniera a visitarle una mujer preguntándole por la conexión entre los dos conjuntos de asesinatos. Quería que Crutchfield me pasara un mensaje".

"¿Cuál era el mensaje?".

"Era: NOS VEREMOS, BICHO DE VERANO. No hay nadie más—al menos nadie con vida—que supiera que me llamaba así. Así es cómo sé que era legítimo".

"Te está buscando", dijo Hernández en voz baja.

"Así es", confirmó Jessie. "Es por eso que me metí a la base de datos del FBI; porque tengo que encontrarle yo primero a él".

CAPÍTULO TRECE

Se quedaron allí sentados en silencio durante los siguientes minutos. La camarera les trajo su comida, pero ninguno de los dos la probó. Jessie le daba sorbitos a su café. Hernández miraba hacia el infinito, perdido en sus pensamientos. Finalmente, habló.

“Crutchfield sabe cuál es tu nueva identidad”, dijo con urgencia. “¿Y si intenta contactar con tu padre para decírselo?”.

“Gracias, Hernández”, respondió ella sarcásticamente, intentando inyectar algo de ligereza en el ambiente. “No había pensado en eso”.

“Lo siento”, dijo él, escarmentado. “Por supuesto que has pensado en todo esto. Pero para mí es nuevo”.

“Lo entiendo, es mucho que procesar. Lo cierto es que me hice amiga de la jefa de seguridad en el hospital donde le tienen retenido. ¿Conoces a Katherine Gentry?”.

“Me he encontrado alguna vez con ella”, dijo Hernández, decidiendo por fin hincarles el diente a sus patatas fritas. “A propósito, pruébalas. Son las mejores de la ciudad”.

“En fin, ella es una de las cuatro—ahora cinco—personas a las que les he contado la verdad”, dijo Jessie, probando una patata. “Y está trabajando para asegurarse de que no haya manera de que Crutchfield se comunique con el exterior. Han estado reevaluando el protocolo de seguridad para abortar cualquier filtración. Además de eso, duda de que Crutchfield llegara a contar algo”.

“¿Por qué no?”, le preguntó.

“Cree que Crutchfield me tiene en cierta estima, que me pasó el mensaje para advertirme”.

“¿Estás de acuerdo con ella?”.

“Creo que le gusta jugar conmigo, como con un ratón mascota. Pero me preocupa que me pueda acabar echando a las serpientes para que me devoren si piensa que eso le resultaría entretenido”.

Jessie agarró unas cuantas patatas más, y se las metió a la boca, a

pesar de la imagen que acababa de evocar.

“Están muy buenas. Y entonces, ¿cuál es tu historia, Hernández?”, le preguntó, tratando de cambiar de tema a cualquier otra cosa.

“Me temo que no tengo nada que compartir que se acerque a eso”, admitió. “Me parece que lo de que ‘casi me matan mientras ayudaba a atrapar a un asesino en serie’ no suena ni la mitad de interesante después de escucharte a ti”.

“Tienes razón. Eso suena de lo más aburrido. Aun así, me gustaría oír algo de alguien que tenga hasta un poco menos de drama en su vida. Cuéntame tu mini-biografía”.

“Muy bien. Crecí al este de Los Ángeles. Empecé a meterme en bandas juveniles en cuanto alcancé la adolescencia. Conocí un profesor en la secundaria que había sido policía y me convenció para que probara un sendero diferente. Me gradué, y fui un par de años a la universidad comunitaria antes de solicitar mi entrada a la academia de policía. Pasé tres años de uniforme antes de que la historia de Crutchfield le diera un buen empujón a mi carrera y me metí a detective. Llevo haciendo esto cinco años, los dos últimos con esta unidad”.

“¿Y cuando no estás trabajando?”.

“Llevo casado seis años. Vivimos en el distrito de Mid-Wilshire. Me gusta ir a hacer senderismo en las Montañas de Santa Mónica cuando tengo tiempo libre. Soy un cocinero decente”.

“¿Tienes hijos?”, preguntó Jessie, tomando un trago de agua para aclararse algo que se le había atragantado.

“Todavía no”, respondió, con la voz de repente tensa. “Ese tema sigue negociándose”.

Jessie percibió que no quería elaborar más y cambió deprisa de tema.

“Entonces, ¿qué haces cuando todas las pistas que tienes no dan resultados, Hernández?”, le preguntó en tono alegre.

“Creo que hemos trabajado juntos lo suficiente como para que me llames Ryan”, le respondió.

“Muy bien, Ryan, ¿qué hacemos ahora?”.

“Nos reorganizamos y repasamos lo que tenemos mientras esperamos

a ver si el examinador médico tiene algo interesante que contar. Entrevistamos a la asistenta cuando vuelva a la ciudad esta tarde. Miramos las finanzas de los Missinger para ver si hay algún acreditador que haya decidido darle una lección al marido. Básicamente, le damos vueltas a lo que tenemos hasta que salga algo".

"Da la impresión de que hemos llegado a un callejón sin salida", dijo Jessie con escepticismo. Tomó otro trago de agua para aflojar la incómoda sensación en su garganta.

"Prefiero decir que es un parón en medio de la acción", replicó Ryan.

"Bueno, ¿y crees que podría tomarme unas cuantas horas durante ese parón?", le preguntó, estornudando levemente. Le estaba resultando difícil pronunciar las palabras. "Hay algo de lo que me tengo que encargar".

"Creo que puedes hacerlo, siempre y cuando no trates de acceder inapropiadamente más bases de datos clasificadas", le dijo, sonriendo ligeramente.

"Hablando de eso, ¿crees que quizá pudieras ayudarme a acceder a ellas apropiadamente, ahora que sabes lo que estoy buscando?".

Jessie tomó una servilleta para secarse sus ojos, que de pronto estaban acuosos, y acabó rompiéndola en pedazos.

"Por ahora, tratemos con el caso que tenemos entre manos. Quizá podamos hacer algo más adelante," le respondió, con una mirada de preocupación en el rostro. "Oye, ¿estás bien?".

"Me parece que estoy teniendo una reacción alérgica a alguna cosa", graznó. "Se me está cerrando la garganta."

"Oh mierda", dijo Ryan, con aspecto compungido. "¿Eres alérgica a los cacahuetes?".

Jessie asintió entre tosidos. Parecía que hubieran empapado su piel con hiedra venenosa y cada respiración que daba le suponía todo un reto.

"Es que fríen las patatas con aceite de cacahuetes", dijo con urgencia, poniéndose de pie y moviéndose a su lado de la mesa. "Ni siquiera se me ocurrió pensar en ello".

Jessie metió la mano a su bolso, desabrochó el bolsillo lateral, y sacó

un inhalador. Le dio una gran chupada, esperó brevemente, y después inhaló de nuevo. En unos treinta segundos, sintió como sus vías respiratorias constreñidas se empezaban a relajar. Tomó una respiración larga, lenta y profunda. Ryan se volvió a sentar lentamente.

"¿Funciona?", le preguntó. "¿Te sientes mejor?".

Jessie asintió, todavía incapaz de hablar de nuevo.

"Lo siento muchísimo", dijo él. "Debía habértelo preguntado".

"Está bien", dijo Jessie con voz ronca. "Para eso tengo el inhalador. Hasta tengo un inhalador de emergencia en mi chaqueta en caso de que no lleve el bolso conmigo. Es mi plan de apoyo".

"Eso apareció de la nada", dijo, todavía con aspecto nervioso. "¿Qué podía haber pasado si no llegas a tener tu inhalador?".

"Nada bueno", dijo Jessie, dándole otro trago al agua. Sentía que por fin estaba volviendo a la normalidad. Se puso de pie y tiró la servilleta sobre la mesa. "¿Puedo asumir que pagas tú por esto?".

"¿Por qué asumir algo así?", le preguntó él.

"Porque has estado a punto de matarme", bromeó ella. "Además, me marcho ya. Y si no pagas, eso significa que nadie lo va a hacer. Y creo que eso es un delito o algo así".

Se dio la vuelta y se dirigió a la puerta, encantada con su sarcasmo. Claro que, al salir ahora, cumplía con otras dos intenciones. Primera, podía esconder lo asustada que acababa de estar hacía unos instantes. Y segunda, podía disimular la certidumbre que estaba sintiendo de que volvería a entrar en esa base de datos en algún momento, tuviera permiso para hacerlo o no.

*

Jessie ya casi había llegado a su destino—la División No Rehabilitadora de los Hospitales del Estado en Norwalk, como a media hora de trayecto al sureste del centro de la ciudad—cuando por fin dejó de titubear e hizo la llamada. Su padre adoptivo, el antiguo

agente Bruce Hunt, tomó la llamada al segundo tono.

“¿Jessie? ¿Anda todo bien?”, le preguntó, preocupado.

“Estoy bien, pa”, le reconfortó ella, utilizando el mismo nombre que había elegido para él hace todos esos años cuando se mudó con ellos. No podía llamarle “papá”, y “padre” parecía demasiado formal. Consideró llamarle Bruce durante un breve periodo, pero le parecía algo irrespetuoso.

“Es que no he sabido de ti desde que estuve allí visitándote y me preocupaba que estuvieras llamando porque… haya pasado algo malo”.

“¿Quieres decir algo más?”, preguntó Jessie, lamentándolo de inmediato.

“No he dicho eso”.

“No, por supuesto que no”, dijo ella rápidamente, tratando de dejarlo atrás. “Está todo en orden. Todavía estoy viviendo con Lacy, pero estoy buscando mi lugar propio. ¿Cómo te estás acostumbrando al tuyo?”.

Justamente el mes anterior, su padre había consentido a mudarse de la casa que su mujer y él habían compartido durante veintisiete años. Se había instalado un reemplazo de cadera hacía poco y tener el dormitorio en el segundo piso se había vuelto poco práctico, especialmente desde que la sala de estar se había convertido en el dormitorio de su madre desde hacía años. Ahora vivían en un complejo de condominios para la tercera edad, muchos de los cuales también se habían retirado de las fuerzas de seguridad. Contaba con una unidad afiliada de vida asistida a la que se había trasladado su madre cuando lo estaba pasando realmente mal.

“No está del todo mal”, le respondió. “Es agradable tener todo en un solo nivel. Y todo el mundo camina hasta Coco’s al final de la manzana para las ofertas de primera hora”.

“No sé si estás hablando en serio o no”, dijo Jessie.

“Ojalá estuviera bromeando”, dijo con sarcasmo. “Ese sitio se llena de gente sobre las cuatro y media de la tarde. Bueno, entonces ¿qué pasa?”.

“¿Es que tiene que pasar algo para que te llame, pa?”.

“Habitualmente”, dijo él.

“Solamente quería hablar un poco, asegurarme de que estás bien y agradecerte por ayudarme a reorganizar todo después de lo que pasó”.

“¿Cómo están tus tripas?”, le preguntó, refiriéndose a su herida. Durante todo el tiempo que Jessie le había conocido, Bruce Hunt jamás había aceptado de buena gana un cumplido o un gracias.

“Bastante bien”, dijo ella, incapaz de ocultar el orgullo en su voz. “Lo cierto es que estoy trabajando, haciendo trabajo de consultoría para el L.A.P.D. Estoy en medio de un caso de asesinato ahora mismo”.

“¿Qué pasó con la academia del FBI?”, le preguntó con voz regañona, casi como si no la hubiera escuchado. “¿Todavía va a suceder eso?”.

“Lo he puesto en espera por ahora”, respondió ella, tratando de no ofenderse. “Todavía puedo ir para el próximo ciclo si quiero. Pero es que no podía dejar pasar esta oportunidad, ¿sabes?”.

“Tienes que hacer lo que tú creas que es mejor”, dijo él, con un tono que indicaba sus dudas de que lo estuviera haciendo.

“Claro, gracias, pa”, dijo ella mientras entraba al aparcamiento del hospital. “La verdad es que te tengo que dejar. Tengo que realizar una entrevista, pero te volveré a llamar en unos cuantos días, ¿de acuerdo?”.

“Haz lo que quieras”.

“Muy bien”, dijo Jessie, haciendo lo posible para no dejar que le afectara su brusquedad. “Entonces, hablamos pronto”.

El teléfono se quedó en silencio y Jessie se dio cuenta de que su padre le había colgado.

CAPÍTULO CATORCE

Jessie aparcó el coche y se quedó allí sentada un minuto, intentando alejar la interacción de su mente para poder enfocarse en lo que tenía por delante. De algún modo, su charla con Ryan Hernández le había alentado a tomar las riendas en una serie de relaciones problemáticas en su vida.

En primer lugar, había iniciado una conversación con su padre adoptivo, una rareza en sí misma. Ahora estaba a punto de confrontar al asesino en serie que le había alertado ante el hecho de que su padre biológico el asesino en serie la estaba buscando. A este ritmo, se pondría de camino a Orange County esta misma noche para hablar con su pronto exmarido, el asesino.

Jessie no pudo evitar echarse a reír cuando se bajó del coche y se puso a caminar hacia la verja de entrada del perímetro de seguridad de las instalaciones. Presionó el timbre en la verja y esperó a que quienquiera que estuviera atendiendo la cámara de seguridad le diera la luz verde para entrar. Ya se habían familiarizado con ella aquí y la jefa de seguridad, Katherine Gentry, había autorizado su visita.

Entró al pequeño patio y caminó hasta las puertas dobles que servían de punto de entrada a la unidad. Cuando la verja de metal se cerró por detrás suyo, sintió cómo cambiaba su estado de ánimo. Al acordarse de la clase de gente que tenían aquí y lo que habían hecho a otros seres humanos, sintió que toda su alegría se disipaba dentro de ella.

La unidad DNR era un anexo independiente al Hospital Metropolitano del Estado de Norwalk. La instalación principal albergaba otros criminales con trastornos mentales a los que no se consideraba aptos para servir su sentencia en una prisión tradicional. Sin embargo, ninguno de los presos que retenían aquí—todos ellos hombres—habían sido condenados por crímenes sexuales o asesinatos. Para eso estaba la DNR.

La División No Rehabilitadora era una unidad especial. Secreto guardado a cal y canto, la instalación era desconocida para el público general y la mayor parte de la comunidad de la salud mental y las fuerzas de seguridad del sur de California. Eso se debía a que albergaba a los criminales más extremos—también solo hombres por el momento—de los que todos eran asesinos en serie o violadores.

La instalación había sido construida en el espacio del hospital de Norwalk exclusivamente para albergar a lo peor de lo peor en un entorno de máxima seguridad que cumplía con los requisitos del estado para la acogida de criminales trastornados. Había suficiente espacio como para albergar diez presos, pero en la actualidad solo había cinco residentes, entre ellos Bolton Crutchfield.

Una vez le admitieron, Jessie atravesó la puerta exterior de la instalación para pasar a un pequeño vestíbulo. Cuando se cerró esa puerta, se abrió la puerta interior, que le permitía entrar a la pequeña recepción del DNR, donde entregó sus pertenencias a un guardia y pasó por debajo de un escáner de ondas milimétricas al estilo de los de los aeropuertos. Cuando pasó eso sin problemas, se encontró con la oficial Gentry, que le estaba esperando.

“Hola, Jessie”, le dijo con cariño. Esta era una reacción muy diferente de la que le había provocado a la jefa de seguridad del DNR la primera vez que Jessie había venido a visitar las instalaciones. En aquella ocasión, había sido todo escepticismo, rayando en la desconfianza.

En aquel momento, Kat no podía entender cómo o por qué una estudiante de grado había conseguido entrar a su instalación para entrevistar a un célebre asesino. Todavía no sabía sobre el “cómo” pero ahora que sabía el “por qué”, era mucho más amigable. A pesar de que ese primer encuentro solo había tenido lugar hacía cuatro meses, parecía que había pasado toda una vida.

“Qué hay, Kat”, dijo Jessie. “Gracias por dejarme venir con tan poco aviso”.

“No hay problema. Vamos a que te cambies de ropa”.

Entraron a una habitación que formalmente se llamaba “Prep. Transicional” con Kat liderando el camino. Una vez más, Jessie notó lo imponente que era su nueva amiga. No se debía tanto a su tamaño. Kat era de estatura media, como un metro setenta y pico, pero su cuerpo tenía una complexión poderosa, setenta kilos de músculos esculturales. Incluso sin flexionarse, conseguía que resaltaran los músculos de sus brazos.

Resultaba atractiva de un modo que venía a decir que le importaba un carajo serlo o no. La carencia de maquillaje y el moño apresurado en que ataba su cabello no hacían sino reforzar esa impresión. Su rostro estaba ligeramente socavado por las múltiples marcas de quemaduras

faciales y la cicatriz alargada que discurría verticalmente por su mejilla izquierda justo debajo del ojo. Jessie sabía que estos eran los residuos de su periodo como oficial del ejército, pero nunca había surgido la conversación sobre cómo exactamente los había obtenido.

Incluso si no hubiera llevado uniforme, Katherine Gentry tenía la planta de una figura de autoridad, una con la que era mejor no meterse en líos. Caminaba deprisa y con decisión. Hablaba directamente. Y sus ojos grises embrujados parecían estar siempre alerta. Por lo visto, sus dos temporadas en Afganistán le habían dejado algo más que marcas físicas.

Una vez en el interior, Jessie, que conocía bien el procedimiento tras múltiples visitas, se cambió y se puso una bata de hospital. Como ya se había quitado toda la bisutería y la había dejado en el coche, se limpió el poco maquillaje que llevaba en la cara con rapidez. Cualquier cosa que pudiera estimular excesivamente a los pacientes estaba prohibida.

“Vayamos a mi oficina”, dijo Kat después de que Jessie terminara de prepararse. “Puedes ponerme al día de lo que está pasando antes de ir a visitar a tu admirador no tan secreto”.

“¿Ha mencionado mi nombre de verdad?”, preguntó Jessie mientras comenzaban a descender por el pasillo. “Hubiera pensado que lo consideraría una señal de debilidad”.

“No a mí”, dijo Kat, mientras entraban al pasillo oscurecido donde había varias oficinas pequeñas y una cantidad casi infinita de cámaras de seguridad. “Ya sabes que nunca habla conmigo, pero Cortez dice que te ha mencionado en unas cuantas ocasiones durante su tiempo supervisado de ducha”.

“¿Ha mencionado mi nombre cuando estaba desnudo? No tengo muy claro cómo sentirme al respecto”.

“Los mendigos no pueden andarse con remilgos”, dijo Kat, riéndose para sí mientras entraban al diminuto despacho. Jessie se dio cuenta de que era la primera vez que había visto riéndose a la jefa de seguridad del DNR Katherine Gentry.

“¿Estás desarrollando un sentido del humor de repente?”, le preguntó, sonriendo irónicamente,

“Siempre lo tuve”, respondió Kat, mientras se sentaba y le indicaba a Jessie que hiciera lo propio en la silla que había al otro lado de su

escritorio. “Es solo que me gusta ocultárselo a los civiles—les pone nerviosos”.

“Guau, ¿significa eso que he entrado en el círculo sellado de confianza de Gentry?”, preguntó Jessie en su mejor voz de corderita, cruzando las piernas de manera exagerada al sentarse.

“Cuando me cubras la espalda durante un incendio en la provincia de Helmand, estarás en mi círculo de confianza. Por ahora, te he puesto en el óvalo de los ‘no completamente irremediables’”.

“Pues lo acepto”, anunció Jessie con orgullo fingido.

Vio que Kat reprimía la sonrisa que estaba empezando a juguetear en sus labios.

“Está bien, ya basta de parloteo, profesora. ¿Quieres saber dónde nos encontramos con tu caballero, en cuestión de seguridad, o no?”.

“En primer lugar, no soy una profesora. Tener un master no es lo mismo, en caso de que surja la conversación en el bar local para tipas duras o algo así. Y, en segundo lugar, sin duda me gustaría mucho saber dónde nos encontramos en cuestión de prevenir que un asesino en serie le pase información sobre mí a otro”.

“Bueno, estamos bastante seguros de que eso no está sucediendo”, le aseguró Kat. “Él sabe dónde está todo nuestro equipo antiguo de grabación, pero hemos añadido cámaras ocultas y micrófonos adicionales a su celda mientras se duchaba para que no sepa cuando le estamos viendo o escuchando”.

“¿Quieres decir que lo hicisteis mientras estaba charlando sobre mí con Cortez?”.

“Exactamente. Como sabes, ese periodo de treinta minutos es el único momento en que no se encuentra en su celda cada semana. Así que mientras ellos están teniendo su charla de chicos grandes sobre Jessie, también realizamos una búsqueda exhaustiva de la celda para asegurarnos de que no hay contrabando, de que no ha encontrado una manera de deslizar mensajes a través de algún agujerito en el suelo o de que no ha conseguido tener acceso a WiFi allí dentro; ese tipo de cosas. Hasta los periódicos que le permiten leer se queman cuando los sacamos de la celda”.

“¿Y?”.

“Nada”, dijo Kat. “Ese lugar está más limpio que una pátina. Por lo que podemos decir, no hay manera de que se comunique con nadie del exterior, lo que quiere decir que tus secretos están a salvo de tu querido viejo”.

“Entonces, ¿por qué, a pesar de todo eso, no me siento reconfortada?”.

“Porque”, respondió Kat, con voz que ahora sonaba directa y seria, “eres una persona normal. Y cualquier persona normal que descubriera que su padre el asesino en serie estaba buscándola se asustaría, sin que importe lo segura que esté de que no la va a encontrar. Sería extraño que no estuvieras nerviosa”.

“¿Alguna sugerencia sobre cómo remediar eso?”, preguntó Jessie.

“Tengo una”, dijo Kat sin mucha convicción. “Pero es un tanto inusual”.

“Estoy intrigada”, dijo Jessie, arqueando las cejas. “Haz el favor de continuar”.

“Muy bien, pero si esta idea te parece demasiado extraña, no tengas reparos en decírmelo”, comenzó. “He comido ratas hervidas y le he sacado metralla a la raja del culo de un colega soldado así que no soy demasiado susceptible”.

“Tomo nota”.

“Sé que la última vez que hablamos mencionaste que estabas pensando en mudarte del apartamento de tu amiga y alquilar un sitio propio. Resulta que mi alquiler en la pintoresca Ciudad de la Industria se termina a fin de mes y estaba pensando en mudarme a una comunidad que no tuviera un horizonte plagado de chimeneas de fábricas y carteles de anuncios para clubs de striptease. ¿Tienes algún interés en tener una compañera de piso, específicamente una que se califica de experta con las armas de servicio, conoce múltiples modalidades de artes marciales, y puede deshacer una trampa con explosivos en menos de sesenta segundos?”.

Jessie mantuvo silencio durante un segundo, considerando la posibilidad. Aparentemente, Kat malinterpretó el silencio y saltó de inmediato.

“No importa, es una idea estúpida. Yo solo—”.

“No, perdona”, interrumpió Jessie. “No es estúpida. Solo estaba

pensando en la logística".

"¿Qué logística?", preguntó Kat, con aspecto aliviado.

"Bueno, solo he estado mirando apartamentos de un dormitorio así que esto cambia todo el programa, ¿sabes? Solamente estoy jugando con las posibilidades dentro de mi cabeza".

"Entonces, ¿crees que es una idea alocada?".

"No digo que no sea alocada", admitió Jessie. "Lo que digo es que no se me ocurre ninguna razón en este preciso momento para decir que sin duda es alocada. ¿Puedo pensarlo un poco?".

"Desde luego. Debería haber esperado hasta después para sacarlo a colación, Deberías concentrarte en tu reunión con Crutchfield. Podemos hablar más adelante de esto… o nunca más".

"Digamos que más adelante", sugirió Jessie. "Pero, por ahora, creo que debería enfocar mi atención en lo que está a punto de suceder. ¿Está él en su celda ahora?".

"Sí. ¿Quieres ir para allí?".

Jessie asintió. Kat se levantó y caminaron por el pasillo hasta la puerta de seguridad que llevaba a la zona de celdas de los residentes. Mientras lo hacían, Kat repasó de nuevo las normas.

"Ya sé que seguramente ya te has aprendido esto de memoria, pero como ha pasado un tiempo desde que estuviste aquí por última vez, deja que te la refresque un poco. Recuerda, no te acerques al preso. Definitivamente, no toques la barrera de cristal. Normalmente, diría que no compartas ninguna información personal. Me percato de que en tu caso estamos más allá de eso, pero, aun así, trata de mostrar cierta discreción. Cuanto menos sepa sobre ti, menos puede jugar contigo. Por último, ¿te acuerdas del botón rojo?".

"Por supuesto", dijo Jessie. "Algo así como mi manta de seguridad".

"Eso es. Guarda el mando a distancia de la llave electrónica que te voy a dar en la mano, oculta de su vista. Si las cosas se ponen demasiado intensas, aprieta el botón y me alertará de que quieres salir de allí sin que él se dé cuenta de que ha conseguido alterarte".

"Lo llevaré", dijo Jessie. "Pero ya sabes que seguramente él sabe lo del botón y que, si entras de repente, sabrá que seguramente lo he

presionado".

"Ya lo sé, pero es la mejor opción que tenemos ahora mismo".

La puerta de seguridad pitó al tiempo que la alcanzaban y Kat la abrió de par en par. Alguien debía de haberlas visto acercarse desde adentro. Pasaron al interior y Jessie echó un vistazo a su alrededor. La estación de seguridad tenía el mismo aspecto que cuando había venido aquí seis semanas atrás. Estaba organizada como una estación de enfermeras, con un escritorio largo en el centro cubierto de una serie de monitores de ordenador. Rodeando la estación, había multitud de puertas que llevaban a las celdas de los residentes.

Había cuatro agentes apostados en la estación de seguridad. Dos de ellos estaban haciendo algún tipo de papeleo. Un tercero estaba rellenando un armario. Y después estaba Cortez, el chaperón de ducha de Bolton Crutchfield. Levantó la vista del monitor al que estaba mirando con atención y le lanzó una gran sonrisa a Jessie.

El agente Ernie Cortez era un humano gigantesco. Hispánico de treinta y tantos años, era fácil que Cortez midiera más de uno noventa y que pesara más de 125 kilos. Su expresión afable no podía ocultar el hecho de que, si deseara causar algún daño físico, no le resultaría demasiado difícil.

"Mira quién es", dijo alegremente, "mi chica Vogue favorita. ¿Cómo estás, Jessie?".

Chica Vogue era el pseudónimo que le había puesto Cortez desde la primera vez que la conoció. Por lo visto, la consideraba lo bastante bella como para ser modelo.

"Bien, Cortez. Me he enterado de que últimamente has estado pasando un tiempo sustancial con Crutchfield".

"¿Qué?", preguntó, con aspecto de sorpresa.

"La ducha", intervino Kat.

"Ah claro", dijo Cortez. "Perdí la partida en eso. Ese tipo es todo un charlatán cuando está desnudo".

"¿Dijo algo interesante?", preguntó Jessie. "¿Quizás algo sobre mí?".

"Te ha mencionado alguna vez. Leyó sobre ese asunto con tu marido en los periódicos y quería saber si estabas bien. Casi sonaba genuino".

“¿Es que no recortáis los artículos sobre mí antes de darle los periódicos?”, preguntó Jessie, sorprendida.

“La verdad es que no los repasamos antes de entregárselos”, dijo Cortez ligeramente a la defensiva. “¿Cómo podíamos saber que ibas a aparecer en las noticias?”.

“Me parece justo”, dijo Jessie, cediendo. “Entonces eso fue todo, ¿solo se interesó por mi bienestar?”.

“Principalmente”, dijo Cortez. “No es que esté diciendo que ha soñado contigo o algo así. No te lo tengas tan creído, Chica Vogue”.

“No, ese eres tú, Cortez”, le provocó Kat.

“Bien”, dijo Cortez, inalterable, “ahora que lo mencionas, como el Míster de la Chica Vogue ha salido ahora de escena, ¿quizá estés buscando algo de compañía?”.

Jessie simplemente se le quedó mirando.

“¿Demasiado pronto?”, le preguntó, antes de echarse a reír ante su propia picardía.

“Está bien, basta de flirteos, vosotros dos”, dijo Kat. “Pongámonos serios. Jessie, ¿estás lista para entrar a la celda?”.

Jessie asintió.

“Necesito que verbalices el ‘sí’ por razones oficiales”.

“Sí”, dijo Jessie, mientras se evaporaba toda la ligereza que había sentido un momento antes.

“Muy bien, hay algo más que hacer. Firma este formulario para rescindir al Hospital-Metropolitano, Departamento de Estado, División No-Rehabilitadora, de cualquier responsabilidad en caso de que tenga lugar algún incidente con el preso”.

Jessie lo firmó.

“Aquí está tu llave electrónica”, dijo Kat, entregándole una pequeña pieza de plástico. “Estás preparada para volver a familiarizarte con una de las personas más peligrosas en la faz de la tierra?”.

Antes de que Jessie pudiera contestar, pitó la puerta. Kat la mantuvo abierta para que entrara. Tragó saliva una vez más y pasó al interior.

CAPÍTULO QUINCE

A pesar de que ya había estado en la celda multitud de veces, Jessie sintió cómo una ráfaga de adrenalina le recorría el cuerpo, haciendo que las puntas de sus dedos se estremecieran. Respiró lentamente, recordándose a sí misma que todo lo que había en el mundo seguía siendo básicamente lo mismo que diez segundos antes.

Puedes manejar esto.

Se obligó a sí misma a no enfocarse en el hecho de que estaba entrando al mismo espacio confinado donde se encontraba un hombre que había descuartizado a diecinueve personas, y esas solo eran las que las autoridades habían sido capaces de verificar. Algunos agentes de la ley pensaban que el número real de víctimas podía ser más del doble.

No te obceques con el pasado. Eso le concede ventaja. Mantente en el presente.

Se obligó a sí misma a concentrarse en los detalles de la habitación. Estaba dividida en dos sectores, separados por un muro grueso de cristal. Del lado de Jessie, había un pequeño escritorio y una silla con un bloc de notas y un lapicero. Al otro lado del cristal estaba la porción asegurada de la celda, que estaba tenuemente iluminada.

Estaba escasamente amueblada, con solo una estrecha cama metálica pegada a la pared, suspendida a un metro del suelo. Un delgado colchón estaba conectado al marco de la cama y una pequeña almohada de goma reposaba en la cabecera. No había sábanas.

En la esquina derecha del otro lado de la celda había un servicio, con una puerta curvada y deslizante que proporcionaba una privacidad mínima. Junto a ella, también pegada a la pared, había un lavabo pequeño de metal. Además de eso había un conjunto de silla y escritorio, cuyo extremo opuesto estaba soldado a la pared con lo que no podía moverse. Ahí era donde se sentaba Crutchfield.

Le estaba dando la espalda y no había dado señal de que supiera que Jessie ya había entrado a la habitación. Llevaba puesta su propia bata de hospital, con la diferencia de que la suya era de un tono azul turquesa brillante. Su cabello rubio estaba pegado a su cráneo, que era

huesudo y casi parecía alienígena desde atrás.

Jessie se sentó al escritorio y esperó un momento para ver si él le decía algo. Después de unos buenos treinta segundos de silencio, tomó la iniciativa.

“Qué hay, señor Crutchfield. Ha pasado mucho tiempo”.

Siguió sin responder así que lo intentó de nuevo.

“¿Señor Crutchfield?”.

No obtuvo reacción alguna. Crutchfield estaba sentado a su escritorio, de espaldas a Jessie, indiferente. Ella le lanzó una mirada a Kat, que se había posicionado en un rincón de la habitación.

“Está haciendo pucheros”, explicó, “porque no has estado aquí en un tiempo”.

“¿Es eso cierto?”, preguntó Jessie.

“¿Puedes culparme?”, dijo finalmente Crutchfield, en su tono sureño lánguido y caballeresco que Jessie nunca había sido capaz de asociar con el hombre que había cometido todos esos crímenes.

“¿Qué quieres decir?”, preguntó inocentemente, aunque sospechaba que sabía a dónde iba a parar.

Crutchfield se puso de pie y se dio la vuelta para estar frente a ella. Como en cada una de sus demás visitas, Jessie se sintió anonadada al pensar que un hombre de aspecto tan poco intimidante hubiera sido capaz de una violencia tan horrible. Bolton Crutchfield apenas media un metro sesenta y apenas pesaba sesenta y ocho kilos.

Tenía un aspecto blando a pesar de su reducida complexión, con una apariencia pastosa. Su cara era atractiva de una manera aburrida, olvidable. Era pálido, con una barbilla suave y dientes torcidos. Sabía que tenía treinta y cinco años, pero tenía aspecto juvenil, como si tuviera diez años menos. Solo sus ojos marrones de lobo sugerían algo más amenazante por debajo de la suave fachada.

“Pensé que te había sido útil, señorita Jessie”, dijo Crutchfield con tristeza. “Te dije que las sospechas que tenías sobre tu marido no eran una tontería. Te advertí que tu querido viejo estaba interesado en encontrarte; todo eso a cambio de solo un poco de charla superficial. Y aun así me echas a un lado como si fuera basura. Nada de visitas, ni

llamadas, ni siquiera una postal. Eso duele".

Jessie no estaba segura de si hablaba en serio o fingía estar ofendido y decidió continuar sin hacer suposiciones.

"Entiendo que no te tienen permitido recibir llamadas o correo, Crutchfield".

"Cierto, pero las visitas están permitidas", señaló él. "Y tú realizaste varias en el pasado, si recuerdas bien. Supongo que una vez serví mi propósito, ya no tenía valor alguno para ti".

Jessie sopesó sus siguientes palabras cuidadosamente. A Crutchfield le gustaba jugar con la gente y ella cada vez tenía más confianza en que él estaba meramente interpretando el papel del hombre despechado. Pero sus modales burlones podían transformarse en malvados en un abrir y cerrar de ojos. Y, por lo general, eso sucedía cuando pensaba que alguien estaba tratando de engañarle. En el pasado, siempre había obtenido sus mayores éxitos con él cuando era al menos parcialmente honesta. Decidió probar con un poco de eso ahora.

"Sinceramente, Crutchfield, he tenido mis reservas sobre regresar aquí. Desde la última vez que nos vimos, mi marido intentó matarme y de hecho consiguió herirme bastante gravemente. Me he estado recuperando desde entonces. De hecho, solo hace poco que me permitieron caminar sin un bastón. Así que la idea de arrastrarme hasta aquí no resultaba demasiado atractiva".

Percibió cómo suspiraba casi de manera imperceptible y supo que no había llegado lo bastante lejos. Quería más y si él le iba a dar alguna información, ella tendría que contarlo todo.

"Y hay algo más", continuó, notando cómo su mirada previamente perdida empezaba a enfocarse.

"Cuéntame", dijo, fingiendo desinterés, pero consciente de que no lo estaba transmitiendo para nada.

"Bueno, simplemente no estaba segura de que pudiera con ello. Regresar aquí, mirarle a la cara al hombre que me quitó la venda de los ojos—es algo doloroso. Me pasé un largo tiempo con mi marido y no pude ver quién era en realidad. Tú viste la verdad sin siquiera conocerle. Sabía que verte de nuevo me recordaría a mi propio fracaso. Y no es exactamente algo que estuviera deseando hacer".

"¿Eso es todo?", preguntó, sabiendo que no era así.

“Por supuesto que no”, admitió. “Recibí tu mensaje. Sé que mi padre me está buscando. Sé que le hablaste de mí. Es de lo más… perturbador. No estaba segura de si estaba preparada para volver. Así que me mantuve alejada, espero que puedas entender eso”.

“Puedo, señorita Jessie”, dijo, con la voz cálida por primera vez desde que entrara a la habitación. “Y sé que esto es mucho que procesar. Creo que necesitabas algo de tiempo para organizarlo en tu mente, pero ¿puedo ser honesto contigo, querida?”.

“No espero que sea de otro modo”, dijo ella, sonando convincente, aunque no estaba segura de que él la creyera.

“Muy bien. Ambos sabemos que solo estás aquí porque necesitas algo de mí. De lo contrario, jamás pisarías en este lugar de nuevo”.

“¿Qué es lo que crees que necesito?”, le retó Jessie.

“Quieres información acerca de tu padre, algo que pueda ayudarte a encontrarle a él antes de que él te encuentre a ti”.

“¿Y cómo podría encontrarme?”, preguntó ella.

“A través de mí, por supuesto. Sé cuál es tu nuevo nombre. Sé la ciudad en la que vives. Seguramente podría averiguar tu dirección actual si estuviera interesado”.

“No tienes acceso al mundo exterior, Crutchfield”, le recordó. “No hay manera de que puedas comunicarte con él”.

Él sonrió muy levemente antes de responder.

“No eres tan ingenua, Jessie”, dijo, sonando casi compasivo. “En el fondo, sabes que podría chasquear mis dedos y él aparecería en tu puerta. Es solo por lo mucho que me entretienen tus payasadas y mi afecto intermitente por tu curiosidad contenida que hemos impedido que eso suceda por el momento. Por tanto, te convendría mantenerme en mi lado bueno, ¿no crees?”.

Jessie se le quedó mirando. Él le miró de vuelta, sin pestañear. Lo más seguro es que se tratara de un farol, de otra táctica para alterarle la mente, pero no podía arriesgarse a que no lo fuera y él lo sabía.

“¿Y cómo haría eso de mantenerte en tu lado bueno?”, dijo por fin.

“Qué encantador por tu parte preguntarlo”, exclamó, aplaudiendo con

las manos. “Tengo un pequeño favor que pedirte”.

“Señor Crutchfield, incluso aunque le creyera, no voy a servir como rehén y hacerle un favor para que no diga algo. Esa es una forma de chantaje y no es la manera en que planeo vivir mi vida. Para que yo siquiera considere hacerle un favor, necesito algo a cambio”.

“Esto se está poniendo delicioso”, dijo Crutchfield, frotándose las manos con excitación. “¿Qué estás buscando?”.

“¿Qué hay de la ubicación actual de mi padre? ¿Ciudad? ¿Estado? ¿Zona del país?”, le preguntó.

“Oh, no seas tonta, señorita Jessie”, dijo con desdén. “Eso arruinaría toda la diversión, pero quizá pueda ofrecerte algo diferente”.

“¿Qué es?”.

“¿Una pista para ayudarte con el caso en el que te encuentras trabajando, quizás?”.

¿Cómo sabe que estoy trabajando en un caso? ¿Cómo sabe siquiera que tengo un trabajo? ¿Ya han fallado las medidas de seguridad de Kat?

Jessie forzó una sonrisa de plástico en su rostro para ocultar su sorpresa.

“Parece pensar que sabe mucho sobre lo que está pasando en mi vida, señor Crutchfield”, dijo tan casualmente como pudo considerando las circunstancias. “¿Cómo es posible?”.

“No soy clarividente, señorita Jessie. Solo leo los periódicos, hasta los anuncios clasificados. Y vi un anuncio de una posición de criminólogo interino para el L.A.P.D. durante varias semanas consecutivas, pero no en las últimas. Obviamente, la posición fue cubierta. Era en la Comisaría Central, que maneja una zona que tú conoces muy bien de tu época estudiando en la USC. Sería difícil de imaginar que no te hubieras enterado de alguna manera de esa vacante que parece tan perfectamente adecuada para ti”.

“No son suposiciones extravagantes, debo admitir”, dijo Jessie. “Pero no explican su suposición de que estoy trabajando en un caso y que necesito ayuda”.

“No, pero leí sobre un caso que parecía estar en tu terreno. Encontraron muerta a una celebridad adinerada de Hancock Park. Se

sospecha que ha habido juego sucio. Podría ver fácilmente que se lo asignaran a la chica nueva. El crimen no es tan grotesco como para que le eche atrás a la novata. Después de todo, los de arriba, no tienen ni idea de la magnitud de los horrores que has visto en tu vida. Y el punto extra—que tienes experiencia reciente tratando con un crimen entre los ricos y odiosos. Encaja a la perfección. ¿Me acerco?".

"Digamos que sí. ¿Qué ayuda me puedes ofrecer?".

"Primero, hablemos de ese favor, ¿te parece?", le recordó.

"¿Qué estás buscando?".

"Solo necesito que vayas a una dirección por mí y que me digas si ese edificio sigue en pie o si es un terreno vacío".

"¿Por qué?", preguntó Jessie.

"Eso no es asunto tuyo. Y no debería hacerte cambiar de idea respecto a hacer esto. Dudo que hasta tu amiga la silenciosa, juzgadora, en el rincón, protestaría ante una petición tan simple".

Jessie miró hacia Kat, que solo se encogió de hombros como respuesta. Jessie se volvió a Crutchfield.

"Me da la sensación de que hay gato encerrado", dijo ella.

"No diría que es así, solo hay otra característica adicional en mi solicitud. ¿Qué hora es ahora mismo?".

Jessie miró a su reloj.

"Casi las dos de la tarde", le dijo.

"Ah, muy bien. Entonces mi petición no debería ser un problema. Necesito que lo hagas antes de las cuatro de la tarde. No tienes que volver donde mí hoy mismo, pero tienes que comprobar el estado del terreno antes de que den las cuatro. El sol se pone muy pronto después de eso. ¿Entiendes?".

"Cuál es la dirección?", le preguntó Jessie.

"Visitation Avenue, número 1024, unidad 2016".

Jessie lo anotó, y después elevó la vista.

"Hora de la pista", dijo con expectación.

“La pista es que deberías buscar a alguien que no está satisfecho con lo que le ha tocado en la vida”.

“¿Esa es tu pista?”, demandó, incrédula. “Eso viene a ser lo más vago que he escuchado en mi vida. Suena como alguna clase de galleta de la fortuna. ¿Hablas en serio?”.

“Tu testarudez es repugnante, señorita Jessie. ¿De verdad pensaste que iba a decirte que fue el Coronel Mostaza del Conservatorio? ¿No sería eso de lo más aburrido?”.

“¿Así que me das un acertijo?”.

“Es mucho más divertido de esta manera”, dijo él, saltando sobre las puntas de sus pies dentro de las zapatillas.

Jessie le miró con cuidado y no pudo evitar hacerse la pregunta que había estado en su mente desde el momento que había mencionado la pista.

“¿Realmente sabe quién mató a esa celebridad, señor Crutchfield?”.

Él sonrió—no una sonrisita o un gesto de burla sino una sonrisa genuina, visible, con la boca abierta y mostrando los dientes torcidos. Estaba encantado de que le hiciera esa pregunta.

“Por supuesto que no”, dijo. “Nunca conocí ni oí hablar de la gente en ese reportaje. Pero he leído el artículo con cuidado y fue evidente para mí la clase de persona que habría cometido este tipo de crimen. Y si eres un poco buena en tu trabajo, debería estar claro también para ti”.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Jessie estaba entrando con su coche a la dirección que le había dado Crutchfield, intentando ignorar los temblores de ansiosa anticipación que le recorrían la espalda.

Llegaba tarde. Eran las 4:15 y el cielo ya había empezado a oscurecerse mientras el sol empezaba a difuminarse hacia el oeste. Podía haber llegado allí para las 4, como le había pedido, pero había decidido a propósito no llegar a tiempo.

¿Es que soy simplemente testaruda? ¿O lo hice solo por orgullo? Probablemente, por una combinación de ambas cosas.

Iba de camino a la dirección cuando de repente se desvió hacia una cafetería que estaba a unas pocas manzanas sobre las 3:45 y pasó media hora allí, tomándose un té caliente y mirando al teléfono. Se dijo a sí misma que era para estar pendiente de lo que pasara de nuevo en el caso de Missinger. Pero era mentira. Simplemente, no quería sentir que estaba haciendo lo que Crutchfield le había pedido.

Había un email de Ryan diciendo que la asistenta de los Missinger estaba de regreso en la ciudad pero que decía que estaba sufriendo enormemente por la pérdida y emocionalmente agotada y había pospuesto su entrevista para el día siguiente. Era buena información, pero nada que no pudiera esperar. Jessie consideró llamarle de vuelta al detective y pedirle que se reuniera con ella en la dirección, pero entonces lo pensó mejor y decidió no hacerlo.

Hoy ya he creado problemas en dos ocasiones al utilizar los recursos del departamento para investigar a mi padre. Sacar a un detective de homicidios de un caso para seguir haciendo lo mismo sin duda se pasa de la raya.

A las 4:10, cuando ya había pasado el límite que le había puesto Crutchfield, y ya se podía decir a sí misma que no era su lacaya, Jessie se metió a su coche y condujo el último cuarto de milla hasta Visitation Avenue, número 1024, donde estaba ahora sentada, esperando a que se le calmaran los nervios.

El terreno estaba en una zona industrial al extremo meridional del centro urbano, rodeado de multitud de edificios de almacenamiento,

muchos de ellos con aspecto de estar abandonados. Jessie podía ver que había un edificio con el número 1024 en la puerta. Teóricamente, podía llamarle ahora mismo a Kat y responder la pregunta de Crutchfield: Había un edificio en pie en la propiedad—no era un terreno vacío. Técnicamente, podía irse de allí ahora mismo.

Sin embargo, no podía hacer eso. La noción de que Bolton Crutchfield le hubiera enviado a este lugar arbitrario, alejado de todo, simplemente para verificar la existencia de un edificio parecía improbable. Tenía que haber algo más en todo esto. Por eso, a pesar de la voz dentro de su cabeza que le recomendaba a gritos que no lo hiciera, Jessie se bajó del coche.

Se abrochó la chaqueta en un intento inútil de mitigar el escalofrío en ascenso que sentía. Estaba oscureciendo a toda prisa y la temperatura había descendido hasta los 13 grados, pero sospechaba que hubiera estado temblando igualmente aunque fuera un día de verano.

Caminó por la hierba sesgada, marrón, hasta la escalera de entrada al edificio y miró hacia arriba. A diferencia de las demás estructuras en la zona, esta parecía haber sido en su día un edificio residencial. Subió por las escaleras que llevaban a la puerta principal y notó la lista borrosa de apellidos en una caja que ahora estaba destrozada a la derecha de la entrada. Sin duda, esto había sido un complejo de apartamentos en algún momento.

Aunque debía haber sido hace bastante tiempo. Parecía que el lugar no había sido habitado en algún tiempo. La mayoría de las ventanas que daban a la calle habían desaparecido, y solo unas cuantas habían sido cubiertas con tablones. Las pintadas de grafiti cubrían las paredes exteriores. Una cadena enroscada alrededor de las puertas principales indicaba que las visitas no eran bien recibidas. El signo que estaba adherido a la puerta y que decía “condenado” reforzaba la idea.

Jessie volvió a mirar la lista de nombres. La mayoría estaban demasiado borrosos o sucios como para leerlos, aunque todavía se podían leer los números de algunas unidades. Y entonces es cuando notó algo que debería haber sido obvio desde el momento que había aparcado. Crutchfield había mencionado la unidad 2016, pero el edificio solo tenía tres pisos de alto. No había un piso veinte ni ninguna unidad 2016.

Por lo visto, había una unidad 206, donde, según la tinta roja apenas visible, había vivido alguien llamado Johnson, Jones, o quizás hasta Johannsen en su día.

¿Es posible que Crutchfield cometiera un error? ¿Es posible que no se acordara con exactitud de la dirección?

Parecía dudoso. Y, aun así, esa era la única unidad que se acercaba a lo que le había descrito.

Jessie volvió a mirar la cadena enroscada entre las manillas de las puertas metálicas. Hasta antes de que calculara con certidumbre que podía colarse dentro del edificio, sabía que lo iba a acabar haciendo.

Echó una mirada rápida alrededor. Al no ver a nadie, se quitó rápidamente la chaqueta abultada, la tiró al suelo, y se metió de lado a través de la estrecha ranura que había entre las puertas del edificio. El proceso entero le llevó menos de diez segundos. Una vez dentro, sacó su teléfono y encendió la función de linterna, apuntándolo hacia el portal que estaba en penumbra.

Estaba vacío, excepto por un par de sillas volcadas esparcidas por el suelo. Se podía ver una gruesa capa de polvo en medio de la penumbra, lo que facilitaba ver los grupos de huellas de pisadas que llevaban de las puertas principales hacia varias direcciones. Por lo visto, no era la primera persona que había decidido que el cierre con cadena no era un impedimento para entrar al edificio.

Percibió un movimiento a su izquierda y dio un saltito antes de caer en la cuenta de que no era más que una rata escabulléndose de la luz. Excepto por el roedor, el lugar parecía abandonado. El olor a orín y excrementos resultaba hediondo, tanto que sus ojos se humedecieron.

Se movió hacia delante con rapidez, buscando la escalera al segundo piso, con cuidado de evitar pisar los trozos de cristal o las pequeñas cantidades de restos inidentificables que ensuciaban el suelo. Cuando pasó del portal de entrada al pasillo principal con el grupo de ascensores, pensó que la cosa se calentaría un poco. Pero con las ventanas rotas, el pasillo formaba una especie de cañón, que hacía todo más frío. Sin su chaqueta, Jessie no pudo evitar echarse a temblar involuntariamente.

En cierto momento, su linterna pasó por encima de un letrero al final del pasillo que decía “escalera”. Lo siguió y dobló la esquina donde por fin consiguió un respiro de las corrientes de aire que le atizaban la piel.

Giró la manivela de la puerta de la escalera y cedió. Empujó y la puerta se abrió con facilidad, dándole acceso al conjunto de escaleras que, a pesar de ser de hormigón, parecían peligrosamente

quebradizas.

Ya has llegado hasta aquí, no tiene sentido echarse atrás ahora.

Se permitió una respiración profunda antes de subir por las escaleras, notando con alivio que, a pesar de su aspecto, todavía eran bastante estables bajo sus pies. Llegó al segundo piso rápidamente y se encontró que la puerta a ese pasillo no estaba cerrada con llave.

Cuando se cerró por detrás suyo, Jessie se encontró con un mundo diferente. El suelo cubierto de una moqueta raída apagaba los sonidos del exterior, hasta el del ocasional camión en tránsito y del viento sibilante. Rayos de luz provenientes de los diversos apartamentos abiertos creaban pequeños focos tristones de luz que salpicaban todo el pasillo.

Se movió con rapidez a través del pasillo, enfocando su luz sobre los números de los apartamentos que había en cada puerta. La mayoría de las puertas estaban cerradas. Algunas estaban ligeramente entreabiertas. Otras estaban abiertas de par en par. A unas cuantas unidades les faltaban las puertas. Se apresuró a pasar frente a ellas, sin saber lo que podría encontrar adentro, y levemente temerosa de que alguien o algo pudiera sacar un brazo e intentar atraparla.

Cuando llegó a la unidad 206, casi al extremo final del pasillo, vio que la puerta estaba cerrada. Con el mayor cuidado posible, dio la vuelta al picaporte. Se abrió sin problemas. Jessie le dio un empujón a la puerta y dio un paso atrás para poder iluminar lo más posible de la habitación con su linterna antes de aventurarse a entrar.

Desde su posición aventajada, no había nada de especial en el lugar. La sala de estar era pequeña y todavía estaba sin amueblar, aunque parecía que las ratas se habían hecho con el sofá y el sillón. El relleno de espuma sobresalía de varios puntos y había una gruesa capa de polvo cubriéndolo todo.

Entró a la habitación y barrió el resto del lugar con su linterna. Al hacerlo, percibió un intenso olor fétido. Era diferente al de los excrementos que había abajo, terrible de una manera distantemente familiar. Incapaz de identificarlo, se enfocó en los detalles del apartamento. Había una pequeña sala para desayunos que tenía una mesa, pero no tenía sillas. La cocina era diminuta con varios armarios que colgaban de sus bisagras.

Jessie se movió a los dormitorios. Uno tenía una cama estilo futón a la que le habían quitado todas las sábanas. La otra estaba vacía excepto

por un armario ropero que no tenía cajones. Caminó hasta el cuarto de baño. En el momento que puso el pie dentro, supo que algo no andaba bien.

El olor que había notado al entrar al apartamento era mucho más intenso aquí. Llenaba el aire como una capa gruesa de niebla. Miró el lavabo y el inodoro, pero no vio nada. El cuenco estaba seco, completamente carente de agua. Había un desatascador con asidero de madera junto al asiento del inodoro, listo para ser utilizado, pero claramente no reclamado en algún tiempo. Eso solo dejaba la ducha.

La cortina, que en su día fuera blanca pero que ahora tenía varios tonos de moho gris, estaba echada y cubría toda la bañera. Jessie agarró el desatascador y lo colocó al borde de la cortina, esperando al momento perfecto para tirar de ella. Finalmente, decidió que no iba a haber ningún buen momento, y simplemente lo hizo.

Tiró del desatascador hacia la izquierda, corriendo la cortina. Varias anillas saltaron cuando lo hizo, haciendo que toda la estructura se sacudiera con intensidad. Aun así, pudo obtener una vista bastante clara de la bañera. Dentro de ella había un esqueleto, una masa hundida de huesos polvorientos que, claramente, había sido en su día un cuerpo humano.

Obviamente, llevaba allí bastante tiempo. La mayor parte del esqueleto se había descompuesto. Con la ropa, ahora polvorienta y desgastada, todavía sobre el cuerpo, parecía más bien un espantapájaros boca arriba que una persona de verdad. El cráneo estaba prácticamente intacto y todavía tenía mechones de cabello largo en algunas partes. Adivinó que se trataba de una mujer.

Ahora Jessie se dio cuenta de por qué le resultaba tan familiar el hedor. Era el mismo olor que había percibido en los cuerpos en descomposición en la cabaña de su padre hacía todos esos años.

A pesar de la peste, Jessie se inclinó más de cerca, esperando encontrar detalles más identificables. Entonces, un sonido que venía de atrás le hizo zozobrar. Se agarró a la cortina para mantener el equilibrio, pero solo consiguió tirar todo el parapeto y caerse torpemente sobre el borde de la bañera.

Girándose rápidamente, enchufó su luz en la dirección del sonido. En la puerta del cuarto de baño, había un hombre de etnicidad indeterminada. Su pelo largo y descuidado le cubría la mitad superior de su rostro. Una barba gruesa colgaba de su barbilla. Sus ropas flojas

le caían por los lados, dificultando la tarea de adivinar lo grande que era.

"¿Qué quieres?", le exigió mientras trataba de ponerse de pie, para liarse todavía más con la cortina.

Él dio un paso hacia ella. Se le movió el cabello ligeramente y Jessie pudo ver sus ojos. Brillaban con una intensidad lejana que sugería que estaba tanto demasiado alerta como no del todo presente. Las manos le temblaban involuntariamente.

Va puesto de algo.

"Da un paso atrás", le ordenó Jessie con autoridad. "Soy de la policía de Los Ángeles y estás interfiriendo con una investigación oficial".

Sin embargo, el hombre o no la oyó o no le importó lo que dijo. Dio otro paso hacia delante, gruñendo algo ininteligible. Vio cómo metía una de sus manos temblorosas al bolsillo y sacaba algo que causó un reflejo en la luz del teléfono. Parecía algo así como un cuchillo para carne barato de hoja dentada. La cuchilla parecía estar oxidada o ensangrentada. Lo agarró por el asidero y se quedó allí de pie, escupiendo palabras a medias mientras se tambaleaba de adelante hacia atrás.

Jessie entendió que iba a echársele encima en cualquier momento y decidió que más advertencias no iban a servir de nada. Aunque él todavía parecía inseguro sobre su próximo movimiento, Jessie decidió que tenía que hacer el suyo.

Tomó su teléfono y lo arrojó, deslizándolo por el suelo del cuarto de baño. Los ojos del hombre siguieron la luz brillante. Jessie se aprovechó de la distracción para darle la vuelta al desatascador de manera que lo estaba agarrando por el final del mango, justo por encima de la pieza de goma. Ahora tenía el mango de madera apuntado hacia el hombre.

Cuando su teléfono se estrelló contra la pared, la luz dejó de moverse y el hombre volvió su atención hacia ella. Dejó de gruñir y durante un latido larguísimo, hubo un silencio sepulcral en el cuarto de baño. Entonces se abalanzó sobre ella.

CAPÍTULO DIECISIETE

Jessie agarró con fuerza el mango de madera del desatascador y se lo clavó al hombre al tiempo que se tiraba hacia delante, manteniéndose agachada mientras se lanzaba hacia la parte media de su cuerpo. Sintió cómo la punta se hundía en algo blando y supo que le había dado en el abdomen, aunque el desatascador se le cayera de las manos.

El gemido de dolor que vino de arriba se lo confirmó mientras su hombro derecho colisionaba con las piernas de él, lanzándole por encima de ella hacia la bañera. Escuchó el sonido de un golpe fuerte, se giró sobre sí misma y volvió la vista para ver que él se había dado contra el borde de la bañera, casi exactamente en el mismo lugar donde ella había estado hacía unos segundos.

Él gruñía a gritos, el cuchillo se le había caído y ahora estaba en un rincón de la bañera. Jessie se puso de pie al tiempo que el hombre trataba de hacer lo mismo. Vio el desatascador a sus pies y lo cogió de nuevo, esta vez por el mango. Mientras el hombre intentaba ponerse en pie, le arremetió con fuerza con el extremo de goma, y le tiró hacia atrás dentro de la bañera con el esqueleto.

Mientras él se revolvía, Jessie agarró su teléfono del suelo y se dio prisa para irse del cuarto de baño, todavía con el desatascador en la mano. Detrás suyo, podía escuchar cómo el hombre trataba de salir a duras penas de la bañera. Salió disparada del apartamento y corrió por el pasillo, mirando hacia atrás solo en el momento que llegó a la puerta de las escaleras. El hombre estaba allí, saliendo por la puerta del apartamento al otro extremo del pasillo. La vio y empezó a correr hacia ella, cojeando al mismo tiempo.

Jessie abrió la puerta de las escaleras y se lanzó a su descenso, abriendo la puerta que había abajo en el mismo instante que escuchaba cómo él abría la que había un tramo de escaleras más arriba. Corrió a toda velocidad por el pasillo de atrás, a punto de resbalarse en el suelo polvoriento mientras doblaba la esquina cerca de los ascensores.

Mientras corría por la recepción, pudo ver una franja de luz solar apagada que se metía por la puerta principal, que estaba encadenada. Se metió el teléfono de vuelta en el bolsillo, consciente de que iba a

necesitar las dos manos para salir.

Cuando estuvo afuera, tiró el desatascador y abrió las dos puertas tanto como la cadena permitía. Mientras empezaba a pasar entre ellas, escuchó la respiración pesada y los pasos más pesados aún del hombre que se le acercaba por detrás.

Jessie acababa de atravesar las puertas y estaba deslizando su brazo izquierdo cuando sintió cómo algo le agarraba su muñeca izquierda. Cuando tiró de ella, vio los dedos cubiertos de suciedad del hombre agarrándola con firmeza. Le clavó las uñas en su piel mientras tiraba de su espalda, empotrando el cuerpo de Jessie contra la parte exterior de la puerta.

Una nueva ráfaga de adrenalina le recorrió el sistema mientras trataba de liberarse. No funcionó. Se las había arreglado para crear algo de espacio entre la puerta y ella, pero él todavía la estaba agarrando con fuerza. Jessie miró desesperadamente a su alrededor y sus ojos cayeron en una esquirla de cristal que yacía cerca de su pie derecho.

Estiró la mano para agarrarla antes de que él pudiera tirar de nuevo de ella. Entonces, mientras echaba su espalda hacia él, se lanzó con ella, utilizando la fuerza para darle más ímpetu. Mantuvo su enfoque en la mano que estaba enganchada a la suya y le clavó el cristal con todas sus fuerzas antes de que su cuerpo se estrellara contra la puerta.

Escuchó un alarido y sintió cómo su muñeca se liberaba de repente mientras se caía hacia atrás a la puerta principal del apartamento. Mientras se ponía de pie, escuchó cómo el hombre gritaba de dolor al otro lado de la puerta. Estaba a punto de agarrar su abrigo, que todavía yacía en el suelo cerca de ella, cuando vio cómo él trataba de forzar su cuerpo a través de la apertura.

Dejando atrás el abrigo, se dio la vuelta y echó a correr hacia el coche, sacando el control remoto y presionando el botón de desbloqueo repetidamente. Abrió la portezuela del coche, se metió dentro, la cerró de un golpe, y bloqueó las puertas justo cuando el hombre llegaba allí. Él arrojó su cuerpo sobre la ventana como si estuviera intentando tirar el coche.

El cristal se sacudió un poco, pero resistió. El hombre se cayó hacia atrás, conmocionado por la colisión. Jessie presionó el botón de encendido. El ruido despertó al hombre de su aturdimiento y, ahora lleno de ira, se lanzó al coche por segunda vez. Jessie cambió la marcha de “aparcado” a “conducir” y salió a la calle cuando el

hombre se tiró a su capó.

Solo había conducido unos pocos metros cuando él intentó agarrarse a los limpiaparabrisas. Jessie pisó el freno con fuerza antes de que él pudiera asir nada y él salió volando hacia delante, cayéndose del capó al pavimento delante de ella.

Jessie dio marcha atrás y salió derrapando de culo por la calle, intentando evitar chocarse con los coches que había aparcados a ambos lados de ella. Cuando llegó a la intersección, pisó el freno y cambió de nuevo la marcha para salir de allí.

Cuando giró para bajar por la siguiente calle, vio que el hombre se acababa de poner de pie. Se sacudió como un perro empapado y se puso a correr hacia ella de nuevo. Para cuando le vio alcanzar la intersección en el espejo retrovisor, ya estaba a varios cientos de metros de distancia y se sentía lo bastante segura como para respirar.

No fue hasta entonces que notó la sensación pulsante y dolorosa en su hombro izquierdo.

*

Jessie solo llevaba unos veinte minutos en la cama de emergencias del hospital cuando llegó Ryan.

Podía escuchar cómo le preguntaba a una enfermera por su ubicación y le llamó desde detrás de la cortina que separaba su cama de la siguiente, a unos dos metros de distancia.

“Estoy aquí”.

Ryan asomó la cabeza y ella le hizo un gesto para que pasara.

“¿Qué diablos?”, le preguntó, aparentemente sin saber por dónde empezar.

“Es una larga historia”, dijo Jessie. “La versión abreviada es que un hombre de lo más agresivo me rebanó el hombro con un viejo cuchillo para cortar carne mientras yo exploraba un edificio de apartamentos abandonado y me han tenido que dar catorce puntos”.

“Tengo tantas preguntas respecto a esa sola frase que no sé ni por

dónde empezar", dijo Ryan, sacudiendo la cabeza con incredulidad.

"No tengo problema en darte la versión larga, pero antes de que lo haga, ¿por qué no me pones al día sobre la investigación Missinger?".

"¿Es esa tu prioridad ahora mismo?".

"Es solo que esa amable enfermera me dio unos medicamentos para el dolor hace unos minutos y quiero saber dónde nos encontramos mientras tenga la cabeza despejada. Si me voy a marear, prefiero que sea cuando estoy hablando a cuando estoy escuchando".

Ryan dio la impresión de estar a punto de discutir, pero se lo pensó mejor.

"¿Dónde está tu teléfono?", le preguntó. "Necesito verlo un segundo".

Jessie lo desbloqueó y se lo pasó.

"Estoy añadiendo una función de marcado rápido", dijo mientras tecleaba algo en la pantalla del marcador del teléfono. "De ahora en adelante, si alguna vez te encuentras en otra situación de emergencia como esa, marca el nueve-nueve-nueve y pulsa 'enviar.' Enviará un mensaje de texto a mi teléfono que dice "ASAP" y sabré que tienes problemas. Es mucho más rápido que llamar al nueve-uno-uno o enviarme un mensaje o llamarme. ¿De acuerdo?".

"De acuerdo, gracias", dijo Jessie, intentando no sonar defensiva mientras Ryan le devolvía el teléfono. "Ahora, ¿puedes hacer el favor de ponerme al día sobre los detalles del caso antes de que mi cerebro se convierta en papilla?".

"Todavía no tenemos nada firme con lo que avanzar," admitió él, comenzando el tema sin mencionar una palabra más sobre el incidente del apartamento. "Como ya sabes, la entrevista con la asistenta se retrasó hasta mañana. Al Capitán Decker le preocupaba que estuviera dándonos largas para escaparse de la ciudad o algo así, pero enviamos a un agente a su casa para comprobarlo y no se va a ir a ninguna parte. Fue a verla y estaba completamente anonadada. Su madre dijo que estaba tan alterada que le dio una dosis doble de Valium."

"¿La crees?".

"Creo que está muy medicada ahora mismo," clarificó. "Por lo que respecta a la razón, me abstendré de opinar hasta que hable con ella. Además, me alegro de tener ese retraso".

“¿Por qué?”, preguntó Jessie.

“¿Te acuerdas del entrenador personal de Victoria? ¿Ese que se supone que se había mudado a Florida?”.

“Me acuerdo de que lo mencionaste”.

“Bueno, pues se llama Dan Romano y resulta que no se ha ido de la ciudad. Solo le dijo eso a todo el mundo porque se ha estado acostando con una clienta y quería despistar al marido para que no le acosara”.

“¿Cómo sabes eso?”, preguntó Jessie.

“Porque el marido averiguó que seguía por aquí y fue a por él. Romano quiere protección policial”.

“Y se la diste a él—un sospechoso?”, preguntó Jessie, sorprendida.

“Él no sabe que es un sospechoso. Ni siquiera se da cuenta de que estamos investigando el asesinato de Victoria Missinger. Solo cree que estamos velando por sus intereses. Cuando apareció su nombre en el sistema, hicimos que la División Olímpica nos lo transfiriera. Le dijeron que no tenían donde ponerle y le ofrecimos una celda para pasar la noche. Y la verdad es que nos dio las gracias. Hemos colocado a uno de nuestros informadores confidenciales junto a él para ver lo que puede decir. Esperamos enterarnos de más por la mañana”.

“Suena prometedor”, dijo Jessie, notando que su lengua resultaba ligeramente pesada. “¿Y el examinador médico, tenía alguna novedad?”.

“Nada oficial por el momento”, respondió Ryan. “Pero confirmó que los niveles de insulina en la corriente sanguínea de Victoria Missinger eran consistentes con el envenenamiento. Las probabilidades de que se administrara esa dosis a sí misma por accidente son muy remotas”.

“Entonces, ¿qué nos dice esto?”, preguntó Jessie. “Nada nuevo, al parecer”.

“Nos dice algo extraño”, contestó Ryan. “Sugiere que quienquiera que hizo esto fue lo bastante listo como para saber que Victoria era diabética y quería que pareciera una sobredosis. Pero, al mismo tiempo, ¿el asesino no sabía lo suficiente como para darse cuenta de que una dosis así de alta parecería sospechosa? Esa es una extraña confluencia de conocimiento e ignorancia que no me parece que tenga

mucho sentido".

"Tienes razón", acordó Jessie. "Es dudoso que alguien pueda ser simultáneamente tan inteligente y tan idiota. Algo en todo ello no despeja, eh… encaja".

"No, no lo hace", acordó Ryan, arqueando la ceja levemente ante su discurso ralentizado, pero sin decir nada. "Creo que vamos a tener más suerte yendo a por ello desde el punto de vista del motivo que del método".

"Sí," murmuró Jessie, "¿por qué lo hicieron? Quizá fuera porque no están felices con lo que les ha tocado en la vida".

"¿Qué?", preguntó Ryan, pareciendo confundido.

Jessie le miró y tuvo dificultades para enfocarse.

"Es solo algo que me dijo alguien hoy. Olvídalo. Creo que estos medicamentos están empezando a surtir efecto".

"Creo que puede que tengas razón" ,dijo Ryan, señalando su pierna. "Parece que estés acariciándote tu propia pierna".

"El material es de lo más suave", dijo Jessie, mirando hacia sus pantalones.

Justamente entonces Lacy asomó su cabeza en la habitación.

"Parece que encontré el lugar correcto", dijo.

"¡Mi coche está aquí!", dijo Jessie más alto de lo que hubiera querido.

Lacy le miró a Ryan, que le sonrió amablemente.

"Lacy Cartwright", anunció Jessie a viva voz, "te presento al Detective Ryan Hernández, super-sabueso. Ryan Hernández, te presento a Lacy Cartwright, futura famosa diseñadora de moda".

"¿Estás colocada?", le preguntó Lacy.

"Está medicada", dijo la enfermera, que había entrado después de Lacy. "Ahora que tu amiga está aquí, te vamos a dar de alta, ¿de acuerdo, señorita Hunt?".

"De acuerdo", dijo Jessie, intentando no sonar mareada sin conseguirlo.

“Te hemos puesto una vacuna contra el tétanos”, continuó la enfermera. “Y la medicación para el dolor claramente ha comenzado a surtir efecto. En una hora más o menos, deberías pasar de estar completamente ida a sentirte agradablemente adormecida. Con eso deberías pasar la noche”.

“Ya conozco el procedimiento”, le confortó Jessie alegremente. “Me acuchillaron en el abdomen con un atizador de chimenea el pasado noviembre… mi marido”.

“Qué bueno saberlo”, respondió la enfermera, sin seguirle la corriente. “También sentirás dolor mañana. Simplemente sigue las instrucciones de dosificación y deberías ser capaz de mantener una rutina normal. Puedes visitar a tu médico de cuidados primarios en una semana para que eche un vistazo a los puntos. ¿Alguna pregunta?”.

“Sí, ¿te pica ese uniforme que llevas puesto? Cada vez que me pongo esas batas, me pican. También, frío”.

“Sabes”, dijo Ryan mientras se acercaba para ayudarle a salir de la cama, “vamos a dejar para otro día que me cuentes la historia de cómo te ha pasado esto. Quizá mañana, cuando estés un poco más fresca”.

“Suena genial”, dijo ella, agarrando su brazo mientras se levantaba. “Pero quizá deberías hablar con el agente que hay afuera y que tomó mi declaración”.

“Así lo haré”, dijo él, pasándosela a Lacy.

“Sí”, dijo Jessie, demasiado dolorida y adormecida como para levantar la cabeza por completo. “Te puede contar lo del esqueleto en la bañera”.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Jessie estaba bastante segura de que iba a vomitar. Para cuando llegaron al apartamento de Lacy, se había echado una siestecita en el coche y no se sentía más coherente que cuando se había ido del hospital. Y además, sentía náuseas.

Estaban metiéndose a una plaza de aparcamiento cuando abrió la portezuela del copiloto y se inclinó, pero no pasó nada.

“Falsa alarma”, dijo, desabrochándose el cinturón de seguridad y bajándose con mucho cuidado del vehículo.

Lacy se acercó y le ofreció su brazo como apoyo mientras caminaban hacia el ascensor.

“¿Sigues sintiéndote completamente ida?”, le preguntó.

“Sí”, dijo Jessie. “Todavía estoy esperando a esa etapa que mencionó la enfermera en la que paso de estar atontada a adormecida. Además, creo que estoy mareada porque tomé ese medicamento sin haber comido nada en varias horas. Necesito meterme algo al estómago”.

“Tengo algo de ensalada que me sobró del almuerzo, si quieres”, le ofreció Lacy mientras entraban al ascensor.

“Creo que una rebanada de pan puede venirme mejor ahora mismo”.

“También tenemos eso”, le aseguró Lacy mientras subían los once pisos hasta su casa.

Cuando salieron, Jessie siguió utilizando a su amiga como apoyo mientras caminaban por el pasillo hasta el apartamento. Mantuvo la vista en el suelo, enfocándose en dónde ponía los pies y tratando de mantener el equilibrio. En cierto momento, notó que Lacy había dejado de caminar.

“¿Qué pasa?”, le preguntó. “¿Por qué no nos estamos moviendo?”.

“Porque mi puerta está abierta”, susurró Lacy. “Creo que alguien ha entrado por la fuerza”.

Jessie levantó la vista. Sin duda alguna, la puerta del apartamento

estaba medio abierta. Hasta en su estado reducido, podía ver la madera que se había desgarrado del marco de madera por donde habían abierto la puerta.

“Llama al nueve-uno-uno”, dijo en lo que esperaba fuera una voz baja.

Mientras Lacy hizo eso, Jessie vio un extinguidor de incendios en una urna pegada a la pared. Se acercó, lo sacó de ella, y agarrándolo con firmeza como si se tratara de un bate de béisbol, se dirigió a la puerta.

Mantente alerta.

Creyó escuchar cómo Lacy decía algo por detrás suyo, pero era demasiado tarde para darse la vuelta. Estaba entrando al apartamento y tenía que mantenerse enfocada. Echando una ojeada a la sala de estar, vio que habían volcado varias sillas y un jarrón se había estrellado en el suelo. Por lo demás, los daños parecían mínimos.

Creyó sentir algo de movimiento en la esquina de la habitación, pero se dio cuenta de que solo se trataba de una luz exterior que entraba por la ventana del balcón. Se adentró más en la sala, agarrando con fuerza el extinguidor, que tenía un tacto suave y húmedo en sus manos sudorosas.

“¿Qué diablos crees que estás haciendo?”, escuchó decir a una voz por detrás suyo.

Se giró sobre sí misma, casi cayéndose antes de recuperar el equilibrio en el último segundo. Era Lacy, que estaba de pie en la entrada, haciéndole gestos para que regresara afuera.

“Puede que todavía estén aquí”, protestó Jessie.

“Exactamente”, le contestó Lacy. “Por eso he llamado a la policía. Ahora sal de ahí. Vamos a esperar abajo, ¡tú loca medicada!”.

Solo fue entonces cuando Jessie se acordó de que estaba bajo la influencia de los medicamentos y que meterse a trompicones en un apartamento en el que podían estar ocultos unos ladrones sin otra cosa que un extinguidor de incendios en la mano podía ser un craso error.

“Claro”, dijo, y se tambaleó hasta llegar a la puerta.

Lacy agarró el extinguidor, la rodeó con su brazo, y le llevó de vuelta a los ascensores. Mientras esperaban a que llegara uno de ellos, Jessie miró a su amiga.

“Puede que esté un poco más atontada de lo que creo”, dijo Jessie.

“¿Tú crees?”, dijo Lacy, con incredulidad.

Cuando llegó el ascensor, Lacy ayudó a Jessie a sentarse en el suelo, donde se apoyó en cuclillas. Vio cómo el número de piso cambiaba en el panel digital hasta que ya no pudo mantener los ojos abiertos. En algún punto entre el sexto y el quinto piso, perdió el conocimiento.

*

“Solo por dejarlo claro”, dijo el detective Ryan Hernández a la mañana siguiente en la oficina de la comisaría, “¿tu plan era detener a unos potenciales allanadores de morada con un extinguidor de incendios mientras estabas bajo la influencia de una medicina que te tenía seminconsciente?”.

“Esa es una evaluación acertada de cómo transcurrió la tarde”, dijo Jessie, tratando de tomarse bien todo el asunto. No tenía sentido negarlo, ya que los agentes que habían acudido a la escena la noche anterior ya habían corrido la voz.

“En fin, me alegro de que nadie saliera herido”, dijo, sorprendiéndola al no provocarla mayor vergüenza aún. “¿Y creo que no se llevaron nada de valor?”.

“Eso es lo que nos dijeron esta mañana en el hotel”, dijo Jessie.

“¿El hotel?”.

“Sí”, dijo ella con timidez. “Me desperté esta mañana en la cama de un hotel. Por lo visto, uno de los agentes tuvo que llevarme a cuestas del ascensor hasta el coche patrulla, tras lo cual nos llevaron a un hotel de la zona. Después, varios agentes más vinieron por la mañana para decir que, excepto por daños mínimos en la puerta y el jarrón, no habían hecho nada más”.

“De hecho, ya sabía todo eso”, concedió Ryan. “Solo quería que admitieras que te tuvieron que llevar a cuestas a un coche. No tienes vergüenza alguna”.

Jessie le lanzó su mejor sonrisa sarcástica para decirle algo como “vete

a la mierda" y se puso la cabeza entre las manos. El aturdimiento y las náuseas de la noche anterior se habían disipado. Sin embargo, como se había negado a tomar más medicinas, habían sido reemplazados por un terrible dolor de cabeza y un hombro que pulsaba de dolor.

"¿No crees que eso es extraño?", le preguntó sin elevar la vista.

"La verdad es que no. La policía tiene que llevar a gente en brazos a sus coches todo el tiempo. Solo que no suelen hacerlo con criminólogos novatos".

"No, quiero decir que ¿no es extraño que unos ladrones vayan hasta el piso once de un edificio asegurado, entren a la fuerza, y no se lleven nada de valor?".

"Es un poco peculiar", admitió. "Sé que uno de nuestros chicos de Robos está mirando la cinta de seguridad del edificio. Cabe la posibilidad de que eso nos de algo con lo que continuar. Entretanto, a lo mejor hoy no te metes en ninguna situación potencialmente peligrosa por tu cuenta, especialmente sin ningún entrenamiento en autodefensa".

Jessie levantó la cabeza y asintió. Había estado pensando lo mismo toda la mañana.

"Estaba pensando que podía ser buena idea que considerara eso. ¿Tienes alguna sugerencia?".

"La verdad es que conozco a un tipo", dijo Ryan. "Se especializa en Krav Maga; solía formar parte del ejército israelí. Ahora lo aprovecha enseñando autodefensa a las esposas ricas de Westside".

"Suena caro".

"Y lo es", dijo Ryan, sonriendo. "Pero creo que te podré conseguir la tarifa de amigos y familia".

"Gracias, Ryan", dijo ella, sorprendida ante la falta de ironía en su voz. Decidió no entretenerse con eso y siguió hablando. "¿Cómo nos va en el caso Missinger?".

"Hay unas cuantas novedades que merece la pena mencionar", dijo, ignorando su sinceridad a propósito. "El detective Trembley lideró la entrevista con la asistenta, Marisol Méndez, hace un rato. La vi desde la sala de observación. Puedes revisar el video después si quieres, aunque no conseguimos mucha información de ella. Creo que todavía

estaba algo sedada o simplemente super asustada".

"Quizá ambos", sugirió Jessie, frotándose las sienes para que le dejara en paz el dolor sordo de cabeza.

"Totalmente posible", acordó Ryan. "Mayormente, solo tenía cosas buenas que decir sobre Victoria Missinger; dijo que no era una criticona como muchas de sus anteriores jefas".

"¿Mayormente, cosas buenas?", repitió Jessie, notando el titubeo.

"Básicamente, Marisol nos dijo que era un tanto fría, distante. No que fuera desagradable, pero que a veces se concentraba de tal manera en sus causas que las galanterías de la interacción humana se convertían en algo secundario. Dijo que la señora Missinger era una apasionada de la filantropía y que no tenía mucha pasión para nada más excepto eso".

"¿Dijo si eso era una fuente de tensión en el matrimonio?", preguntó Jessie.

"No. Trembley le preguntó acerca de ello. Por lo visto, el señor Missinger había hecho las paces con el asunto. Y ya sabemos que estaba buscando su pasión en otras partes".

Eso tenía sentido, aunque a Jessie le resultaba difícil imaginar que Michael Missinger hubiera vertido toda su frustración marital en una sola amante. Tenía que haber goteado por casa de vez en cuando, pero no había pruebas al respecto.

"¿Confirmasteis su coartada?", se preguntó Jessie, volviendo la atención a Marisol e imaginando con envidia un hotel en el desierto de California. "¿El viaje a Palm Springs?".

"Todavía estamos rastreándolo, pero hasta el momento, así es. Rastreamos su teléfono y la muestra dando vueltas por la ciudad durante el tiempo que dice que estuvo allí. Copiaron su tarjeta de identidad cuando pagó en el hotel. Tenemos a la policía de Palm Springs haciendo un seguimiento de la cinta de seguridad. Pero, por el momento, no ha surgido nada inusual. Y respondió todas nuestras preguntas sin pedir un abogado. Parece que no se le ocurrió que pudiera necesitar uno. Da la impresión de que tenemos que tachar a otro sospechoso potencial de nuestra lista".

"¿Y qué hay del entrenador—Dan Romano?".

“Está terminando de desayunar en la celda que utilizó como habitación de hotel anoche,” dijo Ryan. “Nuestro informante dice que no reveló nada chocante. También dijo que el tipo es más tonto que un zapato. Dejando eso a un lado, por lo visto Romano hacía bastante más que entrenar a las señoras de la zona, pero nunca mencionó a Victoria Missinger y nuestro informante estaba preocupado de hacer preguntas específicas sobre ella, porque resultaría sospechoso”.

“Quizá sea hora de que le hagamos algunas preguntas directas”, dijo Jessie.

“Tenía pensando pasarme por allí para decir hola ahora mismo”, contestó Ryan. “Aunque quiero mantener las cosas tan informales como sea posible. ¿Quieres observar?”.

“Claro”, dijo Jessie. “¿Cómo va a funcionar esto?”.

“Iba a pasar a recogerle y a ofrecerle un café en la sala de descanso. Quizá tú pudieras estar ya allí, sentada en una mesa cercana. Simplemente charlaré con él, y veré de qué me puedo enterar. Entretanto, tú observas y ves si algo te llama la atención. ¿Suena bien?”.

“Suena bien”, le dijo Jessie. “Allí estaré”.

Mientras Ryan iba a por Romano, Jessie se dirigió a la sala de descanso. Preparó su café y se sentó cuando entraron los dos hombres. Bajó la cabeza para evitar hacer contacto visual, enfocándose con todas sus fuerzas en la cucharita de plástico que estaba utilizando para mezclar la crema. Hernández y Romano estaban en medio de una conversación.

“¿Pero… no te preocupan las enfermedades de transmisión sexual?”, le estaba preguntando Ryan.

“Qué va, hombre. Utilizo protección. Hasta me he hecho unas cuantas pruebas, pagadas por adelantado por mi potencial amiguita nueva. Me imagino que, si están tan preocupadas, también deben de estar limpias, ¿no es cierto?”.

“Es una forma de verlo, supongo”, dijo Ryan, sin mostrarse del todo de acuerdo.

“Escucha, hombre”, dijo Romano, como si estuviera explicándole los detalles de un juego triple de béisbol, “estas señoras son muy específicas sobre lo que quieren. Parte de mi trabajo es hacer que se

sientan cómodas. Si se corriera la voz de que no soy seguro, se me acabaría por completo el negocio".

Jessie se forzó a reprimir un gruñido jocoso ante la noción de que cualquier cosa sobre este tipo fuera segura. Además de por su trabajo, estaba claro por su físico anormalmente musculado y su piel oscurecida hasta un punto que no era habitual, que Dan Romano era un entusiasta de las mesas de bronceado y de los esteroides. Parecía una especie de hermano de Arnold Schwarzenegger en versión juvenil y más mediterránea.

"Te entiendo", dijo Ryan, ignorando a Jessie y siguiéndole el juego. "Entonces, ¿cuánto beneficio sacabas de tu negocio, Dan? ¿Te trabajabas a todas las mujeres del club de campo?".

"En primer lugar", dijo Romano, poniéndose inesperadamente serio, "deja que hable claro. Mi negocio es el entrenamiento personal—no hay nada de ilegal en eso. Eso es por lo que me pagan. Todo el tiempo extra que paso con las señoras es gratis. Solo quiero que entiendas eso. Mi primo es abogado y me dijo que no hay problema con lo que hago. ¿Está claro?".

"Te entiendo, Dan", dijo Ryan reconfortándole. "Está claro. Entonces, ¿a qué se refiere tu "en segundo lugar"?.

"Cierto. La respuesta es no, no estaba 'asistiendo' a todas las señoras. Si trabajas con todo el mundo, deja de ser algo exclusivo, ¿sabes?".

"Eso tiene sentido", dijo Ryan, asintiendo.

"Y hay algunas señoras a las que no les va eso. Como esa que acaba de morir, Victoria algo. Nunca me lanzó ni una mínima señal de interés. Así que la dejé en paz".

"Entonces, ¿nunca 'trabajaste' para ella?", le preguntó Ryan, utilizando un gesto de comillas alrededor de la palabra "trabajaste".

"No, para nada", le aseguró Dan. "Planeó unas cuantas sesiones de entrenamiento, pero siempre las acababa cancelando, no sé por qué. Si quieres saber lo que pienso, no necesitaba ningún entrenamiento serio. Lo que fuera que estuviera haciendo por su cuenta, le estaba funcionando porque tenía un cuerpo de película".

"¿Es posible que estuviera utilizando a otro entrenador?".

"Lo dudo. En nuestro negocio, a los chicos no les gusta inmiscuirse en

el territorio de otro. Se considera de mal gusto, ¿sabes? Si hubiera estado trabajando con otra persona ya fuera para entrenamientos de verdad o de los más divertidos, me hubiera enterado, no sé si me entiendes".

"Te entiendo, Dan", dijo Ryan, consiguiendo admirablemente mantener la ironía fuera de su voz. "Entonces, ¿qué me puedes decir sobre Victoria?".

"No gran cosa. Lo más que me acerqué a ella fue para darle un zumo de naranja cuando se desmayó en una ocasión. Tenía diabetes—bastante dura, por lo que creo. Sé lo que es eso, mi hermano tuvo diabetes juvenil. No tiene gracia".

Ryan no pudo evitar mirar a Jessie, que arqueó las cejas. Sabía que estaban pensando lo mismo: seguramente Dan estaría muy familiarizado con las inyecciones de insulina.

"Eso es terrible, hombre", dijo Ryan, volviendo su atención a Romano. "Así que, si alguien dijera que la estabas entrenando, ¿estaría mintiendo?".

"O simplemente equivocado. Como te dije, organizó unas cuantas citas, pero siempre acabó cancelándolas".

"Muy bien, gracias por la información", dijo Ryan. "Oye, mira, tengo que regresar a mi puesto, pero he pensado en una manera en que podemos ayudarte con ese marido que te ha estado molestando".

"Eso sería increíble. ¿Cómo?".

"Toma este cuaderno y el boli", dijo Ryan, deslizando por la mesa el bloc de notas y el bolígrafo que estaban convenientemente sobre la mesa. "Escribe lo que hiciste durante el último par de días, empezando por el lunes por la mañana. No te dejes nada por anotar. Después cotejaremos esto con lo que sabemos de dónde se encontraba el maridito en esos momentos. Si encontramos muchas coincidencias, como que él aparezca donde estás tú, puede que podamos establecer una orden de alejamiento contra él".

"Tampoco quiero crear problemas", contestó Romano. "Solo quiero que este tipo no venga a por mí".

"Lo entiendo", le aseguró Ryan. "Solamente escribe todos los detalles de tu vida en lo que vamos de semana. No tenemos por qué hacer nada oficial, pero si vemos que te está siguiendo, podemos tener una

charla tranquila con él que te lo quitará de encima. La mayoría de los tipos, incluso si son ricos, y están enfadados, se echarán atrás si la policía viene llamando a su puerta. Te lo prometo—seremos discretos".

"De acuerdo", dijo Romano, sacando su teléfono para mirar el calendario.

"Tengo que irme", dijo Ryan, poniéndose de pie y haciéndole un gesto a Jessie para que se reuniera afuera con él. "Dáselo al detective Trembley y lo comprobaremos. Todo va a salir bien, Dan. No te preocupes".

Jessie siguió a Ryan a la sala de observación, donde no se podrían encontrar con Romano por accidente.

"No lo sé", dijo Ryan, una vez cerraron la puerta tras ellos. "La conexión de la diabetes hizo que me lo cuestionara, pero todo lo demás sobre este tipo me hace pensar que no es nuestro hombre. ¿Qué piensas tú, criminóloga principiante?".

"Tiendo a estar de acuerdo, detective experimentado", dijo ella. "Para empezar, no creo que Romano sea lo bastante inteligente como para que se le ocurra ningún elemento del delito. Además, está el hecho de que viniera a las fuerzas de seguridad por su cuenta. Incluso si hay un marido celoso detrás de él, uno pensaría que un asesino querría mantenerse fuera del radar de los detectives a toda costa. Y, además, está ahí dentro proporcionando una lista detallada de todos sus movimientos durante los últimos días. Si lo que escribe no encaja con el GPS de su teléfono, estaría haciéndonos parecer que es culpable".

Ryan asintió.

"Tenemos que averiguar si eso de que no tuvo mucha interacción con Victoria Missinger es cierto. Si eso es mentira, también puede que lo demás lo sea. No eliminemos la posibilidad de que puede que este tipo no sea tan tonto como creemos. Ya me han engañado antes".

"Quizá regrese al club de campo y hable con esa tal Andrea Robinson", sugirió Jessie. "Estaba bastante enterada de todo lo que pasa por allí. Y a diferencia de las demás mujeres del club, ella sí que pareció querer ayudar de verdad. Si vio juntos a Romano y a Victoria Missinger o si ha escuchado algún cotilleo sobre ellos, puede que nos pueda decir que estamos en el camino correcto".

"Ve a por ello", dijo Ryan. "Pero no seas demasiado directa. Si es tan

charlatana contigo, puede que también lo sea con los demás. No necesitamos que todo el Club de Campo de Beverly se entere de nuestras intenciones".

"Le llamaré ahora y nos podemos reunir después, ¿está bien?".

Ryan dio la impresión de querer decir algo, pero pareció pensárselo mejor y simplemente asintió para mostrar que estaba de acuerdo. Algo en su expresión le dijo a Jessie que, fuera lo que fuera lo que le iba a decir, a ella no le iba a hacer ninguna gracia.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Ryan no tardó mucho más en soltarlo todo.

Intentó acercarse al tema de refilón haciéndole una pregunta para empezar. Esperó hasta que volvieron a su escritorio antes de meterse en ello de lleno, una vez Jessie consiguió organizar una reunión para tomar un café esa tarde con Andi Robinson.

“Entiendo que ayer no estabas en condiciones de darme ninguna respuesta coherente, pero esperaba que pudieras hacerlo ahora. ¿Te importaría decirme cómo terminaste en un edificio de apartamentos abandonado, peleándote con un vagabundo que tenía un cuchillo de cocina en un cuarto de baño donde había un cadáver de años de antigüedad?”.

Jessie no veía ninguna razón para no ser sincera. Ya le había hablado de Crutchfield y de su conexión con su padre. No parecía irracional contarle su solicitud de información y el favor que él le había pedido.

Así que le contó todo sobre la visita que le había hecho el día anterior, incluyendo la amenaza no demasiado velada que Crutchfield había hecho de revelar a su padre dónde estaba. Le contó que acordó ir a comprobar la dirección que había mencionado, aunque esperó hasta pasado el límite horario que le había impuesto por venganza. Y recorrió los detalles de su viaje hasta el complejo de apartamentos. Después de revivir el descubrimiento del cadáver, el ataque del vagabundo, y cómo se escapó de allí, se detuvo.

“Supongo que eso es prácticamente todo. Conduje hasta el hospital, me pusieron unas cuantas inyecciones y me dieron unos puntos, y entonces apareciste tú. Ahora que te he contado todo, ¿te importa decirme que es lo que te has estado aguantando todo este tiempo?”.

Ryan le miró momentáneamente sorprendido, antes de esbozar una sonrisa vergonzosa.

“No sé si eres realmente buena leyendo a la gente, o si yo soy terrible ocultando las cosas”, dijo.

“Seguramente sea un poco de ambas cosas, así que empieza a hablar”.

“Muy bien”, comenzó. “En primer lugar, atraparon al vagabundo cerca

del complejo. Se llama Josiah Burress. Tiene una larga lista de antecedentes de asalto, y casi mata a un hombre en una ocasión, así que podría haber sido mucho peor para ti".

"Me alegro de saberlo", dijo Jessie. "Pero eso no es lo que has estado posponiendo. Dímelo. Estás empezando a asustarme".

"Se trata del cadáver en la bañera", admitió por fin. "La hemos identificado. Era una mujer que se llamaba Patrice Houston. Lleva desaparecida casi cinco años, pero como era una conocida prostituta y drogadicta, su búsqueda no era una prioridad urgente. El detective que llevó el caso en su momento imaginó que había tomado una sobredosis en algún campamento para gente sin hogar y que la habían tirado a un basurero o algo así".

"Suena como que esa fue una investigación de primera", dijo Jessie despectivamente.

"Solo diré que el detective que llevaba el caso está retirado y es una suerte para todos nosotros. Por desgracia, esa no es la parte que te va a asustar".

"¿Cuál es?", preguntó Jessie.

"Parece que mataron a Patrice estrangulándola. Hay hendiduras en su tráquea que encajan con las estrías que hemos visto en otras mujeres que fueron asesinadas por un célebre violador y asesino en serie".

Jessie sintió cómo le daba un vuelco el estómago. Antes de que Ryan pudiera continuar, sabía quién era el responsable y supo por qué le habían enviado a ese apartamento en concreto.

"Se trata de Delmond Stokes, ¿no es cierto?", dijo ella.

Ryan asintió sin decir nada.

Ahora todo cobraba sentido para Jessie. Delmond Stokes había aterrorizado la región central de California durante años, asaltando y a veces asesinando a una serie de mujeres. Había empezado con prostitutas y con el tiempo, había pasado a amas de casas y mujeres solteras trabajadoras. Era conocido por emplear un cable grueso para estrangular a las mujeres que asesinaba, un cable que con frecuencia dejaba surcos en las tráqueas de las mujeres. Para cuando le capturaron en Bakersfield hacía tres años, se creía que tenía más de tres docenas de víctimas, y que al menos cuatro de ellas habían sido asesinadas.

Más relevante para el momento presente, había pasado muchos años en Los Ángeles antes de mudarse al norte y se suponía que había cometido crímenes similares allí, aunque nunca se habían encontrado cadáveres… hasta ahora. Aunque no era del conocimiento público, también estaba encarcelado en la DNR, las mismas instalaciones donde estaba Bolton Crutchfield.

"No puede ser una coincidencia, ¿verdad?", dijo Ryan por fin, expresando lo que los dos estaban pensando.

"De ninguna manera", dijo Jessie. "A pesar de los controles de seguridad, esos dos han debido de comunicarse. Y, de alguna manera, Crutchfield se ganó la confianza de Stokes hasta el punto de que le revelara dónde había dejado ese cadáver. No hay otro modo de que pudiera saberlo en tanto detalle".

"Aunque te olvidas de algo", dijo Ryan. "Se equivocó en el número de apartamento. Me dijiste que te dijo que fueras al 2016, pero se trataba del 206, ¿correcto? Quizá lo escuchó a medias. Podríamos utilizar eso para averiguar cómo hablaron entre ellos".

"Quizás…", murmuró Jessie.

"¿Qué?", presionó Ryan. "No suenas convencida".

"Es solo que no creo que Crutchfield cometiera un error como ese. Es muy meticuloso. Quería que encontrara ese cadáver y que hiciera la conexión con Stokes. Quería demostrarme que puede llegar a quienquiera que se proponga, incluido mi padre. Así que se hubiera asegurado de utilizar el número correcto de unidad a menos que tuviera una razón específica para no hacerlo".

"¿Y qué razón podría tener?", preguntó Ryan.

"Tú eres el policía que le detuvo", le recordó Jessie. "¿No tienes ninguna teoría?".

"Lo único que hice fue atraparle y arrestarle. Nunca tuve una conversación sustancial con él. Tú le conoces mucho mejor que yo. ¿Qué crees que está tramando?".

Jessie lo pensó un momento, y después agarró una hoja de papel y escribió la dirección.

1024 Avenida Visitation, unidad 2016.

Se quedó mirándola fijamente unos instantes, cada vez más frustrada.

“Le encantan los juegos”, dijo. “Es un acertijo”.

“Muy bien”, dijo Ryan, incitándola. “Pero no te daría un acertijo que no creyera que puedes resolver. Quiere que lo resuelvas, así que debe ser algo que es importante para ti. ¿Qué es lo que sabe que tú quieres?”.

“Descubrir dónde está mi padre”, dijo Jessie de inmediato.

“Eso tiene sentido”, asintió Ryan. “Pero no te va a revelar eso, perdería demasiada ventaja”.

“No”, dijo Jessie. “Pero me puede dar una pieza del puzle. Como dije, le encanta jugar conmigo, pero sabe que dejaré de jugar si no hay nada de interés para mí. Así que tiene que darme algo que me haga seguir volviendo allí”.

Una idea le recorrió la mente y jadeó de manera audible.

“¿Qué?”, le preguntó Ryan, preocupado.

Jessie apuntó la dirección de nuevo, pero esta vez haciendo unos pequeños cambios, poniendo todos los números seguidos.

10242016, Avenida Visitation, unidad.

“Todavía no lo pillo”, le dijo Ryan, desconcertado.

“¿Y si pruebo con esto?”, dijo Jessie, escribiéndolo de nuevo con pequeñas alteraciones y eliminaciones. Ahora se veía así:

10/24/2016, Visitation.

“¿Una fecha?”, preguntó Ryan.

“No es cualquier fecha”, dijo. “Crutchfield me dijo que mi padre vino a visitarle una vez en la DNR disfrazado de médico. Creo que esta puede ser la fecha en que eso sucedió. Y si tenemos la fecha exacta…”.

“Pueden comprobar la cinta de seguridad”, terminó Ryan.

“Exactamente”, dijo Jessie. “Si puedo ver la cinta, quizá pueda desvelar alguna pista que me lleve a la ubicación de mi padre”.

“¿Crees que te dejarán verla? ¿No tendrás que pasar por un montón de

aros burocráticos para hacerlo?”.

“La jefa de seguridad me preguntó si quería ser su compañera de piso”, indicó Jessie. “Creo que puedo convencerla para que me deje echarle una ojeada”.

“¿Cuándo vas a ir para allí?”.

“No he quedado con Andrea Robinson hasta última hora de la tarde”, respondió Jessie, poniéndose de pie y agarrando su bolso. “Así que diría que no hay momento como el presente”.

*

Kat ya tenía la cinta en el reproductor esperando a que llegara Jessie. Si había tenido que pasar por algunos aros para acceder a ella, no los mencionó. Tras pasar por el irritantemente parsimonioso proceso de atravesar todas las medidas de seguridad, entraron por fin al despacho de Kat veinte minutos después de que Jessie llegara a la DNR.

“¿Cómo sabes que es el tipo correcto?”, preguntó Jessie mientras se sentaba delante del monitor.

“Crutchfield no recibe muchas visitas del exterior”, dijo Kat. “Y todas tienen que ser autorizadas. Esta fue la única que tuvo ese día, de hecho, la única en todo ese mes. Utilizó el nombre del doctor Bertrand Roy. ¿Te suena de algo ese nombre?”.

“Lo cierto es que es vagamente familiar, pero no puedo concretar de dónde me suena. ¿Le recuerdas?”.

“No”, dijo Kat. “Visitó a Crutchfield antes de que yo tomara las riendas de la seguridad por aquí. Las normas de visitas eran menos estrictas por aquel entonces. ¿Estás preparada para ver la cinta?”.

Jessie asintió y Kat le dio al botón de reproducción. La cámara era la que había en la celda y la imagen era de la espalda del visitante, por lo que solo se podía ver la cara de Crutchfield. Entró un hombre a las 2:06 de la tarde, vestido con un chaleco de punto y unos pantalones negros y se sentó a la misma mesa a la que Jessie se había sentado el día anterior.

Incluso sin verle la cara, Jessie supo que se trataba de él—su padre. Podría reconocer a Xander Thurman en cualquier parte. Hasta más de veinte años después, tenía el mismo garbo ocioso, como si no tuviera prisa por llegar a ninguna parte. Su cabello, en otro tiempo oscuro, estaba ahora salpicado de canas, pero seguía con su corte de pelo al rape, como si hubiera acabado de salir del ejército.

Tenía el mismo torso alargado y angular que recordaba. Como Jessie, siempre había sido alto y delgado. Tenía una delgadez lobuna que ni el traje profesional ni las gafas conseguían ocultar. Pretendía ser un académico nervioso, pero la actuación era evidente para Jessie. Su carencia de ansiedad ante la presencia de otro asesino en serie era obvia. Parecía… cómodo.

Crutchfield dijo algo, pero Jessie no pudo escucharlo.

"¿No hay sonido?", preguntó.

"Solo teníamos cinta de video por aquel entonces", dijo Kat.

"¿Y qué diablos de sentido tiene eso?".

"Mi predecesor dijo algo respecto a una zona de privacidad. Nunca tuvo ningún sentido para mí. Entiendo que la administración era del mismo parecer, parte de la razón por la que le reemplacé. Ahora cada pulgada de esa celda está intervenida para que haya sonido. Podemos monitorear hasta sus pautas de respiración cuando duerme. Claro que nada de eso te sirve de gran cosa".

Jessie se forzó a sí misma a olvidarse de su frustración y trató de concentrarse en el lenguaje corporal de ambos hombres. Comenzaron a hablar casi de inmediato. Jessie entendió que Crutchfield reconocía a su visitante porque su actitud no era para nada la que ella conocía. Parecía alegre, como una chica en la pubertad que conociera a un miembro de su banda favorita. Incluso a esta distancia en la pantalla de video, podía ver cómo sus ojos brillaban con intensidad maniaca.

Era una visión extraña pero no suponía una gran sorpresa. Después de todo, Bolton Crutchfield había modelado sus asesinatos imitando a los de su padre, empleando los mismos métodos. Era su admirador. Y ahora su mayor sueño se había hecho realidad. Su héroe había venido a verle—estaba de pie delante de él—en el interior de una instalación de máxima seguridad, supuestamente a prueba de bomba. Estaba claro que era un momento especial para él.

La conversación continuó durante unos diez minutos más antes de que

entrara un guarda y dijera algo, que por lo visto fue una orden para concluir la visita.

“¿No había un guarda en la celda durante la conversación?”, notó Jessie.

“Régimen de seguridad previo”, le recordó Kat. “Otro cambio que yo implanté”.

“Entonces ¿no hay nadie a quien pueda entrevistar para ver de qué se acuerdan?”.

“Reemplacé a la mayor parte del personal. Los únicos con los que me quedé fueron Berenson y Cortez. Ninguno de los demás se tomaba el trabajo muy en serio. Para ser honestos, este lugar tiene suerte de que no se dieran más incidentes”.

Jessie había oído hablar de los dos episodios serios que habían tenido lugar desde la apertura de la DNR hacía siete años. En uno de ellos, un preso había atacado a un guarda y había golpeado su cabeza contra la pared ocho veces antes de que le redujeran. El guarda había muerto una semana después tras entrar en coma.

En el otro, estaban trasladando a un residente de una celda a otra cuando consiguió hacerse con un par de tijeras de la estación de seguridad. Había acuchillado a dos guardas hasta matarlos antes de que Cortez y otro guarda le derribaran al suelo. Hasta entonces, continuó moviendo las tijeras de un lado a otro, rebanándole el cuello al tercer guarda. Cortez acabó por reducirle cortándole la respiración y le estranguló hasta que se quedó inconsciente. Por lo visto, el preso perdió demasiado oxígeno y declararon su muerte cerebral después de dos días, punto en el que le retiraron de la máquina de respiración artificial. Mientras Jessie volvía a poner su atención en la pantalla, se dio cuenta de por qué Kat había conservado a Cortez.

En el punto del video en que el guarda terminaba con la visita, su padre se puso de pie, dijo una última cosa a Crutchfield que pareció poner tenso al prisionero, se giró directamente a la cámara, y sonrió.

Jessie se alegró de estar sentada porque sus rodillas se echaron a temblar y la boca se le resecó de repente. A pesar de las dos décadas que habían pasado, tenía el mismo aspecto que ella recordaba. Claro, las líneas de las arrugas eran más profundas y las mejillas estaban algo más caídas. Pero sus ojos—sus fríos y calculadores ojos, del mismo tono verde que los suyos—eran tal y como los recordaba.

Parecía estar mirando directamente a su futuro yo, sabiendo que algún día ella vería esta cinta y la vería con terror y ansiedad. Y parecía disfrutar de ello. Justo antes de salir de la celda, guiñó un ojo.

CAPÍTULO VEINTE

Jessie estaba a punto de entrar a la celda de Crutchfield, de sentarse en el mismo sitio, quizás hasta en la misma silla que su padre ocupara dos años antes. Intentó ignorar la sensación sorda de náuseas que sentía y se enfocó en lo que estaba a punto de hacer.

"¿Estás bien?", le preguntó Kat, entregándole el mando remoto del botón de emergencia cuando se encontraban en la puerta de la celda.

"Creo que sí", contestó Jessie. "Estoy intentando olvidarme de todo para que no pueda manipularme demasiado".

"¿Qué dijo el detective Hernández?", preguntó Kat, refiriéndose a la llamada que había respondido Jessie hacía unos minutos.

"Por lo visto, nadie ha visto en persona al doctor Bertrand Roy en más de dos años, desde mediados de octubre del 2016. Es un profesor universitario en la Universidad Estatal de Northridge en California que trabaja en el campo de la psicología de los degenerados. Es por eso que su nombre me resultaba familiar. Escribió un libro de texto que yo utilicé en mis clases en la universidad. Así que no hubiera sido tan inusual que él quisiera visitar a Crutchfield".

"¿Pero está desaparecido?", preguntó Kat.

"Algo así. Hernández dice que el doctor Roy hizo una solicitud por escrito para irse de año sabático hace dos años, sin previo aviso, a mitad del año universitario. Y entonces simplemente se marchó".

"¿Y no despertó las sospechas de nadie?", preguntó Kat con escepticismo.

"Supuestamente, ha estado enviando emails de manera intermitente", dijo Jessie, igual de dudosa. "Dijo que estaba realizando un estudio sobre cómo manejan las comunidades indígenas aisladas de Sudamérica la conducta violenta dentro de sus tribus. Sus colegas dijeron que era algo peculiar, pero no totalmente impensable. Ya había tomado años sabáticos con anterioridad sin mucho aviso previo. No está casado ni tiene hijos. No está realmente conectado a la comunidad excepto por su trabajo".

"Entonces es exactamente el tipo de hombre que un asesino en serie

podría asesinar, para asumir su identidad y convencer a la gente de que se ha ido a vagabundear durante dos años".

"No es inconcebible", dijo Jessie. "Su trabajo atrajo mucho dinero a la universidad. Por esa razón, no se sintieron capaces de presionarle demasiado siempre y cuando mantuviera algún tipo de contacto".

"¿Están presionando ahora?".

"Hernández les pidió a los detectives de allí que se comunicaran con la policía de la universidad para echar un vistazo. Están de camino ahora mismo. Con suerte, sabremos más para cuando haya terminado con Crutchfield".

"¿Le vas a decir lo que sabes?", preguntó Kat.

"Vamos a ver cómo va, pero me inclino por guardármelo. Es algo raro que yo tenga alguna carta en la manga con la que jugar cuando entro ahí, así que no se la voy a enseñar desde el primer momento".

"Excelente idea", asintió Kat mientras empezaba a abrir la puerta. "Solo recuerda que seguramente él también tenga algunas cartas debajo de la manga".

*

Bolton Crutchfield daba la impresión de haberle estado esperando.

Cuando Jessie entró a la celda, él estaba sentado al borde de su cama de metal, mirándole fijamente. No estaba sonriendo.

"¿Por qué tan triste, señor Crutchfield?", le preguntó mientras tomaba asiento y Kat se movía a su lugar de costumbre en un rincón.

"No estoy triste, señorita Jessie", dijo él, aunque su voz tenía un tono afligido. "Solo decepcionado".

"¿Decepcionado por qué?".

"Decepcionado de que tuvieras la necesidad de ponerme a prueba, señorita Jessie. Me resulta increíble que sintieras la necesidad de pasar por alto a propósito la petición de un hombre que ha ensuciado esta ciudad con los cadáveres de seres humanos destrozados".

“¿De qué estás hablando?”, le preguntó, aunque sabía muy bien que no le estaba engañando.

“¿Es que tengo que deletrearlo?”, preguntó con una audacia que ella solo había escuchado ocasionalmente en su normalmente educada voz. “Esperaste deliberadamente hasta que pasaron las cuatro de la tarde para visitar la dirección que te di. Podrías haber llegado a tiempo con facilidad, pero elegiste no hacerlo. Eso es más que grosero”.

Jessie reprimió las ganas de preguntarle cómo sabía eso. La cuestión era que lo sabía y que estaba enfadado. Ya se enfrentaría más tarde con las consecuencias emocionales que le creaba el hecho de darse cuenta de que un asesino en serie encarcelado conocía sus movimientos diarios. Ahora mismo, tenía que ponerse de su lado bueno.

“Soy cabezota”, le dijo, acercándose a una disculpa lo más que se podía permitir a sí misma.

“Sí, soy consciente de ello”, dijo él, quizá ligeramente apaciguado. Su voz seguía siendo más firme de lo habitual, pero la ira se había disipado. “Si hubieras ido cuando yo te sugerí, quizá no te hubieras tropezado con el señor Burress, que no suele estar en esa zona a las cuatro. De todo se aprende, supongo”.

“Supongo que sí”, asintió Jessie sin comprometerse, dejándole que dirigiera el rumbo que iba a tomar la conversación.

“Entiendo que tuviste un allanamiento anoche”, dijo en tono cortante, cambiando de tema sin avisar.

Jessie asintió, pretendiendo que no le perturbaba su conocimiento del mismo, sin saber hacia dónde iba con el tema.

“Suerte que no estabas en casa”, continuó. “Podía haber sido mucho peor para ti si hubieras estado allí, me imagino. Podía haberle pasado algo a tu… amiga de las damas”.

Crutchfield sabe dónde vivo. Y sabe quién es Lacy.

Su extraña frase “amiga de las damas” incluso sugería que sabía que Lacy era gay. Es más, Jessie tuvo la clara impresión de que, de alguna manera, Crutchfield había dado las órdenes para el allanamiento, de que le estaba castigando como retribución por no seguir sus instrucciones.

Jessie podía sentir cómo se tensaba Kat en el rincón de la celda, preparándose para hacerse cargo de la situación si era preciso, aunque no sería necesario.

Jessie dejó que su mandíbula se relajara y que su mirada se apagara levemente. Tomó una respiración lenta, superficial, que esperaba no fuera perceptible, y aflojó el control remoto que tenía en la mano. Crutchfield le había enseñado sus cartas. Le había revelado que el allanamiento había sido obra suya. Esperaba ponerla nerviosa, enseñarle quién mandaba aquí. Quería verla ansiosa, temerosa.

Y no le iba a dar esa satisfacción en absoluto.

“Vaya adicto al control que eres, Crutchfield”, dijo suavemente como si se tratara de una mera observación y no de un insulto. “¿Alguien no sigue tus exigencias al pie de la letra y te vuelves mezquino? ¿Qué tipo de hombre ordena un allanamiento de morada solo porque no se ha salido con la suya?”.

Los ojos de Crutchfield se achinaron y dio la impresión de que se estaba dando un momento a sí mismo antes de responder. Jessie podía sentir cómo emanaba de él la furia farisaica.

“El mismo tipo de hombre que quiere asegurarse de que su entrevistadora entiende que es vulnerable, que la pueden alcanzar, que no hay lugar en que no pueda ser encontrada. Le convendría a una persona en esta situación hacer lo que ese mezquino adicto al control desea, aunque solo fuera por puro sentido de la autopreservación. ¿No está de acuerdo, señorita Jessie?”.

Se quedaron mirándose fijamente durante largo tiempo, sin que ninguno de los dos quisiera decir nada. Claro que estaba claro que él llevaba ventaja ahora mismo. Y Jessie, por furiosa que estuviera, no veía grandes beneficios en seguir pinchándole todavía más.

“¿Qué es lo que desea de mí, señor Crutchfield?”, preguntó, cediendo sin decir que no.

Al oír esas palabras, la intensidad se desvaneció dentro de él y regresó su cortesía sureña.

“Nada… por el momento. Solo ayudarte en tus tareas es más que suficiente para mí. Aunque puede que te haga una petición en alguna fecha futura, si fueras tan amable”.

Jessie le ofreció una sonrisa exageradamente dulce como respuesta.

“Normalmente, te tomaría la palabra en tu oferta de ayuda,” dijo ella, “pero, ¿cómo sé que puedo tener alguna confianza en lo que me digas?”.

“¿Y qué podría hacerte pensar que no puedes?”, preguntó.

“En fin, es difícil saber si estás pensando en lo mejor para mí, señor Crutchfield”, dijo ella, preparándose a dejar caer el hacha. “Quiero decir, es difícil saber por qué sientes lealtad, especialmente después de ver el ardor sin reparos que demostraste cuando estuviste con mi padre. Eras como un fan adolescente”.

Jessie se aguantó la respiración, esperando a que le respondiera.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Crutchfield se permitió esbozar una sonrisa a medias.

“Y ahí está”, dijo, con algo parecido al orgullo en su voz. “Has visto el video de la visita de tu papá. Me preguntaba si se te habría pasado por alto. Estaba empezando a pensar que no te merecías la confianza que tengo en ti. Debía habérmelo imaginado”.

“No has contestado a mi pregunta”, le presionó Jessie, negándose a dejarse distraer por sus halagos mal disimulados. “¿Por quién sientes lealtad—¿por mí o por mi padre?”.

Crutchfield se inclinó sobre su cama, de tal manera que su espalda se apoyara en la pared que había detrás.

“Te voy a decir la verdad lo más honestamente que pueda, señorita Jessie”, dijo en voz baja. “Lo cierto es que no lo sé”.

“Puedes imaginar por qué eso me hace tener dudas”, dijo Jessie, en voz igual de susurrante.

“Puedo verlo”, admitió. “También me da qué pensar a mí. Tengo mucho afecto por ambos. Tu padre es uno de mis héroes. He modelado gran parte de mi vida adulta según sus logros. Y fue tan impresionante conocerle en persona como lo había sido en mis fantasías”.

Jessie bajó la mirada y tragó saliva, con la esperanza de que Crutchfield no percibiera que casi se estaba atragantando al oír esas palabras. Parecía ausente, ni se inmutó.

“Y, aun así, cuando te conocí a ti”, continuó, “me enamoré—de una manera casta, por pura admiración, por supuesto. Tienes una curiosidad tan ardiente. Tus talentos aun están sin formar y algo revueltos. Invariablemente, dejas que tus sentimientos interfieran con tu razonamiento, como hiciste con tu antiguo marido. El afecto te nubló el juicio en ese caso, pero eso se debe a tu juventud e inexperiencia, no a tus aptitudes. Sospecho que cuando hayas aprendido unas cuantas lecciones duras más, te convertirás en una criminóloga de cuidado. A veces creo que mi tarea es acelerar esas lecciones para prepararte mejor para lo que está por venir”.

“¿Y qué está por venir, señor Crutchfield?”, preguntó Jessie, aunque

no estaba segura de querer oír la respuesta.

“Bueno, supongo que planeas ir a por tu padre, seguir la pista al doctor del que ha tomado prestada la identidad. Pero no puedes olvidar que Xander Thurman no es un marido arribista y rapaz de Orange County o un entusiasta de los venenos en Hancock Park. Tú le viste de cerca así que dudo que lo hayas olvidado—es un asesino sin igual. No tiene misericordia. Es imparable. Y te está buscando a ti. Con qué finalidad, no lo sé, pero dudo mucho de que sea para invitarte a una reunión familiar y un picnic en algún parque local”.

Empezó a reírse en voz baja para sí mismo.

“¿Qué tiene tanta gracia?”, preguntó Jessie.

“Solo me estoy imaginando a tu padre contigo sentados a una mesa de picnic en el parque, con globos atados a la mesa. Te estoy imaginando comiendo perritos calientes y ensalada de patatas y sorbiendo una taza de té los dos juntos. Oh, cómo me gustaría poder estar allí en la reunión familiar de los Thurman. ¿Me harías miembro honorario, Jessie? Me siento muy cercano a los dos”.

“Me lo pensaré”, dijo ella tranquilamente. “Debo decir que estaría más dispuesta a invitarte si cumplieras con lo que me has ofrecido”.

“¿Qué oferta es esa?”, le preguntó él, que seguía regodeándose en la imagen del picnic en el parque con Jessie y su padre el asesino en serie.

“La de ayudarme en mis asuntos”, le recordó Jessie. “Quizá dándome la dirección postal actual de Xander, por ejemplo”.

“Oh, no la sé. Y aunque la supiera, contártelo acabaría con toda la diversión. Tengo tan pocas cosas por las que vivir aquí dentro. No me niegues la excitación de anticipar lo que viene a continuación. Pero te prometí que ayudaría y sería poco caballeroso por mi parte no cumplir con esa obligación. ¿Te gustaría una pista que se refiere tanto a tu padre como al caso que tienes entre manos? Una dobleferta, como dicen los críos”.

“Los críos no dicen eso, pero me gustaría escuchar lo que tengas que decir”.

“Está bien. No te has olvidado de lo que dije sobre la insatisfacción del perpetrador de Hancock Park con lo que le ha tocado en la vida, ¿verdad?”.

“No, aunque eso se podría aplicar prácticamente a cualquier persona de más de dos años en el condado de Los Ángeles. ¿No podrías ser más directo y decir que lo hizo el mayordomo?”.

Olvidó mencionar que los Missinger no tenían mayordomo.

“Podría decir eso”, respondió. “Pero como no sé quién es tu asesino, parece algo estúpido. Como ya te dije antes, solo sé el tipo de persona que hizo esto. Se podría decir que eso reduce las posibilidades”.

“Muy bien, ¿cuál es tu nueva pista?”.

“Pues bien, aquí la tienes: necesitas concentrarte en la batalla interminable por la verdad y la señora justicia”.

“¿Eso es todo?”, preguntó Jessie con incredulidad. “¿Otro acertijo impreciso? ¿Se supone que eso me va a ayudar a resolver mi caso y a encontrar a mi padre?”.

“Tienes todos los recursos del Departamento de Policía de Los Ángeles a tu disposición, señorita Jessie. Eso es mucho poder. Basada en lo que te he dicho, deberías poder hacer avances importantes en los dos frentes. Sin embargo…”.

Se quedó callado. Jessie sabía que estaba sacándole jugo al momento y le dolía tener que humillarse ante él, pero ya se había metido hasta el fondo y no iba a echarse atrás ahora.

“¿Sin embargo qué, señor Crutchfield?”, le preguntó obedientemente, haciendo lo que podía para ocultar su irritación.

“Sin embargo, con un gran poder viene una gran responsabilidad”.

“¿Eso es lo que vas a dar?”, explotó Jessie, incapaz de enmascarar su frustración un segundo más. “¿Es esa una cita de una galletita de la fortuna? Te estás inventando todo esto sobre la marcha, ¿no es cierto?”.

“Quizá simplemente me lo estoy inventando”, le respondió con calma, obviamente disfrutando de su pérdida de control. “Pero a lo mejor deberías mirar más allá de eso, señorita Jessie. Quizá no sean los juegos en los que me meto sino lo que hago lo que me define. Quizá deberías preguntarte a ti misma, ¿me estaba inventando las cosas cuando te dije que fueras a esa dirección?”.

Jessie se obligó a dejar de hablar antes de pasarse de la raya. Tenía

razón, después de todo. Su comentario misterioso sobre la dirección le había llevado directamente al video de su padre. Crutchfield había cumplido con su promesa en esa ocasión, a su propia manera exasperante.

Y, sobre todo, se recordó a sí misma que esta relación, por complicada que fuera, era valiosa. Crutchfield le había dado información de utilidad en más de una ocasión. Quizá esto acabara por ser confirmado.

Y como a él le encantaba recordarle, de algún modo él tenía la capacidad de comunicarse con el mundo exterior, incluyendo, si así lo deseaba, a su padre. Solo era necesario un paso en falso por su parte para que él decidiera confesar su identidad y ubicación actuales. Parecía disfrutar de sus provocaciones, incluso cuando estaban llenas de acritud. Sin embargo, no parecía buena idea presionarle demasiado.

“Gracias por tu ayuda, Crutchfield”, dijo ella, después de recuperar una semblanza de compostura. “Investigaré esas pistas que me has ofrecido”.

“Espero que te sirvan de ayuda, señorita Jessie”, dijo, poniéndose de pie e inclinándose en un gesto de cortesía mientras se levantaba de la silla. “Por favor, no me trates como si no me conocieras”.

“Trataré de no hacerlo”, dijo Jessie mientras se giraba para ir hacia la puerta de salida. Estaba a mitad de camino cuando se dio la vuelta y añadió, “Y si fueras tan amable, por favor deja de ordenar a tus lacayos que realicen más allanamientos de morada. Me hace muy difícil concentrarme”.

Se dio la vuelta y salió de la habitación antes de que le pudiera responder.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

"¿Su despacho está vacío?", preguntó Jessie, repitiendo lo que le acababa de decir Ryan Hernández.

Jessie estaba conduciendo de regreso a la ciudad desde la DNR mientras él le ponía al día sobre lo que estaba pasando con la investigación sobre el doctor Roy.

"No vacía exactamente", corrigió Ryan. "Es solo que no encontraron nada sospechoso. Un historial de búsquedas básico en su ordenador reveló que había comprado un billete para La Paz, Bolivia, en octubre de 2016. Un equipo se está encargando de rastrearlo para ver si se montó en ese avión, pero, como han pasado dos años, puede que lleve algo de tiempo. También están considerando llamar al FBI para que comparen los emails que supuestamente ha enviado desde Sudamérica con su estilo de otra correspondencia. Pero, por el momento, no ha surgido nada fuera de lo normal".

"Será un callejón sin salida", dijo Jessie desalentada. "Mi padre habría tenido cuidado de asegurarse que escribía con el estilo de Bertrand. Y si ninguno de sus colegas notó nada extraño al principio, es improbable que los federales encuentren alguna pista. ¿Saben lo de mi padre?".

"No", le aseguró Ryan. "Lo están tratando lo bastante en serio como una investigación corriente de una persona desaparecida. Respecto a tu padre, imaginé que cuanta menos gente conozca su potencial participación, mejor. No necesitamos que se entere de que sabemos que está conectado. Eso no sería bueno para el caso, o para ti".

"Te agradezco eso", dijo Jessie, cayendo ahora en la cuenta de lo aliviada que se sentía al saberlo. Sintió cómo sus manos se relajaban involuntariamente sobre el volante.

"¿Cómo te fue con Crutchfield?", preguntó Ryan. "¿Le dijiste que descifraste la pista que te dio?".

"Acabé haciéndolo. Parece que le entusiasmó que lo hubiera pillado. Incluso prometió darme una pista que dijo me ayudaría con la ubicación de mi padre y el asesinato de Hancock Park. Claro que todo lo que hizo fue soltar unos aforismos estereotipados. Sonaba como un

vidente cutre".

"¿Cómo así?", preguntó Ryan. "¿Qué es lo que dijo?".

"Parloteó sobre la verdad y la señora justicia y el poder y la responsabilidad. Era como si una tarjeta de felicitación de Hallmark se pusiera a vomitar o algo así".

"Espera un momento", dijo Ryan, con su voz de pronto seria. "Dime cuáles fueron sus palabras exactas."

"No me acuerdo de sus palabras exactas," dijo Jessie, sorprendida ante la reacción del detective. "Estaba arrojando tantas cosas a la pared, que empezó a fluir como un río".

"Inténtalo, Jessie", insistió él. "Creo que puede ser importante. Dime todo lo que te dijo que sonaba como un estereotipo patético".

"Muy bien, pues había algo sobre que el poder requería responsabilidad".

"¿Con un gran poder viene una gran responsabilidad?", sugirió Ryan.

"Sí, eso es", dijo Jessie.

"¿Qué más?".

Jessie rebobinó la conversación dentro de su mente.

"Dijo algo sobre que él no se definía por los juegos a los que jugaba sino por lo que hacía", recordó Jessie.

"¿No es quien soy por dentro sino lo que hago lo que me define?".

"No dijo eso exactamente, pero estaba en esa línea".

"Muy bien, dime lo de la verdad y la justicia", le pidió Ryan, sonando más excitado de lo que le había oído jamás.

"¿De qué va esto, Ryan?", le preguntó Jessie con impaciencia. "¿Qué me estoy perdiendo?".

"Te lo explicaré en un segundo", prometió Ryan. "Ahora, haz el favor de decirme lo que te dijo".

"Dijo que me tenía que enfocar en la batalla por la verdad y la señora justicia".

“¿Dijo ‘la batalla interminable por la verdad, la justicia, y el estilo americano’?”, continuó Ryan.

“No dijo nada sobre el estilo americano. Y dijo específicamente “señora justicia”. Esto es lo que hay. ¿Me puedes hacer el favor de explicarme qué diablos te tiene tan entusiasmado?”.

“Jessie, ¿es que nunca has leído un libro de cómics?”, le preguntó con incredulidad.

“Puedo decir con toda honestidad que nunca lo he hecho. Y estoy hasta orgullosa de ello. ¿Qué tiene esto que ver con nada?”.

“Todas esas líneas que metió en la conversación proceden de libros de cómics de superhéroes. La del poder y la responsabilidad es de Spider-Man. La de que lo que haces te define es de Batman. Y la línea sobre la verdad y la justicia es de Superman”.

“De acuerdo”, dijo Jessie. “En primer lugar, no tenía ni idea de que eras un empollón tan increíble. En segundo, ¿qué tiene esto que ver con nada más?”.

“Porque”, respondió excitado, “además del despacho principal del doctor Roy en el campus, también utilizaba un laboratorio para hacer estudios psiquiátricos. Un agente de policía de la universidad se dirige hacia allí ahora mismo para echar un vistazo. No iba a ser más que una mera formalidad, pero no creo que ya lo sea”.

“¿Por qué no?”, quiso saber Jessie.

“Porque el laboratorio del campus de Roy está en el edificio Kent Clark.”

“¿Como Kent Clark, el alter ego de Superman?”, preguntó Jessie, recordando al personaje.

“Lo cierto es que su alter ego es Clark Kent. Pero se acerca lo suficiente, especialmente considerando la línea de Crutchfield. Y no fue hasta después de la Segunda Guerra Mundial que la coletilla añadió la referencia al ‘estilo americano.’ Según la página web de la escuela, a la que estoy mirando en este instante, el Edificio Kent Clark fue construido en 1942, cuando la línea del libro de cómics era simplemente “verdad y justicia.” Creo que es una indirecta para decirte que las pistas sobre tu padre se pueden encontrar allí”.

“Eso tiene sentido”, dijo Jessie, emocionándose también. “Eres un

genio".

"Pensé que solo era un empollón", le replicó él.

"Si nos da una pista fresca, no me importa pasar de empollón a genio".

"Lo único que no entiendo es lo de señora justicia. La cita jamás se refirió a una 'señora.' Resulta peculiar que lo metiera ahí en medio".

"¿A lo mejor hay una estatua de una señora en el laboratorio o algo así?", sugirió Jessie. "¿Ya ha llegado el policía de la universidad?".

"Le llamaré y te pondré en la llamada", dijo Ryan.

Mientras él hacía eso y Jessie esperaba, le entró un pensamiento incómodo en la mente: ¿Se había quedado su padre merodeando por el sur de California porque era allí donde estaba Crutchfield? ¿O acaso sabía de alguna manera que Jessie también estaba allí? Sintió una ráfaga de ansiedad ante la idea de que pudiera encontrarse a solo unas millas de ella en este preciso instante.

"Agente Plumley", dijo Ryan, trayéndola de vuelta al presente, "estás en la línea conmigo y con nuestra criminóloga en el caso, Jessie Hunt. ¿Podemos oírnos todos?".

"Yo puedo", dijo Jessie.

"Y yo también", añadió Plumley. "Pero, ¿por qué hace falta una criminóloga en el caso de una persona desaparecida?".

Hubo un momento de silencio cuando tanto Jessie como Ryan se dieron cuenta de lo extraño de su participación.

"A veces", dijo Jessie, lanzándose, "ayuda crear un perfil de la víctima potencial tanto como del perpetrador. Con frecuencia, podemos determinar si alguien fue víctima de un delito o simplemente se marchó basándonos en las pautas de comportamiento previas a su desaparición".

"Ya entiendo", dijo Plumley, aparentemente satisfecho con la respuesta. Jessie estaba bastante contenta consigo misma. Además de sonar convincente, su respuesta tenía el beneficio añadido de ser cierta.

"Entonces, ¿ya estás en el laboratorio del doctor Roy?", preguntó.

“Estaba. Ahora he pedido a un guarda que abra la cerradura de un pequeño anexo conectado con él. Solo llevará un minuto”.

“¿Cabe la posibilidad de que podamos hablar con video?” preguntó Jessie. “¿Y quizá nos puedas mostrar el laboratorio?”.

“Puedo hacerlo”, dijo Plumley. “Dame un segundo”.

Mientras él preparaba el video, Jessie salió de la autovía y aparcó en el aparcamiento de una gasolinera cercana. Para cuando apagó el motor, el video ya estaba en funcionamiento.

“¿Hay alguna imagen de una mujer en la habitación?” preguntó Ryan. “¿A lo mejor un figurín o una foto o algo así?”.

“No”, contestó Plumley mientras recorría el laboratorio con la vista. “El lugar es bastante clínico—solo un puñado de escritorios con monitores encima. No veo nada que refleje personalidad en absoluto”.

“Maldita sea”, escuchó Jessie decir a Ryan entre dientes. “Pensé que sería eso sin duda alguna”.

“Espera”, dijo Plumley. “Ya hemos abierto la oficina. Es diminuta. Creo que solía ser un armario. ¿Queréis que os enseñe lo que hay dentro?”.

“No hará daño”, dijo Jessie.

Plumley movió la cámara lentamente por la habitación. Solo le llevó unos cinco segundos. Había un escritorio pequeño, ordenado, en el rincón, junto a un archivador y una papelera con un poster en la pared encima de ella.

“Tampoco veo nada que me grite “señora” aquí”, dijo Ryan, decepcionado. “¿Quizá le pidamos que eche un vistazo al archivador?”.

“Espera un segundo”, dijo Jessie. “Agente Plumley, ¿puedes ampliar un poco la imagen de ese poster?”.

“Claro”, dijo, y se acercó a la imagen, que parecía ser un logo universitario. A medida que se acercaba, Jessie reconoció un tigre amarillo y negro.

“Eso tiene sentido”, dijo Ryan, claramente pensando en lo que creía era lo mismo que Jessie. “El doctor Roy fue a Princeton. Su logo y su

mascota es un tigre".

Jessie se quedó mirando fijamente al poster, dejando que un recuerdo borroso de su infancia borboteara a la superficie de su memoria. Tras unos cuantos segundos, habló.

"Eso no encaja, Ryan. No hay nada personal en ningún otro lado, ¿y el doctor Roy pone un poster de su alma mater?".

"De acuerdo, eso es cierto", dijo Ryan. "Tengo la sensación de que vas a decir algo más".

"Solo que no se trata del logo de Princeton. El de Princeton es naranja y negro. Este es amarillo y negro. Es de Mizzou—los Tigres de Missouri".

"¿Eres fan suya?", preguntó el agente Plumley.

"No", dijo Jessie. "Pero mi padre sí lo era".

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Jessie no podía oír ni una palabra.

El agente Plumley estaba diciendo algo, hablando de fútbol universitario. Sin embargo, lo único que Jessie podía oír dentro de su mente era el grito ensordecedor de "¡Vamos Mizzou!" mientras su padre saltaba del sillón para animar a su equipo después de que encajaran un touchdown.

Seguramente, ella no tenía más de cuatro años, pero podía recordarle claramente cogiéndola en sus brazos y dándole vueltas por el aire. Recordaba cómo su entusiasmo se le contagiaba, aunque ella no entendiera por qué estaba tan contento. Era uno de los únicos buenos recuerdos de su infancia que incluían a su padre.

"Agente Plumley", dijo, interrumpiendo su monólogo sobre la superioridad de la ofensiva en la costa oeste, "¿puedes hacer el favor de quitar el poster de la pared y ver si hay algo escrito en la parte de atrás? Pero, antes de hacerlo, ponte los guantes para manejar pruebas".

El agente Plumley hizo lo que le había pedido. Tanto Jessie como Ryan esperaron en silencio. Tras varios segundos, el teléfono, que había estado sobre el escritorio apuntando al techo, se enfocó en la parte de atrás del poster, que Plumley colocó sobre el archivador.

"¿Podéis ver eso?", les preguntó.

"La verdad es que no", admitió Ryan. "No está muy claro".

"Parece una anotación escrita a lapicero", dijo Plumley. "Y dice: El papá del Bicho de Verano estuvo aquí. Está deseando verla de nuevo".

*

Finalmente, Jessie empezaba a sentirse más o menos normal.

Después de un trayecto en coche de cuarenta y cinco minutos, estaba

casi llegando a la cafetería en el distrito de Larchmont Village de Hancock Park donde se suponía que se iba a reunir con Andi Robinson. Le había llevado todo este tiempo procesar la situación por entero, pero no había más vueltas que darle—del mismo modo que su padre sabía que acabaría viendo el video en que visitaba a Crutchfield, también había anticipado que encontraría la nota en el poster.

Cuando se había escrito la nota hacía dos años, ninguna otra persona con vida, excepto por Bolton Crutchfield, sabía siquiera el apodo que le había puesto de pequeña. Y ni siquiera Crutchfield conocía la importancia de la Universidad de Missouri en su recuerdo compartido. Esta era la obra de su padre, con la intención de ganarse su atención, y quizás hasta de ponerse en contacto con ella como una retorcida interpretación de afecto paternal. Era demasiado que procesar ahora mismo así que lo olvidó lo mejor que pudo.

De todas maneras, tenía que hacer una llamada, así que, cuando llegó a South Larchmont Boulevard, aparcó debajo de la sombra de un árbol gigante que había delante de una tienda de quesos artesanales y marcó el número. Lacy le respondió al primer tono.

“¿Ya encontraron al que lo hizo?”, le preguntó su amiga con ansiedad, saltándose completamente las galanterías y yendo directa a por el culpable del allanamiento.

“No al individuo que lo hizo, al menos no todavía, pero sabemos quién lo ordenó”.

“Un momento—¿que hay alguien que ordenó el allanamiento de mi apartamento?”, preguntó Lacy, confundida. “¿No se trata de algo al azar?”.

Jessie dudaba en meterse de lleno en ello, pero si quería convencer a Lacy de que no sucedería de nuevo, tenía que darle algunos detalles.

“No”, admitió. “Tenía que ver con un caso en el que estoy trabajando. Alguien estaba tratando de enviarme un mensaje. Por eso no se llevaron nada”.

“¿Un caso? Pero el apartamento está a mi nombre. ¿Cómo supo esta persona que estabas viviendo allí?”.

“Esa es una buena pregunta”, dijo Jessie, “que pretendo investigar con más tiempo en cuanto pueda, pero lo importante es que sepas que me enfrenté a esta persona y que esta clase de cosas no se va a repetir”.

En vez de un sonido de alivio, solo escuchó silencio al otro lado de la línea. De repente, Jessie se sintió incómoda. Lacy casi nunca estaba callada. Algo andaba mal.

“¿Qué pasa, Lacy?”, le preguntó.

“Lo siento, Jessie”, dijo Lacy, con la voz temblando de emoción. “Pero esto no va a funcionar. No puedo pasarme todo el tiempo preocupada de que algún sospechoso en uno de tus casos decida enseñarte una lección o enviarte un mensaje. Tengo un principio de úlcera desde el allanamiento, incluso antes de que me dijeras esto. Ahora no voy a poder pegar ojo de nuevo”.

“Pero esto fue una aberración”, protestó Jessie. Sin embargo, incluso mientras pronunciaba esas palabras, se preguntaba si eso era cierto. No había garantía alguna de que Crutchfield no hiciera alguna otra cosa. ¿Y si su padre se enteraba de dónde estaba viviendo? Lacy tenía todas las razones para estar preocupada.

“Eso no lo puedes saber”, dijo Lacy, expresando la misma preocupación. “No me siento segura. Y no creo que jamás lo haga si somos compañeras de piso. No quiero ser una mala amiga, pero tienes que irte de casa, querida. Y quiero decir, de inmediato”.

Jessie asintió a pesar de que nadie podía verla. Casi podía sentir la sensación de culpabilidad de su amiga a través del teléfono.

“Lo entiendo”, dijo en voz baja. “Eso es muy razonable. Debería haber sido más sensible a tus preocupaciones. Haré las maletas y me iré de allí esta noche”.

“Sigues siendo mi chica”, dijo Lacy, que estaba reprimiendo las lágrimas, algo increíble para Jessie, que jamás le había visto ni de cerca ponerse a llorar. “Podemos seguir saliendo a tomar algo o hacer alguna cosa. Solo necesito saber que el lugar donde descanso por las noches es seguro”.

“Lo entiendo”, dijo Jessie. “No te sientas mal. No estoy disgustada contigo. Está todo bien, ¿de acuerdo?”.

“¿Segura?”.

“Por supuesto, quedamos el fin de semana”, prometió Jessie.

Justamente entonces, vio cómo Andi entraba a Coffee Klatch. Iba vestida de manera informal con unos pantalones de deporte, un jersey

ligero, y una cazadora. Llevaba una gorra de béisbol de los Dodgers con una cola de caballo de su pelo rubio sobresaliendo por la parte de atrás. Jessie miró su reloj. Eran las 3 de la tarde. Llegaba justo a tiempo.

"¿Qué quieres hacer?", preguntó Lacy, en un intento obvio de suavizar el golpe.

"Ya se nos ocurrirá algo", contestó Jessie, esperando no sonar demasiado dura. "Mira, la verdad es que tengo una entrevista con una testigo ahora mismo así que tengo que dejarte, pero ya haremos alguna cosa. No te sientas culpable, Lacy. Yo me encargo de esto".

Escuchó cómo su amiga empezaba a contestar justo cuando le dio al "fin".

Diablos, va a pensar que estoy enfadada.

Le envió rápidamente el emoji de un corazón antes de salir del coche y apresurarse a ir a la cafetería. Cuando entró, vio que Andi había reservado una mesa en el rincón de la casi vacía cafetería y le estaba haciendo gestos para que se acercara.

"Ya pedí lo mío", le dijo. "Tenía que venir hasta aquí y reclamar esta mesa tan coqueta antes de que nos la birlaran. Nunca se sabe cuando se va a llenar el sitio de repente".

"Buena idea", dijo Jessie, siguiéndole. "Además, quieres estar ahí para quitar los estorbos de en medio, ¿no es cierto?".

"Me gusta tu manera de pensar", dijo Andi con mirada de aprobación. "¿Quieres sentarte?".

Jessie asintió. Pidió su desayuno y se sentó, tratando de decidir la mejor manera de abordar el tema de la potencial infidelidad de Victoria Missinger con su entrenador personal. Decidió hacerlo lentamente.

"¿Está aprobado ese estilo en el Club de Campo Beverly?", le preguntó, señalando la gorra de Andi.

"Me gusta tomar riesgos", dijo mientras llegaba su bebida, "excepto por lo que se refiere a bebidas, claro está."

"Por supuesto", asintió Jessie antes de susurrar jocosamente. "¿A qué se deben las precauciones de seguridad respecto a las bebidas?".

“Soy intolerante a la lactosa”, susurró Andi en bromas. “Así que este es un late con leche de soja. Mi lado rebelde tiene sus límites”.

“Ya veo. En fin, no se puede estar constantemente en la brecha. Mirame a mí, por ejemplo. En cierta ocasión, bebí un chupito de sangre de cabra durante unas vacaciones de primavera en México, así que ya ves que soy durilla. Sin embargo, el otro día, me comí una de las patatas fritas de mi amigo, y empecé a ahogarme de tal manera que casi tuvimos que llamar a una ambulancia. Resulta que las habían freído con aceite de cacahuete”.

“Eres de lo más alérgica, ¿eh?”, respondió Andi con compasión.

“Tuve que sacar a toda prisa el inhalador de emergencia. Si no lo llego a tener, puede que no estuviera hoy aquí hablando contigo”.

“De verdad que deberían mencionar ese tipo de cosas en el menú,” dijo Andi. “Estoy segura de que no eres la primera persona a la que le pasa eso”.

“Sabes, puede que lo hayan hecho. Debería haber mirado antes de comerme una”.

“Tiene gracia”, dijo Andi mientras daba otro trago, “mi padre tenía una teoría respecto a eso. Decía que toda nuestra generación es blandengue, que, en su día, nadie tenía alergias o intolerancias. Simplemente aprendían a soportarlo”.

“Quizás los supervivientes lo hicieran. Pero lo siento por el resto de la gente”, saltó Jessie antes de poder frenarse a sí misma. “Lo siento, pero tu padre suena como una persona difícil de tratar”.

“Sí. Ya está muerto”.

“Oh, disculpa”, dijo Jessie, ruborizándose de inmediato. “No quise decir…”.

“Está bien”, dijo Andi, con un gesto conciliador y una sonrisa de pesar. “Difícil de tratar es una manera diplomática de describir a Thoreau Robinson. Otra gente ha sido mucho más gráfica. Supongo que, cuando eres tan inteligente, se te olvidan algunas galanterías cívicas”.

“¿Tipo listo?”, preguntó Jessie, tratando de aligerar un poco el ambiente.

“No estaba del todo mal en el departamento cerebral. Enseñaba ingeniería química en Caltech hasta que logró un gran éxito. Inventó algún tipo de polímero, lo patentó, y así sin más, nos hicimos más ricos que los Beverly Hillbillies”.

“Y en vez de meterte al negocio familiar, ¿decidiste optar por la lucrativa industria de… los clubs de campo?”, preguntó Jessie, arqueando las cejas.

“Así es”, dijo Andi, dando otro trago a su bebida. “Pero no creas que siempre fui así de ambiciosa. Lo cierto es que seguí sus pasos durante un tiempo. Me metí a la misma universidad, aunque fue más bien una cuestión de herencia. ¿Cómo iban a rechazar a la hija de un antiguo profesor que había pagado por un ala en su nombre? Incluso conseguí buenas notas, aunque tuve que trabajar de lo lindo por ellas”.

“Parece que todo te iba bastante bien”, dijo Jessie con neutralidad, insegura de hacia dónde se dirigía la historia.

“Así es. Estaba trabajando en mi master cuando murió. Durante un tiempo después de eso, estudié todavía más, como para honrar su memoria. Saqué un cuatro punto cero el semestre que murió, pero durante el verano siguiente empecé a cuestionármelo”.

“¿A cuestionarte qué exactamente?”, preguntó Jessie.

“Todo ello”, dijo Andi, con los ojos entreabiertos mientras parecía mirar al horizonte. “Por qué estaba utilizando toda mi energía en trabajar por algo que no me apasionaba. Cuando la presión externa de sus expectativas desapareció, me dejó de importar todo aquello. Quería divertirme un poco. Me pasé toda mi juventud intentando estar a la altura de su legado. Cuando ya no tuve que hacerlo más, me sentí libre. Y desde aquel momento, he estado haciendo lo que me hace feliz. Tengo mucho con lo que ponerme al día en ese sentido”.

“Suena como una vida agradable”, dijo Jessie.

“Sinceramente, prefiero esta a la anterior—no me cabe duda. Puede que no esté salvando el mundo, pero tampoco me siento constantemente como un fracaso,” dijo Andi, que entonces volvió su atención hacia Jessie, con la mirada enfocada de nuevo. “¿Qué hay de ti—también tienes problemas relativos a tu papá? ¿Fue duro contigo?”.

“Se podría decir así”, dijo Jessie, en lo que constituía la subestimación del milenio. “En cierto modo, todavía estoy procesándolo”.

“Lo entiendo”, dijo Andi. “No te preocupes. No te presionaré. Tiene gracia, ¿no es cierto? …cómo nos apegamos o rechazamos a nuestros padres. No parece que haya un término medio”.

Lo cierto de esas palabras le golpeó a Jessie como un puñetazo en el estómago. Intentó alejar las imágenes de sus dos padres—uno un asesino en serie, el otro un hombre de la ley—de su mente. Le supuso un enorme esfuerzo contestar sin revelar la agitación que sentía por dentro.

“Entonces”, dijo ella, cambiando de tema torpemente, “si no planeas inventar ningún polímero nuevo la próxima semana, ¿qué haces para mantenerte ocupada?”.

Andi dio la impresión de que quería continuar con la conversación en profundidad, pero decidió seguirle la cantinela a Jessie y reducir la presión, por lo que le contestó en el mismo tono.

“Además de jugar al golf y remodelar mi casa constantemente”, dijo, “no estoy segura de tener ninguna pasión. Solo hace un tiempo que me he permitido abrirme a la posibilidad de enamorarme. Como ya te he dicho, siempre fui muy determinada en mis estudios. Ni siquiera tuve un novio de verdad en la secundaria o en la universidad. ¡Qué embarazoso! Supongo que estoy intentando compensar por el tiempo perdido”.

“Entonces, ¿ya has encontrado al Hombre Perfecto?”, preguntó Jessie, aprovechándose de su apertura. “¿Quizá ese entrenador del que cotilleaban tus amigas del club?”.

“Admito que soy una romántica, Jessie”, dijo Andi, girando los ojos. “Pero ni siquiera yo soy tan ingenua como para pensar que pueda encontrar amor de verdad con un entrenador personal”.

“¿Ni siquiera con Dan Romano?”, preguntó Jessie en bromas. “Mientras estábamos investigando el caso Missinger, nos hemos dado cuenta de que es muy… popular”.

“Mira, no puedo negar que en alguna ocasión haya utilizado sus servicios. Fue muy… complaciente. Pero me gustaría pensar que puedo conseguir alguien mejor”.

“¿Y qué hay de Victoria?”, preguntó Jessie. “El consenso general parece ser que no estaba interesada en ningún servicio extra que él pudiera ofrecer.”

“Por lo que yo pueda decir, Victoria no era la clase de mujer que sea infiel. Si estaba engañando a su marido con alguien, era con esos niños para los que recaudaba dinero. A veces parecía que eso fuera todo de lo que podía hablar”.

“¿Acaso es algo malo?”, se preguntó Jessie.

“No para los niños, obviamente”, dijo Andi. “Pero, en un entorno social, a veces resultaba un poco exagerado. Era imparable y no demasiado sutil a la hora de hacer sentir culpable a los que creía que no estaban haciendo lo que debían”.

“Suena a que tenía una personalidad difícil”, dijo Jessie, intentando sacarle más detalles sin ser demasiado abierta respecto a sus intenciones.

“Mira, no quiero hablar mal de los fallecidos, especialmente de alguien que, a diferencia de mí, estaba intentando salvar al mundo, pero el consenso general por aquí es que podía resultar algo… frágil. Así es cómo empezaron los rumores”.

“¿Rumores?”.

“Sobre Michael”, dijo Andi, bajando la voz, aunque no había nadie más a su alrededor. “Era evidente que admiraba la pasión de su mujer por su labor, pero a la gente le daba la impresión de que hubiera deseado que dirigiera un poco más de esa pasión en dirección suya. Algunos hasta lanzaban indirectas de que podía estar compensando con otras compañías más dispuestas”.

“¿Alguien en concreto?”.

“No tengo información de primera mano”, dijo Andi. “Como dije ayer, no salía con su círculo muy a menudo. Pero, ¿recuerdas lo que dijo Marlene sobre la asistenta cuando nos estabas escuchando a escondidas en el club?”.

“¿Sobre cómo podía querer librarse de Victoria para quedarse con Michael para ella sola?”, recordó Jessie. “Dijo que solo estaba bromeando”.

“Es cierto que dijo eso”, asintió Andi. “Y seguramente estaba bromeando. Sin embargo, no es la primera vez que escucho que puede haber gato encerrado en todo ello”.

“¿Y crees que es así?”, le preguntó Jessie.

“Tengo la tendencia a no creerme el noventa por ciento de lo que escucho por el club. Y normalmente, me guardaría algo así para mí. Pero, como se trata de una investigación de asesinato, me imaginé que debía mencionarlo. Mejor equivocarse por cauta y decir algo que luego puedes comprobar a quedarme callada por discreción, ¿correcto?”.

“Sin duda alguna”, asintió Jessie.

Justo entonces le sonó el vibrador del teléfono. Lo miró y vio que tenía un mensaje de texto de Ryan. Novedades sobre el entrenador, Dan Romano. Llama cuando puedas.

“¿Grandes noticias?”, preguntó Andi.

“Difícil de decir”, contestó ella. “Pero necesito averiguarlo. ¿Te importa si lo dejamos un poco antes de lo previsto?”.

“Lo entiendo perfectamente. Dime si puedo ayudarte en algo más”.

“Puede que lo haga”, dijo Jessie.

“Y cuando termine todo esto”, añadió Andi, “quizá podamos ir a tomar algo por ahí. Me da la impresión de que puede ser divertido salir contigo cuando no estés, ya sabes, investigando asesinatos y cosas así”.

“Eso suena genial”, asintió Jessie mientras se ponía de pie. “Te llamo cuando resolvamos este caso, asumiendo que no me ponga en contacto antes para sacarte más información”.

Cuando regresó al coche, Jessie llamó a Ryan.

“¿Qué pasa?”, le preguntó.

“Ese marido del que Romano estaba preocupado le ha sacudido con un palo de golf. Está inconsciente en el hospital”.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

“¿Qué?”, demandó Jessie con incredulidad mientras salía a toda pastilla de su plaza de aparcamiento y se dirigía de regreso a comisaría.

“Y si puedes creerlo, lo cierto es que pueden ser noticias útiles”.

“¿Cómo es posible?”, quiso saber Jessie.

“Resulta que el marido en cuestión—que se llama John Kasdan—lleva algún tiempo sintiendo sospechas. Ha estado siguiendo a Romano para ver si se encontraba con su mujer. Les pilló a los dos juntos esta tarde y explotó.”

“Sigo esperando a las buenas noticias”, dijo Jessie.

“Cierto”, recordó Ryan. “Bueno, no fui yo quien le entrevistó, pero al parecer, Kasdan ha sido de lo más cooperativo. Supongo que se encontraba en ese estado de ánimo triunfante, del marido que acaba de salirse con la suya después de vengarse. Dijo que lleva siguiendo a Romano varios días, tomando fotos, haciendo una lista de sus movimientos. La lista es muy detallada. Y no muestra que Romano estuviera en ningún lugar cercano a la casa de Victoria Missinger. Además, las fotos que tomó Kasdan tienen sello temporal y algunas de ellas se hicieron en el marco temporal en que Victoria fue asesinada. Romano estaba ocupado con otras cosas en ese momento”.

“Entonces, básicamente, ¿el mismo hombre que le pegó a Dan Romano también es su coartada para el caso de asesinato?”, concluyó Jessie.

“Así es”,

“Bueno, eso encaja con lo que me ha dicho Andrea Robinson”, dijo Jessie. “No había ningún rumor en el club sobre Victoria y Romano. ¿Va a recuperarse?”.

“Es demasiado pronto para decirlo. Según los testigos, le dieron varios golpes en la cabeza”.

“Uf, así que le podemos tachar de la lista de sospechosos. ¿Aunque puede que acabe con daños cerebrales? No sé si le hará mucha gracia ese trato”.

“Seguramente no”, dijo Ryan. “Y ya que estamos hablando de pistas que no llevan a ninguna parte en este caso, tengo otra para ti”.

“Genial”, dijo Jessie mientras pisaba el freno. Tenía una pared de tráfico de la tarde por delante suyo. “No dejan de llegar”.

“Bienvenida al LA.P.D. La cuestión es que nuestro equipo técnico miró la cinta de la cámara de seguridad de la casa de los Missinger. No hay nada para el periodo en que murió. Toda la red de la zona sufrió un apagón”.

“¿Y no tienen esos sistemas baterías de respaldo?”, preguntó Jessie.

“Así es, pero esta solo dura unos cuarenta y cinco minutos. El apagón empezó a la una y nueve minutos del mediodía. La hora aproximada de la muerte que nos dio el examinador médico fue entre las 2 y las 4 de la tarde. Así que hay un largo periodo de tiempo sin monitorear”.

“Vaya”, murmuró Jessie, que seguía viendo luces de freno hasta donde alcanzaba la vista. “¿Hay más malas noticias para mí?”.

“Lo cierto es que sí”, dijo Ryan con pesar. “Acabo de ver la cinta de seguridad de tu apartamento a la hora del allanamiento. Quienquiera que lo hizo era muy consciente de que le estaban filmando. Puedo decir que el perpetrador era un hombre en base a su altura y complexión, pero no se puede distinguir mucho más. Llevaba un jersey con gorro y guantes y mantuvo la cabeza agachada todo el tiempo. No pude determinar su raza ni su edad. Solo que se trataba de un hombre, de aproximadamente un metro ochenta y cinco a un metro noventa de alto y de entre setenta y ocho y ochenta y cinco kilos de peso”.

“A lo mejor le puedo contar las novedades a Lacy mientras me mudo”, dijo Jessie con sarcasmo.

“¿Qué?”.

“Dice que no se siente a salvo conmigo viviendo allí”, le dijo Jessie. “Y no puedo culparle. No lo está. Crutchfield podría enviar alguien más. Mi padre podría encontrar el lugar. Cualquier compañera de piso nueva es una potencial víctima. Por eso me voy a alojar en hoteles hasta que encuentre un lugar nuevo. Espero poder llevarme solo lo que necesito por ahora y dejar allí el resto de mis cosas hasta que encuentre una residencia más permanente”.

“¿Cuándo te vas de allí?”, preguntó Ryan.

“En cuanto terminemos el día”.

“¿Por qué no vas para allí ahora?”, le sugirió. “No hay nada urgente aquí que tengas que hacer esta tarde. Lo retomaremos por la mañana”.

“Gracias, Ryan. Eso sería como un salvavidas. Con el tráfico que hay ahora mismo, puede que todavía me lleve otra hora recorrer las seis millas de vuelta a casa, pero hay algo que quiero comprobar a primera hora de la mañana”.

“¿De qué se trata?”.

“Todavía no he visto la cinta de tu entrevista con la asistenta, Marisol Méndez. Ya sé que estaba fuera de la ciudad a la hora del asesinato, pero Andrea Robinson indicó que la gente en el club parece pensar que está limpiando algo más que los suelos. Si eso es cierto, quizá podamos presionarla un poco y conseguir que desvele algunas cosas. Sigo con la sensación de que hay más cosas sobre esta pareja de las que sabemos. Si es cierto que Marisol estaba acostándose con su jefe, tendremos algo en lo que apoyarnos para hacer que sea más cooperativa”.

“Tendré la entrevista lista y esperándote por la mañana”, prometió Ryan. “Y otra cosa más…”.

“¿Qué?”, preguntó Jessie, notando el tono de titubeo en su voz.

“Si necesitas un par de sugerencias para sitios donde te puedas quedar a corto plazo, te puedo enviar unas cuantas. Durante el transcurso de mi felicidad conyugal, me he visto forzado a pasar unas cuantas noches fuera de casa cuando el sofá no era suficiente. Conozco un par de sitios en el centro que no cuestan un ojo de la cara y no requieren que te acuestes con cucarachas”.

“¡Oh, vaya! Claro, tomaré esa lista, por favor. Y algo de spray para cucarachas también, por si acaso”.

“Te las envío por mensaje de texto en un rato. La lista de lugares, no el spray para cucarachas. Que tengas una buena noche, Jessie”.

“Gracias, tú también”, dijo Jessie.

Colgó el teléfono y trató de alejar el pensamiento de las cucarachas de su mente enfocándose en la tarea que tenía por delante—dejar el apartamento de Lacy. Solo esperaba que eso no significara que también estaba dejando atrás su amistad.

Quería creer lo que le había dicho Lacy, que podían seguir siendo buenas amigas. Y básicamente lo habían sido desde que se mudara a Orange County. Sin embargo, esto era diferente. Lacy estaba increíblemente enojada por algo de lo que Jessie era responsable, aunque no fuera intencionalmente. No había manera de que no afectara su amistad de ahora en adelante.

Jessie no podía evitar pensar lo extraño que era que, justo cuando una amiga de toda la vida estaba creando un vacío en su vida, otras mujeres estaban apareciendo para llenar el hueco. Jessie sabía que iba a tener que rechazar la sugerencia de Kat de que fueran compañeras de piso por su propia seguridad, pero el mero hecho de que sacara la idea a colación sugería una calidez inesperada entre ellas. Considerando lo combativo que había sido su primer encuentro cuando Jessie se presentó a entrevistar a Bolton Crutchfield, resultaba increíble ver lo mucho que habían avanzado.

Y ahora cabía la posibilidad de que también Andi Robinson pudiera ser material decente para establecer una amistad. A Jessie le gustaba la manera en que disminuía su importancia constantemente. Estaba claro que estaba forrada de dinero, pero no había permitido que se le subiera a la cabeza. Tampoco hacía daño que no estuviera implicada con las fuerzas de la ley. Podía ser divertido pasar algún tiempo con alguien local que no supiera distinguir un APB de un IED. Claro que, si empezaban a salir juntas más a menudo, tenía que ser cauta de evitar la charla sobre el Querido Papaíto. Aunque era evidente que compartían problemas con sus padres, cuanto menos supiera Andi sobre la magnitud de los de Jessie, mejor.

Al pensar en el terrible modelo parental que había sido Xander Thurman, Jessie recordó que su padre adoptivo, Bruce Hunt, era exactamente lo opuesto. De alguna manera, su distanciamiento desde que su madre recayera con cáncer había alterado su visión sobre él.

Cuando pensaba en él ahora, imaginaba su rostro desaprobatorio cuando le dijo que se iba a casar con Kyle. En retrospectiva, quizá ella debiera haber sido tan precavida como su guardián.

Se acordó de su blanda reacción cuando le dijo que pensaba estudiar un master en psicología forense, pero ahora podía ver que seguramente le preocupaba que se sumergiera de nuevo en el mundo del trauma que había definido su infancia.

Mirando hacia atrás, era evidente que todos los momentos que en su día ella había considerado como excesivamente críticos o juzgadores

por su parte no eran más que una expresión de un padre preocupado. Y aunque claramente algunas de sus elecciones no le habían entusiasmado, tampoco había tratado de convencerla de lo contrario.

Le hacía preguntas, indagaba, pero, al final, las decisiones siempre recaían sobre ella y él siempre la apoyaba, hiciera lo que hiciera. Bruce Hunt había sido un padre en todos los sentidos que ella había necesitado, incluso aunque no lo supiera en su momento.

Entonces, ¿por qué soy tan dura con él?

Jessie cogió el teléfono y le llamó. Fue directamente al buzón de voz, por lo general una señal de que lo había apagado para cuidar de su madre o para poder concentrarse en el póquer con los chicos. Después de escuchar el pitido, dejó un mensaje.

"Hola, pa. Solo quería hablar contigo y ver cómo estás. Si estás jugando al póquer, espero que estés ganando un montón de M&Ms. Por aquí, el trabajo va bien, me estoy aclimatando. Todavía sigo lidiando con algunos problemillas causados por las ruinas candentes de mi matrimonio.

"Pero, por lo demás, me encuentro bien. Estaba acordándome de esa primera vez que me llevaste a esquiar a las colinas cerca de Cloudcroft. Creo que me caí unas treinta veces a la hora mientras estábamos allí. Me acuerdo de gritarte, de decirte que habías torcido mis esquíes a propósito. Y tú simplemente me ayudaste todas las veces, me quitaste la nieve de encima, y seguimos donde lo habíamos dejado. Nunca me gritaste. Nunca giraste la mirada con desprecio. Nunca perdiste la paciencia, al menos no visiblemente. Solo quería decirte que te agradezco eso. No lo hice entonces, pero ahora sí. De todos modos, como te dije, solo llamaba para ver cómo estas. Estaré en contacto. Adiós".

CAPÍTULO VEINTICINCO

Jessie no entendía cómo nunca antes lo había notado.

Solo estaba a unas manzanas del apartamento de Lacy, esperando detrás de otro semáforo interminable, cuando vio el letrero: Centro de Compromiso con los Niños del Centro. Esa era la organización caritativa con la que había cooperado Victoria Missinger.

A pesar de que ya había oscurecido afuera, todas las luces del centro estaban encendidas. Todavía estaba abierto. Entonces se reprendió a sí misma por sorprenderse.

Pues claro que está abierto. Los problemas de estos niños no se acaban a las seis de la tarde.

Cuando la luz cambió a verde, se movió hacia la derecha y aparcó delante del centro. Apagó el motor del coche y se quedó allí sentada un momento, sin saber a ciencia cierta lo que planeaba hacer a continuación. Entonces, tras decidir que iba a dejar que le guiaran sus instintos, se bajó del coche y se dirigió a la puerta de entrada.

Lo primero que notó fue la seguridad. No era del nivel del DNR, pero había verjas de seguridad exteriores e interiores y cámaras apostadas en diversos lugares. Alguien había pagado una buena cantidad de dinero para garantizar la seguridad de este sitio. Estaba bastante segura de quién lo había hecho. Llamó al timbre de la puerta y salió una voz femenina por el sistema de sonido.

“¿En qué puedo ayudarle?”.

“Me llamo Jessie Hunt. Me gustaría hablar con el director del programa”.

Le abrieron la puerta y le salió a recibir a la segunda verja un guardia de seguridad que se disculpó antes de cachearla de arriba abajo. Después de que le admitieran dentro del edificio, le dirigieron para que pasara por un detector de metales. Después de eso, le recibió un segundo guardia de seguridad que le dijo unas palabras que seguramente repetía docenas de veces al día.

“Estas instalaciones no permiten tomar fotos no autorizadas. Haga el favor de permanecer en las zonas designadas. No interactúe con los

menores sin autorización previa de un miembro del personal. El lenguaje profano no está permitido. Si no cumple con esta regla, ello resultará en su expulsión inmediata y potencial arresto. Haga el favor de firmar este formulario que indica que le han informado sobre estas normas y que las va a seguir".

Jessie firmó el formulario y se lo devolvió.

"¿A quién ha venido a ver?", le preguntó el guardia.

"A quienquiera que esté al mando", dijo Jessie.

El guardia le hizo un gesto para que le siguiera por el pasillo. Jessie notó que, en el instante que doblaron la esquina desde la recepción, el ambiente de las instalaciones cambiaba por completo. La zona de la entrada era de lo más clínica, con paredes blancas, luces fluorescentes, y suelos embaldosados. Este sector estaba enmoquetado y pintado de amarillo, y había dibujos de niños enmarcados y colgados en las paredes. Se podía escuchar una música clásica que recordaba en parte al ambiente vacacional y que sonaba a través de los altavoces que había por todas partes.

El guardia se detuvo en la puerta de una oficina con una placa al lado que decía Roberta Watts, Directora del Programa. Jessie echó un vistazo al interior. El lugar estaba hecho un lío, con torres de sobres de manila y cajas de banco. Una esquina de la oficina tenía un sofá de tamaño infantil decorado con animales de peluche. Una mesita cercana estaba cubierta de libros.

"Señorita Watts, tiene una visita", anunció el guardia en voz alta.

La cabeza de una mujer que por lo visto había estado sentada en el suelo apareció desde detrás de una de las cajas de banco.

"Gracias, Kim, yo me encargo a partir de ahora", dijo, poniéndose de pie y acercándose para estrecharle la mano a Jessie.

Cuando lo hizo, Jessie la examinó. La mujer era toda una amazona. Con más de un metro ochenta de estatura y noventa kilos de peso, daba la impresión de que podía encargarse de la seguridad por sí sola. Mujer afroamericana de unos cuarenta y tantos años, se movía con un garbo al caminar que Jessie envidió. Tenía una amplia sonrisa que era todavía más impresionante, considerando la hora del día.

"Soy Roberta Watts", dijo, extendiendo la mano. "Yo llevo este manicomio".

“Encantada de conocerte”, dijo Jessie, intentando no gemir ante el fuerte apretón que le dio Roberta. “Soy Jessie Hunt”.

“Jessie, ¿qué puedo hacer por ti? Ya sé que no se trata de una inspección del departamento de salud a las seis y veintiún minutos de la tarde. Todos los pagos están al día así que no eres un acreedor. Eso quiere decir que estás aquí con muy buenas o muy malas noticias. ¿Puedo esperar que seas una buena samaritana que está aquí para hacer una donación generosa?”.

A Jessie no le parecía que pudiera ponerse a hablar de Victoria sin más preámbulos, así que se desvió del tema.

“No sé si tengo los recursos para eso ahora mismo”, dijo. “Pero vivo en la zona y sentía curiosidad por las instalaciones. ¿Tienes un momento para hablarme de ello?”.

“Por supuesto. Siempre tenemos tiempo para potenciales contribuidores. Te daré el mini-tour. Sígueme”.

Salió de su despacho y ya iba a mitad del pasillo antes de que Jessie se pusiera a su altura. Se metió de lleno en lo que claramente era su discurso habitual.

“Somos una organización sin ánimo de lucro diseñada para ayudar a los niños a desarrollar habilidades para la vida proporcionando un entorno seguro. Ofrecemos alojamiento a corto plazo para niños y jóvenes entre familias de acogida que no tienen acceso en este momento a las instalaciones residenciales a largo plazo. Proporcionamos servicio de guardería gratuito y de bajo costo para padres que trabajan por debajo de la línea de pobreza. Ofrecemos comidas, educación in situ, terapia, y recursos de salud física y mental y bienestar general. Estamos abiertos veinticuatro horas al día, siete días a la semana, trescientos sesenta y cinco días al año. Somos una asociación pública y privada; un setenta y cinco por ciento de nuestros fondos proviene de contribuidores privados y el otro veinticinco por ciento lo provee la ciudad y el condado. En enero, celebraremos nuestro quinto aniversario”.

Cuando doblaron la esquina, el pasillo se abrió a una sala grande llena de estructuras de plástico para jugar, pufs, y un centro de Lego y de bloques. En una esquina había una mesa de ping-pong. En otra había una canasta de baloncesto. Una tercera esquina albergaba rayuelas y cuerdas para saltar a la comba.

Había niños por todas partes, corriendo, saltando, y rodando por el

suelo. Todos llevaban pantalones de chándal azul marino y camisetas azul claro con la palabra “Compromiso” impresa en ellas. Observó cómo una niña daba seis volteretas en una fila de esterillas al final de la sala. Cuando terminó, se puso en pie y se inclinó como si acabara de completar una rutina ganadora de una medalla de oro.

“¿Por qué llevan esos pantalones y camisetas?”, preguntó Jessie.

“Hasta en un entorno como este, donde hay niños que lo pasan mal, pueden darse bromitas abusivas sobre la ropa. Algunos niños solo tienen una camisa. Otros solo tienen unos pantalones cortos y no tienen vaqueros. Algunos llevan sandalias pegadas con cinta adhesiva porque no pueden permitirse zapatos de verdad. Aquí, todo el mundo recibe una camisa y unos pantalones y se les obliga a ponérselos. Eso elimina algunos conflictos, que no todos. También les damos ropa interior limpia, calcetines, y, cuando es posible, zapatos”.

“Dijiste que tres cuartos de vuestros fondos vienen de donantes privados. ¿Es eso más bien corporativo o individual?”, preguntó Jessie, finalmente encontrando la manera de meterse en el tema que había venido a discutir.

“Es una combinación”, dijo Roberta Watts, con la voz ligeramente quebrada. “Nuestro principal recurso es una fundación establecida por una persona. Coordina las donaciones de todos. Por desgracia, la mujer que la lidera murió esta semana”.

“Lo lamento mucho”, dijo Jessie, sin saber por qué no puso sus cartas sobre la mesa en ese momento.

“Sí, es una enorme pérdida. Obviamente, estamos preocupados por lo que le vaya a pasar al centro desde el punto de vista financiero. Esta mujer—que se llamaba Victoria Missinger—era imparable a la hora de conseguir los recursos que necesitábamos. Y, además, a nivel personal, también resulta muy duro”.

“¿Erais íntimas amigas?”, preguntó Jessie.

“La verdad es que no. Ella no era la clase de persona que resultara muy cálida, al menos no con los adultos. Pero con los niños, era una historia diferente. La adoraban. Se tiraba al suelo y jugaba a las muñecas con ellas. Se ponía a correr y a jugar a pillar. Les leía a la hora de las historias. Era tan blanda con ellos como dura cuando trataba con un donante que se resistía. Todavía no se lo he dicho. No estoy segura de cómo se lo van a tomar. Estos niños han pasado por mucho, pero, para ellos, la señorita Vicky era una roca, alguien con

quien siempre podían contar. Ahora ya no pueden".

Ahora fue cuando la magnitud de la muerte de Victoria Missinger le impactó a Jessie de verdad. Hasta ahora, había visto a esa mujer como a una pieza en un puzle que había que resolver. El hecho de que hubieran descrito repetidamente a Victoria Missinger como alguien distante, incluso frío, había reforzado esa percepción.

Sin embargo, mirando a Roberta, que estaba mirando fijamente a los niños con una mirada turbia, se dio cuenta de que esto era algo más que un juego al que ganar. Docenas de vidas—vidas infantiles—podían acabar por ser arruinadas debido a la muerte de esta mujer.

En ese momento, Jessie se juró a sí misma que Victoria obtendría toda la justicia que ella pudiera proporcionarle.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Si esto era lo que Ryan Hernández consideraba un hotel decente, Jessie no quería ni imaginarse lo que consideraría como condiciones inaceptables de habitabilidad.

Cierto, esto solo era para una noche y la mayoría de sus sugerencias habían sido opciones semanales, pero, aun así, no resultaba realmente acogedor. Al menos estaba limpia. No había visto ni una cucaracha. Pero la habitación olía a moho, como su no hubieran abierto las ventanas en varios meses.

Era más bien un motel, con una puerta que daba a un aparcamiento ruidoso y excesivamente iluminado. La máquina del hielo estaba afuera y al final del pasillo, lo que significaba que podía haber estado en Siberia. De ninguna manera iba a salir Jessie en su ropa de andar por casa con estas temperaturas gélidas. Habría que conformarse con el agua a temperatura ambiente en su taza de plástico.

Quitó la cubierta a la cama (¿quién sabe cuándo fue la última vez que la lavaron?) y se tumbó en una de las dos camitas de la habitación—no había ninguna cama doble disponible para esta noche. El papel de la pared de color verde lima se estaba empezando a despegar por los bordes y la foto que había en la pared estaba desgastada, aunque parecía ser de una colina común, yerma, que ni siquiera se merecía que le hicieran una foto.

La almohada tenía bultos, al igual que el colchón. La estructura de la cama crujía. El control remoto no funcionaba y como no había botones en el televisor, tuvo que decidirse entre ver una reposición de La Familia de Mamá o apagar la televisión por completo. La acabó apagando.

Tumbada allí, se recordó a sí misma que este lugar sin duda era infinitamente preferible a la situación de muchos de los niños que acababa de ver. Ellos no tenían sus propias habitaciones o televisiones o baños privados. Y, aun así, tenía la sospecha de que eran felices con lo que tenían.

Jessie apartó la imagen de esos niños de la mente. Era demasiado para un solo día. Estaba debatiendo consigo misma si irse ya a dormir, aunque solo eran las 9:30, cuando le llegó un mensaje de texto. Era de

su agente inmobiliario. Los potenciales compradores de la casa habían rechazado su contraoferta. Tenía que aceptar su oferta inicial o dejarla pasar. Y tenía que decidirlo para las nueve de la mañana siguiente o iban a retirar la oferta sin más dilación.

Una parte de ella quería decirles que no para vengarse de ellos. No le hacían gracia sus estrategias rígidas y, en otras circunstancias, les habría dicho que se fueran al carajo. Sin embargo, no había garantía alguna de que apareciera algo mejor enseguida. Esta era, después de todo, la casa donde un hombre enloquecido había maniatado a su mujer y había tratado de asesinarla a ella y a dos vecinos. Ese tipo de cosas solían reducir el valor de las casas. Y esta gente lo sabía muy bien.

En ese preciso instante, Jessie decidió que no merecía la pena luchar por ello. Solo quería deshacerse de la casa. Ni siquiera había deseado estar allí para empezar. Y hasta asumiendo una pérdida, acabaría liquidando siete cifras por la venta. Entre eso y lo que le tocaba en el divorcio iba a estar más que cómoda—quizá no tanto como Andrea Robinson, pero con más que suficiente como para despreocuparse un poco. Y a la luz de lo que acababa de ver a solo unas manzanas, parecía grosero rechazar la oferta. Además, en este momento el hecho de poder dejar todo esto atrás le merecía más la pena que obtener el mejor precio posible.

Respondió con un mensaje de texto para decir que aceptaba la oferta. La respuesta llegó menos de sesenta segundos después. Tenían un acuerdo. Tenía que presentarse en Westport Beach a las diez de la mañana siguiente para firmar los papeles. Eso significaría retrasar su repaso de la cinta de la entrevista con la asistenta, pero si significaba que por fin se resolvería el asunto de la casa, Marisol Méndez podía esperar unas cuantas horas más.

Jessie apagó la luz y se quedó mirando al techo, iluminado por las luces del aparcamiento a pesar de las gruesas cortinas. Intentó alejar los pensamientos negativos de su mente y enfocarse en lo positivo. Iba a vender la casa. Tenía un nuevo comienzo por delante. Había llegado a lo que la doctora Lemmon calificó de “avance” en lo que se refería a su percepción de su padre adoptivo. Y aun así…

No podía evitar ver el otro lado de las cosas. Profesionalmente, las cosas no estaban demasiado claras. Había un hombre—Dan Romano—que ya no era un sospechoso viable. Las cámaras de seguridad de la casa que podían haber desvelado la identidad del asesino no habían grabado nada y se veía reducida a rastrear los rumores sin corroborar

de una asistenta adúltera. Y ahora, hasta eso tenía que esperar porque tenía que vender la casa que había comprado con el hombre que había intentado matarla.

Además de eso, estaba durmiendo en un motel con un olor difícil de identificar que bordeaba en lo nauseabundo. Y eso se debía a que su más antigua amiga le había echado de casa, poniendo en duda su amistad, todo porque un asesino en serie había tratado de darle una lección. Y ese ni siquiera era el asesino en serie que le tenía más preocupada. Su padre se llevaba ese título.

Jessie se echó a reír ante el humor negro que había en todo ello. Pero, después de un momento, la lúgubre sonrisa en su cara se desdibujó cuando le impactó de verdad la magnitud de todas esas cosas terribles. Sintió cómo su cuerpo se hundía en el colchón abultado, irregular, al tiempo que la enormidad de las crisis en medio de las que se encontraba comenzaba a hundirla. Una depresión sombría rodó sobre ella como una niebla costera. No era una de esas depresiones que te hacen "querer empotrar el coche contra un camión". Más bien, era como si estuviera moviendo una mochila de treinta kilos de un lado a otro, una que no se podía quitar de encima. Quizás, después de todo, la doctora Lemmon no se iba a sentir tan orgullosa de ella.

Se puso los tapones baratos para los oídos que había comprado en la droguería, rodó hacia el lado opuesto a las luces del aparcamiento, y poco a poco, se metió en un sueño inquieto y perturbador.

*

Su padre estaba sentado en la mecedora enfrente de ella, tallando algo.

La pequeña Jessica había dejado de luchar para liberar sus brazos ya que los cortes eran profundos y le dolían al intentar cualquier movimiento. Además, él simplemente se los volvería a atar.

Jessica volvió la vista hacia el cuerpo sin vida de su madre. Aunque llevaba horas muerta, de vez en cuando los grilletes que le sujetaban los brazos a la viga del techo se movían imperceptiblemente y ella se sacudía muy levemente. Jessica sabía que se acercaba un movimiento cada vez que crujía la madera.

Su padre, Xander Thurman, parecía ignorar por completo los pequeños movimientos de su ahora difunta esposa. Seguía tallando, cortando una pequeña pieza de madera en algo que Jessie no podía ver dentro de sus enormes manos. Notaba las virutas de madera que caían al suelo a intervalos casi regulares.

“Sabes, bicho de verano”, dijo su padre en esa voz bajita, tranquila, “la familia es lo más importante. Nunca te olvides de eso”.

Entonces depositó la talla de madera en el suelo, se puso su abrigo, abrió la puerta, y salió afuera. Jessie no lo sabía en ese momento, pero esa sería la última vez que vería a su padre.

Cuando ya se hubo marchado, reunió el coraje para mirar lo que había tallado antes de dejarlo a sus pies. Era un corazón de San Valentín.

Con las pocas fuerzas que tenía en su voz cansada, afónica, infantil, la pequeña Jessica Thurman empezó a gritar.

Y tumbada en esa cama con bultos de la habitación de motel, en medio de su sueño inquietante, también lo hizo Jessie Hunt.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Jessie fingió no estar nerviosa. Había visitado a muchos presos en muchas cárceles. Había ido a visitar a un asesino en serie en una instalación psiquiátrica de máxima seguridad más de una docena de veces. Creyó que ni se inmutaría, pero esta cárcel era muy diferente de la de Bolton Crutchfield. Aquí era donde su marido, Kyle, estaba retenido.

La Prisión Central para Hombres de Orange County solo estaba a tres millas de la playa, pero jamás lo hubiera adivinado. Situada en un terreno plano rodeado de varias colinas, la habían ocultado amablemente de la vista que tenían de la zona los residentes adinerados. A primera vista, parecía más bien una oficina de máxima seguridad en vez de una cárcel.

Sin embargo, cuando entró a la propiedad, esa falsa percepción fue inmediatamente corregida. Jessie ya había pasado por dos detectores de metales y dos cacheos para sentarse en la sala de comunicación donde esperó a que los agentes trajeran a Kyle para hablar con ella.

Se sentó en una silla atornillada al suelo que estaba delante de un panel de cristal con un teléfono anticuado acordonado a la pared. Cada "cabina de comunicación" estaba separada por un mero divisor de corcho que tenía la intención de proporcionar un amago de privacidad.

A la izquierda de Jessie, una mujer con un niño pequeño en su regazo estaba sentada enfrente de un tipo muy gordo que tenía la cabeza rapada. Tanto la madre como el hijo estaban llorando, pero el hombre no tenía lágrimas en sus ojos. A su derecha, el hombre sentado junto a ella sonaba como si estuviera realizando algún tipo de negocio con el prisionero sentado al otro lado del cristal. Escuchó palabras como "paquete" y "teniente" y se preguntó si sabían que todo lo que decían estaba siendo grabado.

Mientras esperaba, los pensamientos de Jessie regresaron al transcurso de su mañana. Había dormido bastante mal y se había despertado sobre las 5 de la mañana, así que había decidido ir pronto a Westport Beach para evitar el tráfico. De camino, le había enviado un mensaje de texto a Ryan para decirle que había cambio de planes. Él le contestó, diciendo que se encargaría de todo con el capitán Decker

hasta que ella estuviera de vuelta.

Llegó a Westport justo después de que dieran las siete de la mañana. Y como tenía tres horas por delante antes de firmar los documentos, decidió conducir por el vecindario que había acabado odiando. Pasó por la casa de Melanie y Teddy Carlisle, la pareja que Kyle había intentando matar junto con ella misma. Excepto por algunos mensajes de cortesía, había perdido contacto con Mel, la única persona que le caía bien de verdad por estos lares. Lo lamentaba, pero parecía un pequeño precio que pagar por dejar todo este mundo atrás.

Después de eso, pasó por su propia casa, la mansión de lujo que iba a vender en unas cuantas horas. Parecía tan inocua e insulsa desde la calle. Jamás se podría adivinar que aquí era donde un matrimonio se había deshecho, el plan de un marido para inculpar a su mujer por asesinato había sido desvelado, había habido un aborto, y tres personas casi habían acabado siendo asesinadas.

Tras comprar algo para desayunar, se fue a la oficina de la inmobiliaria para firmar los documentos de la venta, un proceso que, aunque llevara su tiempo, también era, por suerte, soporífero.

Después se fue al puerto, donde se erigía el ahora clausurado Club Deseo todo tristón sobre el muelle. Como resultado de los crímenes de Kyle, incluido el asesinato de una empleada del club, las autoridades locales llevaron a cabo una investigación más a fondo y descubrieron que el club de yates al que pertenecían también era una fachada para un negocio de prostitución de lujo. No era poca la satisfacción que sentía Jessie al saber que un lugar que había detestado tanto estuviera ahora vacío.

Encontró un lugar en lo alto de un acantilado con vistas al puerto y aparcó. Desde aquí, tenía una amplia vista del Océano Pacífico, pero sus ojos se sentían atraídos por un saliente rocoso al extremo del puerto, que sobresalía del agua y estaba rodeado de boyas que intentaban advertir a los barcos para que no se acercaran.

Ahí era donde Kyle había arrojado el cuerpo de Natalia Urgova, la camarera del club y prostituta a tiempo parcial con la que se había estado acostando hasta que le había resultado inconveniente. Jessie solo había coincidido con Natalia en una ocasión y no había sido una introducción cálida, pero recordaba cada detalle del rostro de la chica, en parte porque la veía muy a menudo en sus sueños.

Una verja se cerró de golpe y Jessie volvió bruscamente al presente.

Estaban trayendo a Kyle a la cabina. Hasta con el buzo gris que llevaba puesto, su marido tenía un aspecto estupendo. Era alto y rubio, con unos ojos de color azul brillante y hombros anchos, y todavía podía reconocer al hombre del que se había enamorado.

Por supuesto, ese Kyle Voss—el rastrero pícaro pero entretenido que le había seducido en la universidad—no había existido nunca o había dejado de serlo hacía mucho tiempo. El hombre que tenía delante le había mentido y manipulado durante meses, si no años. Le ponía del hígado pensar en lo fácilmente que le había engañado, y además era más bien vergonzoso, considerando lo que hacía para ganarse la vida. Quizá esa fuera la razón de que estuviera aquí ahora—para encontrarle algo de sentido a lo que había pasado.

Agarró el teléfono cuando él se sentó y él hizo lo propio desde su lado del cristal.

“Hola cielo”, le dijo Kyle con una mezcla de humor y malicia. “¿Me echaste de menos?”.

“Te sorprendería saber qué poco”, le contestó.

“Lo dudo. Tu vida era mucho más excitante conmigo en ella”.

“Excitante es una manera de decirlo”, caviló Jessie. “Pero he conseguido encontrar otras cosas que me interesan bastante. Te sorprenderías”.

“Oh, no creo que me sorprendiera”, dijo, con los ojos centelleando de júbilo. “También me entero de muchas cosas por aquí. Sé que ahora estás trabajando a jornada completa con la madera”.

“¿La madera?”, repitió Jessie, casi riéndose.

“Supongo que, ahora que estoy entre rejas, tengo que hablar con cierto estilo”, explicó, obviamente sin un gramo de seriedad. “¿Resulta convincente?”.

“Necesita un poco de pulido, pero creo que está muy bien que te estés intentando adaptar a tu nuevo entorno”.

Kyle se la quedó mirando, con una sonrisa asomando a sus labios sin aparecer del todo.

“Tiene gracia lo rápido que recaemos en la misma conversación resentida de siempre, ¿eh?”, indicó.

“Creo que refuerza la razón por la que nuestro inminente divorcio es una idea estupenda”, señaló ella. “No tenemos lo que yo llamo una relación saludable”.

“No existe tal cosa, Jessie”.

“Algunos dirían que ese es el tipo de mentalidad que te puso en el camino que te ha traído hasta aquí”.

“¿Estás haciendo mi perfil cariño?”, le preguntó, sonriendo con sarcasmo.

“No. No tienes que ser un criminólogo para hacer esa deducción. Y, además, descifrarte no es mi trabajo. Solo me parecía que haría los honores a las ruinas de nuestro matrimonio viniendo a verte en persona para decirte que el divorcio será finalizado a principios del nuevo año—el dos de enero, para ser exactos. Así que disfruta de las dos semanas que te quedan de nuestra felicidad conyugal, querido”.

“Eso resulta cruel, Jessie”, dijo él, fingiendo decepción.

“Sí”, dijo Jessie, sonriendo, “la verdad es que sí”.

“Bueno, pues gracias por avisarme. Aunque debería decirte algo—tengo mis planes, amor mío. Tengo intención de librarme de estos cargos. Y cuando lo haga, voy a seducirte y a conquistarte de nuevo. Voy a esperar a que estés dormida, hacerme con una barreta de neumáticos, y voy a golpearte hasta que no seas más que una masa informe de huesos quebrados, tiras de piel y sangre que sale a borbotones. Será algo especial”.

“Entonces”, dijo Jessie, poniéndose de pie y asegurándose de que tenía una expresión vacía, “creo que nuestra charla ha terminado. Muchísimas gracias por recordarme por qué no te voy a volver a ver en la vida. Y buena suerte con eso de que “no te acuchillen aquí dentro””.

Colgó el teléfono al tiempo que él le respondía. No pudo escuchar nada de lo que decía y tampoco se dio la vuelta para averiguarlo.

*

La doctora Lemmon le respondió al primer tono.

Jessie estaba conduciendo de regreso desde Westport al centro de la ciudad cuando el sentimiento de pánico le surgió de repente y marcó el número de su terapeuta, esperando que estuviera en su hora del almuerzo y pudiera hablar con ella.

“Hola, Jessie”, dijo la doctora, con su reconfortante voz de costumbre. “¿Cómo estás?”.

“He estado mejor”, admitió.

“Dime lo que pasa”.

Jessie procedió a contarle lo que había transpirado en las últimas horas, empezando por su visita a Kyle, aunque también mencionó todo desde el allanamiento de su apartamento a su separación de Lacy a sus retos profesionales en el caso Missinger, para acabar con las misteriosas pistas que le había dado Bolton Crutchfield sobre su padre.

“Es como si tuviera un ancla amarrada a mi cuello mientras me hundo en un lago profundo y la gente continúa tirando de mí hacia abajo mientras yo trato de salir a la superficie”.

Hasta que no describió el sentimiento, no había caído en la cuenta de lo mal que se sentía y de lo mucho que había estado fingiendo que todo iba sobre ruedas.

“¿Por qué fuiste a ver a Kyle”, le preguntó la doctora Lemmon, “si ya te encontrabas en una situación tan precaria?”.

“Supongo que pensé que me ayudaría a cerrar el capítulo, pero lo único que consiguió fue reabrir viejas heridas. Me recordó que he perdido diez años de mi vida con él, que perdí mi sentido de la identidad cuando consiguió convencerme para mudarme allí, que perdí a mi bebé por su culpa. Y me recordó que todavía estoy enfrentándome a las consecuencias de todo eso. Me he recuperado físicamente pero todavía estoy hecha una mierda”.

“Yo creo que lo estás haciendo muy bien, tomando todo en consideración”, dijo la doctora Lemmon.

“¿De verdad?”, le preguntó Jessie con incredulidad. “¿Acabas de escuchar todo el diluvio de porquería que te he descrito?”.

“Claro que sí, y suena difícil, pero también hay cosas positivas, Jessie.

Has terminado oficialmente con esa casa. Casi has concluido con tu matrimonio. Tienes un techo sobre tu cabeza esta noche, aunque no sea tu preferido. Y ni tú ni tu amiga resultasteis heridas en el allanamiento. La situación con tu padre es difícil por decirlo suavemente, pero te estás enfrentando a ella con serenidad. Y estás avanzando profesionalmente, y te diriges al trabajo en este momento para resolver este caso".

"Vaya, sí que eres de las que ve el vaso medio lleno, ¿verdad?".

"Sí, es lo que mejor se me da", bromeó la doctora Lemmon.

"Bueno, pues yo todavía no estoy del todo ahí, no sé cómo voy a resolver este caso. Estoy agarrándome a clavos ardiendo hechos de insinuaciones".

"Enfócate en el trabajo, Jessie. Eso te permitirá dejar a un lado todos los demás asuntos que te están perturbando. Y ambas sabemos que cuando te metes en las pautas conductuales de tus sujetos, percibes cosas que a los demás se les pasan por alto. Ese es tu don. Y ahora es el momento de utilizarlo—para ayudar a resolver el asesinato de esta mujer y para darle a tu mente un lugar constructivo donde meterse".

Cuando Jessie colgó, se sentía ligeramente mejor. Sí, era cierto que su vida estaba patas arriba. Sí, su vida podía estar en peligro, pero sabía cómo leer a la gente. Y eso es lo que iba a hacer en este preciso momento. Se enganchó a eso como si fuera su salvavidas en ese lago imaginario.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Algo le estaba reconcomiendo a Jessie por dentro, pero era incapaz de definirlo.

Sentada en la sala de proyecciones tenuemente iluminada donde el monitor mostraba la entrevista, rebobinó la cinta de la asistenta de los Missinger, Marisol Méndez, hasta el punto central más o menos. La había dirigido el Detective Trembley, que se movía de un lado a otro en su interrogatorio, saltando de una cosa a la otra de tal manera que Jessie tenía dificultades para seguirle. Méndez tenía aspecto de estar genuinamente desconcertada mientras trataba de seguir su línea de razonamiento.

Era obvio que cuando no estaba estresada y carente de sueño, la mujer era realmente atractiva. Su cabello y ojos oscuros encajaban perfectamente con sus rasgos latinos. Jessie se sorprendió de que no hubiera hecho un intento por convertirse en modelo y hasta más de que Victoria Missinger permitiera que alguien con ese aspecto pasara tanto tiempo cerca de su marido.

A pesar de la falta de continuidad en las preguntas que le hacía Trembley, su historia acabó por quedar clara. Dijo que los Missinger le habían mandado de vacaciones el lunes pasado y que habían pagado por su hotel a modo de bonus. Había regresado el martes después de que le informaran sobre la muerte de Victoria Missinger. Sin embargo, estaba tan abrumada por la angustia que se había tomado demasiadas pastillas y no había sido capaz de presentarse para ser entrevistada hasta ayer.

Era una historia algo chapucera pero no necesariamente sospechosa. Los agentes habían estado en su casa y habían comprobado que estaba en un sueño profundo inducido por las medicinas. El GPS de su teléfono confirmó su viaje a Palm Springs del lunes y su regreso el martes. La cinta de vigilancia del hotel también encajaba con lo que había contado.

Trembley no le había preguntado por ninguna potencial infidelidad, así que no había manera de calibrar su sinceridad al respecto. Y, en general, respondió a sus preguntas de una manera bastante monótona y rutinaria. Es decir, excepto por una ocasión.

Ahí es donde Jessie había rebobinado la cinta. Le estaba preguntando por el tiempo que había pasado en Palm Springs. Resultaba extraño que ese tema pusiera incómoda a Marisol, pero era obvio que lo estaba. Jessie le dio al reproductor y observó a la asistenta de cerca mientras respondía a las preguntas de Trembley.

“Así que llegaste sobre las cuatro de la tarde. ¿Había tráfico?”.

“No demasiado”, respondió Marisol. Tenía un acento hispánico, pero no muy pronunciado.

“¿Qué hiciste después de registrarte en el hotel?”.

“Me fui a cenar con un primo que vive allí”, dijo ella.

“¿Hiciste algo más esa noche?”.

“No. Estaba cansada de conducir. Me fui pronto a la cama”.

“¿Y al día siguiente?”, preguntó Trembley. “¿Qué hiciste antes de recibir la llamada sobre la señora Missinger?”.

“Mayormente, pasé el tiempo relajándome en mi habitación”, dijo, dando la impresión de perderse en los recuerdos del tiempo que había pasado allí y añadiendo rápidamente, “en la piscina más bien. Me relajé junto a la piscina”.

“¿En diciembre?”, preguntó Trembley.

“Hacía más calor del que me esperaba. No como para ponerse en bikini, pero no tanto frío como para que no pudiera relajarme en una tumbona y leer un rato”.

Continuó preguntándole cómo se enteró de la muerte de Victoria Missinger, cuando había regresado, y otros detalles del día, pero eso no era lo que le despertó el interés a Jessie. Rebobinó la cinta dos minutos hasta la pregunta sobre lo que había estado haciendo el martes.

“Mayormente, pasé el tiempo relajándome en mi habitación”.

En ese instante, Jessie congeló la pantalla en Marisol Méndez. A juzgar por la mirada soñadora, evocadora en sus ojos, estaba claro que estaba recordando un momento específico. Estaba recordando la verdad.

Sin embargo, solo un segundo después, se corrigió para decir que se

había estado relajando junto a la piscina. En esa décima de segundo, cambió toda su compostura. Parecía insegura y nerviosa, como si hubiera cometido algún tipo de error. Estaba mintiendo.

Pero, ¿por qué mentir sobre un detalle tan nimio—si estaba en su habitación o en la piscina? ¿Qué diferencia podía suponer?

Jessie se sentó de nuevo en su silla en la sala de proyecciones a oscuras, cerró los ojos, y se frotó las sienes suavemente. ¿Por qué mentiría alguien sobre un detalle tan irrelevante? La única razón posible era que, para Marisol, no era irrelevante.

Jessie abrió los ojos. Acercando la silla hacia el monitor, repasó el resto de las cintas de seguridad del hotel en Palm Springs. Sabía que Trembley ya las había revisado y no había encontrado nada fuera de lo normal, pero quería comprobarlas de nuevo.

Hizo un repaso detallado del momento en que Marisol se había registrado, que no desveló gran cosa. Llegó vestida con un chándal y un gorro y el encuentro pareció de lo más común. Más tarde salió, aparentemente para cenar, en ropa más sofisticada pero aun casual, con el pelo atado en una cola de caballo que sobresalía de la gorra de béisbol. Los datos del GPS en su teléfono confirmaron donde había comido y cuándo había regresado.

La cinta de la mañana siguiente le mostraba bajando a desayunar, vestida con la misma gorra, pero con un conjunto para entrenar que marcaba la silueta. Regresó a su habitación durante una hora antes de salir de nuevo, esta vez en un albornoz que tenía su propio gorro.

Marisol se fue a la piscina y se acomodó en una de las tumbonas, donde leyó a ratos durante las tres horas siguientes hasta que recibió una llamada que cambió por completo su actitud. Jessie comprobó el historial del teléfono y vio que la llamada había provenido de una tal Lupita Méndez. Claramente, Lupita le había informado sobre la muerte de la señora Missinger. Hizo rápidamente las maletas, regresó a su habitación, y salió del hotel veinte minutos después. El GPS del teléfono mostraba que no había hecho ninguna parada inusual durante su regreso a Los Ángeles.

Así que no había mentido. Era cierto que había estado junto a la piscina la mayor parte de su último día en el hotel. Entonces, ¿por qué había actuado como si le hubieran pillado diciendo una mentira?

Jessie volvió a rebobinar la cinta de nuevo hasta el momento en que Marisol había recibido la llamada junto a la piscina. La observó entrar

al hotel y al ascensor, donde se quitó el gorro del albornoz y presionó el botón de su piso. Jessie congeló el video.

La imagen estaba tomada desde arriba y la calidad no era la mejor, pero parecía como si Marisol tuviera un mechón rubio por el lado izquierdo de su cabello. Jessie volvió a mirar el video del interrogatorio—no había ningún mechón rubio.

Volvió a mirar la cinta de seguridad del momento en que había dejado el hotel, pero Marisol llevaba puesta la gorra de béisbol otra vez, así que Jessie no podía estar segura de haber visto todo adecuadamente.

Repasó de nuevo las cintas que ya había revisado y se dio cuenta de algo que se le había pasado por alto con anterioridad. En cada uno de los momentos públicamente visibles durante su estancia en el hotel, excepto por ese breve lapso en el ascensor, la cabeza de Marisol estaba cubierta. En ciertas ocasiones, llevaba un suéter con gorro; en otras, una gorra; yendo y volviendo de la piscina, el gorro del albornoz. Era casi como si lo estuviera haciendo a propósito.

¿Por qué esconder el pelo y a dónde se fue ese mechón rubio?

Parecía improbable que Marisol se hubiera teñido el pelo durante la breve ventana temporal entre el momento que se había ido de Palm Springs y el interrogatorio con Trembley. No es que este fuera el momento ideal para irse a la peluquería.

Jessie sacó el archivo sobre Marisol Méndez. Veintiséis años de edad; vivía en casa con su madre soltera, Margarita, y su hermana más joven, Lupita, de veinticuatro años, que le había llamado cuando estaba junto a la piscina. Realizó una búsqueda y se encontró con la cuenta de Instagram de Lupita, que tenía varias fotos de familia. Al verlas, Jessie soltó un grito audible.

Era casi imposible distinguir a las dos hermanas. A pesar de la diferencia de dos años de edad, podían haber sido gemelas, excepto por un detalle—el mechón rubio en el cabello de Lupita.

*

“Llegará para la segunda entrevista en cualquier momento”, le dijo al Capitán Decker el detective Ryan Hernández en la sala de observación

mientras Jessie se sentaba pacientemente junto a Trembley.

“Muy bien, hazme un repaso de tu teoría de nuevo”, dijo Decker, cerrando la puerta y concediéndoles finalmente toda su atención después de pasar los últimos diez minutos encargándose de varios incidentes relativos a otros casos.

“No es mi teoría, Capitán”, dijo Ryan. “Se le ha ocurrido a Hunt. Ella es la que debería explicarlo”.

“De acuerdo, Hunt”, dijo Decker, con aire de escepticismo. “Empieza cuando quieras”.

“Sí señor”, comenzó Jessie, ignorando las mariposas que revoloteaban cerca de su diafragma. “Sospecho que Marisol Méndez nunca fue a Palm Springs y que envió a su hermana en lugar de ella. Hasta hizo que su hermana se llevara su teléfono”.

“¿Y sospechas esto debido a su pelo?”, le dijo, despectivo.

“No señor”, dijo Jessie, intentando no reaccionar visiblemente a su sarcasmo. “Eso es solo lo que me hizo sospechar. Excepto por una ocasión, la hermana Méndez que estuvo en Palm Springs nunca dejó su cabeza al descubierto. Aun así, no estaba segura. Después de todo, vi que todas las comidas en Palm Springs se pagaron con la tarjeta de crédito de Marisol y que su coche era el que estaba aparcado en el aparcamiento del hotel”.

“Parece que está todo bastante claro hasta el momento”, dijo Decker con sequedad.

“Dele una oportunidad, señor”, dijo Ryan, claramente irritado.

Decker le lanzó una mirada furiosa al detective antes de volverse hacia Jessie, suavizando un poco sus facciones.

“Continúa, Hunt. Solo te estoy tocando las pelotas”.

“Sí señor”, dijo Jessie, sin saber muy bien cómo responder a eso. “De todas maneras, decidí comprobar lo que se supone que estaba haciendo Lupita en L.A. mientras Marisol estaba en Palm Springs. Comprobé el GPS de su teléfono, y sus transacciones financieras”.

“Y…”.

“Y descubrí que, durante gran parte del martes, su teléfono se

encontraba en el mismo hotel al que Michael Missinger llevó a la mujer de su socio, Mina Knullsen, para su fiestecita de la tarde".

"¿Así que este hotel es su nidito de amor y él se pasó la tarde yendo de la una a la otra?", preguntó Decker, sonando tan sorprendido como impresionado.

"Eso es posible", admitió Jessie. "Hay un rastro del uso de la tarjeta de crédito de Lupita en la cafetería de la recepción del hotel a media mañana, aunque también hay otros escenarios potenciales".

"¿Cómo cuáles?".

Ryan intervino.

"Puede que le estuviera espiando. Quizá tenían una relación sexual y ella sospechara que se estaba acostando con alguien más y le siguió al hotel y le vio con Mina Knullsen".

"El único problema con esa teoría es que su teléfono estuvo en el hotel la mayor parte del día," indicó Jessie, "incluso antes de que Missinger se reuniera allí con Mina".

"Eso no la absuelve", le discutió Ryan. "Quizá no se llevó el teléfono con ella a todas partes. ¿Y si él la alojó en el hotel, pero ella se dejó el teléfono en la habitación, se fue a dar un paseo, y se tropezó con Mina y él en algún momento? Podría haberles seguido y el GPS de su teléfono seguiría mostrando que estaba en su habitación".

"En ese sentido", agregó Trembley, "podría haber dejado su teléfono en la habitación e irse a Hancock Park a terminar con Victoria Missinger".

"Eso es posible, ya sea que viera a Missinger con Mina o no", dijo Jessie. "Las alternativas son infinitas. Podría haber intercambiado teléfonos con Lupita simplemente para encubrir su infidelidad con Michael. O podía haberlo hecho para crearse una coartada mientras mataba a Victoria. No sé con certeza a qué estaba jugando. Lo que sí sé es que no estuvo en Palm Springs".

El agente Beatty asomó la cabeza por la puerta.

"Está aquí", dijo.

"Ponla en la sala de interrogatorios", dijo Ryan, antes de volverse a los demás. "Parece que estamos a punto de obtener algunas respuestas".

CAPÍTULO VEINTINUEVE

A pesar de que solamente estaba observando el interrogatorio a través de una pared con espejo del otro lado, Jessie estaba nerviosa.

Al fin y al cabo, era su teoría la que estaban comprobando. Solo cabía esperar que Ryan y Trembley consiguieran que Marisol Méndez confesara lo que fuera que estaba ocultando. Sentada en esa sala de interrogatorios, no daba la impresión de que tuviera ningunas ganas de sincerarse.

Tenía los codos sobre la mesa con la cabeza entre ambas manos. Su rostro mostraba una mueca, como si se estuviera preparando para defenderse de lo que fuera que le arrojaran a la cara, como si ser cuestionada periódicamente por unos hombres que la quisieran derrotar fuera lo que le había tocado en esta vida. Jessie se preguntó si se le había ocurrido a Marisol pedir un abogado. Entonces su mente derrapó de vuelta a su pensamiento previo.

Lo que le había tocado en la vida.

La frase saltó al cerebro de Jessie y se quedó rondando. Eso era parte de cómo Bolton Crutchfield había descrito al perpetrador del asesinato de Victoria Missinger. En más de una ocasión, le había dicho que el asesino no estaba satisfecho con lo que le había tocado en la vida.

Ciertamente, eso parecía encajar con Marisol Méndez. Aunque Jessie no quería hacer suposiciones, dudaba de que una chica bonita como Marisol soñara con seguir viviendo con su madre y trabajar de asistenta a los veintiséis años.

¿Cuántas probabilidades había de que deseara vivir con el hombre que veía cada día pero que no podía tener para ella sola; que deseara ser la señora de la casa? Parecía más que razonable llegar a la conclusión de que Marisol no estaba satisfecha con lo que le había tocado en la vida.

Jessie proyectó su memoria a la otra pista que le había dado Crutchfield, la que le había dicho era una dobleferta y que le ayudaría tanto con la caza de su padre como con este caso. Le había dicho que necesitaba mantener su enfoque en la interminable batalla por la verdad y la señora justicia.

Había dado por sentado que la señora justicia se relacionaba con la caza de su padre. Sin embargo, quizá solo era "la batalla por la verdad y la justicia" lo que se refería a Xander Thurman.

Ya habían clarificado que la referencia a Superman tenía que ver con el Edificio Kent Clark en la Universidad del Estado de California en Northridge donde trabajaba el doctor Bertrand Roy. Quizá la referencia a "señora"—la única palabra que no formaba parte de la línea de Superman, era la manera que tenía Crutchfield de decirle que el asesino en el caso de Hancock Park era una mujer. Tenía sentido.

Ryan y Trembley habían comenzado el interrogatorio y Jessie no quería interrumpirles una vez se pusieron en marcha. En vez de eso, garabateó un mensaje en un trozo de papel que decía:

Las pistas de Crutchfield encajan con Marisol—asistenta, vive con su madre, se acuesta con un hombre inalcanzable— ¿"insatisfecha con lo que le ha tocado en la vida?" Además—batalla por la verdad y SEÑORA justicia. ¿Señora = mujer asesina?

Dobló la nota y se la dio al agente Beatty con instrucciones de entregársela al Detective Hernández. Cuando Ryan la recibió, miró hacia donde estaba Jessie como si le hubieran dado un shock eléctrico sin avisar. De manera casi imperceptible, asintió en su dirección antes de meterse la nota al bolsillo y volver su atención a Marisol, que estaba repitiendo su historia para Trembley.

"¿Cuánto tiempo llevas acostándote con Michael Missinger?", le preguntó, interrumpiéndola.

Ella pareció asustarse, pero la pregunta no le sorprendió.

"La señora Missinger era una jefa maravillosa", le respondió. "La respetaba. Yo nunca—".

"Deja que te detenga por un segundo, Marisol", le interrumpió de nuevo. "Sabemos que no has sido honesta sobre muchas cosas hasta el momento, pero ninguna de ellas constituye un delito. Sonaba como si fueras a negar tu infidelidad con el señor Missinger, lo que nos haría sentir muy escépticos respecto a tu credibilidad. Después de todo, es una cosa mentir y decir que estabas en Palm Springs cuando lo cierto es que estabas en un hotel del centro. Es otra muy distinta negar que te estabas acostando con el marido de una mujer que ha sido asesinada. En cierto punto, nos tenemos que preguntar: ¿por qué miente tanto esta mujer? ¿Es posible que se deba a que está intentando encubrir algo mucho peor que una infidelidad?".

Marisol levantó la cabeza de entre sus manos y miró a Ryan con una expresión tan perdida, tan desesperada que Jessie casi sintió compasión por ella.

Esta chica es muy buena.

"No la maté", dijo Marisol por fin en voz baja. "Sí, estaba acostándome con el señor Missinger. Y sí, él pagó por mi hotel en Palm Springs. Hice que fuera allí mi hermana porque pensé que la señora Missinger sospecharía lo que estaba pasando y si llamaba al hotel para comprobar que estaba allí, asumirían que Lupita era yo y que yo era la que estaba allí. Intercambiamos coches, teléfonos, todo, para ir sobre seguro. Pero lo que pasó es que él me reservó una habitación en el Hotel Bonaventure. Dijo que lo podíamos utilizar como nuestro escondite especial toda la semana. Y empezamos a hacerlo. Nos pasamos el lunes por la noche en la habitación que había reservado para mí. Y después vino otra vez el martes por la mañana".

"¿Y qué hay de esa tarde?", preguntó Trembley.

"Dijo que tenía una reunión importante por la tarde, pero que me vería el miércoles, pero entonces me sorprendió y se pasó para uno rápido antes de irse a casa. Me dijo que estaba en la zona".

"¿Y qué hiciste toda la tarde después de eso?", preguntó Ryan.

"Di una vuelta durante unas cuantas horas", dijo. "Habitualmente, no tengo tiempo para vagabundear así".

"¿Sin tu teléfono?", preguntó Trembley. "¿O debería decir el teléfono de tu hermana?".

"Me lo dejé olvidado en la habitación", insistió Marisol. "Para cuando me acordé, estaba demasiado lejos como para regresar así que lo dejé estar".

"Eso es de lo más conveniente", dijo Trembley con aire de superioridad.

"Para mí no lo fue", le soltó ella de vuelta. "No pude pedir un Lyft y tampoco encontré ningún taxi. Tuve que volver caminando".

"Así que, durante más de dos horas, ¿estuviste caminando sin rumbo por el centro de Los Ángeles?", presionó Ryan.

Ella asintió con la cabeza.

“¿Hay alguien que te viera?”, le preguntó. “¿Interactuaste con alguien?”.

“Me comí un taco de un vendedor callejero para picar algo, pero había una cola muy larga de gente. Dudo que me recuerde”.

“¿Entraste a alguna tienda?”, le preguntó Ryan. “¿Hiciste alguna compra con tu tarjeta de crédito?”.

“No gano suficiente dinero como para comprar nada en las tiendas que había por donde paseé”, le espetó ella. “¿No me escuchaste? Compré un taco, no varios. Hay una razón para ello”.

“¿Estás segura de que no fuiste a ninguna otra parte?”, le preguntó Ryan de nuevo.

“Estoy segura”.

“Y cuando regresaste al hotel, ¿no volviste a ver a Michael Missinger hasta que él vino a tu habitación?”, quiso saber Trembley. “¿No te lo encontraste allí con otra persona?”.

“¿Qué otra persona?”.

“Otra mujer”, avanzó Trembley con confianza. Ryan le lanzó un gesto sutil sacudiendo la cabeza como para reprenderle por compartir demasiada información.

“No vi eso”, dijo Marisol, sin inmutarse. “Pero no me hubiera sorprendido. El señor Missinger tiene un enorme apetito sexual. La señora Missinger no estaba muy interesada. Yo ya sabía que no era la única con la que se entretenía. Nos lo pasábamos bien pero no era como para pensar que se iba a divorciar de su mujer para estar conmigo”.

“Pero, si lo hiciera”, dijo Trembley en un tono que sugería que pensaba que estaba a punto de terminar con ella, “sin duda, podrías comprar más de un taco a un vendedor callejero”.

Marisol le lanzó una mirada despectiva que indicaba que no le había impresionado en lo más mínimo.

“Te he dicho todo lo que sé, incluso cosas que me resultan embarazosas”, dijo con sencillez. “Creo que ahora quiero un abogado”.

Ryan se puso de pie y Trembley le imitó de inmediato. El

interrogatorio no podía continuar y no había muchas razones para ello en este momento. Ella no les iba a decir nada más.

Jessie se reclinó en su silla, frustrada pero impresionada. La coartada de Marisol era casi imposible de corroborar, pero sería difícil de agujerear. Había admitido mentir y mal comportamiento, pero no asesinato. De hecho, el reconocimiento de sus equivocaciones servía para reforzar su declaración de inocencia en lo que se refería a la muerte de Victoria Missinger. Solo quedaban dos opciones reales. O Marisol Méndez estaba diciendo la verdad, o era una asesina mucho más sofisticada de lo que Jessie había considerado que era posible viniendo de ella.

Los detectives salieron y Trembley se fue derecho al cuarto de baño.

No me extraña que le estuviera presionando así de duro. Tenía otras cosas en la mente.

"Eso no resultó muy satisfactorio", le dijo Jessie a Ryan. "Seguía esperando el gran momento a lo Perry Mason, pero nunca llegó".

"No", asintió Ryan. "Con frecuencia, los sospechosos solo confiesan después de que les descubran o sepan que lo pueden hacer. Marisol Méndez está en ese vago punto medio entre ambos. Tiene sentido que niegue todo".

"Entonces, ¿qué hacemos ahora?", preguntó Jessie.

"La acusamos", dijo Ryan con más determinación de la que Jessie se esperaba. "No tiene coartada y nos mintió sobre dónde estaba. De hecho, construyó una coartada falsa completa para ocultar el hecho de que estaba en la ciudad. Estaba siendo infiel con el marido de la víctima, así que tiene motivo. Tenía acceso a la casa. Conocía el escondrijo en la casa de la piscina donde tuvo lugar el envenenamiento. Sabía dónde estaba la aspiradora para eliminar todas las huellas de la habitación. Sabía que Victoria era diabética y seguramente vio cómo se ponía inyecciones en muchas ocasiones".

"Fue bastante terca negándolo todo", dijo Jessie. "¿No la consideras creíble?".

"Tú eres la criminóloga, Jessie, no yo. Así que no voy a pretender que soy un experto en su credibilidad", dijo. "Pero, basándonos en las pruebas, diría que no necesitamos una confesión. Tengo que consultarlo con el fiscal del distrito, pero creo que tenemos suficientes pruebas como para al menos llevar esto ante un gran jurado. Y no te

olvides de todas esas cosas que no son admisibles que te ha dicho tu amigo encarcelado en Norwalk. La "Señora Justicia", insatisfecha con lo que le ha tocado en la vida. Eso también encaja".

"Supongo", dijo Jessie con resistencia. "Me sigo preguntando si esto fue solo obra suya. ¿Te sientes cómodo descartando por completo a Michael Missinger?".

"Tiene coartada. Mina Knullsen confirmó que estaba con él y tenemos video para probarlo".

"Podría haber convencido a Marisol para que lo hiciera", sugirió ella.

"Podría haberlo hecho, y si lo hizo, puedes apostar a que le delatará para conseguir un mejor trato".

"¿Cuándo sucedería eso?".

"Quizá en el instante que la acusemos. Quizá después de una noche en la cárcel. Quizá nunca si está enamorada", dijo Ryan. "Escucha, tengo que ir a preparar el papeleo de la acusación, pero diría que aceptes la victoria. No siempre la obtenemos, pero diría que esta vez sí que lo hemos hecho".

Jessie asintió y Ryan regresó a su escritorio. Decidió salir afuera a respirar algo de aire fresco y aclararse la mente y salió al patio adyacente a la comisaría, donde respiró profundamente. El aire frío era para morirse. De repente sonó el vibrador de su teléfono.

Era un mensaje de texto de su padre. Decía: Recibí tu mensaje. Buenos recuerdos. Deberíamos ir a las colinas alguna vez. Solo que esta vez tú me recogerías del suelo a mí. P. S. Mamá tuvo una buena sesión de quimio hoy. Muy poco vómito.

Jessie se rió para sus adentros. Esto era lo más sentimental que el viejo se podía poner. Empezó a escribirle un mensaje de vuelta mientras regresaba al interior. Llevaba la cabeza baja y casi se choca con un hombre mayor que salía del edificio.

"Perdone", murmuró cuando levantó la vista.

Era Garland Moses, el aclamado criminólogo que todavía no había tenido la oportunidad de conocer oficialmente, incluso después de todas estas semanas trabajando con la policía. Esto era lo más cerca que había estado nunca de él. Parecía distraído, como si estuviera perdido en sus pensamientos. Le dio una calada larga al cigarrillo que

se acababa de encender y soltó el humo lentamente.

“No te apures”, contestó, con una voz baja y rasposa. Su pelo canoso estaba revuelto, como si hubiera acabado de salir de la cama. Iba vestido con unos pantalones marrones arrugados, un chaleco de lana gris dos tallas más grandes de las que necesitaba, y una chaqueta deportiva que colgaba de él como si fuera un perchero. Tenía la piel arrugada y reseca. Y sus gafas bifocales se sostenían precariamente al final de su nariz. Detrás de ella, había una mirada aguileña.

Jessie quiso decir algo ingenioso, pero no se le ocurrió nada. Además, parecía que él estuviera ocupado en sus propios pensamientos. Sabía que estaba trabajando en un caso de asesinatos en serie. Esa era la razón de que el Capitán Decker estuviera tan distraído antes, y de que no mostrara mucho interés en un envenenamiento de un miembro de la alta sociedad.

“Me enteré de que atrapasteis a alguien por el asesinato de Hancock Park”, dijo refunfuñando mientras empezaba a caminar hacia la puerta.

Ella se dio la vuelta. Le estaba mirando directamente a ella, así que se imaginó que tenía permiso para contestarle.

“Quizá, pero no es un caso de asesinatos en serie”, dijo ella tímidamente.

“Todo caso resuelto es un caso que merece la pena”, gruñó él. “Además, ya he oído que pasas más tiempo que suficiente en la compañía de asesinos en serie en Norwalk”.

Jessie no pudo evitar parecer sorprendida. Se suponía que la ubicación de Bolton Crutchfield era un secreto guardado a cal y canto. Por lo visto, Garland Moses no solo sabía dónde estaba, sino quien le estaba visitando.

“¿Cómo va la caza en el tuyo?”, preguntó Jessie, cambiando de tema a pesar de que deseaba saber lo que él pensaba de Crutchfield.

“Lenta”, admitió Moses. “Nueve muertes en el pasado año. Tres solo el último mes, pero casi nada con lo que trabajar”.

“Lamento escuchar eso”, dijo Jessie, sin saber que podía decir que no sonara a peloteo. “Encantada de hablar contigo”.

Se dio la vuelta y abrió la puerta para entrar de nuevo al edificio.

“¿Por qué quizás?”, le gritó desde atrás.

“¿Perdona?”, dijo ella, dándose la vuelta.

“Cuando dije que habíais atrapado a alguien por el asesinato, dijiste ‘quizás’”, le recordó él. “¿Por qué?”.

“Oh, hay algo que no encaja del todo. Es mi primer caso de verdad y supongo que pensé que acabaría todo atado con un bonito lazo al final. No es así. Supongo que debería acostumbrarme a eso”.

“Casi nunca acaban con ese lazo perfecto”, dijo él. “Llevo mucho tiempo haciendo esto. Por cada caso donde encajan las piezas del puzle, hay diez donde las tengo que encajar yo. Por otro lado…”. Se quedó callado.

“¿Qué?”, presionó Jessie.

“A veces, cuando no encaja del todo, significa que se te ha pasado algo por alto y que tu cerebro no te deja que lo olvides. Por supuesto, otras veces solo es indigestión”.

Dicho eso, apagó el cigarrillo con su zapato y regresó al interior, dejando sola a Jessie con sus pensamientos perturbadores.

CAPÍTULO TREINTA

Día y medio después, Marisol Méndez todavía no se había contradicho. Ryan consideraba que eso era una señal de que Michael Missinger no estaba implicado. Jessie pensaba que seguramente tenía razón, pero no se podía quitar de encima la aprensión de que, a pesar de todas las pruebas, estaban acorralando a una mujer inocente. Y así se lo dijo.

Hasta regresó a la sala de proyecciones para revisar la cinta de la entrevista con Missinger que habían llevado a cabo Ryan y Trembley. No había encontrado nada nuevo o revelador en el interrogatorio per se, pero había notado que, una vez se quedó solo para escribir su declaración—alejado de la presión de unos detectives insistentes—Missinger parecía estar sorprendentemente tranquilo.

Se quitó el pelo rubio de encima de sus ojos azules y se sentó cómodamente en su silla. Era como si toda la tensión de la entrevista se evaporara. Jessie no podía decidir por qué.

¿Era porque había estado interpretando el papel del marido afligido y ahora ya estaba libre de hacerlo? ¿O simplemente se sentía aliviado de que no le martirizaran con una retahíla de preguntas invasivas? Quizá, en comparación, redactar una declaración le pareciera relajante.

Con esa imagen todavía fresca en su memoria, Jessie dejó la comisaría por esa noche para quedar con Andi Robinson y tomarse un trago muy deseado de viernes por la noche—el que se había prometido a sí misma cuando finalmente concluyeran con el caso. Estaba en el aparcamiento cuando Ryan le alcanzó.

“Oye”, le dijo, echando a correr para ponerse a su altura. “No podía dejar que te marcharas sin mencionar lo que dijiste antes”.

“¿De qué se trata?”, le preguntó ella. Lo cierto es que había dicho muchas cosas.

“Es solo que… sigues flagelándote por este caso”, le dijo, sonando preocupado de verdad. “Tienes que darte algo más de crédito. Si eres así de dura contigo misma después de cerrar cada caso, vas a quemarte más rápido que Josh Caster, el criminólogo que se mudó a Santa Bárbara”.

“Me encuentro bien, es solo que tengo dudas”.

“Por supuesto que las tienes”, reconoció Ryan. “Es natural. Te sientes responsable por alguien que posiblemente se va a pasar el resto de su vida en prisión. Yo también me siento así todo el tiempo. Es un peso importante que llevar a cuestas. Y aunque solo tengas la más mínima duda, la culpabilidad te consume. No es como con tu marido. Imagino que un tipo que intenta apuñalarte con un atizador de chimenea se lleva la mayoría de las dudas”.

“¿La mayoría?”, preguntó Jessie, arqueando las cejas.

“Ya sabes a qué me refiero”, dijo él, sonriendo jocosamente. “Lo único que digo es que no seas tan dura contigo misma. Las dudas sobre nuestro trabajo son algo que viene con el territorio. Qué bueno que hayas quedado con esa chica rica para tomar algo. Te lo mereces. Y seguramente tenga algo de licor del bueno”.

“Tengo que irme”, dijo Jessie, intentando no echarse a reír.

“Oh, ahora eres demasiado buena como para salir por ahí con la basurilla”, le provocó Ryan.

Se dio la vuelta de prisa y se dirigió al coche, bastante segura de que él no se había percatado de la enorme sonrisa que tenía en la cara.

*

El tráfico del centro de Los Ángeles hasta Hancock Park era tan terrible como de costumbre, pero a Jessie no le importaba demasiado en esta ocasión. Había algo en navegar este lío por puro placer que lo hacía infinitamente más soportable.

A pesar de las dudas que sentía sobre el caso, decidió olvidarlo por el momento. Ella no era el fiscal del distrito encargado de condenar a Marisol Méndez. Solo formaba parte del equipo que proporcionaba las pruebas para esa tarea. El fiscal del distrito presentaría el caso. Un jurado decidiría si era culpable o inocente. Estaba fuera de su control.

En vez de ello, se obligó a enfocarse en todo lo positivo. Había muchas cosas positivas ahora mismo. Por lo visto, su madre se estaba sintiendo bastante bien, y hasta había salido a cenar y a ver una

película la noche pasada. Quedaba lejos de la remisión total, pero toda mejora era una buena noticia.

Después de todo, Jessie estaba reconsiderando la opción de unirse al curso de formación de la Academia del FBI para esta sesión y, si lo hacía, pensaba que podía pasar por Las Cruces de camino a Virginia. Todavía tenía un par de días para tomar su decisión final.

También había encontrado un nuevo lugar donde vivir, suponiendo que aceptaran su oferta. Había otras dos ofertas y estaba muy nerviosa esperando a la noticia de si se lo habían concedido a ella o no. Estaba intentando, mayormente sin éxito, no excitarse demasiado para que si las cosas no salían como deseaba, no le supusiera una gran decepción. Claro que era difícil porque el apartamento era prácticamente perfecto.

Finalmente, había elegido no seguir las recomendaciones de su agente inmobiliario. En vez de ello, había optado por un modesto apartamento de un dormitorio en South Olive, a la salida de Olympic, pero teniendo en cuenta lo fácilmente que Crutchfield había encontrado su última vivienda, planeaba tomar algunas precauciones adicionales.

Como había hecho su padre adoptivo al comprar el apartamento en el complejo para la tercera edad, iba a alquilar el lugar a través del nombre de una empresa y hacer que un abogado firmara los papeles. Su nombre no aparecería en ninguna parte del contrato de alquiler.

La unida contaba con aparcamiento vigilado subterráneo, pero estaba debajo del centro comercial que había junto al complejo de apartamentos, no debajo del complejo en sí, así que cualquiera que le pudiera estar siguiendo se podría confundir sobre donde vivía en realidad.

Además, el edificio tenía un portero y un guardia de seguridad. Tener solo uno de los dos era una rareza en L.A., mientras que contar con ambos constituía todo un lujo. Además, ninguno de los apartamentos estaba numerado. Como si se tratara de alguna tendencia postmoderna para hípsters, los residentes tenían que saber cuál era su puerta de memoria. Era extraño, pero le venía de perlas para lo que ella quería.

Y aunque todo el correo iba a una ubicación central en la recepción, Jessie planeaba hacerse con una dirección de una caja postal para que su correo fuera a otra parte. Después haría que un servicio de mensajería se lo trajera a comisaría para que nadie pudiera vincularlo

con ella.

Finalmente, había contratado a una empresa de seguridad que Ryan le había recomendado, que vendría cuando consiguiera oficialmente el apartamento para instalar una alarma con sensores de movimiento y varias cámaras. No eran precauciones del nivel del DNR, pero le darían una sensación de al menos tener cierto control sobre su vida.

Todavía no le había dicho a Kat que seguramente no iban a ser compañeras de piso, pero estaba bastante segura de que, si alguien lo podía entender, era la jefa de seguridad de la instalación de máxima seguridad que albergaba al hombre que había ordenado el allanamiento de su morada.

Se lo diría mañana a Kat cuando fuera a ver a Crutchfield, que, por lo visto, había solicitado específicamente poder verla de nuevo. Nunca antes había iniciado una visita y Jessie debía admitir que sentía curiosidad por saber lo que deseaba.

Y ahora estaba de camino hacia la casa de Andi, para tomar su primer trago ocioso en demasiado tiempo. Sentía un pequeño remordimiento de que no fuera con Lacy, con quien no había vuelto a hablar desde su mudanza. Sin embargo, alejó el pensamiento, intentando permitirse anticipar una noche en la mansión de una mujer de clase alta relajada, agradablemente sarcástica, y que no era racista. Esto era algo que no le pasaba a una todos los días.

Mientras subía por Rossmore, siguiendo las direcciones que Andi le había dado para ir a su casa, Jessie decidió un cambio de planes de última hora y giró para meterse a Lucerne, la calle de los Missinger. Se metió a un lado delante de la casa y aparcó, con el coche todavía en marcha.

Allí dentro en alguna parte seguía Michael Missinger viviendo su vida. Jessie se preguntó si estaría destrozado por la aflicción o si ya lo habría dejado todo atrás. ¿Cuánto tiempo esperaría antes de retomar sus actividades? Y lo que era más importante, ¿había manipulado a Marisol para que se dejara acusar por hacerle un favor?

Notó que empezaba a hervir por dentro y decidió que era hora de continuar. Se puso de nuevo en camino y condujo el último tramo hasta la casa de Andi. Su mansión era todavía más masiva que la de los Missinger. Por lo que Jessie podía decir, tenía tres plantas y se expandía hasta casi un tercio de la manzana. Sin embargo, a diferencia de otras casas en la calle, no tenía verja de seguridad. Algo

al respecto hizo que a Jessie le cayera todavía mejor.

Cuando llegó a la entrada, presionó el timbre, sin saber con certeza si alguien le vería llamando. Andi le abrió la puerta en unos segundos y extendió la bebida que llevaba en la otra mano.

“Me arriesgué y pensé que serías de las que adoran un mojito”, dijo ella.

“Esta noche, soy de las que ‘adoran cualquier cosa’”, contestó Jessie, agarrando el vaso. “Gracias”.

“Bienvenida a mi no tan humilde morada”, dijo Andi, con un gesto para invitarle a entrar.

Jessie notó que su anfitriona iba descalza y también se quitó sus zapatos alegremente.

“Apuesto a que eso sienta bien”, dijo Andi, que parecía haber notado el alivio que había sentido Jessie al dejar escapar a sus pies de los límites del calzado profesional. “Pasa adentro y ponte cómoda”.

Jessie se quitó el abrigo mientras la seguía por el vestíbulo interminable y por un pasillo alargado de suelos de mármol lleno de esculturas y pinturas. Parecía infinito, y por fin se abrió a una sala enmoquetada que resultaba tan casual como el resto de la casa formal.

La sala estaba dominada por dos sofás enormes, de aspecto muy cómodo. Entre ellos había una mesita de café de madera rústica cubierta de revistas, y no del tipo del The New Yorker o The Economist sino Cosmo y People—otro punto a su favor. Había un bar de bebidas alcohólicas en un rincón. Justo enfrente de él había una pantalla de televisión que casi se extendía desde el suelo hasta el techo.

“Me gusta tener una buena imagen cuando veo mis historias”, dijo Andi en un tono vagamente sureño, notando cómo se abrían los ojos de Jessie ante el tamaño descomunal de aquella cosa.

“Es como un cine en casa”, se maravilló.

“Esa es la idea”, contestó Andi. “Te ofrecería el tour completo de la casa, pero eso nos llevaría la mayor parte de la tarde y, personalmente, prefiero que nos quedemos aquí”.

“Me suena bien”.

“Genial”, dijo Andi, tirándose en uno de los sofás. “También estaba pensando en pedir una pizza en un rato. ¿Te apetece?”.

“Sin duda que me apetece”, dijo Jessie, echando su abrigo y su bolso a un lado mientras se acomodaba en el otro sofá. “¿Alguna vez invitas a las chicas del club de campo a alguna de estas noches de mojitos y películas?”.

Andi se echó a reír ante tal posibilidad.

“No demasiado”, dijo. “Las que tú conociste, Marlene y Cady, son una representación bastante buena de lo que el Club de Campo Beverly tiene que ofrecer. No forman parte de esa gente que simplemente ‘se quita los zapatos y se relaja’. Son más bien de la clase que ‘critica cada posesión que tienes en tu casa’”.

“Eso suena muy entretenido. Hablando de Marlene, supongo que se sentiría realmente victoriosa cuando arrestaron a la asistenta de los Missinger”.

“Eso se queda muy corto. No podía dejar de hablar de ello; no dejó de repetir que confirmaba todas sus sospechas. Hasta pronunció la frase ‘espero que esto le enseñe una lección a tu culo defiende-inmigrantes’. Fue de lo más encantador”.

“Lamento haber jugado un papel en el reforzamiento de sus estereotipos”, dijo Jessie, obligándose a sí misma a no sacar a colación sus dudas sobre la culpabilidad de Marisol con una civil.

“¿No cabe la posibilidad de que fuera un error o de que hubiera alguien más implicado?”, preguntó Andi antes de añadir apresuradamente, “no es que esté cuestionando tu trabajo. Es solo que no me apasiona el mensaje que transmite”.

“Está bien”, dijo Jessie en contra de sus deseos. “Créeme—he tenido mis propias reservas, pero las pruebas llevan hasta ella. Saldrá todo a la luz durante los próximos meses. Es bastante definitivo”.

Andi se inclinó como para susurrar a pesar de que estaban sentadas en sofás que se encontraban a dos metros de distancia entre sí.

“Dime si es inapropiado que te pregunte eso”, le dijo en voz baja. “Pero se rumorea por el club que esa teoría alocada de Marlene de la ‘infidelidad con el jefe’ no iba tan desencaminada”.

“Lo cierto es que no puedo temerme en detalles”, dijo Jessie, dándole

el último trago al mojito. “Pero digamos que el complejo de superioridad de Marlene no va a ser derrocado esta semana”.

“Vaya, eso es todo un fastidio”, dijo Andi y entonces señaló al vaso vacío. “¿Quieres que te lo rellene?”.

“Claro”, contestó Jessie, entregándole el vaso y doblando sus piernas por debajo de su cuerpo.

Este sofá es más cómodo que mi cama.

Andi regresó al bar y empezó a echar cubos de hielo en el vaso.

“Supongo que nunca sabes del todo lo que está pasando en la casa de los demás”, dijo. “Jamás hubiera imaginado que Michael era de los que reservara una habitación para la asistenta en el Bonaventure. Es algo tan cliché. Pero, como dije el otro día, tampoco era tan íntima con ellos. Supongo que me creí la imagen que estaban transmitiendo en público, como el resto del mundo”.

“Claro”, asintió Jessie. “Nunca sabes del todo lo que hay en el corazón de los demás. Yo he vivido con alguien durante años, pensando que éramos unos tortolitos. Y entonces va y me echa a patadas del nido”.

“Pensé que ese era tu trabajo”, dijo Andi, echando varios ingredientes a la bebida de Jessie. “¿No es eso lo que hace una criminóloga—atisbar en los corazones de la gente?”.

“En primer lugar, soy nueva en el gremio, así que todavía estoy en el nivel de ‘pruebas y errores’. Hay una razón por la que me han asignado a este caso y no al del asesino en serie que está aterrorizando en este momento a la ciudad. En segundo, los criminólogos no atisbamos los corazones de la gente. Miramos el crimen y las pruebas para crear una imagen del tipo de características que puede tener el perpetrador. Los corazones los dejo para los sacerdotes”.

“Me parece justo”, dijo Andi, entregándole un nuevo trago. “Ya ves lo que pasa cuando una persona que abandonó su educación empieza a hacer suposiciones. ¿Nos apetece ya pedir esa pizza y elegir una película?”.

“De hecho, antes de eso, ¿te importa si utilizo tu cuarto de baño?”, preguntó Jessie, dando un trago. “Fue un largo trayecto hasta aquí”.

“Por supuesto”, dijo Andi. “Está justo a la salida de esta sala a la izquierda”.

Jessie dejó su mojito en la mesa y se puso de pie.

“Sabes qué”, dijo Andi, “te puedes llevar tu trago contigo. No quiero que se llene de agua. Además, aquí en la morada Robinson no nos andamos con ceremonias. Si te tomas una de más, puedes tomar un Lyft para ir a casa o te puedes quedar a dormir aquí si quieres”.

“Pues igual te tomo la palabra”, dijo Jessie, cogiendo su vaso y caminando hacia el baño.

“¿Alguna preferencia de pizza?”, le gritó Andi desde la sala.

“Me da bastante lo mismo”, respondió Jessie, “pero nada de anchoas por favor.

“¡Por Dios, no!”, dijo Andi en asentimiento, riéndose.

Jessie todavía podía escuchar cómo se reía después de cerrar la puerta del baño. El aroma de potpurrí le azotó el rostro. Se miró al espejo y sonrió.

Mírate, de fiesta entre chicas.

Le dio un gran trago a su bebida, se ató el pelo en una cola de caballo, y se echó un poco de agua fresca en la cara. Notó que sus mejillas estaban algo más sonrojadas que de costumbre, seguramente como resultado del alcohol. A pesar de sus mejores esfuerzos, Jessie no pudo evitar que sus pensamientos regresaran a Michael Missinger. Seguía regresando a las mismas preguntas dentro de su cabeza: ¿Qué estaba haciendo en su mansión a menos de media milla de aquí? ¿Estaba llorando en una habitación a la luz de las velas? ¿Estaba siquiera allí? ¿O estaba entreteniendo a una nueva conquista en el Hotel Bonaventure en este preciso instante? Todo el mundo parecía saber que este era su punto de seducción favorito, hasta Andi lo había dicho. Por lo visto, era un secreto a voces.

Pero, ¿acaso lo era?

La idea surgió dentro de su mente como si alguien más la hubiera plantado allí. Intentó alejarla de sí, enfadada consigo misma por permitir que su cerebro trabajara un tiempo extra durante una noche que se suponía iba a ser relajante. Sin embargo, la pregunta seguía circulando sus pensamientos.

¿Eran sus escapadas al hotel del conocimiento público? Porque sin duda alguna, Michael no quería que lo fueran. La razón principal era

ir a algún sitio donde no le pudieran descubrir ni Victoria ni sus empleados. Y ese detalle todavía no estaba disponible para el público. La única gente que sabía algo sobre las reuniones en el hotel eran Michael y sus amantes.

"Para ya", dijo Jessie en voz alta, mirándose enfadada en el espejo. Notó que sus ojos se estaban humedeciendo. Agarró un poco de papel y se los secó.

Sin embargo, a pesar de la advertencia que se había hecho a sí misma, los pensamientos seguían llegando. Si Andi sabía algo sobre el Bonaventure, ¿era posible que simplemente hubiera oído hablar del hotel a través de rumores?

Me lo habría mencionado.

Jessie agarró otro trozo de papel y tosió en él, intentando librarse de la comezón repentina que sentía en su garganta.

¿Por qué no me lo diría?

Después de esto, las posibilidades empezaron a amontonarse en su cabeza. Si Andi sabía lo del Hotel Bonaventure, entonces la única razón para no mencionarlo era que sabía que, al hacerlo, revelaría que ella también se estaba acostando con el hombre.

Y si se estaba acostando con él, entonces casi con certeza estaba mintiendo sobre mucho más que eso. Por un lado, había dicho que no conocía muy de cerca a la pareja, pero parece que al menos conocía a Michael de manera bastante íntima. Por el otro, era ella quien había recordado de modo muy conveniente a Andi lo del rumor sobre la "infidelidad con la asistenta", poniéndole en la dirección de investigar de nuevo la coartada de Marisol.

Jessie abrió el grifo, hizo un cuenco con las manos, y tragó un poco de agua, esperando que aclarara su garganta, que estaba tensa.

¿Qué era lo que había dicho Andi sobre su vida amorosa cuando quedaron para tomar un café?

Solo ha sido hace poco tiempo cuando me he permitido abrirme a la posibilidad de enamorarme. Supongo que estoy intentando compensar por el tiempo perdido.

¿Era posible que se hubiera enamorado de Michael Missinger? Y, de ser así, ¿hasta qué punto llegaría para convertir esa relación en algo

más que un encuentro ilícito? Ya había demostrado que era una mentirosa de primera. ¿De qué más era capaz?

Jessie tosió de nuevo. Sintió como si su garganta se estuviera contrayendo. Eso y los ojos llorosos hicieron que se preguntara si era alérgica al potpurrí del cuarto de baño. Necesitaba darle una chupada a su inhalador, que todavía estaba en su bolso en el sofá.

Tras decidir que se iba a comportar lo más normalmente que pudiera, Jessie decidió excusarse por el resto de la noche y largarse para poder desenmarañar sus sospechas lejos del objeto de las mismas. Agarró su bebida y se dirigió a la puerta.

Estaba a punto de abrirla cuando miró su vaso. Los estornudos y la tos y los ojos llorosos habían empezado poco después de que tomara un sorbo del segundo mojito—el que Andi le había servido justamente después de mencionar el Hotel Bonaventure.

Y eso no podía tratarse de una coincidencia.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

De repente, todo cobró sentido.

Jessie rememoró la conversación que había mantenido en Coffee Klatch, en la que había mencionado su violenta alergia a los cacahuetes. No sería nada difícil echar una pizca de aceite de cacahuete a una bebida alcohólica y hacerla pasar desapercibida.

Andi debe haberse percatado de que metió la pata al mencionar el hotel y dio por sentado que yo me daría cuenta en ello.

Y ahora, del mismo modo que había eliminado a Victoria Missinger y a Marisol Méndez como amenazas, estaba poniéndose de nuevo en acción para eliminar a la persona que podía entrometerse.

Jessie se obligó a respirar por la nariz, que todavía seguía despejada. Hasta mientras lo hacía, pudo sentir cómo se le empezaba a irritar la piel y su pecho le quemaba del esfuerzo para meter algo de aire.

Piensa, Jessie. Encuentra la manera de salir de esta.

Sacó el teléfono para marcar el 911 pero entonces lo pensó mejor. Estaría inconsciente para cuando le respondieran. Consideró la posibilidad de llamar a Ryan, pero le preocupaba que, incluso aunque le respondiera, no fuera capaz de decir ni una palabra. Hasta explicar la situación con un mensaje de texto llevaría demasiado tiempo.

Entonces se acordó del código de emergencia de marcado rápido al que le dijo que enviara un mensaje de texto si alguna vez se encontraba en peligro inminente. Marcó rápidamente el “999”, enviando el mensaje de “ASAP”.

Esperaba que él lo recibiera y que enviara a la caballería. Sabía dónde iba esta noche. Tenía acceso al GPS del teléfono y hasta lo había utilizado con anterioridad para localizarla en el hospital después de que le atacara su marido. Puede que funcionara.

Pero no lo haría si no podía alejarse de Andi, que estaba en alguna parte al otro lado de la puerta, determinada a asegurarse de que no saliera con vida de su casa. Tenía que tratar de salir sin parecer vulnerable.

Si conseguía convencer a Andi de que el envenenamiento no había funcionado, quizá pudiera salir caminando de su casa sin necesidad de un enfrentamiento. Tenía que fingir que estaba bien y no en medio de una emergencia médica. Con ese objetivo en mente, tomó otra respiración nasal, abrió la puerta, y salió del baño.

Andi seguía en la sala de estar, con aspecto sospechosamente casual mientras se mezclaba otra bebida en el bar.

"¿Todo bien?", le gritó al oírla salir. "Estaba empezando a preocuparme un poco".

Jessie asintió mientras se acercaba al sofá donde había dejado su bolso. Sintió como le sobrevenía una tos y se obligó a reprimirla para que solo saliera como un gruñido.

"¿Dónde está tu bebida?", le preguntó Andi.

Jessie señaló hacia el cuarto de baño, haciendo todo lo posible por no mirarle directamente a su anfitriona. Se temía que, si Andi veía sus ojos llorosos o sus mejillas enrojecidas, se daría cuenta de que sus esfuerzos habían dado resultado.

Llegó hasta donde estaba su bolso y desabrochó el pequeño bolsillo lateral donde normalmente guardaba su inhalador, pero no estaba allí. Empezó a revolver en el bolso, temiéndose que se hubiera caído y se hubiera mezclado con todas sus cosas. Mientras lo hacía, sintió que su garganta se cerraba casi por completo y jadeó involuntariamente.

"¿Te encuentras bien?", le preguntó Andi, moviéndose deprisa por el bar con una mirada de preocupación en el rostro. "No tienes demasiado buen aspecto".

Jessie sintió que su visión se nublaba por un momento y se cayó sobre una rodilla. Jadeó de nuevo y miró con desesperación a Andi, que estaba ahora de pie junto a ella.

"¿Cómo puedo ayudarte?", le preguntó con urgencia mientras dejaba su bebida sobre la mesa. "¿Debería llamar al nueve-uno-uno?"

"Chupar", consiguió graznar Jessie, esperando con todas sus fuerzas que hubiera juzgado mal a Andi y que su nueva amiga viniera a rescatarle.

"¿Chupar?", repitió Andi, con aspecto confundido. "¿Quieres decir como un inhalador?".

Jessie asintió con todas sus fuerzas, señalando a su bolso.

“¿Te refieres al que saqué de tu bolso y puse allí sobre el bar?”, le preguntó lentamente, con una voz que se volvió asquerosamente dulce mientras apuntaba al inhalador rojo que reposaba inocentemente sobre la barra de mármol a cinco metros de distancia. Daba lo mismo que si hubiera sido una milla. Los labios de Andi se curvaron levemente para formar una sonrisa cruel y ladina.

Jessie hizo un ruido enorme al caer sobre ambas rodillas. Sabía que no tenía mucho tiempo antes de que se le cerrara la garganta del todo y cayera en la inconsciencia. Mientras zozobraba hacia delante, con su tórax desparramándose de frente contra el acolchado del sofá, intentó formar un pensamiento coherente en su cerebro, que se le nublaba por momentos.

Plan de repuesto.

Su plan de repuesto. Su inhalador de repuesto. Estaba en el bolsillo interior de su abrigo, a menos de setenta centímetros de distancia—si podía reunir las fuerzas para agarrarlo.

Empujándose como pudo, Jessie se lanzó y se las arregló para asir la manga de la chaqueta antes de volver a colapsarse. Sintió cómo su cuerpo se deslizaba del sofá a la moqueta y se agarró con desesperación a la chaqueta. Sintió que caía junto a ella cuando dio con el suelo y lo agarró firmemente contra su pecho al tiempo que rodaba para ponerse en posición fetal, agarrotada también por el dolor abdominal encima de todo lo demás.

“Puede que no me creas”, dijo Andi desde alguna parte por encima de ella, “pero lo cierto es que me siento fatal por todo esto. No es cómo quería que acabaran las cosas. De verdad que sentía una conexión contigo, Jessie. Pensé que podíamos ser amigas”.

Jessie rodó sobre su pecho, con las rodillas enroscadas debajo del abdomen y agarrando firmemente el abrigo por debajo de su cuerpo. Mientras se revolvía en el suelo, incapaz de distinguir entre el dolor en su tripa y la quemazón en su pecho, trató de concentrarse en alcanzar el bolsillo de su chaqueta para hacerse con su inhalador de repuesto. Podía escuchar la voz de Andi, aunque ahora sonaba más alejada.

¡Esa zorra ha vuelto al bar a por su bebida!

“Cuando mencionaste esa alergia a los cacahuetes”, le oyó decir a su anfitriona, “tuve que salir y comprar algo de aceite de cacahuete,

meramente como precaución, desde luego. Jamás pensé que lo necesitaría, pero entonces hiciste que metiera la pata. Me sentí tan cómoda que se me escapó lo del hotel. En el instante que lo dije, supe que acabarías por darte cuenta, quizá no ahora, pero con el tiempo. Y como puede que esta sea la única oportunidad para neutralizarte, tenía que hacerlo. Lo entiendes, ¿verdad?".

Jessie removió con la mano el interior del bolsillo y tocó algo duro de plástico con los nudillos—su inhalador. Lo agarró y lo sacó a toda prisa, haciendo lo posible por mantenerlo oculto. Estaba doblada hacia delante y de espaldas a Andi, que estaba al otro lado de la sala. No iba a tener una mejor oportunidad para hacerlo.

Levantó las dos manos para cubrirse la cara cuando una tos carraspeante y auténtica se escapó de su garganta. Mientras trataba de aspirar el poco aire que sus pulmones podían chupar, se metió la boca del inhalador en la suya y apretó el espray.

"¿Cuánto debería esperar antes de llamar al nueve-uno-uno?", escuchó decir a Andi desde algún lugar más cercano que antes. "Quiero que parezca auténtico. ¿Debería esperar hasta que te pongas azul para hacerte el boca a boca?".

Jessie sintió como una segunda tos le atacaba y la dejó salir, sacudiéndose incontrolablemente. Al aspirar de nuevo, le dio otra chupada al inhalador, con sus manos rodeando el aparato. Sintió un leve alivio en la tensión que sentía en el pecho.

Temiéndose que Andi estuviera casi encima de ella, dio una última chupada antes de caerse de bruces sobre su estómago, escondiendo el inhalador debajo de ella. Aunque seguía jadeando, podía sentir cómo regresaba el oxígeno a su sistema. A pesar de ello, siguió fingiendo que tenía problemas para respirar, hasta sacudiéndose un poco con la esperanza de que esa táctica le diera algo de tiempo para que se le ocurriera algo más que hacer. Mientras se retorcía, se metió el inhalador en el bolsillo de sus pantalones, fuera de la vista.

Mientras yacía allí, el pensamiento de Bolton Crutchfield recorrió su mente brevemente. Le había dicho indirectamente que el asesino era una mujer. Había sugerido que no estaba satisfecha con su vida. En retrospectiva, todo lo que había parecido encajar con Marisol Méndez también encajaba igual de bien con Andi: incapaz de estar a la altura de las expectativas de su padre, había abandonado sus estudios, vivía una vida que sabía no tenía ningún sentido, tan vacía de amor que mataría para crear algo de chispa en ella.

“Ahora voy a llamar al nueve-uno-uno”, dijo Andi alegremente, justo por encima de ella. “No quiero esperar demasiado y que resulte sospechoso. Les llevará mucho tiempo responder de todas maneras”.

Como si le hubieran dado una señal, Jessie soltó un último jadeo y se quedó quieta en el suelo. Dejó que su cuerpo se quedara inerte, aunque su mente fuera a mil por hora.

Todas las piezas encajaban en su sitio, como en uno de esos puzles que Garland Moses le había dicho que rara vez lo hacían. Andi tenía motivo para hacer esto además de los medios. Sus estudios de ingeniería química convertirían algo tan simple como manipular una inyección de insulina en un juego de niños. Sabotear el transformador del vecindario para que la electricidad—y todas las cámaras de seguridad—se apagaran sería una tarea simple para alguien con su intelecto. Y considerando el tiempo y las ganas, inculpar a la empleada de su objetivo sentimental sería fácil y, considerándola como una rival, seguramente de lo más satisfactorio.

“Hola”, escuchó la voz de pánico de Andi gritar desde el suelo junto a ella. Por lo visto, conectar con el 911 no le había llevado tanto tiempo como pensaba. “Sí, tengo una emergencia en el 2140 de South Muirfield. Mi amiga ha tenido algún tipo de reacción alérgica. Empezó a toser y a respirar con dificultad y ahora está inconsciente. Hagan el favor de enviar una ambulancia de inmediato”.

Jessie podía oír una voz al otro lado de la línea, pero no entendía las palabras. Un momento después Andi respondió, haciendo un papelón impresionante y sonando como si estuviera a punto de que le diera un ataque de nervios.

“¿Hay algo que pueda hacer para ayudarle? Encontré un inhalador en su bolso. ¿Debería rociarle la boca? ¿Debería tratar de hacerle el boca a boca?”.

Ahora, Andi estaba llorando. Real o fingido, su llanto era de lo más convincente. Jessie se preguntó si iba a fingir hacerle el boca a boca. ¿Iba a respirar dentro de su boca? ¿A presionarle el pecho? Si lo hacía, descubriría que su víctima no estaba inconsciente en absoluto. En ese punto, Jessie tenía que estar lista para reaccionar.

Jessie utilizó el sonido de los sollozos de Andi para ocultar sus propios intentos de tragar todo el aire que le fuera posible. Ya no sentía que le fuera a explotar el pecho, pero no estaba ni de lejos cerca de su capacidad máxima. Si se daba un enfrentamiento físico, su

considerable ventaja en tamaño no serviría de ninguna ayuda.

“Disculpe, diga eso otra vez”, dijo Andi, perpleja.

El operador dijo algo más que no se podía entender.

“¿Cómo pueden estar llegando ahora?”, preguntó Andi. “Os llamé hace menos de un minuto”.

Y entonces, como si fuera la respuesta a su pregunta, llamaron con fuerza a la puerta.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Jessie podía sentir la mirada de Andi sobre ella, clavándose en su espalda.

“¿Qué has hecho?”, escuchó susurrar a la mujer, con los labios a unos centímetros de distancia.

Hubo otro golpe sonoro, esta vez todavía más urgente.

“¡Abra la puerta!”, gritó una voz masculina. “Es la policía de Los Ángeles. Recibimos un mensaje de emergencia desde esta dirección”.

Jessie sintió como se le clavaban unos dedos en la piel cuando Andi le dio la vuelta para ponerla boca arriba. Mantuvo los ojos cerrados y trató de aguantarse la respiración, esperando parecer que estaba inconsciente. No funcionó.

“Ya puedes dejar de fingir. Sé que fuiste tú. No hay modo de que pudieran responder en tan poco tiempo, aunque no te va a servir de nada”.

Jessie escuchó un sonido de algo rompiéndose y decidió que era el momento de abrir los ojos. Al hacerlo, la puerta retumbó como si alguien la estuviera dando patadas.

Andi estaba de rodillas directamente encima de ella, sujetando un trozo de cristal alargado del vaso de su mojito en la mano derecha, que le sangraba profusamente. Tenía los ojos enfocados en la dirección de la puerta que no dejaba de recibir patadas.

“Última oportunidad”, gritó la voz masculina. “Abra la puerta o entraremos a la fuerza”.

Andi miró hacia abajo a Jessie y vio que estaba despierta. Sus ojos se abrieron con un frenesí maniaco y levantó la esquirla de cristal por encima de su cabeza antes de lanzarla hacia abajo.

Jessie seguía aferrada a su abrigo y lo colocó por encima de ella para bloquear el golpe. El cristal rasgó el material antes de quedarse enganchado con él, perdiendo velocidad en su descenso y acabando su trayectoria sin impactar con el cuerpo de Jessie.

Andi trató de sacar el cristal, pero en su intento, acabó tirando del abrigo que se le había enganchado, retirándolo de las manos de Jessie. Mientras sacaba el cristal del abrigo por la fuerza, Jessie tomó la respiración más profunda de que fue capaz. Y fijó de nuevo su mirada en ella.

Haz algo ahora o no vas a hacer nada más en la vida.

Todavía tumbada en el suelo, Jessie levantó su pie derecho que estaba al descubierto y le dio una patada a Andi cuando se le tiró encima. Su pie se chocó con el pecho de la otra mujer, enviándola hacia atrás antes de que su arma de cristal pudiera encontrar su objetivo.

La espalda de Andi se dio contra la mesita de café que tenía detrás de ella. La fuerza del impacto hizo que el cristal saliera volando de su mano. Se quedó allí tirada un momento, aparentemente aturdida. El sonido de la madera descascarillándose en el recibidor le trajo de nuevo a la consciencia. Empezó a examinar la moqueta en busca del trozo de cristal.

Jessie decidió no esperar a que lo encontrara. Lo más deprisa que pudo, rodó sobre su estómago y empezó a gatear en dirección al recibidor. Escuchó movimiento por detrás suyo y sospechó que Andi había dado con el cristal y estaba de pie, así que intentó hacer lo mismo.

Se dio impulso con la fuerza limitada que tenía en los brazos y consiguió ponerse de pie, tambaleándose hacia delante. Podía escuchar varias voces en el pasillo por delante de ella y se desvió, sin encontrar el equilibrio, en esa dirección. Acababa de cruzar el punto de conexión entre la sala enmoquetada y el pasillo de mármol cuando sintió un dolor punzante en su pantorrilla derecha y una mano en su tobillo izquierdo. Se cayó hacia delante, extendiendo sus brazos para proteger su cabeza antes de golpear el suelo.

“Deténgase en seco”, le chilló una voz desde algún punto por delante de ella.

Levantó la vista para ver a dos hombres con uniformes del L.A.P.D., ambos con las armas desenfundadas y apuntadas vagamente en su dirección. Detrás suyo, escuchó el sonido inconfundible de cristal golpeándose con el mármol y supo que Andi debía de haber dejado caer la pieza que llevaba en la mano.

“Gracias a Dios que están aquí, agentes”, le oyó decir Jessie. “Esta mujer entró a la fuerza en mi casa y me atacó. Tuve que utilizar un

trozo de cristal para defenderme. Creo que está delirante. Por favor tengan cuidado. Creo que va armada".

Los policías, que tenían ambas armas apuntadas por encima de Jessie en dirección a la mujer que estaba detrás de ella, parecían ahora confundidos. Jessie no se había esperado esto y no estaba segura de cómo podía aclarar la situación. No le ayudaba el hecho de que ni siquiera estaba segura de que pudiera hablar aún. Aunque su garganta ya no estaba constreñida, la tenía irritada y tensa. Tragó saliva con fuerza y graznó la única palabra que esperaba les pudiera comunicar la verdad de lo que estaba pasando.

"Hernández".

Los policías se miraron el uno al otro antes de volver a mirar a las dos mujeres que tenían delante.

"Ese es el que envió la alerta", dijo el agente que tenía delante a su compañero, "el Detective Hernández de la Comisaría Central. Si ella sabe eso, debe de ser la que realizó la llamada".

"Pongámosles las esposas a las dos y lo decidimos más tarde", dijo el agente en la parte de atrás.

"Me parece bien", dijo el primero. "Vosotras dos: poned las manos donde pueda verlas. Por lo demás, no os mováis".

Jessie asintió, aliviada, y extendió los brazos sobre el suelo delante de ella. Siempre y cuando Andi estuviera esposada, no le importaba estarlo también ella. El agente que tenía delante se enfundó el arma y se acercó lentamente a ellas.

Al hacerlo, Jessie escuchó un sonido casi imperceptible como de alguien recogiendo algo del suelo. Supo de qué se trataba de inmediato. Andi estaba recogiendo el cristal del suelo. Con cada gramo de fuerza que le quedaba, Jessie chilló lo más alto que pudo.

"¡Arma!".

El segundo agente todavía tenía el arma desenfundada y no dudó en dispararla. Hasta con el sonido del disparo retumbando a lo largo del pasillo, Jessie escuchó cómo alguien se caía de bruces al suelo por detrás de ella. Entonces empezaron los gritos.

Andi estaba aullando una mezcla indescifrable de gritos ininteligibles y solo alguna palabra coherente al azar de vez en cuando como

“zorra”, “mío” y “pagar”. Jessie miró por detrás de ella para ver a la señora de la mansión tirada en el suelo a varios metros de distancia. Su brazo derecho yacía inmóvil a su lado. Le salía sangre de un hombro. Su mano izquierda se movía por el aire, tratando intermitentemente de hacer que la herida dejara de sangrar. El trozo de cristal yacía inocentemente en el suelo a dos metros de distancia.

El primer agente pasó junto a Jessie a toda prisa para atender a Andi. El segundo agente, con sus ojos apuntándole a Jessie, se enfundó el arma y sacó las esposas.

“¿Eres Hunt?”, le preguntó, mirándole desde arriba.

Jessie asintió.

“Aun así, tengo que esposarte hasta que aclaremos esto”.

“Lo entiendo”, dijo Jessie, poniendo las manos a su espalda antes de añadir, “¿va a recuperarse?”.

“Sí que lo hará”, dijo el agente. “Soy un tirador bastante bueno”.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Los puntos le dificultaban la tarea de conducir. Le resultaba más doloroso frenar que acelerar, ya que tenía que flexionar el músculo de su pantorrilla con más fuerza. Como consecuencia, el trayecto para ir a Norwalk a ver a Bolton Crutchfield al día siguiente le llevó más de lo habitual. Jessie intentó aceptar el retraso y agradecer el hecho de que todavía seguía con vida.

Podía haber sido mucho peor. El corte que le había hecho Andi en su pierna con el trozo de cristal no había calado demasiado hondo. No tenía daños en los músculos ni había afectado ninguno de los principales vasos sanguíneos, aunque había sido lo bastante largo y profundo como para requerir diecisiete puntos. Por suerte, el médico le había dicho que no le iba a impedir ir al curso de la Academia del FBI.

Jessie no estaba del todo segura de cuando había tomado la decisión de cambiar de idea y asistir a la próxima sesión del curso después de todo. Puede que hubiera sido la noche anterior en la ambulancia de camino al hospital, cuando estaba tumbada en una camilla, haciéndose a la idea de que casi se habían burlado de su inteligencia dos veces en los últimos meses.

En ambas ocasiones, se había debido a que había dado por sentado que podía confiar en la gente—primero su marido, y después una mujer de clase alta perteneciente a un inocuo club de campo—que acabaron por querer hacerle daño. Tenía que mejorar en lo de dejar de lado sus sentimientos si quería convertirse en una gran criminóloga.

Sabía que contaba con un sólido instinto, pero el instinto no era suficiente, sobre todo si esperaba atrapar a alguien tan peligroso como su padre antes de que él le encontrara a ella. Solo había un cierto número de veces en las que podía salir de apuros antes de que se le terminara la buena fortuna. Necesitaba más formación.

Y parecía que este momento era el mejor para hacerlo. Acababa de obtener cierto capital profesional, al descubrir a la verdadera asesina de Victoria Missinger y prevenir que se enviara a una mujer inocente a prisión. Cierto, en primer lugar, ella era en parte responsable de que pusieran a Marisol Méndez bajo sospecha, pero no parecía que nadie se lo estuviera tomando en cuenta.

Los halagos por su trabajo le habían permitido solicitar un periodo sabático para ir a la Academia Nacional. Y como técnicamente, era una consejera, y además una interina junior, lo cierto es que no podían negárselo. Ryan le dijo que el Capitán Decker no quería parecer grosero, así que no tuvo más opción que firmar el permiso y mantener su puesto en el departamento, que, cuando regresara, dejaría de ser interino.

También tenía sentido desde la perspectiva personal. Ya había firmado los papeles del divorcio. La casa estaba oficialmente vendida. Y para su regocijo, esta mañana había recibido por fin la llamada diciéndole que habían aceptado su oferta por el apartamento.

Esta misma semana, se mudaría oficialmente a su nueva, altamente segura, bordeando en búnker, residencia. Si tenía que elegir diez semanas en las que pudiera largarse sin más para asistir a este programa, este era el momento perfecto para hacerlo.

Y como el programa no empezaba hasta después del año nuevo, eso le daba dos semanas para sanar su pierna. Había decidido firmemente que pasaría por Las Cruces para visitar a sus padres unos cuantos días antes de continuar su viaje hasta Quantico.

Ya había hablado con el fiscal del distrito, que le había dicho que no necesitarían su testimonio en contra de Andrea Robinson durante unos cuantos meses, así que no había pegas por ese lado, pero sin duda alguna, su testimonio sería necesario, ya que Andi había hecho un trabajo estupendo cubriendo su rastro.

No había muchas pruebas físicas del crimen. Las cámaras de seguridad no proporcionaban nada porque habían estado desconectadas. No había huellas digitales o ADN en la casa de los Missinger. Andi se debía de haber dejado su teléfono en casa cuando se fue a matar a Victoria, porque ahí es donde el GPS le mostraba convenientemente durante el periodo de tiempo en que la había matado.

Tampoco había nada sospechoso en el historial de sus búsquedas online. Por supuesto, podía haberse ido a un café o biblioteca públicos a comprobar la manera de sabotear un transformador o de inyectar una sobredosis de insulina.

Las autoridades contaban con la admisión de Michael de que se había estado acostando con Andi y de que, a menudo, ella comentaba la posibilidad de que se escaparan juntos. Pero, excepto por el testimonio de Jessie, casi no había nada que conectara a Andi con el crimen. Y

hasta el momento, Andi no había confesado matar a Victoria, solo había admitido envenenar a Jessie, algo de lo que también le acusaban. Era lógico asumir que había hecho eso porque se había dado cuenta de que Jessie había descubierto lo que le había hecho a Victoria.

Sin embargo, Andi estaba afirmando que había puesto el aceite de cacahuete en la bebida sin darse cuenta, pensando que era azúcar líquido. Desde luego, eso no explicaba por qué la habían encontrado tratando de acuchillar a Jessie con una esquirla de cristal. Al final, el fiscal del distrito pensaba que podían tener más probabilidades de condenarla por el intento de asesinato de Jessie que por el asesinato de Victoria Missinger.

Ryan le había asegurado esa mañana que, ahora que sabían quién era el culpable, podrían volver a repasar la vida de Andrea Robinson en los últimos días y encontrar pruebas que no habían pensado en buscar con anterioridad.

“Han pasado menos de dieciocho horas desde que la hemos arrestado”, le recordó. “Danos algo de tiempo para realizar nuestro trabajo. Puede que Andrea Robinson sea inteligente, pero te garantizo que ha dejado rastros de los pasos que ha tomado. Los encontraremos”.

“De veras que lo espero”, le había dicho Jessie. “Quiero que la condenen por el delito real que ha cometido. Victoria Missinger se merece que se le haga justicia”.

“Esa es la clase de actitud que te servirá enormemente en la academia del FBI”, notó Ryan. “Vas a encajar de maravilla con esa otra gente tan decente y tan recta”.

No mencionó que planeaba donar de manera anónima la mitad de lo que había obtenido por la venta de su casa al Centro de Compromiso con los Niños del Centro o de que había estado hablando esa mañana con Roberta Watts para hacerse voluntaria habitual con ellos. No compensaría por la pérdida de la Señorita Vicky, pero era algo.

“¿Estás bromeando?”, le provocó ella, tratando de desviar la atención de sí misma. “Tú eres mucho más decente y recto que yo. Sigues el procedimiento. Yo apenas sé lo que es. Quizá debieras solicitar tu entrada a este programa”.

“A decir verdad, ya lo he hecho”, le dijo él, con obvia decepción en su voz. “Me aceptaron dos veces, pero no era el momento adecuado en

ambos casos. Shally necesitaba que me quedara aquí, pero lo haré en algún momento".

Jessie no insistió. Obviamente, no quería explicar nada más al respecto. Además, Jessie cayó en la cuenta de que esta era la primera vez que pronunciaba el nombre de su mujer.

"¿Vas a ser capaz de resolver algún caso sin mí por aquí?", le preguntó, intentando alegrar un tanto los ánimos.

"No lo sé", dijo, fingiendo preocupación. "Quizá puedas conseguir más consejos de tu amigo encarcelado que me puedan ayudar mientras no estés aquí. ¿Es esa la razón de que le visites hoy?".

"La verdad es que no tengo la menor idea", admitió. "Kat solo me dijo que quería hablar conmigo. Es la primera vez que inicia una reunión, así que siento bastante curiosidad".

"En fin, te diría que le pasaras mis saludos, pero no creo que los aprecie viniendo del tipo que le colocó las esposas".

"Sí, creo que será mejor dejarlo pasar", asintió Jessie.

Aunque ahora, mientras cruzaba la verja de seguridad de la División No Rehabilitadora del Hospital Metropolitano del Estado de Norwalk, supo que había otra razón por la que no iba a mencionar el nombre de Ryan Hernández a Bolton Crutchfield.

De algún modo, sabía que a Crutchfield no le molestaría que conociera al hombre que le había arrestado. Más bien, no le haría gracia que fuera tan amiga de él. Tenía la peculiar sensación de que eso le pondría celoso.

Después de atravesar una vez más los elaborados procedimientos de seguridad, cruzó la zona de preparación transicional para entrar al pasillo asegurado donde le estaba esperando Kat Gentry.

"¿Cómo estás?", le preguntó Kat mientras descendían por el pasillo.

"Bastante bien, tomando todo en consideración. Resolví un asesinato y conseguí que la asesina no acabara conmigo. Y decidí pasar diez semanas en Virginia", añadió, explicando su plan y diciéndole al mismo tiempo que lo de ser compañeras de piso no iba a funcionar.

"Lo entiendo", le confortó Kat. "Si cambias de idea cuando regreses a la ciudad, dímelo".

“Lo haré”, prometió Jessie, “aunque no estoy segura de que quieras convivir con alguien cuya vivienda fue allanada por órdenes de uno de tus presos, especialmente de uno al que no le caes demasiado bien”.

“No te preocupes por mí”, le aseguró Kat mientras llegaban a la puerta de la unidad de las celdas residenciales y le hacía gestos a alguien para que les abrieran. “Puedo cuidar de mí misma”.

“Oh, no me cabe duda de eso”, dijo Jessie, aunque no estaba segura de que esa fuera la cuestión.

Pasaron al otro lado de la puerta. La mayoría del personal en la estación de seguridad apenas elevó la vista. Por lo visto, hasta Cortez, que casi siempre estaba de ánimo para flirtear, estaba demasiado ocupado como para hacerle cumplidos. Consiguió esbozar una sonrisa rápida antes de volver a poner su atención en la pantalla que tenía delante de él.

“Entonces, ¿te dijo algo Crutchfield sobre por qué quería que viniera?”, preguntó Jessie, volviéndose hacia Kat.

“No”, dijo Kat mientras le entregaba el botón rojo para emergencias. “Todo lo que dijo es que era importante que hablara contigo. Como ya sabes, normalmente no accedería a una petición como esa, pero decidí hacer una excepción en este caso”.

“Bien”, dijo Jessie, con un leve tono de resignación, “vamos a ver qué nuevo infierno me tiene preparado ahora”.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Cuando entraron a la habitación, Jessie sintió de inmediato que algo no andaba bien.

Crutchfield ya estaba de pie, casi como preparado para cuadrarse. Le siguió con la mirada mientras Jessie se sentaba en la silla que había detrás del escritorio al otro lado del divisor.

“Me alegro de ver que te encuentras bien, señorita Jessie”, indicó.

“¿Qué quieres decir?”.

“En las noticias dijeron que arrestaron a una mujer por el asesinato de Victoria Missinger y que la experta del L.A.P.D. que la atrapó resultó herida en el incidente. No mencionaban ningún nombre, pero a juzgar por tu leve cojeo, siento la suficiente confianza como para sacar esa conclusión”.

“¿Por qué pediste verme?”, le preguntó Jessie, intentando dejar atrás los juegos de astucia, aunque sospechaba que era un intento inútil.

“Paciencia, querida”, dijo él, con voz ligeramente irritada. “Por favor, aquí tengo muy pocas cosas por las que emocionarme la mayor parte del tiempo. ¿No me vas a permitir utilizar este pequeño respiro de la rutina para que me divierta un poco?”.

“¿Consideras que esto es divertido?”, le preguntó.

“Así es”, admitió. “Dime, ¿resultó útil mi ayuda? ¿Fueron mis pistas acertadas?”.

“Lo fueron”, le dijo Jessie. “La asesina era una ‘señora’ que estaba insatisfecha con lo que le había tocado en la vida. Claro que, para cuando hice esas conexiones, ya estaba tomando medidas para deshacerse de mí”.

“Me alegro de que no tuviera éxito”, contestó Crutchfield, sonando a algo que se acercaba a la sinceridad. “Aunque durante un tiempo pareció que habías pillado a la ‘señora’ equivocada. Debo de admitir que me decepcionaste”.

“Bueno, al final acabamos solucionando eso”, le contradijo Jessie, más

a la defensiva de lo que quería.

“Y además, es muy bueno que lo hicieras”, dijo Crutchfield. “De no haberlo hecho, quizá me hubiera visto obligado a darte un escarmiento”.

“Me da la sensación de que haces eso todo el tiempo, Crutchfield”.

“Oh, pero no verbalmente, señorita Jessie”, le corrigió. “Hubiera tenido que darte una lección, para mostrarte que te estabas equivocando”.

“¿Cómo lo hubieras hecho?”, preguntó con nerviosismo.

“Seguramente haciendo que a tu amiga Lacy, esa con la que estás distanciada en este momento, le destriparan como a un cerdo”.

La mandíbula de Jessie se vino abajo de inmediato a pesar de sus esfuerzos por ocultar su conmoción. No podía hablar. Detrás de ella, Kat se movió con incomodidad en el rincón donde estaba de pie, pero no dijo nada. Crutchfield no tuvo pega alguna en continuar.

“Hubiera sido una lección dura, lo admito”, continuó suavemente, como si estuvieran hablando de opciones en el menú de un restaurante. “Pero había que hacerte consciente de que ibas por mal camino con toda esa historia de la asistenta. Y en ocasiones, las lecciones son difíciles”.

“¿Pero cambiaste de idea?”, preguntó Jessie, encontrando por fin la voz de nuevo.

“Sí. Diría que estuviste a unas veinticuatro horas de perder a la señorita Cartwright, pero enderezaste el rumbo del barco y, como consecuencia, sus entrañas están intactas. Al resolver el caso, le salvaste la vida a tu amiga. ¡Buen trabajo!”.

Jessie se sentó en silencio durante un momento con la cabeza agachada. Cuando la levantó para mirarle, se le quedó mirando fijamente.

“¿Cómo obtienes tu información, Crutchfield? No puedo dejar de pensar que estás haciendo trampas”.

“¿Trampas, mi querida señorita Jessie? ¿Cómo podría hacer trampas? Tú eres la que puede salir al mundo exterior cuando salgas de esta celda. Yo soy el que está atrapado aquí, con cámaras que monitorean

cada uno de mis movimientos, micrófonos que graban todo lo que digo, cada ronquido, cada exhalación gaseosa. Todo ello instalado por tu mejor amiguita allí en el rincón. Tengo una terrible desventaja en nuestras interacciones, ¿no estás de acuerdo?".

"Y, aun así", indicó Jessie, "me parece que estás a punto de revelar que eso no es así. Está bastante claro que te estás guardando algo. Sea lo que sea lo que te mueres por contarme, está requiriendo que emplees todo tu autocontrol para no ponerte a gritarlo en este preciso segundo".

"Oh, mi querida señorita Jessie", dijo Crutchfield, riéndose suavemente para sí. "Siento mucho afecto por ti. Es cierto, por supuesto. Tengo una cosita que contarte. Solo quería recordarte hasta donde se extiende mi influencia antes de compartirlo contigo, para que no dudes de mis palabras cuando te las diga. Por favor recuerda que fui yo quien ordenó el allanamiento de tu apartamento. Soy yo el que sabía la hora exacta en la que estarías en peligro de encontrarte con Josiah Burress, el vagabundo en ese edificio de apartamentos abandonado. Por favor, ten estos hechos en cuenta cuando comparta mi siguiente revelación contigo".

"Anotado", dijo Jessie, segura de que, a juzgar por el brillo en los ojos de Crutchfield, ya no podía guardárselo mucho más. "Me has demostrado que no me puedo tomar a la ligera lo que digas".

"Gracias por reconocer eso", le contestó. "Entonces, vamos a por ello. Recuerdas, por supuesto, que me encontré con tu padre hace unos años, en estas mismas instalaciones, para tener una conversación que resultó de lo más iluminadora".

"Lo recuerdo vívidamente", dijo Jessie, pensando en el video de la conversación entre ambos hombres.

"Pues bien, señorita Jessie, solo quería que fueras la primera en saber que hemos organizado una segunda reunión".

"¿Qué?".

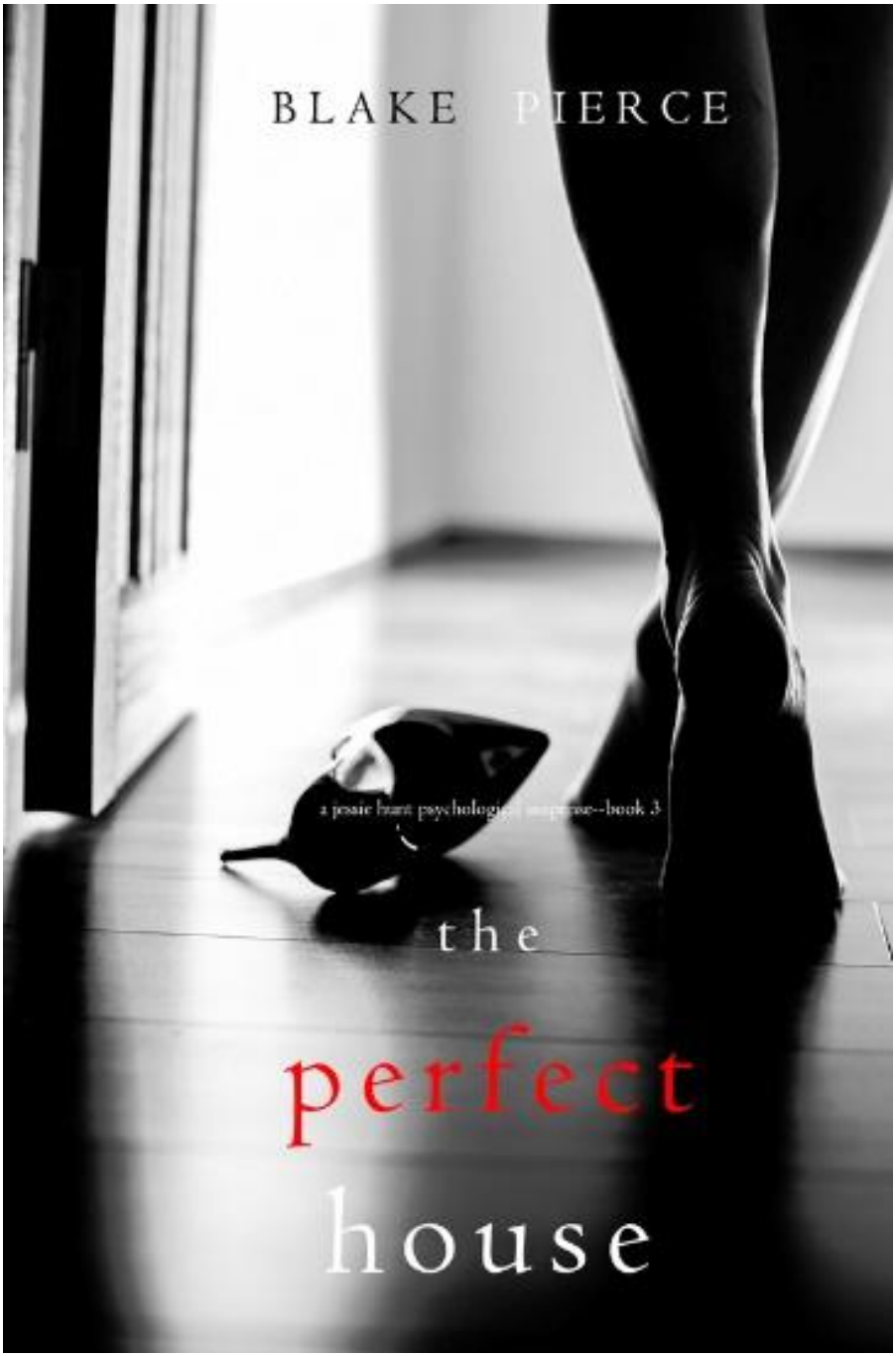
"Voy a tener una pequeña charla con tu padre", repitió. "No voy a estropear las cosas diciéndote cuándo, pero va a ser encantador, estoy bastante seguro de ello".

"¿Cómo?", graznó Jessie, con la garganta reseca de repente.

"Oh, no te preocupes por eso, señorita Jessie. Es solo para que sepas

que, cuando hablemos, no me olvidaré de darle tus cordiales saludos”.

¡YA DISPONIBLE A LA PREVENTA!



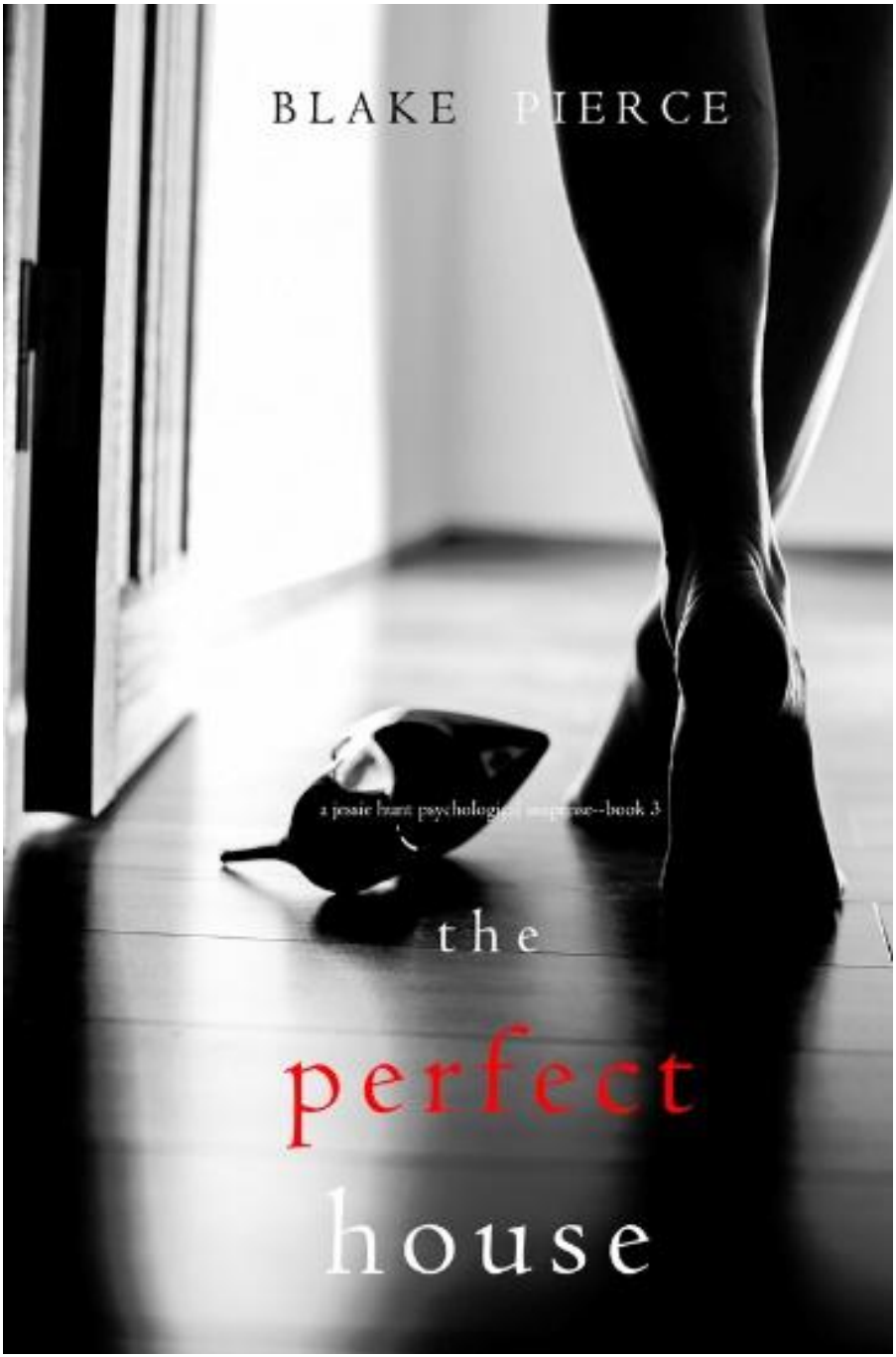
LA CASA PERFECTA

(Un Thriller de Suspense Psicológico con Jessie Hunt—Libro Tres)

En LA CASA PERFECTA (Libro #3), la criminóloga Jessie Hunt, de 29 años, recién salida de la Academia del FBI, regresa para verse acosada por su padre asesino, atrapada en un juego letal del gato y el ratón. Mientras tanto, debe apresurarse a detener a un asesino en un nuevo caso que le lleva hasta las profundidades de los suburbios—y al precipicio de su propia mente. Y se da cuenta de que la clave para su supervivencia depende de que descifre su pasado—un pasado al que no quería volver a enfrentarse.

Un thriller de suspense psicológico de ritmo trepidante con personajes inolvidables y suspense que acelera el corazón, LA CASA PERFECTA es el libro #3 de una excitante serie nueva que le hará pasar páginas hasta altas horas de la madrugada.

El Libro #4 de la serie Jessie Hunt estará disponible muy pronto.



LA CASA PERFECTA

(Un Thriller de Suspense Psicológico con Jessie Hunt—Libro Tres)

¿Sabes que he escrito una multitud de novelas en el género de la novela de misterio?

Si no has leído todas mis series, ¡haz clic en las siguientes imágenes para descargar el primer libro de una serie!

Blake Pierce

Blake Pierce es el autor de la serie exitosa de misterio RILEY PAIGE que cuenta con trece libros hasta los momentos. Blake Pierce también es el autor de la serie de misterio de MACKENZIE WHITE (que cuenta con nueve libros), de la serie de misterio de AVERY BLACK (que cuenta con seis libros), de la serie de misterio de KERI LOCKE (que cuenta con cinco libros), de la serie de misterio LAS VIVENCIAS DE RILEY PAIGE (que cuenta con tres libros), de la serie de misterio de KATE WISE (que cuenta con dos libros), de la serie de misterio psicológico de CHLOE FINE (que cuenta con dos libros) y de la serie de misterio psicológico de JESSE HUNT (que cuenta con tres libros).

Blake Pierce es un ávido lector y fan de toda la vida de los géneros de misterio y los thriller. A Blake le encanta comunicarse con sus lectores, así que por favor no dudes en visitar su sitio web www.blakepierceauthor.com para saber más y mantenerte en contacto.

LIBROS ESCRITOS POR BLAKE PIERCE

SERIE DE MISTERIO PSICOLÓGICO DE SUSPENSO DE JESSE HUNT

EL ESPOSA PERFECTA (Libro #1)

EL TIPO PERFECTO (Libro #2)

LA CASA PERFECTA (Libro #3)

SERIE DE MISTERIO PSICOLÓGICO DE SUSPENSO DE CHLOE FINE

AL LADO (Libro #1)

LA MENTIRA DEL VECINO (Libro #2)

CALLEJÓN SIN SALIDA (Libro #3)

SERIE DE MISTERIO DE KATE WISE

SI ELLA SUPIERA (Libro #1)

SI ELLA VIERA (Libro #2)

SERIE LAS VIVENCIAS DE RILEY PAIGE

VIGILANDO (Libro #1)

ESPERANDO (Libro #2)

ATRAYENDO (Libro #3)

SERIE DE MISTERIO DE RILEY PAIGE

UNA VEZ DESAPARECIDO (Libro #1)

UNA VEZ TOMADO (Libro #2)

UNA VEZ ANHELADO (Libro #3)

UNA VEZ ATRAÍDO (Libro #4)

UNA VEZ CAZADO (Libro #5)

UNA VEZ AÑORADO (Libro #6)

UNA VEZ ABANDONADO (Libro #7)

UNA VEZ ENFRIADO (Libro #8)

UNA VEZ ACECHADO (Libro #9)

UNA VEZ PERDIDO (Libro #10)

UNA VEZ ENTERRADO (Libro #11)

UNA VEZ ATADO (Libro #12)

UNA VEZ ATRAPADO (Libro #13)

SERIE DE MISTERIO DE MACKENZIE WHITE

ANTES DE QUE MATE (Libro #1)

ANTES DE QUE VEA (Libro #2)

ANTES DE QUE CODICIE (Libro #3)

ANTES DE QUE SE LLEVE (Libro #4)

SERIE DE MISTERIO DE AVERY BLACK

CAUSA PARA MATAR (Libro #1)

UNA RAZÓN PARA HUIR (Libro #2)

UNA RAZÓN PARA ESCONDERSE (Libro #3)

UNA RAZÓN PARA TEMER (Libro #4)

UNA RAZÓN PARA RESCATAR (Libro #5)

UNA RAZÓN PARA ATERRARSE (Libro #6)

SERIE DE MISTERIO DE KERI LOCKE

UN RASTRO DE MUERTE (Libro #1)

UN RASTRO DE ASESINATO (Libro #2)

UN RASTRO DE VICIO (Libro #3)

UN RASTRO DE CRIMEN (Libro #4)

UN RASTRO DE ESPERANZA (Libro #5)